LIBROdot.com

Crónicas de Prydain IV, TARAN EL VAGABUNDO
Alexander Lloyd



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para los viajeros que aún están en el camino, para los vagabundos que han encontrado el reposo.

Nota del autor

Esta cuarta crónica de Prydain se inicia con una empresa que requiere un corazón valeroso y alegre. No tarda en irse volviendo más sombría y quizá sea más esencialmente heroica que las aventuras precedentes, pues en ella Taran debe enfrentarse a un oponente implacable: la verdad acerca de sí mismo. Taran aprenderá a cambiar su vida mediante sus propios recursos internos, ya no como Taran Aprendiz de Porquerizo, sino como Taran el Vagabundo, pues no basta con que haya un fin de la infancia sino que también se requiere un comienzo de la edad viril. He intentado que fuera una crónica más seria que las anteriores -en el sentido en que todo el humor es serio y toda la fantasía real-, y aunque no hay un final feliz convencional en términos de cuento de hacías, sí hay un final lleno de esperanza en términos humanos.

Eso no quiere decir que la historia tenga menos humor o variedad que sus predecesoras. De hecho, es posible que haya más, pues los viajes de Taran le llevan de un extremo a otro de Prydain, desde los Pantanos de Morva hasta los Commots Libres. Pero en vez de con un enfrentamiento entre huestes enemigas, el conflicto subyacente entre el bien y el mal se expresa mediante encuentros individuales: el rey Smoit y su ruidosa alegría por el mero hecho de estar vivo; el mortífero Morda, que odia todo lo que es humano; Dorath, el amoral; Annlaw el Moldeador de la Arcilla, el creador; Craddoc, en cuyo desolado valle Taran conocerá la angustia de la vergüenza... Ay, la princesa Eilonwy sólo está presente en el recuerdo, aunque tengo la esperanza de que los lectores la echarán de menos tanto como Taran..., y, si ha de ser sincero, tanto como el mismo autor.

Algunos habitantes de Prydain nacieron de la leyenda galesa, pero en Taran el Vagabundo han adquirido características más universales que particulares. Por ejemplo, el secreto con que Morda protege su vida está presente en muchas mitologías. Orddu, Orwen y Orgoch han aparecido con otros aspectos y nombres (como era lógico esperarse de ellas), pues han sido las Tres Nornas, las Moiras, la Triple Diosa y, muy probablemente, otras transformaciones que se niegan a admitir. Prydain, naturalmente, es en parte recuerdo y en parte sueño, con el equilibrio entre los dos inclinándose a favor de este último.

Los compañeros se han ganado muchos más amigos de los que jamás pude esperar; personas que están dispuestas a seguir estas historias tanto en forma de crónicas independientes como en la de partes de un conjunto más amplio. Les prometo que todas las preguntas serán contestadas y todos los secretos quedarán revelados a su debido tiempo. Debo suplicar clemencia a algunos amigos de los compañeros (especialmente a Gypsy Reeves); a otros, mi más sincero agradecimiento por su duro e inapreciable esfuerzo, su lucidez y su capacidad de dar ánimos cuando el autor se enfrentó a situaciones que le parecieron más apuradas que ninguna de las que amenazaron jamás a un Ayudante de Porquerizo; a todos ellos mi más cálido y sincero afecto.

1 - ¿Quién soy?

La primavera se hallaba en su apogeo y traía consigo la promesa del verano más fértil que la granja había visto en toda su existencia. El huerto estaba cubierto por la blancura de las flores que perfumaban los árboles, y los campos recién sembrados

parecían flotar como una neblina verde. Pero ni los colores ni los perfumes eran capaces de alegrar a Taran, pues para él Caer Dallben se encontraba vacío. Ayudaba a Coll en las tareas de quitar las malas hierbas y cultivar los campos y cuidaba de Hen Wen, la cerda blanca, con tanta diligencia como siempre, pero ni su mente ni su corazón estaban en lo que hacía. Sólo podía pensar en una cosa.

-Vamos, vamos, muchacho... -dijo Coll con afabilidad mientras terminaban el ordeño matinal-. Desde que volviste de la Isla de Mona estás más nervioso que un lobo atado a una correa. Te doy permiso para que languidezcas por la princesa Eilonwy, ya que pareces decidido a ello, pero no vuelques el cubo de la leche. -El anciano pero aún robusto guerrero le dio una palmadita en el hombro-. Venga, anímate. Te enseñaré los secretos místicos del plantar nabos, del cultivo de las coles o de lo que más te apetezca saber.

Taran meneó la cabeza.

-Lo que me gustaría saber es algo que sólo Dallben puede revelarme.

-Bueno, entonces acepta mi consejo y no importunes a Dallben con tus preguntas -dijo Coll-. Su mente está ocupada con asuntos mucho más importantes. Ten paciencia y espera a que llegue el momento adecuado.

Taran se puso en pie.

-No puedo esperar más. Lo he decidido... Hablaré con él ahora mismo.

-¡Ten cuidado! -le advirtió Coll mientras Taran iba hacia la puerta del cobertizo-, ¡Dallben también está bastante irritable últimamente!

Taran avanzó por entre el grupo de pequeños edificios y cobertizos que formaban la granja. Entró en la casita y vio a una mujer vestida de negro acuclillada delante del hogar vigilando el fuego. La mujer no alzó la cabeza y no dijo nada. Era Achren. Después de que los planes que había trazado para recobrar su antiguo poder se vieran frustrados en las ruinas del Castillo de Llyr, la en tiempos altiva reina aceptó el refugio que Dallben le había ofrecido; aunque por elección propia la que en tiempos había sido gobernante de todo Prydain se ocupaba de las tareas que habían sido incumbencia de Eilonwy antes de que partiera hacia Mona, y cuando llegaba el final del día se esfumaba en silencio para tumbarse sobre su lecho de paja en el granero.

Taran se detuvo unos momentos ante la estancia de Dallben sin saber qué hacer y acabó golpeando la puerta rápidamente con los nudillos. Oyó la voz del hechicero dándole permiso para entrar y así lo hizo. Dallben estaba inclinado sobre El Libro de los Tres, que se encontraba abierto sobre la mesa repleta de objetos. Taran anhelaba desesperadamente echar aunque sólo fuera un vistazo a una página de aquel volumen lleno de secretos, pero se mantuvo lejos de él. Cuando era niño se había atrevido a tocar aquel viejo tomo encuadernado en cuero, y recordarlo hizo que volviera a sentir un leve cosquilleo en los dedos.

-Nunca dejará de asombrarme -gruñó Dallben cerrando El Libro de los Tres y alzando los ojos hacia Taran-. Los jóvenes están llenos de orgullo y fuerza, y aun así sus preocupaciones les parecen una carga tan pesada que deben compartirlas con los viejos, mientras que los viejos... -Agitó una mano frágil y huesuda-. Pero no importa, no importa. Bien, espero que tengas una buena razón para interrumpirme. Enfadarse es una pérdida de tiempo y no me sienta nada bien.

»En primer lugar, y antes de que me lo preguntes -siguió diciendo Dallben-, te aseguro que la princesa Eilonwy se encuentra bien y no es más infeliz que cualquier otra doncella hermosa y alocada que se haya visto obligada a abandonar el manejo de la espada para concentrarse en el aprendizaje de la costura. En segundo lugar, sabes tan bien como yo que Kaw aún no ha vuelto. Me atrevería a decir que ya debe de haber llevado mi poción a la caverna de Glew y que el gigante-por-accidente que tantos problemas os dio en Mona no tardará en empequeñecerse hasta recuperar su estatura

normal. Pero también sabes que tu cuervo es un tanto travieso y que tiene propensión a perder el tiempo allí donde encuentra algún entretenimiento, ¿verdad? Por último, un Ayudante de Porquerizo debería tener tareas más que suficientes para mantenerle ocupado durante todo el día. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

-Sólo una cosa -dijo Taran-. Todo lo que tengo lo debo a tu bondad. Me has dado un hogar y un nombre, y me has permitido vivir en tu casa como si fuera hijo tuyo. Pero... ¿quién soy realmente? ¿Quiénes son mis padres? Me has enseñado muchas cosas, pero nunca has querido decírmelo.

-Cierto, nunca he querido decírtelo -replicó Dallben-. Y ya que siempre ha sido así, ¿cuál es la razón de que el enigma haya empezado a preocuparte tan de repente después de haber vivido tanto tiempo con él?

Taran inclinó la cabeza y no respondió, y el viejo hechicero le sonrió con un brillo de astuta sabiduría en los ojos.

-Habla, muchacho. Si quieres conocer la verdad deberías empezar siendo sincero. Creo ver oculta tras tu pregunta la sombra de cierta princesa de cabellos dorados... ¿No es así?

Taran se ruborizó.

-Así es -murmuró. Alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Dallben-. Cuando Eilonwy regrese... mi corazón anhela pedirle que se case conmigo. Pero no puedo hacerlo -exclamó, y las palabras surgieron de sus labios como si tuvieran voluntad propia-. No lo haré hasta no saber quién soy. Un huérfano con un nombre prestado no puede pedir la mano de una princesa. ¿Cuál es mi linaje? No podré vivir en paz hasta haberlo averiguado. ¿Soy de cuna humilde o noble?

-Tengo la impresión de que te complacería mucho más ser de cuna noble -dijo Dallben en voz baja.

-Sí, ésa es mi gran esperanza -admitió Taran, un poco avergonzado-. Pero no importa. Si hay honor... Sí, deja que lo comparta. Si hay ignominia, deja que me enfrente a ella.

-Cierto, compartir el honor requiere un corazón tan fuerte como enfrentarse a la ignominia -replicó Dallben con voz afable, y volvió su rostro curtido por las preocupaciones y el tiempo hacia Taran-. Pero... ay, no puedo responder a tu pregunta. En cuanto al príncipe Gwydion, sabe tan poco como yo -se apresuró a decir, pues había comprendido lo que pasaba por la mente de Taran-. Y el Gran Rey Math tampoco puede ayudarte.

-Entonces permite que lo averigüe por mí mismo -exclamó Taran-. Dame tu permiso y deja que vaya en busca de la respuesta.

Dallben le observó con mucha atención. Los ojos del hechicero se posaron sobre El Libro de los Tres y lo contemplaron durante un tiempo como si su mirada estuviera atravesando las tapas de cuero para perderse en las profundidades de aquel gastado volumen.

-Cuando la manzana ha madurado ningún hombre puede hacer que vuelva a estar verde -murmuró como si hablara consigo mismo. Miró a Taran, y cuando volvió a hablar su voz estaba impregnada de pena-. ¿Es eso lo que deseas?

El corazón de Taran empezó a latir más deprisa.

-No pido nada más.

Dallben asintió.

-Que así sea. Puedes marcharte a donde quieras. Descubre aquello que el destino te permita averiguar.

-Nunca podré agradecértelo lo suficiente -exclamó Taran con alegría haciendo una gran reverencia-. Deja que parta sin más tardanza. Estoy preparado y...

La puerta se abrió antes de que pudiera terminar la frase. Una silueta velluda cruzó a

toda prisa la estancia y se arrojó a los pies de Taran.

-¡No, no, no! -aulló Gurgi con toda la fuerza de sus pulmones, meciéndose hacia atrás y hacia adelante mientras agitaba sus peludos brazos-. ¡Los agudos oídos de Gurgi lo han oído todo! ¡Oh, sí, ellos han escuchado detrás de la puerta y no se les ha escapado nada! -Su rostro se arrugó en una mueca de desesperación y meneó su hirsuta cabeza tan violentamente que estuvo a punto de caerse al suelo-, ¡El pobre Gurgi se quedará triste y solo con sus gemidos y quejidos! -gimoteó-, ¡Oh, Gurgi tiene que ir con su amo, sí, sí y sí!

Taran puso una mano sobre el hombro de Gurgi.

-Viejo amigo, confieso que me entristecería mucho dejarte aquí, pero me temo que el viaje que me espera puede ser muy largo.

-¡El fiel Gurgi seguirá a su amo! -gritó Gurgi con voz suplicante-. ¡Gurgi es fuerte,osado y listo! ¡Él salvará a su bondadoso amo de todo daño!

Gurgi empezó a resoplar ruidosamente y sus gemidos y quejas se hicieron aún más desesperados que antes. Taran no se sentía con fuerzas para negarle su deseo a aquella pobre criatura, por lo que se volvió hacia Dallben y le lanzó una mirada de interrogación.

Y vio una extraña compasión en los rasgos del hechicero.

-No pongo en duda la fortaleza de ánimo y el buen sentido de Gurgi -dijo Dallben-. Es muy posible que el consuelo de su amable corazón te sirva de mucho antes de que tu viaje haya terminado. Sí -añadió lentamente-, si Gurgi así lo desea... deja que vaya contigo.

Gurgi lanzó un grito de alegría y Taran, agradecido, se inclinó ante el hechicero.

-Que así sea -dijo Dallben-. El camino que vas a recorrer no será fácil, pero has escogido seguirlo y no tienes otra elección. Puede que no encuentres lo que buscas, pero estoy seguro de que volverás siendo un poco más sabio que ahora... Y hasta puede que regreses convertido en un hombre por tus propios méritos.

Taran estaba tan nervioso que pasó toda la noche en vela. Dallben había dado su permiso para que los dos compañeros partieran por la mañana, pero las horas que faltaban para la salida del sol le parecieron tan pesadas como los eslabones de una cadena muy gruesa. Su mente ya había formado un plan, pero no habló de él con Dallben, Coll o Gurgi, pues la decisión que había tomado aún le daba cierto miedo. Su corazón lamentaba tener que abandonar Caer Dallben, pero la impaciencia por iniciar el viaje era mucho más fuerte. Había momentos en que tenía la impresión de que su añoranza de Eilonwy y el amor que tantas veces había ocultado o incluso negado estaban creciendo en su interior como las aguas de un torrente montañoso alimentado por las lluvias y se disponían a arrastrarle con su corriente incontenible.

Taran se levantó mucho antes del amanecer y se ocupó de Melynlas, el corcel gris de crines plateadas. Dejó a un Gurgi parpadeante que luchaba para contener los bostezos preparando su montura -un pony bajito y corpulento casi tan peludo como él-, y fue al aprisco de Hen Wen. Se arrodilló junto a ella y la rodeó con un brazo. La cerda blanca lanzó un gemido apesadumbrado, como si ya estuviese enterada de la decisión que había tomado.

-Adiós, Hen -dijo Taran rascándole la barbilla-. Recuérdame con cariño. Coll cuidará de ti hasta que... Oh, Hen -murmuró-, ¿conseguiré lo que me he propuesto? ¿Puedes decírmelo? ¿Puedes darme alguna señal que me consuele y me permita albergar esperanzas?

Pero la cerda oráculo se limitó a resoplar y lanzó un gruñido de preocupación. Taran suspiró y le dio una última palmadita afectuosa. Dallben acababa de entrar cojeando en el patio acompañado por Coll. El viejo guerrero llevaba una antorcha, pues la luz del amanecer aún no era muy intensa. La claridad parpadeante de la antorcha revelaba la

honda preocupación que se había adueñado de su rostro y del de Dallben. Taran les abrazó, y le pareció que el amor que sentía hacia los dos nunca había sido tan grande como en este triste momento de la despedida.

Gurgi estaba encorvado sobre su pony, y colgando del hombro se hallaba la bolsa de cuero capaz de proporcionar un suministro inagotable de comida. Taran montó sobre el impaciente Melynlas llevando tan sólo la espada en el cinto y el cuerno de batalla con incrustaciones de plata que Eilonwy le había regalado. Tuvo que contener el impulso de mirar hacia atrás, pues sabía que, de hacerlo, el adiós le resultaría aún más doloroso.

Los dos viajeros se pusieron en marcha mientras el sol iba trepando sobre las colinas ribeteadas de árboles. Taran apenas si abrió la boca y Gurgi trotaba en silencio detrás de él, metiendo la mano de vez en cuando dentro de la bolsa de cuero para coger un puñado de comida que masticaba con expresión satisfecha. Cuando se detuvieron para abrevar sus monturas en un arroyo Gurgi bajó del pony y fue hacia Taran.

-Bondadoso amo -exclamó-, el fiel Gurgi te sigue y te guía, ¡oh, sí! ¿Adonde le lleva el camino? ¿Al noble señor Gwydion en Caer Dathyl? Gurgi tiene muchas ganas de ver grandes torres doradas y grandes salones para opulentos banquetes.

-Yo también -respondió Taran-. Pero sería un viaje inútil. Dallben me ha dicho que el príncipe Gwydion y el Rey Math no saben nada acerca de mi linaje.

-Entonces, ¿al reino de Fflewddur Fflam? ¡Sí, sí! ¡El osado bardo nos dará la bienvenida con fiestas y agasajos, y nos deleitará con alegres tañidos y zumbidos!

Taran no pudo por menos que sonreír ante el entusiasmo de Gurgi, pero meneó la cabeza.

-No, amigo mío, no vamos a Caer Dathyl y tampoco vamos al reino de Fflewddur, -Volvió la mirada en dirección oeste-. He pensado cuidadosamente en el camino que debo seguir, y creo que sólo hay un sitio en el que pueda encontrar lo que busco -dijo hablando muy despacio-. Iremos a los Pantanos de Morva.

Apenas hubo pronunciado estas palabras vio como el rostro de Gurgi se volvía de un color gris ceniza. La mandíbula de la pobre criatura se aflojó bruscamente; se llevó las manos a su peluda cabeza y empezó a resoplar y atragantarse de puro miedo. -¡No, oh, no! -aulló Gurgi-. ¡Los peligros acechan en los Pantanos malignos! ¡El bravo pero cauteloso Gurgi teme por su pobre y tierna cabeza! Gurgi no quiere volver nunca allí. ¡Las temibles hechiceras querían convertirle en un sapo saltarín! ¡Oh, terrible Orddu! ¡Terrible Orwen! Y Orgoch... ¡Oh, Orgoch, la peor de todas!

-Lo son, pero tengo intención de volver a verlas -dijo Taran-. Orddu, Orwen y Orgoch... Ella, o ellas, o lo que sean en realidad, tienen un poder tan grande como el de Dallben, quizá incluso más grande que el suyo. Nada queda oculto a su mirada; conocen todos los secretos. Tienen que saber la verdad. Quizá... -siguió diciendo, y la esperanza le hizo hablar más deprisa-. Puede que mis padres fueran de noble linaje, y quizá existía alguna razón secreta que les impulsó a dejarme en Caer Dallben para que Dallben cuidara de mí...

-¡Pero si el bondadoso amo es noble! -gritó Gurgi-. ¡El humilde Gurgi no podría tener amo más noble, generoso y bueno! ¡No hace falta que se lo pregunte a las hechiceras!

-Me refiero a la sangre noble -replicó Taran, sonriendo ante las protestas de Gurgi- . Si Dallben no puede darme la respuesta, es posible que Orddu pueda. En cuanto a si querrá hacerlo... No lo sé -añadió-. Pero debo intentarlo.

»No quiero que tu pobre cabeza corra ningún peligro -siguió diciendo Taran-. Cuando lleguemos a los Pantanos buscarás un sitio donde esconderte y me esperarás allí.

-No, no -gimió Gurgi. Parpadeó con cara de terror y bajó la voz hasta tal punto que Taran apenas si pudo oír su tembloroso murmullo-. El fiel Gurgi seguirá a su amo tal y

como lo prometió.

Siguieron adelante. Vadearon el Gran Avren y avanzaron rápidamente durante varios días en dirección oeste, siguiendo las verdes laderas cíe la orilla hasta acabar abandonándola de mala gana para ir hacia el norte a través de una llanura donde apenas si había vegetación. El rostro de Gurgi estaba contorsionado en una continua mueca de preocupación, y Taran captaba la inquietud de la pobre criatura con tanta claridad como la suya propia. Cuanto más cerca estaban de los Pantanos más dudaba de que hubiera tomado la decisión correcta. El plan que le había parecido tan perfecto en la seguridad de Caer Dallben empezaba a cobrar el aspecto de una locura temeraria. Había momentos en los que Taran no tenía más remedio que admitir que si Gurgi hubiera hecho volver grupas a su pony para galopar hacia el hogar le habría seguido de buena gana.

Otro día de viaje y las tierras pantanosas se extendieron ante ellos, feas, amenazadoras y sin el menor rastro de la primavera alegrando su desnudez. La visión y el olor de los pantanos y los charcos de aguas opacas e inmóviles hicieron que Taran sintiera una terrible repugnancia. La mezcla putrefacta de tierra y agua tiraba codiciosamente de los cascos de Melynlas. El pony lanzaba bufidos de temor. Taran advirtió a Gurgi de que debía mantenerse lo más pegado posible a él sin desviarse a derecha o a izquierda, y guió cautelosamente su montura por entre los cañizos que le llegaban hasta el hombro, manteniéndose sobre el suelo algo más firme que bordeaba los pantanos.

El angosto paso que había en el extremo más alejado de los Pantanos podía cruzarse con muy poco peligro, y el camino a seguir había quedado grabado para siempre en sus recuerdos. Aquí era donde les habían atacado los Cazadores de Annuvin cuando él, Eilonwy, Gurgi y Fflewddur andaban buscando el Caldero Negro, y Taran había revivido aquel momento una y otra vez en sus pesadillas. Dejó colgar entre sus dedos las riendas de Melynlas para que su montura pudiese avanzar con más libertad, hizo una seña a Gurgi y se adentró en los Pantanos. El corcel vaciló durante un instante, pero sus patas no tardaron en hallar tierra firme donde apoyarse y los dos compañeros fueron dejando atrás la cadena de islitas que había bajo las aguas fangosas. Cuando llegaron al otro lado Melynlas se lanzó al galope sin que Taran se lo hubiese ordenado, y el pony le siguió como si de ello dependiera su vida. Taran detuvo su montura más allá de los árboles de troncos nudosos y deformes que había al final de una cañada bastante larga. La choza de Orddu ya era visible.

Estaba pegada a un montículo de gran altura y medio escondida por el barro y las ramas. Parecía aún más precaria e incómoda de como la recordaba Taran. El techo de cañizo que le daba el aspecto de un nido inmenso bajaba haciendo pendiente hasta ocultar las angostas ventanas, y los muros que parecían dispuestos a derrumbarse en cualquier momento estaban cubiertos por una telaraña de moho. Y en el umbral inclinado de contornos irregulares se recortaba la silueta de la mismísima Orddu.

Taran desmontó con el corazón latiéndole a toda velocidad. Fue lentamente hacia el umbral manteniendo la cabeza bien alta en un silencio roto sólo por el castañeteo de los dientes de Gurgi. Los negros y brillantes ojos de Orddu no se apartaban de él. Taran no sabía si su aparición la había sorprendido, pero si lo estaba la única señal que dio fue inclinarse un poco más hacia adelante y observarle con más atención. Su holgada túnica aleteaba alrededor de sus rodillas. Orddu asintió rápidamente con la cabeza, evidentemente satisfecha, y los alfileres y broches enjoyados que adornaban su revuelta cabellera brillaron débilmente.

-¡Sí, y así es! -exclamó Orddu con voz afable- Ay, sí, mi querido pajarito y el..., bueno, el como-le-llames. Pero qué alto estás, patito. Oh, si alguna vez quieres meterte en una madriguera de conejo debe de resultarte muy incómodo, ¿verdad? Entra, entra -se apresuró a decir haciéndole señas-. Qué pálido estás, pobre cosita. No habrás estado

enfermo, ¿eh?

Taran la siguió con cierto resquemor mientras Gurgi se aferraba a él temblando inconteniblemente.

-Cuidado, cuidado -gimoteó Gurgi-. Las cálidas bienvenidas hacen que al pobre Gurgi se le hielen las espinillas.

Taran entró en la choza y tuvo la impresión de que las tres hechiceras habían estado muy atareadas con las faenas domésticas. Orgoch estaba sentada en un taburete con la capucha negra ocultándole los rasgos e intentaba alisar los enredados vellones de lana que sostenía sobre su regazo, aunque no parecía tener mucho éxito. Orwen -si es que de ella se trataba- hacía girar la considerablemente torcida rueda de un torno para hilar. Las hebras de un blanco lechoso que colgaban de su cuello parecían correr un serio peligro de quedar atrapadas en los radios de la rueda. Taran supuso que Orddu debía de haber estado ocupándose del bastidor que se alzaba entre montones de viejas armas oxidadas en un rincón de la choza. El tapiz del bastidor mostraba cierta cantidad de trabajo invertida en él, pero aún le faltaba mucho para estar terminado. Las hebras se retorcían y se anudaban sobresaliendo de él en todas direcciones, y lo que parecían enredos como los que Orgoch intentaba alisar eran claramente visibles en el tramado. Taran no logró distinguir ningún dibujo, aunque había momentos en que le parecía ver borrosas siluetas tanto humanas como animales que se retorcían y serpenteaban a lo largo y ancho de todo el tapiz, y acabó pensando que quizá fueran algún engaño de sus ojos.

Pero no tuvo mucho tiempo para estudiar aquel curioso tapiz. Orwen abandonó el torno de hilar y fue rápidamente hacia él mientras daba palmadas con expresión de placer.

-¡El polluelo errante y el gurgi! -exclamó-. ¿Y qué tal está nuestro querido y pequeño Dallben? ¿Sigue teniendo El Libro de los Tres? ¿Y su barba? ¡Cómo debe de pesarle! Me refiero al libro, no a la barba -añadió-. ¿No ha venido con vosotros? Lástima, lástima... Pero no importa. Oh, es tan agradable tener visitas...

-Odio las visitas -murmuró Orgoch, arrojando el montón de lana al suelo con una mueca de irritación-. Nunca están de acuerdo conmigo.

-¡Pues claro que están de acuerdo contigo, codiciosilla! -replicó secamente Orwen- . Lo que me asombra es que sigamos teniendo alguna visita de vez en cuando...

Orgoch lanzó un bufido y farfulló algo ininteligible. Taran logró atisbar una mueca sombría casi oculta por la negrura de su capucha.

Orddu alzó la mano.

-No hagas ningún caso de Orgoch -dijo volviéndose hacia Taran-. Hoy la pobrecita tiene un mal día... Orwen tenía que ser Orgoch y Orgoch tenía muchas ganas de ser Orwen, ¿comprendes? Está muy desilusionada porque Orwen se negó en el último momento..., y no es que la culpe por ello, claro -murmuró Orddu-. A mí tampoco me gusta ser Orgoch, pero ya se nos ocurrirá algo para compensarla y hacer que se le pase el enfado.

»Y tú -siguió diciendo Orddu mientras una sonrisa llenaba de arrugas sus toscos rasgos-, tú eres el más osado de todos los polluelos osados. Muy pocos habitantes de Prydain se han atrevido a cruzar los Pantanos de Morva; y de esos pocos ni uno solo ha tenido el valor necesario para regresar. Puede que Orgoch les desanime. Tú eres el único que ha venido hasta aquí dos veces, polluelo mío.

-Oh, Orddu, es un héroe tan bravo y osado... -dijo Orwen, contemplando a Taran con la ruborosa admiración que se habría podido esperar en una doncella.

-Vamos, Orwen, no digas tonterías -replicó Orddu-. Hay héroes y héroes. No niego que ha actuado valerosamente en algunas ocasiones. Luchó junto al señor Gwydion y estuvo tan orgulloso de sí mismo como un polluelo envuelto en plumas de águila, pero hay más clases de bravura que ésa. Me pregunto si nuestro encantador petirrojo ha

cavado alguna vez en el suelo para encontrar sus propios gusanos... Ésa es otra clase de bravura. Y entre nosotras dos, mi querida Orwen, quizá acabe descubriendo que es la más difícil y ardua. -La hechicera se volvió hacia Taran-. Pero habla, habla, polluelo mío. ¿Por qué has vuelto a visitarnos?

-No nos lo digas -exclamó Orwen-. Deja que lo adivinemos. Oh, adoro los juegos, aunque Orgoch siempre se las arregla para estropear la diversión... -Lanzó una risita-. Nos propondrás mil y tres acertijos y yo seré la primera en probar suerte.

-Muy bien, Orwen. Si eso te complace... -dijo Orddu con indulgencia-. Pero ¿estás segura de que bastará con mil y tres? Un corderito puede tener tantos deseos...

-Sé que os ocupáis de las cosas tal y como son y de las cosas como deben ser -dijo Taran, obligándose a clavar la mirada en los ojos de la hechicera-. Creo que sabéis qué me ha traído hasta aquí, y que quiero averiguar la identidad de mis padres y cuál es mi linaje.

-¿Tu linaje? -exclamó Orddu-. Oh, pero si eso es sencillísimo... Escoge a los padres que más gracia te hagan. Tú no les conoces y ellos no te conocen, así que... Bueno, ¿en qué puede cambiar eso las cosas para ti o para ellos? Cree lo que más te plazca. Te sorprenderá descubrir lo consolador que resulta.

-No pido consuelo -replicó Taran-. Quiero la verdad, ya sea buena o difícil de afrontar.

-Ah, mi dulce petirrojo -dijo Orddu-. No existe nada más difícil de encontrar que la verdad... Hay quienes se han pasado la vida entera buscándola, y hay muchos que se encuentran en situaciones bastante peores que la tuya.

»Hace algún tiempo había una rana -siguió diciendo Orddu con voz jovial-. La recuerdo muy bien. Pobrecita... Nunca estuvo segura de si era una criatura terrestre a la que le gustaba nadar por debajo del agua o una criatura acuática a la que le gustaba tomar el sol encima de un tronco. La convertimos en una cigüeña que nunca se hartaba de comer ranas, y desde entonces no ha vuelto a tener ni la más mínima duela sobre lo que es... Y ahora que lo pienso las otras ranas tampoco. Si lo deseas nos encantaría hacerte el mismo favor.

-A los dos -dijo Orgoch.

-¡No! -chilló Gurgi escondiéndose detrás de Taran-, ¡Oh, amo bondadoso, Gurgi ya te advirtió de estos temibles apaños y engaños!

-No olvides a la serpiente -dijo Orwen volviéndose hacia Orddu-. No sabía si era verde con manchas marrones o marrón con manchas verdes, y eso hacía que siempre se sintiera perpleja e inquieta. La convertimos en una serpiente invisible con manchas verdes y marrones para que se la viera con toda claridad y no la pisaran -añadió-. Se mostró muy agradecida, y a partir de entonces resultó mucho más fácil de tratar.

-Y recuerdo que también había... -graznó Orgoch, carraspeando roncamente para aclararse la garganta.

-Calla, Orgoch -la interrumpió Orwen-. Tus historias siempre tienen finales muy..., bueno, muy finales.

-Verás, gorrioncito -dijo Orddu-, podemos ayudarte de muchas maneras y todas ellas son más rápidas y menos complicadas que cualquiera de las que se te puedan haber ocurrido. ¿Qué te gustaría ser? Si quieres mi opinión, yo sugeriría un puercoespín porque su existencia es una de las más cómodas y seguras que puede llevar un animal. Pero no permitas que influya en tu elección. La decisión debe ser totalmente tuya.

-¡Oh, nada de eso! Sorprendámosles -exclamó Orwen con nerviosa alegría-. Lo decidiremos entre nosotras y les ahorraremos la molestia de tomar una decisión. Estarán mucho más contentos, ya lo veréis. Qué encantador será ver la expresión de sus caritas..., o de sus piquitos, o de lo que acaben teniendo.

-Nada de aves -gruñó Orgoch-. No, las aves quedan totalmente descartadas. No las

aguanto. Las plumas me hacen toser.

Gurgi estaba tan aterrorizado que sólo pudo mover los labios en un balbuceo carente de palabras. Taran sintió como se le helaba la sangre. Orddu ya había dado un paso hacia adelante y Taran alargó la mano hacia su espada disponiéndose a defenderse.

-Vamos, vamos, polluelo mío -observó Orddu con voz jovial-. No pierdas los estribos o quizá acabes perdiendo mucho más que eso. Ya sabes que aquí tu arma no sirve de nada, y agitar espadas no es forma de conseguir que los demás estén de acuerdo contigo, ¿verdad? Después de todo, fuiste tú quien decidió ponerse en nuestras manos.

-¿Manos? -gruñó Orgoch.

Los ojos ocultos en las profundidades de su capucha emitieron un destello rojizo y las comisuras de sus labios empezaron a temblar espasmódicamente.

Taran hizo cuanto pudo para no dejarse intimidar.

-Orddu, ¿quieres responder a mi pregunta? -dijo, esforzándose para que su voz sonara lo más tranquila y firme posible-. Si no es así, seguiremos nuestro camino.

-Sólo intentábamos facilitarte las cosas -dijo Orwen, haciendo un mohín y acariciándose el collar de cuentas-. No tienes por qué ofenderte.

-Pues claro que responderemos a tu pregunta, mi valeroso renacuajo -dijo Orddu-. Sabrás todo cuanto deseas saber en cuanto nos hayamos ocupado de otro asunto: el precio a pagar. Lo que quieres averiguar es de tal importancia, al menos para ti, que el precio puede ser considerablemente elevado. Pero estoy segura de que ya habías pensado en eso antes de venir, ¿verdad?

-Cuando intentábamos encontrar el Caldero Negro os quedasteis con el broche encantado de Adaon, y ese broche era lo que más valoraba en el mundo -dijo Taran-. Desde entonces no he encontrado nada que tenga más valor para mí del que tenía ese broche.

-Pero de ese trato ya hace mucho tiempo, polluelo -dijo Orddu-. Lo pasado pasado está, ¿no te parece? ¿Intentas decirnos que no has traído nada que ofrecernos? Vaya, pues considérate afortunado si acabas convertido en puercoespín... Me parece que no puedes permitirte nada mejor.

-La última vez estabais dispuestas a conformaros con un día de verano del corderito -murmuró Orgoch con voz ronca junto a la oreja de Orddu-. Ah, habría sido un bocado tan sabroso...

-Siempre estás pensando en tus placeres, Orgoch -replicó Orddu-. Podrías hacer un pequeño esfuerzo y pensar en algo que nos gustara a todas, ¿no te parece?

-Por aquel entonces le acompañaba una jovencita de cabellos dorados -dijo Orwen-. Era una criaturita tan linda... Estoy segura de que debe de acordarse de ella. ¿Y si nos quedamos con sus recuerdos? Qué delicioso sería desplegarlos ante nosotras para contemplarlos durante las largas noches de invierno... -siguió diciendo, cada vez más entusiasmada-. Ay. él perdería hasta el último recuerdo de la jovencita, pero creo que nosotras habríamos hecho un negocio magnífico.

Taran contuvo el aliento.

-Ni tan siquiera vosotras podríais ser tan implacables y malvadas.

-Ah, ¿no? -respondió Orddu sonriendo-. Querido polluelo, en lo que a nosotras concierne, la compasión o, al menos, la compasión tal y como tú la conoces no tiene nada que ver con el asunto del que estamos hablando. De todas formas -siguió diciendo mientras se volvía hacia Orwen-, eso tampoco sirve. Ya tenemos recuerdos más que suficientes.

-Entonces escuchadme -exclamó Taran, irguiéndose cuan alto era. Tensó los puños para impedir que le temblaran-. Es cierto que poseo muy pocos tesoros... De hecho, soy tan pobre que ni tan siquiera tengo un nombre. ¿No hay nacía mío que pueda satisfaceros? Voy a haceros una oferta.

Sintió que la frente se le cubría de sudor. Había tomado aquella decisión en Caer Dallben y la había sopesado cuidadosamente, pero ahora que había llegado el momento de llevarla a la práctica su ánimo flaqueaba y faltó poco para que se volviera atrás.

-Os ofrezco cualquier cosa de valor que pueda depararme el destino en lo que me quede de existencia, sea lo que sea -dijo Taran-. El mayor tesoro que pueda caer en mis manos... Os lo entrego a vosotras, aquí y ahora. Será vuestro, y podréis reclamarlo cuando queráis.

Orddu no respondió y se limitó a contemplarle con cara de curiosidad. Las otras dos hechiceras guardaron silencio. Incluso Gurgi había dejado de gimotear. Las siluetas del bastidor parecieron retorcerse ante los ojos de Taran mientras esperaba la respuesta de Orddu.

La hechicera sonrió.

-Esa verdad que andas buscando... ¿significa tanto para ti que estás dispuesto a desprenderte de aquello que aún no has conseguido?

-O que quizá nunca llegues a conseguir -graznó Orgoch.

-No puedo ofreceros nada más -replicó Taran-. Tenéis que aceptarlo.

-La clase de trato que propones resulta arriesgada incluso en el mejor de los casos, y la verdad es que no satisface a ninguna de las partes -dijo Orddu con afable despreocupación, como si estuviera hablando de un asunto sin importancia-. No hay nada seguro salvo la nada, y más de una vez hemos acabado encontrándonos con que el pobre gorrioncillo que hace semejante promesa no vive lo suficiente para cumplirla. Y aun suponiendo que acabe estando en condiciones de cumplirla, siempre existe el riesgo de que se ponga... ¿Cómo te lo explicaría yo? ¿Un poquito tozudo? Ah, sí, normalmente la cosa termina con todo el mundo de muy mal humor. Hubo un tiempo en el que quizá hubiéramos aceptado tu oferta, pero las tristes experiencias que hemos tenido desde aquel entonces acabaron convenciéndonos de que debíamos rechazar esa clase de ofrecimientos. No, polluelo, no sirve. Lo lamentamos... Es decir, lo lamentamos todo lo que somos capaces de lamentar algo.

Taran quiso hablar, pero se le había formado un nudo en la garganta. Durante un momento los rasgos de las encantadoras se volvieron borrosos. No estaba seguro de si tenía delante a Orddu, a Orwen o a Orgoch. Era como si acabara de tropezar con un muro cíe hielo surgido de la nada que no podía ser atravesado por la fuerza ni derretido mediante las súplicas. La desesperación le había dejado sin aliento. Inclinó la cabeza y se dio la vuelta, disponiéndose a salir de la choza.

-Vamos, polluelo, vamos... -dijo Orddu con jovialidad-. Eso no significa que no haya otros que puedan responder a tu pregunta.

-Oh, claro que no -dijo Orwen-, y el encontrar sólo requiere el mirar.

-¿A quién os referís? -preguntó Taran con voz apremiante, aferrándose desesperadamente a aquella nueva esperanza.

-Recuerdo que... Sí, hay un mirlo marrón anaranjado que se afila el pico una vez al año en el monte Kilgwyry -dijo Orwen-. Conoce todo lo que ha ocurrido. Basta con que te armes de paciencia hasta que llegue y se lo preguntes.

-Oh, Orwen -la interrumpió Orddu con cierta impaciencia-, A veces creo que vives en el pasado... El mirlo acabó con el monte Kilgwyry hace mucho tiempo de tanto afilarse el pico y el pobrecito se marchó volando no sé dónde en busca de otra montaña.

-Ay, queridísima Orddu, tienes toda la razón del mundo -replicó Orwen-. Se me había olvidado. Pero... ¿Y el salmón del lago Llew? No he conocido a un pez más sabio.

-Desapareció -murmuró Orgoch chupándose un diente-. Hace mucho tiempo que ya no está allí.

-Bah, en cualquier caso los mirlos y los peces son volátiles y escurridizos -dijo Orddu-. Creo que deberías acudir a una fuente cíe información más digna de confianza.

Por ejemplo... Sí, podrías probar con el Espejo de Llunet.

-¿El Espejo de Llunet? -repitió Taran-. Nunca había oído hablar de él. ¿Qué es? ¿Dónde...?

-Tengo una idea mucho mejor -le interrumpió Orgoch-. Podría quedarse con nosotras. Y el gurgi también.

-Querida Orgoch, hazme un favor, ¿quieres? Intenta controlarte, al menos cuando estoy explicando algo -observó Orddu. Le lanzó una mirada de reproche y se volvió nuevamente hacia Taran-. Sí, quizá deberías echar un vistazo en él... Es posible que el Espejo de Llunet pueda mostrarte algo interesante.

-Pero ¿dónde...? -empezó a preguntar una vez más Taran.

-Demasiado lejos -gruñó Orgoch-. Te aseguro que harías mucho mejor quedándote con nosotras.

-En las montañas de Llawgadarn -replicó Orddu, cogiendo a Taran del brazo-. Si no lo han cambiado de sitio, claro está... Pero ven conmigo, polluelo. Orgoch está empezando a ponerse nerviosa. Sé que le encantaría que te quedaras aquí, y con dos desilusiones en el mismo día no me gustaría nada acabar teniendo que disculparme por su conducta.

-Pero... ¿cómo puedo encontrarlo?

Taran apenas si tuvo el tiempo necesario para tartamudear su pregunta antes de hallarse fuera de la choza con Gurgi temblando a su lado.

-Procura no entretenerte en los Pantanos -gritó Orddu. Taran pudo oír sonidos muy potentes y considerablemente irritados procedentes del interior de la choza-. Si lo haces quizá lamentes tu tonta osadía..., o tu osada tontería, lo que sea. Adiós, petirrojo mío.

La puerta de tablones deformes se cerró, encajando firmemente en el marco de contornos irregulares, justo cuando Taran le gritaba a Orddu que esperase un poco.

-¡Huir! -chilló Gurgi-. ¡Huyamos, bondadoso amo, y huyamos mientras la pobre y tierna cabeza de Gurgi sigue encima de sus hombros!

La criatura empezó a tirar frenéticamente de su brazo, pero Taran siguió inmóvil ante la puerta. Su mente era un torbellino de confusión y sentía como si una extraña pesadez se hubiese adueñado de su cuerpo.

-¿Por qué se burló de mi valor? -exclamó con el ceño fruncido-, ¿Coraje para hurgar en el suelo buscando gusanos? Esa tarea resultaría mucho más sencilla que buscar el Espejo de Llunet.

-¡Premura y rapidez! -suplicó Gurgi-. Gurgi ya está harto de misiones y viajes. ¡Está dispuesto a volver a la alegre seguridad de Caer Dallben, oh, sí, sí! ¡Oh, basta de tanto inútil fisgar y mirar!

Taran siguió inmóvil unos momentos más ante la puerta. Lo único que sabía sobre las montañas cíe Llawgadarn era que se encontraban en dirección este, y sin nada más que le guiara, el viaje hasta allí bien podía resultar inútil. Gurgi le contempló con expresión implorante. Taran le dio un par de palmaditas en el hombro, giró sobre sí mismo y fue hacia Melynlas.

-Orddu sólo me ha dado una esperanza, y es el Espejo de Llunet -dijo Taran-. Debo encontrarlo.

Gurgi se apresuró a montar en su pony y Taran subió de un salto a la grupa de Melynlas. Se volvió una vez más hacia la choza, sintiéndose repentinamente inquieto.

-Me ha dado una esperanza -murmuró-, ¿Y desde cuándo da Orddu algo sin recibir nada a cambio?

2 - Cantrev Cadiffor

Los dos compañeros dejaron atrás los Pantanos de Morva y siguieron en dirección sureste a lo largo del río Ystrad con los Cantrevs del Valle como objetivo, pues Taran

había decidido interrumpir el viaje en Caer Cadarn, la fortaleza del rey Smoit. Tenía intención de pedir al rey de la barba pelirroja que les proporcionara arreos y un equipo más resistente que aquel con el que habían salido de Caer Dallben.

-A partir de ahí tendremos que guiarnos por la inspiración del momento -dijo Taran volviéndose hacia Gurgi-, Mi pobre cabeza está llena de preguntas -suspiró, acompañando sus palabras con una sonrisa melancólica-, pero en cuanto a planes... Ay, me temo que no tengo ninguno.

Los Pantanos ya habían quedado muchos días de viaje atrás cuando los dos compañeros cruzaron las fronteras de Cadiffor, el reino de Smoit y el más grande de los Cantrevs del Valle. El paisaje había cambiado hacía ya bastante tiempo de los páramos grises al verdor de las praderas y las agradables y frondosas arboledas con granjas que parecían haber anidado en los claros. Gurgi contemplaba cada casa con expresión anhelante y olisqueaba el humo de los fuegos del hogar que emergía por sus chimeneas trayendo consigo olores de comida, pero Taran no se desvió del camino que había escogido. Si seguían avanzando a la velocidad actual, tres días más de viaje les llevarían a Caer Cadarn. Taran se detuvo un poco antes de la puesta del sol y decidió buscar refugio en un bosquecillo de pinos, pues había visto que el cielo empezaba a cubrirse con gruesos nubarrones oscuros.

Acababa de desmontar y Gurgi sólo había empezado a desceñir las correas de las alforjas cuando un grupo de jinetes entró en el bosquecillo. Taran giró sobre sí mismo y desenvainó su espada. Gurgi lanzó un chillido de alarma y fue corriendo a refugiarse junto a su amo.

Había cinco jinetes, bien armados y con buenos caballos. Sus rostros barbudos estaban ennegrecidos por el sol y su porte era el de hombres acostumbrados a la silla de montar. Los colores que lucían no eran los de la Casa de Smoit, y Taran supuso que los jinetes debían de ser guerreros al servicio de uno de los vasallos de Smoit.

-Guarda tu espada -ordenó el que parecía ser el líder de los jinetes, pero desenvainó la suya y tiró de las riendas, deteniendo su caballo ante los dos compañeros mientras les lanzaba una mirada despectiva-. ¿Quiénes sois? ¿A quién servís?

-Son forajidos -exclamó otro jinete-. Acabemos con ellos.

-Tienen más aspecto de espantapájaros que de forajidos -replicó el líder de los jinetes-. Sospecho que deben de ser un par de bribones que han escapado de su amo.

Taran bajó la espada, pero no la envainó.

-Soy Taran, Ayudante de Porquerizo...

-Bueno, ¿y dónde están tus cerdos? -preguntó el primer jinete acompañando sus palabras con una ronca carcajada-, ¿Y por qué no estás ocupándote de ellos? -Movió una mano señalando a Gurgi con el pulgar-. ¿O acaso pretendes hacerme creer que esta..., esta criatura lamentable es uno de los animales que debes cuidar?

-¡Él no cerdito! -replicó Gurgi, muy indignado-. ¡No tiene nada de cerdito! ¡Él es Gurgi, osado e inteligente, y sirve a su bondadoso amo!

Las protestas de Gurgi sólo sirvieron para provocar más carcajadas entre los jinetes. Pero un instante después los ojos de su líder se posaron en Melynlas.

-Tu montura se encuentra muy por encima de la que podría esperarse en alguien de tu posición, porquerizo -dijo-. ¿Cómo la has conseguido?

-Melynlas me pertenece -replicó secamente Taran-. Es un regalo que me hizo Gwydion, príncipe de Don.

-¿Te refieres al señor Gwydion? -exclamó el guerrero-. ¿Y afirmas que te la regaló? Querrás decir que se la robaste, ¿no? -dijo con voz burlona-. Ten cuidado. Tus mentiras pueden acabar costándote una buena paliza.

-No miento y no ando buscando pelea con nadie -replicó Taran-. Vamos al castillo del rey Smoit y somos gente de paz.

-Smoit no necesita ningún porquerizo -dijo uno de los guerreros.

-Y nosotros tampoco -dijo el líder de los jinetes. Giró sobre la silla de montar para observar a sus compañeros-, ¿Qué decís? ¿Le quitamos el caballo o la cabeza? ¿O quizá las dos cosas?

-El señor Goryon estará encantado de tener otro caballo y si le traemos uno tan hermoso como éste nos ciará una buena recompensa -respondió uno de los jinetes-. Pero la cabeza de un porquerizo no tiene ninguna utilidad..., ni tan siquiera para él mismo.

-¡Bien dicho, y que así sea! -exclamó el guerrero-. Además, yendo a pie podrá cuidar mejor de sus cerdos -añadió, alargando una mano hacia las riendas del corcel.

Taran saltó hacia adelante interponiéndose entre Melynlas y el jinete. Gurgi le imitó y se agarró a la pierna del jinete lanzando un gruñido feroz. El resto de los jinetes espolearon a sus monturas, y Taran se encontró envuelto en un torbellino de caballos encabritados que acabaron alejándole de Melynlas. Intentó alzar su espada. Uno de los jinetes hizo girar a su montura y el flanco de ésta chocó contra Taran, quien perdió el equilibrio. Otro de sus atacantes escogió aquel momento para asestarle un golpe que de no haber sido propinado con la parte plana de la espada le habría costado la cabeza. El impacto fue lo bastante fuerte para dejarle aturdido, y Taran cayó al suelo sintiendo que le zumbaban los oídos. Los pensamientos giraron locamente en su cabeza y los jinetes parecieron convertirse en cometas que chispeaban delante de sus ojos. Fue vagamente consciente de que Gurgi gritaba como si se hubiera vuelto loco y de los relinchos de Melynlas, y le pareció que otra silueta acababa de entrar en la contienda. Cuando se hubo recuperado lo suficiente para ponerse en pie, los jinetes ya se habían esfumado llevándose a Melynlas con ellos.

Taran lanzó un grito de ira y abatimiento y dio unos cuantos pasos tambaleantes en la dirección que habían tomado. Una mano muy robusta le agarró por el hombro. Taran giró sobre sí mismo y vio a un hombre que vestía un jubón sin mangas hecho de lana caída ceñido con una cuerda trenzada. Sus brazos desnudos eran nudosos y de tendones abultados, y su espalda estaba encorvada, aunque más por el trabajo que por los años. Un mechón de cabellos grises se cernía sobre un rostro de rasgos austeros y firmes, pero no carente de bondad.

-Calma, calma -dijo el hombre-. No podrás alcanzarles. Tu montura no sufrirá daño alguno. Los esbirros del señor Goryon tratan mucho mejor a los caballos que a los desconocidos. -Dio unas palmaditas en el cayado de roble que llevaba-. Dos de los salteadores de Goryon tendrán cabezas muy doloridas de las que ocuparse, te lo aseguro... Pero a juzgar por tu aspecto creo que tú también vas a tener problemas con la tuya. -Cogió un saco que había en el suelo y se lo colgó del hombro-. Me llamo Aeddan, hijo de Aedd -dijo-. Venid conmigo. Mi granja está muy cerca de aquí.

-Sin Melynlas jamás podré llevar a cabo lo que me había propuesto -exclamó Taran-. Tengo que descubrir...

No llegó a completar la frase. El tono burlón y despectivo del guerrero aún resonaba en su mente y no quería revelar más de lo estrictamente necesario, ni tan siquiera a aquel hombre que tan bien se había portado con él.

Pero el granjero no parecía tener el más mínimo interés en interrogarle.

-Lo que buscas es más asunto tuyo que mío, ¿no te parece? -replicó Aeddan-. Vi a cinco hombres luchando contra dos y me limité a hacer que el combate resultara un poco más justo. ¿Quieres que tu herida reciba los cuidados necesarios? Entonces sígueme.

Y con estas palabras el granjero empezó a bajar por la pendiente seguido por Taran y Gurgi. Gurgi se volvía con frecuencia para blandir el puño hacia la dirección en que se habían alejado los jinetes, mientras que Taran caminaba por el sendero que iba oscureciéndose sin decir ni una palabra, abrumado por la desesperación de haber

perdido a Melynlas y pensando con amargura que de momento sólo había conseguido que le robaran su caballo y que estuvieran a punto cíe romperle la cabeza. Le dolían los huesos y sentía un molesto palpitar en los músculos, y para empeorar aún más las cosas los nubarrones se habían espesado. La noche trajo consigo un auténtico diluvio, y cuando llegaron a la granja de Aeddan, Taran estaba más empapado y se sentía más miserable que en ningún otro momento de su vida.

La morada en la que les hizo entrar Aeddan no era más que una choza de cañizo y barro, pero Taran se sorprendió ante lo cómoda que resultaba y la sencilla belleza del mobiliario. Sus aventuras anteriores jamás le habían dado ocasión de compartir la hospitalidad de los granjeros cíe Prydain, y Taran miró a su alrededor con ojos tan llenos de asombro como los de un forastero que acaba de llegar a una tierra desconocida. Ahora podía observar más de cerca el curtido rostro de Aeddan, y vio que sus rasgos estaban impregnados de una noble honradez y que eran tan afables como bondadosos. El granjero le obsequió con una cálida sonrisa y Taran olvidó por un momento el dolor cíe sus heridas para devolvérsela, pues tenía la sensación de que el destino le había hecho tropezar con un amigo.

La esposa del granjero -una mujer alta y endurecida por el trabajo, con el rostro tan lleno de arrugas como el de su marido- se llevó las manos a la cabeza apenas vio a Gurgi, quien había acumulado toda una manta cíe ramitas y agujas de pino en su goteante y enredada cabellera, y la sangre que manchaba el rostro de Taran le hizo lanzar un grito cíe alarma. Aeddan le explicó lo ocurrido y Alarca, su esposa, abrió un cofre de madera y sacó de él un resistente chaquetón de tela gruesa desgastado por el uso pero amorosamente remendado, que Taran aceptó con gratitud para cambiarlo por sus empapadas ropas.

Alarca empezó a preparar una poción de hierbas curativas mientras Aeddan esparcía el contenido de su saco sobre la mesa: hogazas cíe pan, queso y unas cuantas frutas secas.

-Lamento no poderos ofrecer muchas comodidades -dijo-. Mi tierra produce poco, por lo que trabajo una parte del día en los campos de mis vecinos para ganarme lo que no puedo cultivar.

-Pero... -dijo Taran, entristecido al enterarse de la penosa situación de Aeddan-. Yo había oído contar que en los Cantrevs del Valle había tierras muy fértiles.

-Cierto, las había -replicó Aeddan riendo con cierta amargura-. Pero eso era en la época de mis antepasados, no en la mía. Los Cantrevs de la Colina eran famosos por sus ovejas de abundantes vellones, y los Cantrevs del Valle de Ystrad eran conocidos en toda Prydain por dar la mejor cebada y el mejor mijo, y Cantrev Cadiffor por las pesadas gavillas de trigo tan amarillas como el sol. Ah, sí, aquellos tiempos debieron de ser una auténtica edad de oro para todo Prydain... -siguió diciendo Aeddan, cortando el pan y el queso en porciones y entregándoles un par a Taran y Gurgi-. El padre de mi padre contaba una historia, que ya era vieja cuando se la contaron a él, en la que se hablaba de arados que abrían los surcos por sí solos y de guadañas que recogían la cosecha sin necesidad de ser tocadas por la mano del hombre.

-Yo también he oído contar la historia de que hablas -dijo Taran-. Pero Arawn, el Señor de la Muerte, robó esos tesoros y ahora están ocultos en Annuvin, allí donde nadie puede llegar hasta ellos para utilizarlos.

El granjero asintió con la cabeza.

-La mano de Arawn se ha cerrado sobre el cuello de Prydain y lo despoja cíe su vida. Su sombra hace enfermar la tierra. Nuestra labor se vuelve más dura a cada día que pasa, y nuestra ignorancia hace que resulte aún más penosa. Así que Arawn robó esas herramientas encantadas, ¿eh? Pero por aquel entonces había muchos secretos para hacer que la tierra diese cosechas abundantes, y el Señor de Annuvin también nos los

Librodot

arrebató.

»Perdí la cosecha del año pasado, y también he perdido la de éste -siguió diciendo Aeddan, y Taran le escuchó compartiendo sinceramente su preocupación-. Mi granero está vacío, y cuanto más trabajo para los demás menos tiempo tengo para ocuparme de mis campos. Pero aunque tuviera tiempo para ellos... Sé muy poco. Lo que más necesito está guardado para toda la eternidad en el cofre de los tesoros de Annuvin.

-Las cosechas no se perdieron porque supieras demasiado poco o no estuvieras dispuesto a trabajar -dijo Alarca poniendo una mano sobre el nudoso hombro de su marido-. El buey que tiraba del arado y la vaca enfermaron antes de la primera siembra y murieron. Y en la segunda... -Su voz se convirtió en un murmullo-. En la segunda no pudimos contar con la ayuda de Amren.

Los ojos de la mujer se habían nublado, y Taran le lanzó una mirada interrogativa.

-Amren, nuestro hijo -dijo ella-. Tenía tu misma edad, y ahora llevas puesto su chaquetón. Él ya no lo necesita. El invierno y el verano son iguales para él. Duerme bajo un túmulo funerario rodeado de otros guerreros que cayeron en la batalla. Sí, ha muerto -añadió la mujer-. Partió con los que fueron a luchar contra los incursores que deseaban robarnos todo cuanto poseíamos.

-Comparto vuestra pena -dijo Taran y, para consolarla, añadió-: Pero murió con honor. Vuestro hijo es un héroe...

-Mi hijo está muerto -replicó secamente la mujer-. Los incursores luchaban porque se morían de hambre; nosotros luchábamos porque apenas si teníamos un mendrugo más que ellos. Y al final todos tuvieron menos que cuando empezaron a luchar. Las labores del campo son demasiado pesadas para un solo par de manos e incluso para dos. Los secretos robados por Arawn, el Señor de la Muerte, podrían sernos muy útiles pero... no podemos recobrarlos.

-No importa -dijo Aeddan-, Este año recogeré una buena cosecha incluso sin los secretos para ayudarme. He dejado en barbecho todos mis campos salvo uno, pero he invertido todos mis esfuerzos en él. -Miró a Taran y en sus ojos ardía la llama del orgullo-. Cuando mi esposa y yo no pudimos seguir tirando del arado abrí surcos en la tierra con mis propias manos y fui sembrando la semilla grano por grano. -El granjero se rió-. Sí, y arranqué las malas hierbas hoja por hoja tan delicadamente como una abuela que cuida su pedazo de huerto favorito... La cosecha será buena. Tiene que serlo -añadió frunciendo el ceño-. Nuestras mismas vidas dependen de ello.

La conversación llegó a su fin y cuando hubieron terminado con la parca cena Taran se alegró de poder estirar sus doloridos huesos junto al hogar mientras Gurgi se enroscaba a su lado. El cansancio venció incluso a la desesperación de haber perdido a Melynlas, y el golpeteo de las gotas de lluvia que caían sobre el cañizo y el siseo de las ascuas agonizantes hicieron que Taran no tardara en quedarse dormido.

Los compañeros despertaron antes de la primera luz del amanecer, pero Taran descubrió que Aeddan ya se había levantado para trabajar en su campo. Había dejado de llover y la tierra estaba fresca y húmeda a causa del aguacero. Taran se arrodilló y cogió un puñado de tierra con los dedos. Aeddan había dicho la verdad. El suelo había sido arado y limpiado con el mayor cuidado imaginable, y mientras observaba al granjero Taran sintió un creciente respeto y admiración hacia él. Aquella granja podía dar cosechas magníficas, y Taran se quedó inmóvil durante unos momentos con los ojos clavados en los campos que Aeddan había dejado en barbecho, contemplando toda aquella tierra donde no crecería nada por falta de manos que la trabajaran. Lanzó un suspiro y apartó rápidamente la mirada de los campos mientras su mente volvía a centrarse en Melynlas.

Taran no tenía ni idea cíe cómo podía recuperar al corcel de las crines de plata, pero había tomado la decisión de seguir camino hasta la fortaleza del señor Goryon, el lugar

donde Aeddan opinaba que los guerreros habrían llevado al animal. La preocupación que le inspiraba el destino de su amada montura era mayor que nunca, pero Taran trabajó toda la mañana junto a Aeddan. La pareja cíe granjeros apenas había tomado unas migajas de la cena, y Taran no veía ninguna otra forma de devolverles el favor que les habían hecho. Pero cuando llegó el mediodía decidió que no podía correr el riesgo de perder más tiempo y se dispuso a marcharse de la granja.

Alarca estaba inmóvil en la puerta de la choza. La mujer no le había hecho ninguna pregunta y, al igual que su esposo, se había conformado con lo poco que Taran había querido revelarles sobre su empresa, pero ahora habló.

-¿Sigues decidido a continuar por el camino que has escogido? ¿Has dado la espalda a tu hogar y a tu familia? ¿Qué corazón de madre echa de menos a su hijo como yo echo de menos al mío?

-Ay, ninguno que yo conozca -respondió Taran, doblando el jubón de Amren y colocándolo delicadamente en sus manos-. Y ninguno que me conozca a mí.

-Sabes cómo trabajar la tierra y cuidar de una granja -dijo Aeddan-. Si andas buscando un lugar donde seas bienvenido, ya lo has encontrado.

-No sé quién puede llegar a darme la bienvenida en el futuro, pero ojalá lo haga tan de corazón como vosotros -replicó Taran, y tanto él como Gurgi lamentaron despedirse del matrimonio de granjeros.

3 - Goryon y Gast

Aeddan les había indicado el camino más corto para llegar a la fortaleza del señor Goryon, y los dos viajeros pudieron divisarla hacia mediados de la tarde. Taran se dio cuenta de que no era un auténtico castillo, sino un numeroso conjunto de edificios pegados los unos a los otros y rodeados por una barricada de estacas sujetas con lianas y recubiertas por una dura capa de tierra apisonada. La puerta, hecha con gruesos maderos, estaba abierta y había un considerable ir y venir de jinetes, guerreros a pie y pastores que regresaban con sus vacas de los pastos donde habían pasado el día.

Gurgi estaba muy nervioso y asustado, pero Taran siguió adelante intentando que su rostro pareciera lo más tranquilo y seguro de sí mismo posible, y el gentío que circulaba por la puerta permitió que los dos lograran entrar en la fortaleza sin ser vistos y sin que nadie les preguntara qué les había traído hasta allí. Taran encontró los establos sin ninguna dificultad. Eran más espaciosos y estaban más limpios y mejor conservados que el resto de los edificios, y Taran fue rápidamente hacia un joven que estaba removiendo el heno con una horquilla.

-Escucha, amigo -dijo con voz firme-, ¿sabes si han traído aquí un corcel gris que fue capturado por los guerreros del señor Goryon? Dicen que es una montura magnífica y que se ven muy pocas como ella.

-¿Un corcel gris? -exclamó el mozo de establo-. ¡Más bien parece un dragón gris! Ese animal casi logró derribar a coces su aprisco y me propinó un mordisco que no olvidaré en mucho tiempo. El señor Goryon tendrá algunos huesos rotos antes de que acabe el día.

-¿Cómo es eso? -se apresuró a preguntarle Taran-. ¿Qué ha hecho con el caballo?

-¡Di más bien lo que el caballo ha hecho con él! -respondió el muchacho sonriendo-. ¡Ya debe de haberle arrojado al suelo una docena de veces! Ni el mismísimo encargado de los establos consiguió mantenerse sentado más de un momento sobre la grupa de ese diablo, pero Goryon sigue intentando montarlo. Le llaman Goryon el Valeroso, ¿sabes? -dijo el muchacho con una risita. Se tapó la boca con una mano y añadió-: Claro que si quieres saber mi opinión, creo que la tarea le resulta bastante desagradable, pero sus hombres siguen animándole a que lo intente y Goryon está decidido a quebrar el orgullo

de ese animal aunque antes tenga que quebrarle la espalda.

-Amo, amo -murmuró Gurgi con voz aterrada-, ¡corramos en busca del rey Smoit para que nos ayude!

El rostro de Taran había palidecido al oír las palabras del muchacho. Caer Cadarn estaba demasiado lejos y la ayuda de Smoit llegaría demasiado tarde.

-¿Dónde está ese caballo? -preguntó intentando ocultar su preocupación-. Creo que debe de ser un espectáculo digno de verse.

El mozo de establo señaló con su horquilla hacia un edificio bastante largo y de poca altura.

-En el campo de adiestramiento que hay detrás del Gran Salón. Pero ten cuidado -añadió frotándose el hombro-. Mantente lo más alejado posible de él o esa maldita bestia te tratará todavía peor de lo que me trató a mí.

Taran fue hacia allí sin perder ni un momento y apenas había dejado atrás el Gran Salón pudo oír gritos y los furiosos relinchos de Melynlas. Apretó el paso hasta convertirlo en una carrera. Ante él se extendía un pedazo de tierra desprovista de hierba y batida por los cascos de los caballos. Vio a varios guerreros moviéndose en círculos alrededor del corcel gris, que se encabritaba, daba coces y giraba sobre sí mismo alzando los cascos por el aire. Un instante después la corpulenta silueta montada sobre Melynlas salió despedida de la grupa y el señor Goryon se precipitó al suelo agitando frenéticamente los brazos y las piernas, para quedarse tan inmóvil como si fuese un saco lleno de plomo.

Melynlas galopó desesperadamente intentando escapar del círculo de guerreros que le rodeaba, y uno de ellos se apresuró a extender la mano hacia las riendas del caballo. Taran olvidó toda cautela, lanzó un grito y corrió hacia su corcel. Logró agarrar la rienda antes de que el sorprendido guerrero pudiera pensar en sacar su espada de la vaina y rodeó el cuello de Melynlas con ambos brazos mientras el caballo le saludaba piafando alegremente. El resto de los espectadores corrieron hacia Taran mientras éste intentaba montar y subir a Gurgi a la grupa detrás de él. Una mano le agarró por el jubón. Taran se debatió tratando de liberarse y apoyó la espalda en el flanco de Melynlas. El señor Goryon había logrado incorporarse y se abrió paso por entre los guerreros.

-¡Insolencia e impudicia! -rugió Goryon.

Su negra barba salpicada de canas estaba tan erizada como las púas de un puercoespín enfurecido. Taran vio que su tosco rostro estaba cubierto de manchas purpúreas y pensó que podían ser resultado de los golpes, la falta de aliento o la ira, o quizá de las tres cosas a la vez.

-Así que este bribonzuelo osa poner sus manos sobre mi caballo, ¿eh? ¡Lleváoslo! ¡Dadle la paliza que merece este insulto!

-No he hecho más que reclamar mi montura -exclamó Taran-. Melynlas, hijo de Melyngar...

Un hombre alto y flaco que llevaba un brazo en cabestrillo y que Taran supuso que debía de ser el encargado de los establos estaba mirándole fijamente.

-¿Hijo de Melyngar, el corcel de guerra del príncipe Gwydion? Estás hablando de un linaje muy noble. ¿Cómo lo sabes?

-Lo sé tan bien como sé que Melynlas me fue robado por la fuerza -declaró Taran-, Ocurrió cerca de la granja de Aeddan, en las fronteras de vuestro cantrev, y los ladrones también despojaron a mi camarada de su pony.

Intentó explicar quién era y el propósito de su viaje, pero el señor del cantrev no le prestó ninguna atención y le interrumpió con voz enfurecida.

-¡Qué insolencia! -exclamó Goryon, y su barba pareció erizarse todavía más que antes-. ¿Cómo osas insultarme con ese amasijo de mentiras que sale de tu boca de

porquerizo? Mi grupo de vigilantes fronterizos consiguió estas monturas con muchas dificultades, y casi al precio de sus vidas.

-Faltó muy poco para que el precio fuera nuestras vicias -replicó Taran mientras sus ojos recorrían velozmente el círculo de caras que le rodeaba-. ¿Dónde están los jinetes? Os ruego que les llaméis para que confirmen cuanto os he contado.

-¡Más insolencia! -dijo secamente el señor del cantrev-. Mis jinetes recorren las fronteras tal y como se les ha ordenado. ¿Acaso pretendes decirme que tengo a mi servicio un montón de ladrones y gandules que no saben cumplir con su deber?

-Y no cabe duda de que os han prestado un gran servicio -dijo uno de los guerreros volviéndose hacia Goryon-, Son unos auténticos héroes. Supieron plantar cara a nada menos que seis gigantes y...

-¿Gigantes? -repitió Taran, que apenas creía lo que estaba oyendo.

-¡Sí, gigantes! -gritó Goryon-. Ah, Prydain tardará mucho tiempo en olvidar lo que ocurrió cuando los bravos jinetes de Goryon el Valeroso fueron atacados por enemigos que les superaban en número. ¡Dos contra uno! ¿Gigantes? ¡Peor aún, pues uno de ellos era un monstruo terrible con garras y colmillos muy afilados! Otro blandía un tronco de roble en su puño y lo hacía girar a su alrededor como si fuese una ramita. ¡Pero los jinetes de Goryon lograron vencerles a todos en gloriosa y noble batalla!

-Y el corcel también estaba embrujado -añadió otro de los hombres de Goryon-, y luchó con tanta ferocidad como los gigantes. Ese animal es un asesino nato y pelea con el salvajismo de un lobo hambriento.

-Pero Goryon el Valeroso domará a la bestia -añadió otro hombre volviéndose hacia el señor del cantrev-. Volveréis a montar en ella, ¿verdad, Goryon?

-¿Eh? -exclamó Goryon. Sus rasgos se contorsionaron en una mueca de miedo y preocupación-. Cierto, cierto, lo haré -gruñó, y la ira volvió a apoderarse de él-. ¿Acaso crees que no soy capaz de ello? Si lo crees estás insultando mi honor.

Taran se quedó inmóvil rodeado por aquel endurecido grupo de guerreros y empezó a pensar que no lograría dar con ningún medio de convencer al quisquilloso e irascible señor del cantrev, y durante un momento incluso pensó en desenvainar la espada y salir de allí luchando. Pero otro vistazo a los rostros adustos de los hombres que le rodeaban le disuadió de ello e hizo que se sintiera aún más abatido.

-Mi señor, os juro que no miento -dijo Taran con voz firme-. No había gigantes. Sólo mi compañero y yo mismo, y un granjero que luchó junto a nosotros.

-¿Que no había gigantes? -gritó Goryon-, ¡Ah, más insultos! -Pateó el suelo como si éste acabara de ofenderle con alguna impertinencia-. ¿Acaso llamas mentirosos a mis hombres? ¡Te advierto que es como si me lo llamaras a mí!

-Mi señor... -empezó a decir Taran, pero no completó la frase.

Hizo una gran reverencia, pues estaba empezando a comprender que el delicado sentido del honor de Goryon jamás permitiría que el señor del cantrev creyera un relato tan prosaico como el de un robo de caballos; y Taran se dio cuenta de que hasta los miembros del grupo que les había asaltado considerarían mucho más honroso vencer a gigantes que robar a un Ayudante de Porquerizo y su acompañante.

-No llamo mentiroso a nadie y vuestros hombres han dicho la verdad. -Y añadió-: La verdad tal y como la vieron ellos, naturalmente...

-¡Insolencia! -gritó Goryon-. ¡Vieron la verdad tal y como fue! Había gigantes, monstruos y robles arrancados de cuajo. ¡Mis hombres fueron espléndidamente recompensados por su valor, pero tú recibirás una paliza por tu impudicia!

-Mi señor, permitidme que os explique lo que creo que sucedió -siguió diciendo Taran, escogiendo sus palabras con el máximo cuidado, pues hasta el momento sólo había conseguido que Goryon se tomara lo que decía como un insulto o una ofensa-. El sol estaba ocultándose y nuestras sombras hicieron que pareciéramos dos veces más

numerosos de lo que realmente éramos. La verdad es que vuestros hombres vieron el doble de enemigos de los que había en realidad.

»En cuanto a los gigantes... -se apresuró a añadir antes de que el señor del cantrev pudiera protestar ante aquella nueva impertinencia-. Bueno, las largas sombras del crepúsculo nos proporcionaron tal estatura que cualquier hombre habría podido confundirse en cuanto a nuestro auténtico tamaño.

-Y el garrote hecho con un tronco de roble... -empezó a decir Goryon.

-El granjero llevaba consigo un cayado de roble muy grueso -dijo Taran-. Su brazo era robusto y sus golpes veloces, como tuvieron ocasión de comprobar dos de vuestros hombres. Golpeaba con tanta fuerza que no me asombra que sintieran como si un árbol hubiera caído encima de ellos.

El señor Goryon guardó silencio durante un momento, pero se chupó un diente y se frotó la hirsuta barba con una mano.

-¿Y qué hay del monstruo? Esa criatura temible y feroz que mis hombres vieron con sus propios ojos...

-El monstruo se encuentra delante de vos -respondió Taran señalando a Gurgi-. Lleva mucho tiempo siendo mi compañero, y puedo aseguraros que es amable y bondadoso, pero también sé que cuando se le provoca puede llegar a ser el peor de los enemigos.

-¡Él es Gurgi! ¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Osado, listo y feroz para defender a su bondadoso amo!

Enseñó los dientes, agitó sus peludos brazos y dejó escapar un alarido tan horrísono que Goryon y sus hombres retrocedieron un par de pasos.

El rostro del señor del cantrev había empezado a fruncirse con las arrugas indicadoras de la más profunda perplejidad. Goryon cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y miró fijamente a Taran.

-¡Sombras! -gruñó-. Pretendes arrojar sombras de sospecha sobre la bravura de aquellos que me sirven. Otro insulto...

-Si vuestros guerreros creían haber visto lo que afirmaron ver y aun así lucharon contra ello no me parece que eso disminuya su valor -dijo Taran-. De hecho -añadió en voz baja-, creo que su valor es tan considerable como su respeto a la verdad.

-Todo esto no son más que palabras -le interrumpió el encargado de los establos-. Muéstrame algunos hechos. No existe ninguna criatura de cuatro patas que yo sea incapaz de montar..., salvo ésta. Y bien, bribonzuelo, ¿te atreves a montar en ella?

Por toda respuesta Taran subió de un salto a la silla. Melynlas dejó escapar un breve relincho, arañó el suelo con los cascos y se quedó inmóvil. El señor Goryon estaba tan asombrado que faltó poco para que se atragantara, y el encargado de los establos parecía no poder creer lo que veían sus ojos. Un murmullo sorprendido brotó de los hombres de Goryon, pero un instante después Taran oyó una ronca carcajada.

-¡Vaya, Goryon! -gritó uno de los hombres-. ¡Un bribonzuelo monta un caballo que un señor de cantrev ha sido incapaz de domar, y parece dispuesto a llevarse tanto tu caballo como tu honor!

Taran creía haber visto un fugaz alivio en los maltrechos rasgos de Goryon, como si la perspectiva de no tener que montar nuevamente en Melynlas no le resultara del todo desagradable, pero en cuanto oyó las palabras de aquel guerrero los rasgos de Goryon empezaron a oscurecerse a causa de la ira.

-¡Nada de eso! -se apresuró a gritar Taran recorriendo con los ojos el círculo de hombres-. ¿Acaso os gustaría ver a vuestro señor montando el jamelgo de un porquerizo? ¿Creéis que eso resulta adecuado a su noble posición? -Se volvió hacia Goryon, pues acababa de tener una idea tan atrevida como arriesgada-, Y aun así, mi señor, si estuvierais dispuesto a aceptarlo como regalo.., -¿Cómo? -gritó Goryon con toda la fuerza de sus pulmones mientras su rostro se ponía lívido de rabia-. ¡Insultos!

¡Impertinencia! ¡Insolencia! ¿Cómo osas...? ¡No acepto regalos de porquerizos! Y tampoco pienso rebajarme montando nuevamente en esa bestia... -Alzó un brazo-. ¡Fuera de aquí! Sal de mi vista... ¡Y llévate a tu jamelgo, tu monstruo y su pony contigo!

Goryon cerró las mandíbulas con un chasquido claramente audible y no dijo nada más. Un mozo se encargó cíe sacar el pony de Gurgi del establo y los dos compañeros cruzaron la puerta de la fortaleza sin ser molestados bajo las miradas del señor del cantrev y sus hombres.

Taran hizo que Melynlas avanzara al paso y mantuvo la cabeza alta en la postura más orgullosa de que fue capaz. Pero en cuanto estuvieron lo bastante lejos de la fortaleza para no ser vistos, los dos compañeros hincaron los talones en los flancos de sus monturas y galoparon como si en ello les fuera la vida.

-¡Oh, sabiduría que recupera caballos del orgulloso señor! -exclamó Gurgi cuando estuvieron lo bastante lejos para poder considerarse a salvo de cualquier cambio de parecer por parte de Goryon-. Ni tan siquiera Gurgi podría haber sido tan listo. ¡Oh, Gurgi desearía ser tan sabio como su bondadoso amo, pero su pobre y tierna cabeza no es capaz de tan hábiles pensamientos!

-¿Mi sabiduría? -Taran se rió-. A duras penas bastó para compensar la estupidez que me hizo perder a Melynlas.

Observó el valle con expresión preocupada. Estaba anocheciendo y había albergado la esperanza de encontrar alguna granja donde pudieran cobijarse, pues el encuentro con el grupo de hombres de Goryon hacía que no tuviera ningún deseo de averiguar qué otros peligros podían estar acechando por las colinas. Pero su examen del valle no le reveló ninguna casita ni choza, por lo que decidió seguir avanzando a través de la penumbra purpúrea.

No tardaron en ver luces en un claro delante de ellos y Taran tiró de las riendas de Melynlas, deteniendo a su montura cerca de una fortaleza muy parecida a la cíe Goryon, pero aquí había antorchas ardiendo en cada esquina de la empalizada, en soportes que flanqueaban la puerta e incluso sobre el tejado del Gran Salón, como si dentro de éste se estuviese celebrando algún banquete.

-¿Nos atreveremos a detenernos aquí? -dijo Taran-. Si este señor de cantrev nos trata con la misma cortesía que Goryon dormiríamos mejor en el nido de un gwythaint...

Aun así la esperanza de un lecho cómodo y el brillo invitador de las antorchas hacían que su cansancio fuera aún más pesado y difícil de soportar. Taran vaciló unos momentos y acabó dirigiendo a Melynlas hacia la puerta.

Taran alzó la cabeza hacia los hombres de la atalaya y les explicó que eran viajeros conocidos del rey Smoit y que iban a Caer Cadarn, y sintió un gran alivio cuando la puerta giró sobre sus goznes con un crujido y los centinelas les hicieron señas de que entraran. El mayordomo de la fortaleza fue avisado y se encargó de llevar a Taran y a Gurgi hasta el Gran Salón.

-Pedid hospitalidad a mi señor Gast -les dijo el mayordomo-, y él os concederá aquello que le parezca justo y conveniente.

Mientras seguía al mayordomo Taran había estado pensando en una comida caliente y un lecho cómodo, lo que había mejorado considerablemente su estado de ánimo. Del Salón llegaban voces, risas y las alegres notas de un arpa. Taran cruzó el umbral y vio mesas atestadas de comensales a cada lado de una estancia de techo no muy alto. Al otro extremo de la estancia estaba sentado un noble ricamente vestido flanqueado por sus hombres y sus damas. Taran vio que sostenía un cuerno de bebida en una mano y la mayor parte de una pata de venado en la otra.

Taran y Gurgi hicieron una gran reverencia. Antes de que hubieran podido acercarse

más, el arpista, que estaba de pie en el centro del Salón, se dio la vuelta, lanzó un grito de sorpresa y fue corriendo hacia ellos. El arpista cogió la mano de Taran y empezó a sacudirla con tanto entusiasmo que faltó poco para que se la separase del brazo, y Taran se encontró contemplando la larga y puntiaguda nariz y la revuelta cabellera amarilla de su viejo compañero Fflewddur Fflam. El asombro y la alegría que sintió eran tan grandes que no supo qué decir, y se limitó a observarle parpadeando en silencio.

-¡Bien hallados los dos! -exclamó el bardo llevándolos hacia la mesa del noble-. Os he echado de menos desde que nos separamos. ¿No os quedasteis en Caer Dallben? Cuando zarpamos de Mona estaba realmente decidido a abandonar mi vida errante e instalarme para siempre en mi reino -se apresuró a explicar Fflewddur-. Pero me dije: «Fflewddur, viejo amigo, la primavera sólo llega una vez al año». Y aquí está. Y aquí estoy. Pero ¿y vosotros? Primero comida y bebida y luego me contaréis qué ha sido de vuestras vidas desde que nos separamos.

Fflewddur había llevado a los compañeros hasta la mesa del señor Gast y Taran vio a un corpulento guerrero con una barba de color lino embarrado. Su cuello estaba adornado por un hermoso collar; los anillos brillaban alrededor de unos dedos lo bastante robustos para cascar nueces y sus brazos estaban rodeados por bandas de plata batida. Los adornos del señor del cantrev eran caros y estaban muy bien confeccionados, pero Taran vio que mostraban las manchas y salpicaduras no sólo de este banquete, sino de muchos más celebrados en el pasado.

El bardo se volvió hacia el señor Gast y proclamó los nombres de los dos compañeros acompañándolos con un arpegio de su instrumento.

-Tenéis ante vos a quienes arrebataron el Caldero Negro de las garras de Arawn de Annuvin y lucharon junto a Gwydion, príncipe de Don. Que vuestra hospitalidad esté a la altura de su valor.

-¡Así será! -gritó Gast con voz de trueno-. ¡Ningún viajero se ha quejado jamás de la hospitalidad de Gast el Generoso!

Hizo sitio para los compañeros en su mesa, apartó con un barrido del brazo los cuencos y platos vacíos que tenía delante y empezó a dar palmadas llamando a gritos al mayordomo. En cuanto éste se hubo presentado el señor Gast le ordenó que trajera tal surtido de viandas y bebidas que Taran fue incapaz de imaginarse a sí mismo consumiendo aunque sólo fuese la mitad. Gurgi, que estaba hambriento como siempre, chasqueó los labios en alegre anticipación.

Apenas el mayordomo hubo abandonado el Salón el señor Gast empezó a narrar una historia que Taran encontró bastante difícil de seguir y cuyo tema central parecía ser la abundancia y lo escogido de sus viandas y la generosidad con que trataba a los viajeros. Taran escuchó cortésmente todo el discurso, sorprendido y encantado ante la buena suerte que les había llevado hasta la fortaleza de Gast. La presencia de Fflewddur hacía que se sintiera más cómodo de lo que habría estado en otras circunstancias, y acabó reuniendo el valor suficiente para narrar su encuentro con el señor Goryon.

-¡Goryon! -bufó Gast-. ¡Pesado arrogante! ¡Tosco bribón! ¡Fanfarrón y presuntuoso! ¿Y de qué puede alardear? -Cogió un cuerno para beber-. ¿Ves esto? - exclamó-. ¡El nombre de Gast tallado en él con las letras recubiertas de oro! ¡Fíjate en esta copa! ¡Observa este cuenco! Son los utensilios que adornan mi mesa de cada día. En mi almacén los hay mucho más hermosos y delicados. Ya los verás. ¡Goryon! ¡Bah, él sólo entiende de carne de caballo, y a duras penas!

Mientras tanto Fflewddur se había llevado el arpa al hombro y sus dedos empezaron a pulsar las cuerdas creando una melodía.

-Es una cosita insignificante que he compuesto yo mismo -explicó-. Aunque debo decir que ha sido aplaudida y alabada por miles de...

Las palabras apenas habían surgido de sus labios, cuando el arpa se dobló sobre sí

misma como un arco demasiado tenso y una cuerda se partió en dos con un fuerte chasquido.

-¡Condenado instrumento! -murmuró el bardo-. ¿Es que nunca me dejará gozar de un momento de paz? Juro que cada día está peor. Basta con que añada la más leve pincelada de color a los hechos para que eso me cueste una cuerda. Sí, como tenía intención de decir, conozco a media docena de personas que consideraron la canción..., eh... bueno, opinaron que no estaba mal del todo.

Fflewddur hizo un nudo en la cuerda rota con la destreza fruto de una larga y triste práctica.

Taran había estado recorriendo con la mirada el interior del Salón y se sorprendió al ver que los platos y los cuernos para beber de los comensales estaban casi vacíos y, de hecho, no daban señal alguna de haber estado llenos en ningún momento. Su perplejidad aumentó cuando el mayordomo volvió con una bandeja cargada de comida que colocó delante del señor Gast, quien apoyó un codo a cada lado de ella.

-Comed hasta saciaros -dijo Gast volviéndose hacia Taran y Gurgi mientras empujaba hacia ellos un trocito de pan untado con salsa y se quedaba todo el resto de la bandeja para él-. ¡Gast el Generoso siempre da a manos llenas! Sí, admito que es un defecto lamentable que quizá acabe convirtiéndome en un mendigo, pero mi naturaleza me ordena ser magnánimo con todos mis bienes. ¡Es un impulso que no puedo resistir!

-¿Generoso? -murmuró Taran volviéndose hacia Fflewddur mientras Gurgi, que acababa de engullir su magra ración, miraba abatido a su alrededor buscando algo más que llevarse a la boca-. Tengo la impresión de que comparado con él un avaro parecería un auténtico derrochador.

Y así transcurrió la cena, con Gast apremiando continuamente a los compañeros a que se atiborrasen pero sin ofrecerles más que unos trocitos de carne correosa de la bandeja llena de comida. Los compañeros tuvieron que conformarse con disponer de los escasos restos dejados por Gast cuando éste hubo tragado todo lo que daba de sí su estómago. Su cabeza empezó a inclinarse debido a la somnolencia y la barba se le metió en el cuerno para beber. Los tres compañeros acabaron abandonando el Salón bastante abatidos y con los vientres vacíos y lograron llegar hasta una habitación muy mal amueblada, pero lo incómodo del alojamiento no impidió que durmieran como troncos.

Por la mañana Taran estaba impaciente por reanudar el viaje hacia Caer Cadarn. Fflewddur accedió a ir con ellos, pero el señor Gast dijo que no les permitiría marchar hasta que los compañeros se hubiesen maravillado ante sus almacenes. El señor del cantrev abrió cofres repletos de copas, adornos, armas, arreos y muchas cosas más que Taran juzgó que debían de ser de gran valor, pero todo estaba guardado en un desorden tan absoluto que apenas si se podía distinguir una cosa de la otra. Los ojos de Taran acabaron posándose en un cuenco para beber vino de formas tan elegantes como hermosas, el más bello que había visto en toda su existencia. Por desgracia no tuvo mucha ocasión de admirarlo, pues el señor del cantrev se apresuró a poner en sus manos una brida muy adornada y la sustituyó con idéntica rapidez por un par de estribos sobre los que derramó un nuevo y entusiástico torrente de alabanzas.

-Ese cuenco para beber vino vale lo que todo lo demás junto -murmuró Fflewddur mirando a Taran mientras el señor Gast guiaba a los tres compañeros de los almacenes a un espacioso aprisco para vacas situado junto a la barricada-. He reconocido la mano de Annlaw el Moldeador de la Arcilla, un maestro entre los artesanos y el alfarero más dotado de todo Prydain. ¡Juro que su torno está encantado! ¡Pobre Gast! -añadió Fflewddur-, ¡Se considera rico, y apenas tiene idea de lo que posee!

-Pero ¿cómo ha conseguido tales tesoros? -preguntó Taran.

-Bueno, en cuanto a eso... Creo que es mejor no hacerle preguntas al respecto -murmuró Fflewddur acompañando sus palabras con una sonrisa-. Es muy probable que

los haya conseguido mediante el mismo sistema que usó Goryon para apoderarse cíe tu caballo.

-Y ésta -exclamó el señor del cantrev, deteniéndose junto a una vaca negra que pastaba tranquilamente, rodeada por el resto del rebaño-, ¡ésta es Cornillo, la vaca más hermosa de todo Prydain!

Taran no tuvo más remedio que estar de acuerdo con las palabras del señor del cantrev, pues Cornillo brillaba como si acabaran de frotarle el pelaje y sus cortos cuernos curvados centelleaban reflejando los rayos del sol.

El señor Gast acarició orgullosamente los lustrosos flancos del animal.

-¡Pacífica como una oveja! ¡Fuerte como un buey! ¡Veloz como un caballo y tan sabia como una lechuza! -siguió diciendo Gast.

Cornillo continuó masticando tranquilamente los tallos de hierba mientras volvía sus ojos cargados de paciencia hacia Taran, como si albergara la esperanza de que éste no la tomara por nada que no fuese una vaca.

-Cornillo sabe guiar mi rebaño mejor de lo que podría hacerlo cualquier pastor -declaró el señor Gast-. Si es necesario puede tirar de un arado o hacer girar la piedra de un molino harinero. ¡Siempre da a luz gemelos! Y en cuanto a la leche... ¡No la hay más sabrosa que la suya! ¡Nata pura hasta la última gota! ¡Es tan espesa y rica que las muchachas de la vaquería apenas si pueden removerla!

Cornillo dejó escapar el aire en lo que casi era un suspiro, movió el rabo y siguió pastando. El señor Gast llevó a los compañeros hasta el cobertizo donde guardaba sus gallinas y de allí a la cetrería. La mañana ya estaba bastante avanzada y Taran había empezado a pensar que jamás conseguirían abandonar la fortaleza, cuando Gast ordenó que prepararan sus monturas.

Taran vio que Fflewddur seguía montando a Llyan, la enorme gata de pelaje dorado que había salvado las vidas de los compañeros en la Isla de Mona.

-Sí, decidí quedármela... o, mejor dicho, fue ella quien decidió quedarse conmigo -explicó el bardo. Llyan, que había reconocido a Taran, fue hacia él y empezó a frotarle el hombro con la cabeza-. Adora el arpa más que nunca -siguió diciendo Fflewddur-. Nunca se cansa de oírla.

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras Llyan movió sus enormes bigotes y giró sobre sí misma para empujar insistentemente al bardo con la cabeza, por lo que Fflewddur no tuvo más remedio que descolgar el instrumento de su hombro y pulsar unos cuantos acordes mientras Llyan le observaba con devoción, entre parpadeo y parpadeo de sus inmensos ojos amarillos, ronroneando estrepitosamente.

-Adiós -dijo el señor del cantrev cuando los compañeros hubieron montado-. ¡Volved a la fortaleza de Gast el Generoso siempre que deseéis ser recibidos con la más cálida de las bienvenidas!

-Esa clase de generosidad podría acabar matándonos de hambre -observó Taran riendo mientras reemprendían la marcha en dirección este-, Gast se considera magnánimo de la misma forma que Goryon se cree valeroso; y por lo que yo puedo juzgar ninguno de los dos es lo que opina. Y aun así -añadió-, parece que ambos viven felices y muy satisfechos de sí mismos. Me pregunto si realmente un hombre no acabará siendo lo que ve en sí mismo...

-Sólo si lo que ve es cierto -respondió Fflewddur-. Si la diferencia existente entre los hechos y sus opiniones es demasiado grande, entonces... ¡Ah, entonces, amigo mío, yo diría que ese hombre tiene tan poca sustancia como los gigantes de Goryon!

»Pero no les juzgues con demasiada dureza -siguió diciendo Fflewddur-. Todos estos nobles de los cantrev se parecen mucho los unos a los otros. Pasan con gran facilidad de pinchar como puercoespines a ser tan amistosos y juguetones como cachorritos. Todos guardan celosamente sus posesiones, pero si ése es su capricho pueden mostrarse

increíblemente generosos. En cuanto al valor... Bueno, no son unos cobardes. La muerte cabalga junto a ellos sobre su silla de montar sin que les importe, y les he visto entregar su vida alegremente en una batalla para salvar a un camarada. Al mismo tiempo -añadió-, las experiencias de mis viajes me han enseñado que cuanto más lejano está el hecho, más grande y asombroso se va volviendo, y la batalla más gloriosa siempre es la que tuvo lugar hace más tiempo. No debe sorprenderte que haya tantos héroes y que sea tan fácil tropezar con ellos.

»Ah, si tuvieran arpas como la mía... -dijo Fflewddur contemplando cautelosamente su instrumento-. ¡Te aseguro que todas las fortalezas de Prydain resonarían con el estruendo de las cuerdas al partirse!

4 - Un asunto de vacas

Los compañeros divisaron el estandarte carmesí de la Casa de Smoit a última hora de aquella tarde. El emblema del oso negro flotaba orgullosamente sobre las torres de Caer Cadarn. A diferencia de las fortalezas rodeadas por barricadas de los señores de los cantrev el castillo de Smoit tenía muros de piedra tallada y puertas recubiertas de hierro lo bastante gruesas para rechazar cualquier ataque. Las señales de las piedras y los arañazos visibles en la puerta revelaron a Taran que el castillo había resistido unos cuantos asaltos, pero las puertas se abrieron rápidamente para acoger a los tres viajeros y una guardia de honor compuesta por lanceros se apresuró a escoltarles.

El rey de la barba pelirroja estaba sentado a la mesa en su Gran Salón, y a juzgar por el despliegue de platos, bandejas y cuernos para beber tanto llenos como vacíos, Taran pensó que Smoit debía de haberse pasado todo el día comiendo. En cuanto vio a los compañeros el rey saltó de su trono hecho con madera de roble. El trono tenía la forma de un oso gigante, y se parecía bastante al mismo Smoit.

-¡Por mi cuerpo y mis huesos! -rugió Smoit con tal potencia que su voz hizo vibrar los platos colocados sobre la mesa-, ¡Veros a todos es mucho mejor que un banquete! -Su rostro surcado por las cicatrices de la batalla se iluminó con una sonrisa de placer y sus robustos brazos rodearon a los tres compañeros propinándoles un abrazo que hizo crujir sus articulaciones-. Venga, rasca ese viejo cacharro tuyo y arráncale una canción -gritó volviéndose hacia Fflewddur-. ¡Una canción alegre para un alegre encuentro! Y tú, muchacho... -siguió diciendo mientras posaba sus manazas cubiertas de vello rojizo sobre los hombros de Taran-, Cuando te vi por última vez estabas tan flaco como una gallina desplumada. Y tu peludo amigo... ¿Qué ha hecho? ¿Revolcarse en los arbustos todo el trayecto desde Caer Dallben hasta aquí?

Smoit dio una palmada, gritó pidiendo más vino y comida y se negó a permitir que Taran abriera la boca hasta que los compañeros hubiesen comido y el rey hubiera engullido otra buena ración de viandas.

-¿El Espejo de Llunet? -exclamó Smoit cuando Taran pudo hablarle por fin de lo que le había traído hasta allí-. Jamás he oído hablar de semejante objeto. Buscar un espejo en las montañas de Llawgadarn sería como buscar una aguja en un pajar. -La frente del rey se cubrió de amigas y meneó la cabeza-. Las montañas de Llawgadarn se encuentran en la tierra de los Commots Libres, y en cuanto a si sus habitantes estarán dispuestos a ayudarte...

-¿Los Commots Libres? -preguntó Taran-. He oído hablar alguna vez de esas tierras, pero apenas sé nada sobre ellas.

-Son un conjunto de pueblecitos y aldeas -le explicó Fflewddur-, Empiezan al este de los Cantrevs de las Colinas y se extienden hasta llegar al Gran Avren. Nunca he viajado por esa comarca. Los Commots Libres se encuentran un poco demasiado lejos incluso para alguien tan amante del vagabundeo como yo. Pero la tierra es la más

hermosa de Prydain: colinas, valles, suelo muy fértil que cultivar y una hierba magnífica para el ganado. También hay hierro para forjar buenas espadas, y oro y plata para moldear los adornos más hermosos. Se dice que Annlaw el Moldeador de la Arcilla vive entre la gente de los Commots, al igual que muchos otros artesanos: tejedores, herreros... Sus habilidades han sido el gran orgullo de los Commots desde épocas inmemoriales.

-Sí, son un pueblo orgulloso -dijo Smoit-. Y bastante tozudo... No doblan el espinazo ante ningún señor de los cantrevs, sino sólo ante el Gran Rey Math.

-¿No obedecen a los señores de los cantrevs? -preguntó Taran, asombrado-. Entonces... ¿quién les gobierna?

-Oh, ellos mismos -respondió Smoit-. También son gente fuerte y animosa, ¿sabes? ¡Y, por mi barba, estoy seguro de que hay más paz y buena vecindad en los Commots Libres que en cualquier otro lugar de Prydain! Siendo así, ¿qué necesidad tienen de reyes o señores? La verdad es que cuando piensas en ello -añadió-, la fuerza de un rey está en la voluntad de aquellos a los que gobierna.

Taran había estado escuchando con mucha atención las palabras de Smoit y asintió con la cabeza.

-No se me había ocurrido considerarlo de esa forma -dijo casi como si hablara consigo mismo-. Cierto, un rey sólo tiene súbditos cuando éstos se someten voluntariamente a él.

-¡Basta de charla! -exclamó Smoit-. Hace que me duela la cabeza y me seca el gaznate. Bebamos y comamos un poco más de carne. Olvida el Espejo y quédate una temporada conmigo en mi cantrev, muchacho. Iremos de caza, nos divertiremos y celebraremos grandes banquetes. Si te quedas aquí conseguirás acumular más carne sobre tus huesos que si andas dando tumbos de un lado para otro buscando una fantasía, y te aseguro que nadie podría darte un consejo mejor, muchacho.

Pero cuando se dio cuenta de que no conseguiría persuadir a Taran de que se quedara, Smoit accedió a proporcionarles todo cuanto pudieran necesitar para su viaje. A la mañana siguiente el rey les abrió las puertas de sus almacenes después de un desayuno abundantísimo que dijo serviría para despertarles el apetito y les acompañó para asegurarse de que escogían los mejores equipos.

Taran apenas había empezado a examinar los rollos de cuerda, alforjas y arreos de cuero, cuando uno de los centinelas del castillo entró corriendo en la estancia.

-¡Alteza! -gritó el centinela-. Acaba de llegar un jinete enviado por el señor Gast. ¡Unos incursores de la fortaleza de Goryon le han robado su vaca más preciada y se han llevado el resto del rebaño con ella!

-¡Mi pulso! -rugió Smoit-. ¡Mi aliento y mi sangre! -Las espesas e hirsutas cejas del rey se erizaron y su rostro se puso tan rojo como su barba-. ¿Cómo osa crear semejantes problemas en mi cantrev?

-Los hombres de Gast han tomado las armas y se preparan para atacar a Goryon - se apresuró a decir el centinela-. Gast pide vuestra ayuda. ¿Querréis hablar con su mensajero?

-¿Hablar con él? -tronó Smoit-. Cargaré de grilletes a su señor por haber quebrantado la paz. ¡Peor aún! ¡Le castigaré por haberla quebrantado sin mi permiso!

-¿Cargaréis de grilletes a Gast? -preguntó Taran con cierta perplejidad-. Pero si es Goryon quien le ha robado su vaca...

-¿Su vaca? -exclamó Smoit-. ¡Su vaca, oh, sí! Gast le robó esa vaca a Goryon el año pasado, y el año anterior fue al revés. Ninguno de los dos tiene ni la más mínima idea de quién es el auténtico propietario del animal. Esos dos bravucones siempre han estado peleando el uno con el otro y la llegada del calor ha hecho que vuelva a hervirles la sangre. Pero yo me encargaré de enfriársela... ¡En mis mazmorras! ¡Me ocuparé de Gast

y de Goryon, te lo aseguro!

Smoit cogió una enorme hacha de guerra de doble filo.

-¡Les traeré hasta aquí cogidos por las orejas! -rugió-. Ya conocen mis mazmorras. Han estado dentro de ellas en más de una ocasión. ¿Quién viene conmigo?

-¡Yo! -gritó Fflewddur mientras se le encendían los ojos-. ¡Por el Gran Belin, un Fflam jamás rehuye el combate!

-Alteza, ya sabéis que estamos dispuestos a ayudaros siempre que lo necesitéis -empezó a decir Taran-. Pero...

-¡Pues ya puedes ir montando en tu caballo, muchacho! -gritó Smoit-. Verás cómo hago justicia. ¡Te aseguro que habrá paz entre Gast y Goryon aunque tenga que romperles la cabeza a ambos para conseguirlo!

Smoit salió de la estancia haciendo girar su hacha de guerra mientras gritaba órdenes a diestro y siniestro. Una docena de guerreros montaron sobre sus caballos. Smoit subió a la grupa de un corcel de gran talla que tenía el pecho tan grande como un barril, dejó escapar el aire por entre sus dientes en un silbido tan potente que debió de faltar muy poco para que se rompieran y movió la mano indicando a sus hombres que ya podían ponerse en movimiento. Taran se encontró montado sobre Melynlas, galopó a través del patio del castillo casi sin darse cuenta de lo que hacía y salió por la puerta rodeado de gritos y confusión sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo.

El rey de la barba pelirroja les hizo cruzar los valles a tal velocidad que incluso Llyan tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse rezagada. Gurgi se aferraba al cuello de su pony lanzado a un galope frenético y trataba de recuperar el aliento. Cuando el rey alzó la mano indicando que iban a hacer una parada su caballo ya estaba cubierto de sudor, igual que Melynlas.

-¡Y ahora, un poco de carne! -gritó Smoit.

Desmontó de un salto. Parecía tan fresco como si aquella frenética galopada sólo hubiera sido un tranquilo paseo matinal. Los compañeros aún estaban intentando recuperar el aliento y no tenían ni pizca de apetito, pero Smoit dio una ruidosa palmada sobre el grueso cinturón de bronce que rodeaba su estómago.

-El hambre hace que el soldado sucumba a la melancolía y despoja de todo su atractivo a la batalla.

-Alteza, ¿tendremos que combatir con el señor Gast? -preguntó Taran con cierta preocupación, pues Smoit sólo llevaba consigo a los doce guerreros que habían salido de Caer Cadarn-. Y si los hombres del señor Goryon han tomado las armas... Bueno, quizá seamos demasiado pocos para enfrentarnos a todos ellos.

-¿Combatir? -replicó Smoit-. No, y es una lástima. Tendré a esos perturbadores de la paz agarrados por la nariz y metidos en mis mazmorras antes de que anochezca. Harán lo que yo les ordene, ya lo verás. ¡Soy su rey, por mi barba! Aquí hay fuerza más que suficiente para hacer que lo recuerden -añadió agitando uno de sus robustos puños.

-Pero... -se atrevió a decir Taran-, Vos mismo me dijisteis que la auténtica fuerza de un rey estaba en la voluntad de aquellos a los que gobernaba.

-¿Qué? -gritó Smoit, que acababa de sentarse en el suelo apoyando su corpachón en el tronco de un árbol y se disponía a atacar la pata de venado que había sacado de su alforja-. ¡No intentes confundirme con mis propias palabras! Por mi cuerpo y mis huesos... ¡Un rey siempre es un rey!

-Sólo intentaba recordaros que ya habéis encerrado a Gast y Goryon en vuestras mazmorras más de una vez y que siguen peleándose -respondió Taran-. ¿No hay ninguna forma de mantener la paz entre ellos? O de hacerles entender que...

-¡Ya les daré yo razones! -tronó Smoit cogiendo su hacha de guerra. Frunció el ceño y sus espesas cejas volvieron a erizarse-. Aunque hay algo cíe verdad en lo que dices... -

admitió, y puso tan mala cara como si acabase de encontrar un trozo de nervio en la pata de venado-. Entran en las mazmorras de mal humor y salen de ellas aún más enfadados que antes de visitarlas. Sí, muchacho, creo que has dado con algo digno de ser considerado... Las mazmorras no sirven de nada con ese par. ¡Y por mi pulso que sé por qué! Esas mazmorras necesitan más humedad y más corrientes de aire. ¡Y las tendrán! Haré que las rieguen esta misma noche.

Taran se disponía a observar que ésa no era la solución en que había estado pensando, pero Fflewddur lanzó un grito y señaló a un jinete que había empezado a cruzar la pradera al galope.

-¡Lleva los colores de Goryon! -gritó Smoit.

Se levantó de un salto sosteniendo la pata de venado en una mano y el hacha en la otra. Dos de los guerreros montaron rápidamente sobre sus caballos, desenvainaron la espada y picaron espuelas para interceptar al jinete. Pero éste alzó el brazo con la empuñadura de su acero hacia abajo y gritó que traía un mensaje del señor del cantrev.

-¡Bribón! -rugió Smoit. Dejó caer tanto el hacha como la pata de venado, agarró al jinete por el cuello y le arrancó de la silla de montar-. ¿Qué está tramando ahora ese bellaco? ¡Habla! ¡Dame las noticias que traes o te las arrancaré por la fuerza junto con tus entrañas!

-¡Alteza! -jadeó el mensajero-. El señor Gast nos ha atacado con un gran número de hombres. Mi señor Goryon se encuentra en una situación muy apurada. Ha ordenado a más guerreros suyos que tomen las armas y solicita vuestra ayuda.

-¿Y las vacas? -preguntó Smoit-. ¿Ha conseguido recuperarlas? ¿Siguen en poder de Goryon?

-Ninguna de las dos cosas, alteza -respondió el mensajero con cierta dificultad, pues Smoit no paraba de sacudirle violentamente entre palabra y palabra-. El señor Gast atacó a mi señor Goryon para recuperar su rebaño con intención de llevarse también el rebaño de mi señor Goryon, pero mientras luchaban, los animales se asustaron y salieron huyendo. ¿Las vacas? ¡Alteza, los dos rebaños se han esfumado hasta la última res, y Cornillo también ha desaparecido!

-¡Que esto sea una buena lección para ese par de robavacas, y que no se hable más del asunto! -declaró Smoit-. Si Gast y Goryon hacen las paces les ahorraré la visita a mis mazmorras.

-Alteza, el combate se vuelve más encarnizado a cada momento que pasa -dijo el mensajero con voz apremiante-. Ninguno de los dos está dispuesto a hacer la paz. Cada uno culpa al otro de la pérdida de su rebaño. Mi señor Goryon ha jurado vengarse del señor Gast, y el señor Gast ha jurado vengarse de mi señor Goryon.

-Tanto el uno como el otro llevaban mucho tiempo con ganas de pelea -dijo Smoit muy enfadado-. ¡Esto les ha servido de excusa! -Llamó a uno de sus guerreros y le ordenó que llevara al mensajero del señor Goryon hasta Caer Cadarn en calidad de rehén-. Y los demás, a caballo -ordenó Smoit-. Por mi cuerpo y mis huesos, parece que aún tendremos derecho a un poco de diversión después de todo. -Cogió su hacha- . ¡Oh, sí, hoy habrá montones de cabezas rotas! -exclamó con alegría, y su tosco rostro se iluminó como si se dirigiera a una fiesta en vez de a la batalla.

-Los bardos compondrán canciones sobre esta hazaña -exclamó Fflewddur, contagiado por el ardor de Smoit-. ¡Un Fflam en pleno fragor de la batalla! ¡Y cuanto más encarnizada y sangrienta sea, mejor! -El arpa tembló y una cuerda se partió en dos-. Bueno -se apresuró a añadir Fflewddur-, lo que realmente quería decir es que ojalá no debamos enfrentarnos a un número excesivo de enemigos...

-Alteza -dijo Taran mientras Smoit iba hacia su caballo-, si Gast y Goryon no quieren hacer las paces porque han perdido sus rebaños, ¿no creéis que deberíamos buscar las vacas?

-¡SI, sí! -dijo Gurgi-. ¡Debemos encontrar a las vacas perdidas y extraviadas y poner fin a los mandobles y redobles!

Pero Smoit ya había montado y estaba gritando órdenes a sus guerreros; y Taran no tuvo más remedio que seguirle al galope. No tenía ni idea de hacia qué fortaleza estaba llevándoles y Taran acabó decidiendo que en lo que concernía al rey, no le importaba demasiado quién cayera primero en sus manos, si Gast o Goryon.

Pero Taran no tardó en reconocer el camino que él y Gurgi habían seguido cuando abandonaron la granja de Aeddan, y pensó que Smoit se dirigía hacia la fortaleza de Goryon. Pero en cuanto hubieron cruzado al galope una pradera el rey desvió su montura hacia la izquierda y Taran vio un grupo de jinetes a cierta distancia de ellos.

En cuanto divisó sus estandartes Smoit lanzó un alarido de furia y espoleó a su montura para que les alcanzara, pero los jinetes iban a galope tendido y no tardaron en desaparecer dentro del bosque. Smoit tiró de las riendas y tuvo que conformarse con insultarles y amenazarles blandiendo su robusto puño.

-Conque Goryon ha llamado a más guerreros para que tomen parte en el combate, ¿eh? -rugió Smoit con el rostro color escarlata-. ¡Pues Gast ha hecho lo mismo! ¡Esos bribones llevaban sus colores!

-Alteza, si logramos encontrar a las vacas... -empezó a decir Taran.

-¡Vacas! -tronó Smoit-. Muchacho, aquí hay en juego algo más que unas simples vacas. Un enfrentamiento de esta clase puede extenderse tan deprisa como el fuego en un montón de yesca. Esos rufianes sin sesos conseguirán que todo Cadiffor acabe envuelto en llamas, ¡y antes de que nos demos cuenta estaremos matándonos los unos a los otros! ¡Pero te juro por mi barba que no tardarán en averiguar que mis puños hacen mucho más daño que los suyos!

Smoit vaciló y su rostro se oscureció a causa de la preocupación que sentía. Frunció el ceño y se tiró de la barba. -Los señores del cantrev vecino... -murmuró-. ¡Cuando vean que luchamos entre nosotros no se mantendrán mano sobre mano! ¡Aprovecharán la ocasión para atacarnos! -Pero ¿y qué hay de las vacas? -le apremió Taran-. Nosotros tres podemos buscarlas mientras vos... -¡Las mazmorras! -gritó Smoit-. Encerraré a Gast y Goryon en la más profunda antes de que la situación se vuelva totalmente incontrolable.

Smoit pegó los talones a los flancos de su montura y salió disparado hacia adelante. Había decidido olvidarse del sendero, y no tardó en hallarse avanzando a una velocidad temeraria por entre los arbustos y la espesura del bosque. Smoit galopó sobre las piedras de la orilla de un río y metió su caballo en la veloz corriente seguido por los compañeros y el grupo de guerreros. El rey no había escogido un buen sitio para vadear el río, y un instante después Taran se encontró con que el agua le llegaba a la altura de la silla de montar. Smoit siguió avanzando mientras lanzaba gritos de impaciencia. Taran vio que el rey se incorporaba sobre los estribos para hacer señas a quienes le seguían y ordenarles que se dieran más prisa, pero un momento después su caballo perdió pie y empezó a desplomarse hacia un lado. El corcel y su jinete se hundieron en las aguas del río con un estruendoso chapoteo, y antes de que Taran pudiera hacer avanzar a Melynlas para ayudarle, la fuerza de la corriente ya había separado a Smoit de su montura y el rey se vio arrastrado río abajo como si fuera un tonel con brazos y piernas.

Algunos de los guerreros que se encontraban detrás de Taran habían vuelto grupas con la intención de alcanzar al rey desplazándose por la orilla del río. Taran estaba más cerca de la otra orilla y tensó las piernas sobre los flancos de Melynlas pidiéndole que diera de sí cuanto era capaz. El corcel obedeció. Taran logró saltar cié la silla a tierra

firme y echó a correr por la orilla en pos de Smoit. El ruido del agua cada vez era más fuerte y Taran, aterrado, comprendió que el rey estaba siendo arrastrado hacia una cascada. Taran redobló sus esfuerzos sintiendo como si el corazón fuera a reventarle dentro del pecho, pero antes de que pudiera llegar a los rápidos vio como la barba pelirroja del rey se hundía bajo los torbellinos. Smoit desapareció cascada abajo, y Taran lanzó un grito de desesperación.

5 - Un juicio

Taran bajó por las rocas que asomaban junto a la cascada. Sus ojos apenas si lograron distinguir el corpulento cuerpo de Smoit, que giraba lentamente entre los remolinos de espuma blanca que cubrían las aguas de una especie de estanque natural. Taran se abrió paso por entre los rápidos sin prestar atención a los embates de la corriente y saltó al estanque. Buscó a tientas el cinturón de Smoit y logró encontrarlo. Taran luchó contra el remolino y estuvo a punto de ahogarse, pero por fin logró arrastrar al rey hasta la orilla.

El rey casi había perdido el conocimiento y tenía una herida en la frente que sangraba copiosamente. Su rostro estaba tan blanco como la tiza. Taran siguió tirando de su cuerpo empapado hasta que hubo conseguido alejarlo de las revueltas aguas y llevarlo a un lugar seguro. Gurgi y Fflewddur aparecieron junto a él un momento después y le ayudaron a transportar al rey. Smoit se derrumbó sobre el suelo como si fuese una ballena varada en la playa.

Gurgi se encargó de aflojar las ropas del rey entre gemido y gemido de preocupación mientras Taran y el bardo se apresuraban a examinar sus heridas.

-Puede considerarse afortunado si sólo tiene esa herida en la cabeza y la mitad de las costillas rotas -dijo Fflewddur-. Un hombre menos robusto habría acabado partido en dos. Pero ahora sí que estamos metidos en un buen lío... -añadió en voz baja mientras miraba de soslayo a los guerreros, que se habían reunido con ellos y estaban inmóviles a cierta distancia observando a Smoit, quien seguía inconsciente-. Ya no llevará a Gast y a Goryon hasta sus mazmorras arrastrándoles por los pies. Necesita más cuidados de los que podemos proporcionarle. Será mejor que le llevemos a Caer Cadarn.

Taran meneó la cabeza. Recordaba lo que había dicho Smoit, y sabía que los señores del cantrev vecino aprovecharían aquella ocasión para atacarles. También estaba convencido de que encontrar a Cornillo sería la mejor forma de conseguir que Gast y Goryon hicieran las paces y de poner fin al enfrentamiento, pero sus pensamientos estaban tan enredados y confusos como el tapiz de Orddu y durante unos momentos deseó estar en el lugar de Smoit, pues dada la situación actual su inconsciencia le parecía un estado casi envidiable.

-La granja de Aeddan está más cerca -dijo por fin-. Le llevaremos allí y Gurgi se quedará con él. Tú y yo tenemos que ir en busca de Gast y Goryon y hacer cuanto podamos para detener la batalla. En cuanto a Cornillo y el rebaño, dudo mucho que haya alguna esperanza de encontrarles.

Los compañeros empezaron a desgarrar sus capas para vendar las heridas de Smoit con las tiras de tela. Los párpados del rey se movieron y sus labios dejaron escapar un ronco gemido.

-¡Dadme algo de comer! -jadeó Smoit-. Puede que esté medio ahogado, pero me niego a morir de hambre. -Puso una mano sobre el hombro de Taran-, Buen muchacho, buen muchacho... Me has salvado la vida. Un momento más y habría acabado convertido en puré. Pídeme lo que quieras y te garantizo que será tuyo.

-No tengo nada que pediros -replicó Taran mientras anudaba los vendajes alrededor del enorme pecho de Smoit-. Ay -murmuró-, sólo deseo una cosa y nadie puede concedérmela.

-No importa -jadeó Smoit-. Si deseas algo de mí, lo tendrás.

-Alteza, estáis malherido y no podéis ir muy lejos -dijo Taran mientras Smoit intentaba levantarse-. Dadnos permiso para ir con vuestros guerreros y...

-¡Amable amo, escuchad! -gritó Gurgi cíe repente-, ¡Oíd y escuchad con toda la oreja!

Llyan también debía de haber captado algún sonido, pues tenía las orejas inclinadas hacia adelante y le temblaban los bigotes.

-¡Son mis tripas que piden carne y bebida! -exclamó Smoit-. ¡Ah, sí, deben de hacer mucho ruido, porque estoy más vacío que un tambor!

-No, no -gritó Gurgi, cogiendo a Taran por el brazo y tirando de él hacia los árboles que había junto al río-. ¡Gurgi no oye zumbidos y silbidos, sino mugidos!

Smoit les siguió con paso tambaleante apoyándose en el bardo. Gurgi estaba en lo cierto. Los agudos oídos de la criatura no la habían engañado. Taran oyó un débil mugido. Gurgi corrió hacia el origen del sonido. Más allá de los árboles el terreno bajaba de nivel formando una hondonada por la que corría un riachuelo. Taran lanzó una exclamación de asombro. El rebaño estaba en la hondonada pastando tranquilamente alrededor de Cornillo.

-¡Por mi pulso! -gritó Smoit.

Su grito hizo que una docena de cabezas con cuernos se volvieran hacia él y le contemplaran con expresión alarmada, como si Smoit fuese una nueva y extraña especie de toro que acababa de irrumpir en su pastizal.

-¡Gran Belin! -exclamó Fflewddur-. Cornillo las ha llevado a todas hasta un lugar seguro. ¡Es más lista que cualquiera de sus amos!

Taran corrió hacia la vaca. Cornillo alzó la cabeza y dejó escapar el aliento mientras ponía los ojos en blanco, como si pidiera al cielo que fuese testigo de hasta dónde llegaba su paciencia. El dolor de sus abundantes heridas y morados no impidió que Smoit diese una palmada triunfal, y el rey empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones llamando a sus guerreros.

-Alteza, permitid que llevemos el rebaño a la granja de Aeddan -le apremió Taran-. Vuestras heridas deben ser atendidas mejor de lo que hemos podido hacerlo hasta ahora.

-Llévalas donde quieras, muchacho -respondió Smoit-. ¡Por mi cuerpo y mis huesos, ya las tenemos! ¡Esto hará que Gast y Goryon vengan al galope hasta mí! - Llamó a dos jinetes y les ordenó que llevaran un mensaje a los señores del cantrev-. Hablad con esos dos buscabullas y decidles dónde les espero -exclamó Smoit-. ¡Y decidles que hemos encontrado sus vacas y que ya pueden dejar de pelear!

-¡Y ha sido Gurgi quien las encontró! -gritó Gurgi mientras daba saltos y hacía piruetas-. ¡Sí, sí! ¡El osado y astuto Gurgi encuentra todo lo que se ha perdido con sus fieles orejas, oh, sí! -Se rodeó el cuerpo con sus velludos brazos, dando la impresión de que estaba a punto de reventar por el orgullo y el placer que sentía ante su hazaña-. ¡Oh, los bardos cantarán lo listo que es Gurgi con zumbidos y tañidos!

-Estoy seguro de que lo harán, viejo amigo -dijo Taran-, Has encontrado el rebaño, pero no olvides que aún nos falta vérnoslas con Gast y Goryon..., y sólo hay una Cornillo.

Al principio las vacas no parecían tener muchas ganas de abandonar aquella hondonada, pero Taran concentró sus esfuerzos en Cornillo y acabó consiguiendo llevarla por el valle en dirección a la granja de Aeddan. Las otras vacas la siguieron mugiendo y meneando la cabeza, y la curiosa procesión avanzó serpenteando por las praderas y las colinas cubiertas de hierba. Los guerreros de Smoit flanqueaban el rebaño y el rey de la barba pelirroja lo acompañaba blandiendo una lanza como si fuera el cayado de un pastor. Llyan avanzaba silenciosamente detrás del rebaño, manteniéndose alerta por si alguna res se descarriaba, y Gurgi iba montado sobre Cornillo con una

expresión tan orgullosa como si fuese un extraño gallo peludo.

En cuanto la choza de Aeddan apareció ante sus ojos Taran se adelantó al galope gritando el nombre del granjero, pero apenas había tenido tiempo de desmontar cuando la puerta se abrió bruscamente y Taran retrocedió un par de pasos, muy sorprendido. Aeddan estaba de pie en el umbral con una espada de hoja oxidada en la mano, y Taran pudo ver a Alarca detrás del granjero. La esposa de Aeddan lloraba y tenía el rostro medio oculto en su delantal.

-¿Es así como devuelves los favores que se te hacen? -exclamó Aeddan, reconociendo a Taran nada más verle. Movió el brazo señalando con su vieja espada al grupo de guerreros que se aproximaba, y sus ojos ardían de furia-. ¿Has venido con ellos para echar a perder nuestras tierras? ¡Pues ya puedes marcharte, porque no queda nada que destruir!

-¿Qué ha ocurrido? -tartamudeó Taran, asombrado al oír aquellas palabras en boca de alguien a quien consideraba un amigo-. Vengo acompañado por el rey Smoit y sus hombres. Queremos que haya paz entre Gast y Goryon...

-¿Importa acaso de quién eran los guerreros que pisotearon mis cosechas? -replicó Aeddan-. Lo que Gast destruyó ha sido doblemente destruido por Goryon. ¡Han estado usando mi campo como terreno de batalla hasta no dejar intacta ni una sola espiga de trigo! La batalla es el alimento de su orgullo, pero la granja es mi vida. ¿Buscaban la venganza? ¡Yo sólo buscaba una cosecha!

El cansancio fruto de la desesperación hizo que Aeddan inclinara la cabeza, y arrojó su espada al suelo.

Taran contempló con expresión abatida el campo en el que Aeddan había invertido tantos esfuerzos. Los cascos de los caballos habían convertido la tierra en un barrizal, arrancando de raíz los brotes jóvenes y reduciéndolos a fragmentos. La cosecha con la que Aeddan contaba para alimentarse jamás sería recogida del suelo, y Taran sintió el dolor del granjero tan intensamente como si fuese suyo.

Antes de que pudiera hablar, un grupo de jinetes salió al galope del bosque que había junto a la granja. Taran reconoció al señor Goryon al frente de ellos. El señor Gast y sus jinetes aparecieron un instante después. El señor del cantrev vio a su rival, picó espuelas y galopó frenéticamente hacia la choza. Bajó de un salto de su montura y corrió hacia Goryon lanzando gritos enfurecidos.

-¡Ladrón! -gritó Gast-. ¿Acaso pretendes robarme una vez más a Cornillo?

-¡Saqueador! -gritó Goryon-. ¡Me apoderé de aquello que ya me pertenecía!

-¡Mentiroso! -rugió Gast-. ¡Cornillo nunca fue tuya!

-¡Insultos! ¡Insolencia! -rugió Goryon.

Su rostro empezó a volverse de color púrpura y su mano se movió en busca de la espada.

-¡Silencio! -tronó Smoit. Alzó su hacha de guerra y amenazó con ella a los dos señores-, ¡Es vuestro rey quien os habla! ¿Cómo osáis pelear e insultaros el uno al otro, fanfarrones mentecatos?

Smoit hizo una seña a sus guerreros y éstos se pusieron en movimiento yendo hacia Gast y Goryon. Los jinetes de los dos grupos lanzaron gritos de ira y se prepararon para desenvainar sus espadas. Durante unos momentos Taran temió que aquel lugar iba a convertirse en el escenario de una nueva batalla. Pero los guerreros de Smoit no se dejaron intimidar, y la ira que había en el rostro del rey era tan terrible que los jinetes acabaron retrocediendo.

-Mis mazmorras os enseñarán a ser buenos vecinos -gritó Smoit-. Os quedaréis ahí dentro hasta que hayáis aprendido la lección. En cuanto a Cornillo... Tengo una brecha en la cabeza, la mitad de los huesos rotos, he cabalgado todo el día sin cesar y estoy muerto de hambre, así que me quedaré con ella. ¡Será un botín de guerra! ¡Y no creo

que sea ninguna recompensa excesiva por las molestias que me habéis dado! ¡Un día más y habríais conseguido que todo el cantrev estuviera ardiendo!

Al oír estas palabras tanto Gast como Goryon empezaron a protestar furiosamente. Taran no pudo seguir guardando silencio por más tiempo y fue hacia el rey.

-Alteza, ni tan siquiera toda una vida dentro de vuestras mazmorras servirá para que un campo destrozado vuelva a dar un grano de trigo. Aeddan ha perdido todo aquello en lo que había puesto sus esperanzas y ya no tendrá la cosecha que necesitaba para que él y su esposa pudieran vivir. Dijisteis que podía pediros lo que quisiera -añadió Taran-, Entonces rechacé vuestra oferta. ¿Me permitís que la acepte ahora?

-Pídeme lo que quieras, muchacho - replicó Smoit-. Es como si ya te lo hubiera concedido. Taran vaciló durante un momento, pero acabó dando un par de pasos hacia adelante y contempló en silencio a los dos señores. Después se volvió hacia Smoit.

-Esto es lo que os pido -dijo-. Dejad en libertad a Gast y Goryon.

Smoit parpadeó asombrado y Goryon, que no se había fijado en Taran hasta entonces, se quedó boquiabierto.

-¡Es el porquerizo que me engañó para quedarse con mi caballo! -exclamó-. Le tomé por un mero bribón sin importancia, pero veo que pide favores como si fuese un noble. Acceded a su petición, Smoit. ¡Habla con la voz de la sabiduría!

-Dejadles en libertad -siguió diciendo Taran-, para que trabajen junto a Aeddan y hagan cuanto esté en sus manos para reparar aquello que han destruido.

-¿Cómo? -gritó Gast-. ¡Le había tomado por un héroe, pero no es más que un bribón! ¿Cómo se atreve a pedir que Gast el Generoso hurgue en la tierra igual que si fuera un topo sin recibir ninguna recompensa a cambio?

-¡Impudicia! ¡Impertinencia! ¡Insolencia! -gritó Goryon-. ¡No permitiré que un porquerizo se erija en juez de Goryon el Valeroso!

-¡Y yo tampoco permitiré que juzgue a Gast el Generoso! -exclamó Gast.

-Muy bien. Entonces seréis vosotros mismos los encargados de juzgaros -respondió Taran. Cogió dos puñados de tierra llenos de raíces rotas y los sostuvo ante los enfurecidos rostros de los dos señores-. Esto es lo que queda de la cosecha con que Aeddan esperaba mantenerse. ¿Por qué no desenvainái vuestra espada y acabáis con él? Contemplad esta tierra, señor Goryon, pues os aseguro que en ella hay más verdad que en todos vuestros cuentos de gigantes y monstruos. Y esta tierra era su tesoro, señor Gast, un tesoro más grande que cualquiera de vuestras posesiones..., y le pertenecía mucho más que os pertenecen éstas a vos, pues se rompió la espalda trabajándola para que diese fruto.

Gast y Goryon no supieron qué responder. Los dos señores bajaron la cabeza y contemplaron el suelo como si fueran dos muchachos avergonzados que acababan de recibir la reprimenda que se merecían.

Aeddan y su esposa lo observaban todo sin decir palabra.

-Los hombros de este muchacho sostienen una cabeza mucho más inteligente que la mía -exclamó Smoit-, y su juicio es más sabio. ¡Y no sólo eso, sino que es mucho más clemente, pues os aseguro que yo habría optado por las mazmorras, y no por trabajar la tierra!

Los dos señores asintieron de mala gana.

Taran se volvió hacia Smoit.

-He aquí el resto del favor que os pido. Sed más generoso allí donde hay más necesidad. ¿Habéis dicho que deseabais quedaros con Cornillo? Alteza, os ruego que se la deis a Aeddan.

-¿Re-renunciar a Cornillo? -empezó a decir Smoit, tartamudeando y atragantándose-. Mi botín de guerra, mi trofeo... -Pero acabó asintiendo con la cabeza-. Que así sea, muchacho.

-Aeddan se quedará con Cornillo -siguió diciendo Taran-, y Gast y Goryon se quedarán con el próximo par de crías que tenga.

-¿Y mi rebaño? -preguntó Goryon.

-¡Y el mío! -exclamó Gast-. Están tan mezclados que no hay forma humana de averiguar a quién pertenece cada vaca.

-El señor Goryon dividirá el rebaño en dos partes iguales -dijo Taran.

-¡Goryon jamás hará nada semejante! -gritó Gast-. Me dará todas las vacas flacas y se quedará con las gordas. ¡Yo me encargaré de dividir el rebaño!

-¡Ni soñarlo! -gritó Goryon-. ¡No conseguirás colocarme a ninguna de esas esqueléticas vacas tuyas!

-El señor Goryon dividirá el rebaño -repitió Taran-, pero el señor Gast será el primero en escoger la mitad con que desee quedarse.

-¡Bien dicho! -rugió Smoit riendo a carcajadas-. ¡Ah, por mi aliento y mi sangre, ahora sí que les tienes bien pillados! ¡Goryon divide y Gast escoge! ¡Jo, jo, jo! ¡Se necesitan dos ladrones para llegar a un trato justo!

Aeddan y Alarca se habían acercado a Taran y el rey Smoit.

-No sé quién eres ni cuál puede ser tu linaje -dijo el granjero mirando a Taran-, pero me has tratado mucho mejor de lo que te traté yo y tu generosidad es muy superior a la mía.

-¡Oh, gran sabiduría del bondadoso amo! -gritó Gurgi mientras los dos señores empezaban a dividir el rebaño y los guerreros de Smoit se disponían a emprender el regreso a Caer Cadarn-. ¡Gurgi encuentra vacas, pero sólo el sabio y noble amo sabe qué hacer con ellas!

-Ojalá tengas razón y haya obrado bien -replicó Taran-. Gast y Goryon estarán esperando las crías de Cornillo. Gast dijo que siempre tenía gemelos. Espero que no se le ocurra decepcionarnos ahora -añadió sonriendo.

Los compañeros llegaron a Caer Cadarn bastante después del anochecer. Fflewddur y Gurgi estaban tan agotados que se derrumbaron sobre sus lechos nada más verlos. Taran habría querido imitarles, pero Smoit le cogió del brazo y le llevó al Gran Salón.

-Muchacho, puedes considerarte satisfecho -exclamó Smoit-. Has salvado al cantrev de una guerra y a mí de acabar convertido en puré. En cuanto a Gast y Goryon, no sé cuánto tiempo estarán en paz el uno con el otro, pero puedo asegurarte que me has enseñado una cosa: mis mazmorras no sirven de nada. Por mi cuerpo y mis huesos, te juro que ordenaré tapiar la entrada ahora mismo... ¡A partir de hoy preferiré el hablar al golpear!

»Y aun así, muchacho... -siguió diciendo Smoit mientras fruncía el ceño-. Bueno, la verdad es que nunca he tenido el ingenio demasiado rápido. No necesito que nadie me lo diga, y siempre me siento más cómodo con la espada en la mano que pensando. ¿Querrías devolverme favor por favor? Quédate conmigo en Cantrev Cadiffor.

-Alteza -respondió Taran-, quiero averiguar quiénes fueron mis padres. No puedo...

-¡Tus padres! -gritó Smoit, golpeando su abundante estómago con las palmas de las manos-. ¡Soy lo bastante corpulento para proporcionarte todos los padres que quieras! Escúchame bien -añadió en voz más baja-. Soy viudo y no tengo hijos. ¿Anhelas unos padres? Te aseguro que yo también anhelo desesperadamente un hijo. Cuando el cuerno de Gwyn el Cazador me llame no habrá nadie que pueda ocupar mi lugar, y si la elección estuviera en mi mano te escogería a ti. Quédate conmigo, muchacho, y un día serás rey de Cadiffor.

-¿Rey de Cadiffor? -exclamó Taran.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué necesidad había de seguir buscando el Espejo? Si aceptaba podría poner a los pies de Eilonwy un trono real, y sabía que jamás estaría en condiciones de ofrecerle un regalo del que pudiera sentirse más orgulloso. Taran, rey de Cadiffor... Las palabras resonaron en sus oídos creando ecos mucho más seductores que Taran Ayudante de Porquerizo. Pero la alegría se esfumó de repente. Eilonwy quizá respetara su nuevo rango, pero ¿le respetaría si abandonaba su empresa antes de haberla empezado? ¿Y él? ¿Podría seguir respetándose a sí mismo? Taran guardó silencio durante un largo rato y acabó volviéndose hacia el rey Smoit con la más tierna admiración en los ojos.

-El honor que me concederíais es... -empezó a decir Taran-. No hay nada que pueda parecerme más valioso. Sí... Anhelo aceptar vuestra oferta. -Se le quebró la voz-. Pero prefiero sentarme en un trono por el derecho que me dé el haber nacido en una cuna noble, no porque se me regale. Quizá venga de un linaje noble -siguió diciendo muy despacio-. Si consigo demostrarlo..., aceptaré encantado vuestra oferta de gobernar Cadiffor.

-¿Cómo es posible? -gritó Smoit-. ¡Por mi cuerpo y mis huesos, prefiero ver en mi trono a un porquerizo inteligente que a un príncipe de sangre que sea un idiota!

-Hay otra cosa que debo tomar en consideración -respondió Taran-. Mi corazón desea descubrir la verdad sobre mí mismo, y no me permitirá detenerme hasta que no haya encontrado la respuesta a ese enigma. Si lo hiciera jamás sabría quién soy en realidad, y pasaría el resto de mi existencia sintiendo que no estoy entero y que a mi ser le falta una parte.

En cuanto oyó estas palabras la tristeza se apoderó del curtido rostro de Smoit y el rey inclinó la cabeza con una expresión de pena, pero pasados unos momentos volvió a ser el de siempre y dio una estruendosa palmada en la espalda de Taran.

-¡Por mi aliento, mi sangre y mi barba! -exclamó-. Ya veo que estás decidido a buscar ese ganso de los huevos de oro, fuego fatuo, espejo o lo que sea; y no diré nada más para hacerte cambiar de parecer. ¡Búscalo, muchacho! Y tanto si lo encuentras como si no, vuelve lo más deprisa posible y Cadiffor te dará la bienvenida. Pero no pierdas el tiempo, porque si Gast y Goryon vuelven a sus pendencias de siempre... ¡Bueno, no sé si quedará mucho cantrev intacto para recibirte!

Y así fue como Taran reemprendió la marcha acompañado por Gurgi y Fflewddur Fflam. En lo más profundo de su corazón Taran albergaba la esperanza de que podría volver al reino de Smoit sabiendo cuál era su auténtico linaje y sintiéndose orgulloso de él, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo podía pasar antes de que volviera a pisar las tierras de Cantrev Cadiffor.

6 - Una rana

Después de haber abandonado Caer Cadarn, los compañeros avanzaron bastante deprisa y cruzaron el río Ystrad pocos días después. Fflewddur les guió durante un tiempo a lo largo de la otra orilla, y los compañeros acabaron desviándose en dirección noreste para cruzar los Cantrevs de las Colinas. A diferencia de los Cantrevs del Valle aquellas tierras eran grises y estaban salpicadas de rocas. Taran vio que lo que en tiempos quizá hubieran sido ricos pastizales estaban cubiertos de maleza, y en las zonas de bosque los troncos se pegaban los unos a los otros formando un oscuro laberinto.

Fflewddur admitió que sus viajes rara vez le habían llevado por aquellas comarcas.

-Los nobles de estos cantrevs son tan lúgubres y oscuros como sus dominios. Puedes deleitarles con tu melodía más alegre y lo máximo que recibirás como recompensa es una débil sonrisa. Aun así, y si las viejas historias son ciertas, estas tierras eran tan ricas

y fértiles como cualquier comarca de Prydain. Las ovejas de los Cantrevs de las Colinas... ¡Por el Gran Belin, se cuenta que su lana era tan abundante que podías hundir tu brazo en ella hasta el codo! Por desgracia las ovejas de ahora tienden a ser flacas y dar poca lana.

-Aeddan me contó que Arawn el Señor de la Muerte robó muchos secretos a los granjeros del valle -replicó Taran-. Supongo que también debió de robar unos cuantos a los pastores de los Cantrevs de las Colinas.

Fflewddur asintió.

-Hay pocos tesoros que no haya robado o destruido salvo aquellos del Pueblo Rubio, pues es posible que incluso Arawn se lo pensara dos veces antes de buscarles las cosquillas. Bien -siguió diciendo-, el caso es que no cambiaría los Reinos del Norte por ninguno de éstos. ¡Allí no criamos ovejas, muchacho, sino guerreros y bardos famosos! Naturalmente la Casa de Fflam ha conservado su trono desde hace..., bueno, durante un período de tiempo considerablemente largo. ¡Por las venas de un Fflam fluye la sangre real de los Hijos de Don! -declaró el bardo-. El mismísimo príncipe Gwydion es pariente mío. Lejano..., lejano, es cierto -se apresuró a añadir-, pero pariente al fin y al cabo.

-Gurgi no tiene ganas de ver ovejas famosas o bardos lanudos -murmuró Gurgi con voz entristecida-, Gurgi es feliz en Caer Dallben, oh, sí, y sólo desea volver pronto allí.

-En cuanto a eso me temo que deberás recorrer mucha distancia antes de volver a ver tu hogar -replicó Fflewddur-. No tengo ni idea de cuánto tiempo hará falta para encontrar ese Espejo misterioso que andáis buscando. Os acompañaré hasta donde me sea posible -dijo volviéndose hacia Taran-, aunque más pronto o más tarde tendré que volver a mi reino. Mis súbditos siempre aguardan con impaciencia mi regreso...

El arpa se estremeció violentamente y una cuerda se partió en dos. Fflewddur se puso muy rojo.

-Ejem... -carraspeó-. Sí, bueno, lo que realmente quería decir es que... Bueno, que tengo muchas ganas de volver a verles. Si he de serte sincero, suelo tener la sensación de que saben arreglárselas muy bien cuando no estoy allí. ¡Aun así, un Fflam siempre sabe cumplir con su deber!

Los compañeros hicieron un alto. Fflewddur bajó de la espalda de Llyan y se acuclilló sobre el suelo para reparar la cuerda rota. El bardo sacó de su jubón una llave de considerable tamaño que usó para apretar un poco más las clavijas de madera del instrumento y empezó pacientemente la penosa labor de afinarlo.

Un ronco graznido hizo que Taran alzara los ojos rápidamente hacia el cielo.

-¡Es Kaw! -exclamó.

Señaló con el brazo la silueta alada que se precipitaba velozmente hacia los compañeros. Gurgi lanzó un grito de alegría y empezó a dar palmadas, y un instante después el cuervo se posó en la muñeca de Taran.

-Veo que has logrado encontrarnos, ¿verdad, viejo amigo? -dijo Taran, encantado de volver a tener al cuervo con él-. Dime, ¿cómo se encuentra Eilonwy? -se apresuró a preguntar-. ¿Me..., nos echa de menos?

-¡Princesa! -graznó Kaw batiendo las alas-. ¡Princesa! ¡Eilonwy! ¡Taran!

Hizo chasquear el dedo, empezó a dar saltitos sobre la muñeca de Taran y soltó tal torrente de palabras y graznidos que éste apenas logró entender lo que le decía. Lo único que logró sacar en claro era que la indignación que le producía a Eilonwy el verse obligada a aprender la conducta digna de la realeza seguía siendo tan considerable como siempre, y que le echaba de menos. Las noticias traídas por Kaw le alegraron y, al mismo tiempo, hicieron que anhelara aún más la compañía de la princesa de los dorados cabellos.

Kaw también se las arregló para comunicarle que la poción de Dallben había llegado

intacta a la caverna de Mona, y que Glew el gigante ya volvía a tener su tamaño original.

En cuanto a Kaw, no podía estar de mejor humor. El cuervo movía alegremente sus lustrosas alas negras sin dejar de parlotear, y un instante después abandonó la muñeca de Taran para saludar a los otros dos compañeros e incluso se posó sobre la cabeza de Llyan, después de lo cual empezó a pasar diligentemente el pico por entre el pelaje dorado de la gran gata.

-Sus ojos nos ayudarán en nuestra búsqueda -dijo Taran volviéndose hacia Fflewddur, quien había dejado su arpa en el suelo y estaba acariciando las relucientes plumas del cuervo-. Kaw puede examinar el terreno mejor que cualquiera de nosotros.

-Cierto -dijo Fflewddur-, siempre que le apetezca hacerlo y si consigues que te preste atención y entienda lo que quieres. En caso contrario, ese granujilla meterá el pico en todos los asuntos con que se tropiece con la única excepción del que debería interesarle.

-Sí, sí -añadió Gurgi agitando un dedo ante el cuervo-. ¡Escucha las órdenes del bondadoso amo! ¡Ayúdale volando y espiando, no mintiendo y cotilleando!

El cuervo le respondió enseñándole desvergonzadamente su negra y angosta lengua. Movió la cola, fue revoloteando hasta el arpa y empezó a tirar rápidamente de las cuerdas con su pico. El grito de protesta del bardo hizo que Kaw abandonara de un salto la curva del instrumento sobre la que se había posado. Agarró con el pico la llave que servía para tensar las clavijas y empezó a arrastrarla por encima del suelo.

-¡Es más desvergonzado que una urraca! -exclamó Fflewddur lanzándose en persecución del cuervo-, ¡Y más ladrón que el peor de los grajos!

Fflewddur consiguió llegar hasta medio paso de distancia del cuervo, pero Kaw volvió a alejarse de un ágil salto sosteniendo la llave en su pico. El cuervo se mantuvo fuera del alcance de Fflewddur graznando alegremente, y Taran no pudo contener la risa ante el espectáculo del bardo corriendo vanamente en círculos sobre sus largas y flacas piernas mientras Kaw bailoteaba manteniéndose siempre por delante de él. Gurgi y Taran acabaron uniéndose a la persecución, y cuando los dedos de Taran acabaron logrando rozar las plumas de la cola del cuervo, Kaw salió disparado hacia arriba y fue revoloteando con rumbo al bosque como invitándoles a que le persiguieran. Cuando llegó a él se posó sobre la nudosa rama de un viejo roble y sus ojos brillantes como cuencas se clavaron en los compañeros que le observaban desde el suelo.

-Baja -le ordenó Taran en el tono de voz más serio de que fue capaz, pues las payasadas del cuervo hacían que le resultara imposible enfadarse seriamente con él-. He intentado enseñarle a portarse bien -suspiró Taran-, pero no sirve de nada. Te la devolverá cuando se canse de ella, y no antes.

-¡Eh, eh! ¡Suéltala! -gritó Fflewddur agitando los brazos-, ¡Te he dicho que la sueltes! Kaw ladeó la cabeza, metió el cuerpo entre las alas y dejó caer la llave..., pero no en las manos que el bardo extendía hacia él, sino en un agujero del tronco.

-¡Soltada! ¡Soltada! -graznó Kaw.

Empezó a mecerse rápidamente de un lado para otro mientras parloteaba y celebraba con alegres graznidos la jugarreta que le había gastado a Fflewddur.

Fflewddur lanzó un bufido.

-¡Ese pájaro tiene peores modales que un estornino! El se ha divertido y ahora yo tendré que cargar con el trabajo de recuperar la llave.

El bardo rodeó el tronco con los brazos sin dejar de murmurar comentarios irritados sobre la insolencia de los cuervos presuntuosos e intentó trepar por el roble. Perdió presa cuando había recorrido menos de la mitad del trayecto y acabó cayendo pesadamente al suelo entre las raíces.

-¡Un Fflam es ágil! -jadeó Fflewddur frotándose la espalda con expresión dolorida-. Por el Gran Belin, no existe árbol al que no sea capaz de trepar... Ah... Salvo éste.

Se pasó una mano por la frente y alzó los ojos hacia el tronco.

-¡Gurgi trepa, sí, sí! -gritó Gurgi.

Saltó hacia el roble y sus peludas piernas y brazos no tardaron en llevarle hasta donde estaba el agujero. Gurgi metió una flaca mano en el agujero mientras Fflewddur le daba ánimos.

-¡Aquí está la llave melodiosa, oh, sí! -gritó-. ¡El astuto Gurgi la ha encontrado!

Se quedó callado y su rostro se frunció en una expresión de sorpresa y perplejidad. Arrojó la llave a Fflewddur y se volvió una vez más hacia el agujero.

-Pero ¿qué es esto? ¿Qué más ha encontrado Gurgi hurgando y husmeando? Bondadoso amo -gritó la criatura-, ¡aquí hay algo extraño todo escondido y disimulado!

Taran vio como Gurgi se colocaba un objeto debajo del brazo y se dejaba resbalar por el tronco del roble.

-¡Ved, mirad y observad! -gritó Gurgi mientras Taran y el bardo iban hacia él.

La travesura de Kaw había quedado olvidada y el cuervo -que no daba ni la más mínima señal de estar avergonzado- voló hasta el hombro de Taran, estiró el cuello y se inclinó hacia adelante como si estuviera decidido a que sus ojos fueran los primeros en contemplar el descubrimiento de Gurgi.

-¿Es un tesoro? -preguntó Gurgi-. ¡Oh, sí, es un tesoro de gran valor! ¡Y Gurgi lo ha encontrado! -Golpeó el suelo alegremente con los pies-. ¡Ábrelo, bondadoso amo! ¡Ábrelo y veamos qué riquezas contiene!

Lo que Gurgi había depositado en la mano de Taran era un cofrecillo de hierro que tendría el tamaño de su palma. La tapa curvada poseía unas gruesas bisagras, estaba reforzada con tiras de hierro y asegurada mediante un sólido cerrojo.

-¿Son joyas guiñantes y parpadeantes? ¿O es oro que brilla y destella? -preguntó Gurgi mientras Taran examinaba el cofrecillo desde todos los ángulos.

Fflewddur también lo estaba contemplando con gran curiosidad.

-Bien, amigos -observó el bardo-, por lo menos el mal rato que nos ha hecho pasar ese cuervo ladrón ha tenido su recompensa. Aunque a juzgar por su tamaño, no creo que sea gran cosa...

Taran había estado luchando con el cerrojo, que se negaba a ceder. La tapa resistió todos sus intentos de abrirla, y acabó colocando el cofre en el suelo para que Gurgi lo sujetara con todas sus fuerzas mientras él y Fflewddur hurgaban en las bisagras con las puntas de sus espadas. Pero el cofrecillo era sorprendentemente sólido, y necesitaron todas sus energías y bastante rato de esfuerzos antes de que la tapa acabara cediendo y se apartara con un chasquido metálico. En el interior del cofrecillo había un paquete de cuero blando sujeto con cordoncillos. Taran fue desatando lentamente los nudos.

-¿Qué es? ¿Qué es? -chilló Gurgi dando saltos sobre una sola pierna-. ¡Dejad que Gurgi vea el tesoro resplandeciente!

Taran rió y meneó la cabeza. El paquete no contenía oro ni joyas, sino un pedacito de hueso tan largo como el dedo meñique de Taran. Gurgi lanzó un gemido y puso cara de desilusión.

Fflewddur dejó escapar un bufido.

-Diría que nuestro peludo amigo ha encontrado una horquilla muy pequeña o un palillo muy grande, y no creo que ninguna de las dos cosas pueda servirnos de mucho.

Taran había seguido examinando aquel extraño objeto. El fragmento de hueso estaba muy seco y quebradizo, y la superficie era blanca y muy pulida. Taran lo observó con mucha atención, pero no consiguió decidir si había pertenecido a un ser humano o a algún animal.

-¿Qué valor puede tener? -preguntó con el ceño fruncido.

-Muchísimo -replicó Fflewddur-, si alguna vez necesitas un palillo. Aparte de eso... -Se encogió de hombros-. Quédatelo o tíralo, como más te apetezca. No creo que eso tenga ninguna importancia. En cuanto al cofrecillo, ha quedado totalmente inservible.

-Pero si no tiene ningún valor, ¿por qué estaba en un cofrecillo tan difícil de abrir? -preguntó Taran sin apartar los ojos del trocito de hueso-. ¿Y qué razón podía haber para esconderlo de forma tan concienzuda?

-La experiencia que he adquirido a lo largo de mis viajes me ha enseñado que la gente puede acabar siendo muy maniática en lo referente a sus posesiones -dijo Fflewddur-. El palillo favorito de alguien, una herencia de familia... Pero, sí, ya me doy cuenta de adonde quieres ir a parar. ¡Un Fflam piensa con la velocidad del rayo! Quien lo escondió en ese agujero no quería que fuese encontrado, y como me disponía a observar, aquí hay mucho más de lo que parece a primera vista.

-Aun así, un árbol hueco no me parece el sitio más seguro para esconder algo -dijo Taran.

-Al contrario -replicó el bardo-. ¿Qué mejor lugar para esconder un objeto? Si lo escondes en tu casa se lo puede encontrar sin demasiada dificultad. Si lo entierras en el suelo tienes que enfrentarte al problema de los topos, las comadrejas y demás animales. Pero si lo escondes en un árbol como éste... -siguió diciendo, y alzó los ojos hacia el tronco-. Dudo que nadie salvo Gurgi pueda trepar hasta el agujero sin una escalera, y no me parece probable que alguien venga a dar un paseo por este bosque llevando consigo una escalera. Si los pájaros o las ardillas hacen sus nidos en la copa del árbol eso sólo serviría para ocultar todavía más el agujero. No, quien lo puso ahí pensó muy cuidadosamente en cuál podía ser el mejor escondite y se tomó muchas molestias para asegurarse de que el cofrecillo estaría a salvo, como si...

Fflewddur se puso pálido.

-Como si... -Tragó saliva, y estuvo a punto de atragantarse con sus propias palabras-. Líbrate de ese huesecillo -murmuró-. Olvida que lo hemos encontrado. Soy capaz de oler un hechizo a kilómetros de distancia. Horquilla, palillo o lo que sea... Hay algo raro en ese trocito de hueso. -Se estremeció-. Es lo que yo digo siempre: no metas las narices en lo que no te concierne. Ya sabes lo que opino al respecto, ¿verdad? Hay dos cosas que siempre acaban dando problemas. La primera son los hechizos y la segunda el tener algo que ver con ellos.

Taran no respondió a sus palabras y siguió contemplando en silencio el huesecillo durante unos momentos.

-Sea lo que sea, no es nuestro -dijo por fin-. Aun así... Si está hechizado, y ya se trate de un hechizo bueno o de uno malo..., ¿podemos correr el riesgo de dejarlo donde lo encontramos?

-¡Cuanto más lejos estemos de él mejor! -exclamó Fflewddur-. Si el hechizo es bueno nadie sufrirá daño alguno. Y si es malo... Bueno, cualquiera sabe lo que podría ocurrir. Voto porque volvamos a dejarlo donde lo encontramos.

Taran acabó asintiendo, aunque no parecía muy convencido. Envolvió el trocito de hueso en el cuero, volvió a colocarlo dentro del cofrecillo, puso la tapa, que ya no podía cerrarse, en su sitio y le pidió a Gurgi que volviera a dejarlo en el agujero. Gurgi, que había estado escuchando atentamente a Fflewddur cuando hablaba de los hechizos, se negó incluso a tocar el cofrecillo; y sólo accedió a hacerlo después de que los dos compañeros se lo estuvieron suplicando un buen rato. La criatura trepó a toda velocidad por el roble y bajó aún más deprisa de lo que había subido.

-Hasta nunca -murmuró Fflewddur.

Salió del bosque lo más rápido que podían llevarle sus piernas con Taran y Gurgi siguiéndole, y Gurgi no paró de volver la cabeza para lanzar miradas temerosas al roble hasta que éste se perdió de vista.

Los compañeros volvieron al lugar donde habían dejado sus monturas y se prepararon para reemprender el viaje. Fflewddur cogió su arpa y miró a su alrededor.

-Un momento -exclamó-. ¿Dónde está Llyan? No me digáis que se le ha ocurrido dar un paseo justamente ahora...

La alarma de Taran no duró mucho, pues un instante después vio como la gata emergía de la maleza y trotaba hacia Fflewddur, quien la saludó con una palmada y dejó escapar el aire entre sus dientes en una especie de murmullos.

-¡Sa! ¡Sa! Ah, así que ya has vuelto, ¿en? -dijo el bardo observando a la gata gigante con una gran sonrisa en los labios mientras Llyan correteaba y daba saltitos a su alrededor-. Bueno, ¿y qué has estado haciendo todo este rato?

-Creo que ha cazado una... Vaya, sí... ¡Ha cazado una rana! -exclamó Taran, quien acababa de ver un largo par de patas palmeadas que colgaban de la boca de Llyan.

-Sí, sí -dijo Gurgi-. ¡Es una ranita! ¡Es una ranita saltadora y botadora!

-Me extrañaría mucho -dijo el bardo-. No hemos visto pantanos o charcas, y ahora que lo pienso apenas si hemos visto agua.

Llyan dejó caer su presa a los pies de Fflewddur ronroneando estrepitosamente. Era una rana, desde luego, y la más grande que Taran había visto en su vida. El bardo dio unas palmaditas en la cabeza de Llyan y le rascó cariñosamente las orejas, después de lo cual se arrodilló y recogió la ofrenda con cara de asco. La rana no se movía.

-Sí, bueno... Eh... Estoy encantado, querida -dijo sosteniendo la rana entre el pulgar y el índice lo más lejos posible de él-. Es preciosa. No sé cómo darte las gracias... Lo hace con bastante frecuencia -explicó volviéndose hacia Taran-. Entiéndeme, no es que se pase la vida trayéndome ranas muertas, pero siempre encuentra algún que otro ratón y ese tipo de cosas... Regalitos que cree que pueden hacerme feliz, ¿comprendes? Es una señal de afecto. Siempre los acojo como si fueran un auténtico tesoro. Después de todo, lo que cuenta es la intención, ¿no te parece?

Taran cogió la rana de entre los dedos del bardo y la observó con curiosidad. Se dio cuenta de que Llyan había transportado a la rana con tanta delicadeza que no le había hecho ningún daño, pero estaba claro que el animal sufría de falta de agua. Su piel cubierta de manchitas verdes y amarillas estaba muy seca. Sus patas se agitaban débilmente y los dedos unidos por membranas habían empezado a curvarse sobre sí mismos, marchitándose como si fueran hojas caídas del árbol. Taran se disponía a depositarla entre los arbustos, cuando sintió la débil vibración de un latido en la palma de su mano.

-Fflewddur, la pobrecita está viva -dijo Taran-. Quizá aún estemos a tiempo de salvarla.

El bardo meneó la cabeza.

-Lo dudo. Se encuentra demasiado mal. Lástima, porque es una rana muy hermosa y tiene aspecto de haber sido una gran saltadora.

-Demos de beber a la pobre ranita -sugirió Gurgi- Démosle agua para que se lave y chapotee.

La rana se agitó en la palma de la mano de Taran como haciendo un último y terrible esfuerzo por vivir. Un párpado se movió, la gran boca quedó entreabierta y la garganta tembló de forma casi imperceptible.

-¡Arran! -croó la rana.

-¡Vaya, parece que aún le queda algo de vida dentro! -exclamó Fflewddur-. Pero debe de estar muy enferma. Jamás había oído semejante ruido saliendo de una rana.

-¡Urgghi! -croó la rana-. ¡Ood!

La rana intentó emitir algún otro sonido, pero su croar acabó convirtiéndose en un jadeo enronquecido que apenas resultaba audible.

-¡Corro! ¡Corro!

-Qué rana más rara... -observó Fflewddur.

Taran, más perplejo que nunca, se la acercó a la oreja. La rana había logrado abrir los ojos y estaba contemplándole con lo que le pareció una expresión de súplica.

-He oído ranas que hacían «chug-a-chug» -siguió diciendo Fflewddur-, y en una ocasión oí a una que hacía «thonk». Pero esta rana... ¡Si las ranas pudieran hablar juraría que estaba pronunciando la palabra «socorro»!

Taran movió la mano indicándole que guardara silencio. La garganta de la rana dejó escapar otro sonido que apenas llegaba a ser un murmullo, pero que aun así resultaba lo bastante claro para que Taran no tuviera ninguna duda sobre lo que acababa de oír. Taran se quedó boquiabierto y se volvió hacia Fflewddur con los ojos desorbitados por el asombro. Extendió la mano que sostenía la rana ante su rostro.

-¡Es Doli! -jadeó, casi incapaz de hablar.

7 - Amigos en peligro

-¡Doli! -exclamó el bardo con cara de asombro mientras retrocedía un paso. Los ojos le sobresalían de las órbitas dándole un cierto parecido con la rana, y se llevó las manos a la cabeza-. ¡Es imposible! ¡Esa rana no puede ser Doli del Pueblo Rubio! ¡No puede ser nuestro Dolí!

Gurgi acababa de volver con una cantimplora de cuero y en cuanto oyó las palabras de Fflewddur empezó a lanzar alaridos de terror y pena. Taran le quitó la cantimplora de entre sus dedos temblorosos, desenroscó el tapón y se apresuró a dejar caer el agua sobre la rana.

-¡Oh, terrible! ¡Oh, terrible! -gimoteó Gurgi-. ¡Infortunado Doli! ¡Pobre e infeliz enano compañero! Pero ¿cómo es posible que esta ranita lo haya tragado y engullido?

El chorro de agua que Taran dejó caer sobre la rana hizo que empezara a revivir y sus potentes patas traseras no tardaron en moverse, incorporándola de un salto.

-¡Piel! ¡Piel! -dijo la voz de Doli-. ¡Échala sobre mi piel, bobo, no por el gaznate! ¿Es que intentas ahogarme?

-Gran Belin -murmuró Fflewddur-. Al principio pensé que era una rana que, casualmente, también se llamaba Doli, pero reconocería ese mal genio en cualquier sitio.

-¡Dolí! -exclamó Taran-. ¿Eres tú?

-¡Pues claro que soy yo, poste zanquilargo! -dijo secamente la voz de Doli-. ¡El hecho de que por fuera parezca una rana no significa que haya dejado de ser yo por dentro!

Ver a Doli convertido en rana era tan increíble que los pensamientos de Taran empezaron a girar en un torbellino dentro de su cabeza. Gurgi se había quedado sin habla, y sus ojos estaban tan redondos y abiertos como su boca. Fflewddur, tan perplejo como los otros dos compañeros, logró recuperarse más deprisa que ellos de la sorpresa inicial y no tardó en apoyar las manos y las rodillas sobre la tierra húmeda delante de donde Taran había dejado a la rana.

-Vaya, has escogido una manera muy extraña de viajar -dijo Fflewddur-. ¿Qué ocurre, es que te habías hartado de volverte invisible? Comprendo que puede acabar resultando cansado, pero... ¿una rana? De todas formas, debo admitir que eres una rana preciosa. Me di cuenta nada más verte.

La rana puso los ojos en blanco y su cuerpo cubierto de manchitas verdes empezó a hincharse como si se dispusiera a reventar de pura exasperación.

-¿Escogido? ¿Crees que he escogido convertirme en rana? ¡Me han embrujado, so idiota! ¿Es que no te das cuenta?

Taran sintió que el corazón le daba un vuelco.

-¿Quién te ha embrujado? -preguntó, horrorizado ante el increíble y triste destino sufrido por su viejo compañero-. ¿Fue Orddu? Ya nos amenazó antes. ¿Tú también fuiste a los Pantanos?

-¡Atontado! ¡Cabeza de chorlito! -replicó Doli-. Soy lo bastante inteligente para mantenerme lo más alejado posible de ella.

-Entonces, ¿quién te ha hecho esto? -le preguntó Taran-. ¿Cómo podemos ayudarte? Estoy seguro de que Dallben tiene el poder suficiente para liberarte de este hechizo. ¡Ánimo! Te llevaremos a Caer Dallben.

-¡No hay tiempo! -respondió Doli-. Además, no estoy seguro de que Dallben pueda romper el hechizo. Ni tan siquiera sé si el Rey Eiddileg del Pueblo Rubio podría hacerlo, y por el momento eso carece de importancia.

»Si queréis ayudarme cavad un agujero y echad agua dentro de él -siguió diciendo Doli-. Estoy más seca que un hueso, y eso es lo peor que puede ocurrirme..., quiero decir que es lo peor que puede ocurrirle a una rana. Lo descubrí apenas me hube convertido en una. -Se volvió hacia Fflewddur-. Si esa gata gigante tuya no me hubiera encontrado, ahora estaría más muerto que un tocón. ¿De dónde has sacado un felino tan inmenso?

-Es una historia bastante larga... -empezó a decir Fflewddur.

-Bueno, entonces no hace falta que me la cuentes -replicó secamente Doli-. En cuanto a lo que os ha traído hasta este rincón perdido de Prydain ya me lo explicaréis cuando tengamos más tiempo. -Se metió en el charquito fangoso que Taran y Fflewddur habían creado cavando con sus espadas y llenado con agua de la cantimplora-. Ah... Ah, mejor, mucho mejor. Os debo la vida. Ah... Qué alivio. Gracias, amigos, gracias.

-Dolí, no podemos permitir que te quedes convertido en rana -insistió Taran-. Dinos quién ha arrojado este hechizo maligno sobre ti. Le encontraremos sea quien sea y le obligaremos a que te libere de él.

-¡A punta de espada si hace falta! -gritó Fflewddur. Se quedó callado y contempló a Doli con renovada fascinación-. Oye, viejo amigo, ¿qué se...? ¿Qué se siente siendo una rana? Me lo he preguntado con frecuencia y...

-Se siente mucha humedad -replicó Doli-. ¡Te sientes húmedo y pegajoso! Si volverme invisible me parecía incómodo, esto es cien veces peor. Es como... ¡Oh, no me tortures con preguntas estúpidas! No importa. Ya me las arreglaré. Hay cosas más importantes de las que ocuparse.

»Sí, podéis ayudarme -se apresuró a seguir diciendo Doli-. Suponiendo que alguien pueda ayudarme, claro... Han estado ocurriendo cosas muy raras... -Sí, desde luego -dijo el bardo-, y si quieres mi opinión al respecto, yo incluso emplearía otra palabra más...

-Fflewddur, déjale hablar -le interrumpió Taran-, Puede que su vida esté en juego.

-Han estado ocurriendo cosas raras -repitió Doli-. Cosas muy peculiares e inquietantes... Para empezar, y de eso no hace mucho, el Rey Eiddileg recibió la noticia de que alguien había osado robar en uno de los escondites donde el Pueblo Rubio guarda sus tesoros. ¡Alguien entró allí y se marchó llevándose consigo las gemas más preciadas! Es algo que apenas tiene precedentes en toda la historia de Prydain.

Fflewddur estaba tan sorprendido que lanzó un silbido.

-Conociendo a Eiddileg, me imagino que debió de tomárselo bastante mal, ¿no?

-No era por las gemas robadas -replicó Doli-. Tenemos más que de sobra. Lo que le irritó fue que alguien hubiera sido capaz de encontrar el escondite y que osara poner sus manos sobre los tesoros del Pueblo Rubio. La mayoría de los mortales tenéis más sentido común.

-¿No habrá sido Arawn o alguno de sus sirvientes? -preguntó Taran.

-No lo creo -dijo Fflewddur-. Como he observado hoy mismo, incluso el Señor de Annuvin se lo pensaría dos veces antes de provocar al Pueblo Rubio.

-Tienes razón, aunque sólo sea por una vez -dijo Dolí-. No, estamos seguros de que no ha sido Arawn. Pero sólo disponemos de un informe incompleto de un vigilante del Pueblo Rubio que se encuentra en los Cantrevs de las Colinas. No recibimos ningún mensaje del guardián del puesto situado en el camino que lleva hasta aquí..., y eso ya es muy extraño.

«Eiddileg envió un mensajero para que investigara y llegase hasta el fondo del misterio. El mensajero no regresó, y no hemos vuelto a tener noticias de él. Eiddileg envió otro mensajero.,., y ocurrió lo mismo. Silencio. El silencio más absoluto...

»Ya os imaginaréis a quién escogió como siguiente mensajero, ¿no? Habéis acertado. Escogió al pobre Dolí. ¿Qué creéis que se dicen los unos a los otros cuando hay alguna tarea desagradable y peligrosa de la que ocuparse?

Hasta aquel momento Taran jamás se había imaginado que los rasgos de una rana pudieran mostrar una expresión tan indignada y ofendida.

-Oh, sí, naturalmente, mandad a Dolí -dijo el enano convertido en rana, y lanzó lo más parecido a un bufido que le permitía su forma actual.

-¿Y lograste descubrir quién robó el tesoro? -le preguntó Taran.

-Pues claro -replicó Doli-. Pero acabé fracasando. ¡Mírame bien! ¡Ahora, de todos los momentos y de todas las cosas inútiles que se pueden llegar a ser...! ¡Oh, si al menos tuviera mi hacha!

»El Pueblo Rubio corre peligro -siguió diciendo Doli a toda prisa-, un peligro terrible. Sí, averigüé quién encontró nuestro escondite y robó nuestro tesoro. Es la misma persona que ha arrojado este hechizo sobre mí: ¡Morda!

-¿Morda? -repitió Taran frunciendo el ceño-. ¿Quién es Morda? ¿Y cómo se las ha arreglado para hacer todo eso? ¿Qué razón puede tener para arriesgarse a que la ira de Eiddileg caiga sobre su cabeza?

-¿Razones? ¿Porqués? -Los ojos de Doli le lanzaron una mirada de furia y su cuerpo de rana volvió a hincharse peligrosamente-. ¿Es que no lo entiendes? ¡Morda. ese repugnante y malvado hechicero...! ¡Oh, sí, es más astuto y escurridizo que una serpiente! ¿Sigues sin comprenderlo? ¡Ha encontrado una forma de arrojar hechizos sobre el Pueblo Rubio! Hasta ahora no había ningún hechicero capaz de embrujarnos. ¡Es inaudito, impensable e inconcebible!

»Y si ha conseguido el poder necesario para convertirnos en animales, en peces, ranas
o lo que sea..., eso significa que estamos a su merced. Si quisiera podría acabar con nosotros uno a uno. y seguramente eso es lo que le ocurrió al guardián del puesto y ü los mensajeros que se esfumaron sin dejar rastro. Puede ocurrirle a cualquiera de nosotros... ¡Incluso al mismísimo Eiddileg! Ningún miembro del Pueblo Rubio está a salvo de Morda. Es la peor amenaza que ha caído sobre nuestro reino a lo largo de toda su existencia.

Doli se reclinó sobre sus patas traseras agotado por el apasionamiento de su discurso y los compañeros se miraron los unos a los otros con expresiones atemorizadas.

-En cuanto a cuál es su plan, no pude descubrirlo -siguió diciendo Doli pasados unos momentos-. Oh, sí, logré seguirle hasta su escondite sin demasiadas dificultades. Vive en una especie de recinto no muy lejos de aquí. Naturalmente, me había vuelto invisible, pero el esfuerzo estaba haciendo que sintiera un terrible zumbido en los oídos... ¡Era peor que tener dos avisperos dentro de la cabeza! Estaba tan oscuro que pensé que podía correr el riesgo de volverme visible para escapar a ese horrible zumbido. Sólo por un momento, ¿comprendéis? Y antes de que pudiera darme cuenta... Bueno, ya estaba tal y como me veis ahora.

»Morda podría haberme aplastado, pero lo que hizo fue burlarse de mí. Verme convertido en una rana indefensa le divertía. Después me arrojó a las rocas. Mi larga agonía le resultaba mucho más satisfactoria que el acto compasivo de matarme sin perder más tiempo. Estaba seguro de que perecería en estas colinas sin agua e iría marchitándome poco a poco hasta morir, y aun suponiendo que no fuera así... ¿qué importaba? ¿Qué esperanzas puede tener una rana cíe vencer a un hechicero? Me alejé arrastrándome e intenté encontrar agua. Seguí avanzando hasta que no pude seguir. La suerte quiso que vuestra gata tropezara conmigo. Si no hubiera sido por eso, puedo aseguraros que ahora no estaría aquí para contarlo.

»Morda olvidó una cosa -añadió Doli-. No es que tenga mucha importancia, pero se le pasó por alto el que seguía siendo capaz de hablar. Por aquel entonces ni tan siquiera yo lo sabía. La sorpresa de verme convertido en rana me dejó sin voz durante un buen rato.

-Gran Belin -murmuró Fflewddur-. He oído hablar de gente con una rana en la garganta, pero jamás... Disculpa, disculpa, viejo amigo -se apresuró a añadir al ver que Dolí le miraba fijamente-. No pretendía herir tus sentimientos.

-Dolí, dinos qué debemos hacer -exclamó Taran, horrorizado ante el relato del enano. Lo que le helaba la sangre no era sólo el apuro actual de Doli, pues podía ver con toda claridad el destino que aguardaba al resto del Pueblo Rubio-, Llévanos hasta el escondite de Morda. Intentaremos hacerle prisionero, y si no hay más remedio acabaremos con él.

-¡Sí, eso haremos! -gritó Fflewddur desenvainando su espada-. ¡No pienso consentir que ese hechicero vaya por ahí convirtiendo a mis amigos en ranas!

-¡No, no! -gritó Gurgi-. ¡Las ranitas son ranitas, pero los amigos son los amigos!

-¿Atacar a Morda? -replicó Doli-. ¿Acaso os habéis vuelto locos? Acabaríais tan mal como yo. No, no podéis correr ese riesgo. Eiddileg debe ser advertido, pero antes de eso he de terminar mi tarea. Debo averiguar algo más sobre los poderes de Morda y cómo planea utilizarlos. Si no sabemos a quién nos enfrentamos el Pueblo Rubio no tendrá ninguna posibilidad de vencerle. Llevadme a la fortaleza de Morda. No sé cómo, pero me las arreglaré para llegar hasta el fondo de sus planes. Después tendréis que llevarme hasta un puesto del Pueblo Rubio para que pueda mandar un mensaje a Eiddileg y dar la alarma.

Un espasmo repentino convulsionó su cuerpo. Doli pareció estar a punto de atragantarse y acabó estornudando con tal fuerza que faltó poco para que saliera despedido del hoyo lleno de agua.

-¡Maldita humedad! -balbuceó-. ¡Maldito sea el negro corazón de Morda! ¡Me ha concedido todo lo malo de ser una rana y nada de lo bueno! -Doli empezó a toser violentamente-. ¡Maldición! ¡Hora toy diendo la voz! ¡Prisa, prisa! Cadme de aquí. Os enseñaré el camino. ¡No empo que der!

Los compañeros se apresuraron a montar. Taran galopó en la dirección que le indicó el enano, quien se aferraba a su silla de montar. Pero el bosque no tardó en hacerse más frondoso y les obligó a ir más despacio, y las ramas se enredaban unas con otras de tal forma que en más de una ocasión tuvieron que desmontar y seguir avanzando a pie. Dolí les había asegurado que la distancia a recorrer no era muy grande, pero no tardó en tener problemas con su normalmente infalible sentido de la orientación. Había momentos en los que el enano no estaba muy seguro de qué camino debían seguir, y en dos ocasiones los compañeros tuvieron que volver sobre sus pasos.

-¡Dición! -dijo secamente Doli-. Me tropecé con él tando sol vientre. Ver daquí rriba no es lo ismo.

Y para empeorar las cosas Doli empezó a temblar y sufrir escalofríos. Sus ojos se nublaron; su hocico empezó a chorrear y ni tan siquiera su transformación en rana podía

ocultar el hecho de que se encontraba cada vez peor. Los ataques de tos y los continuos estornudos hicieron que la voz de Doli acabara volviéndose tan ronca que apenas si podía emitir un débil croar que no ayudaba en nada a mejorar su estado anímico ni la claridad de las instrucciones que intentaba dar a Taran.

Llevaban bastante rato sin ver ninguna señal de Kaw. En cuanto los compañeros se apresuraron a seguir las órdenes de Doli, el cuervo escogió aquel preciso momento para mostrarse irritantemente desobediente. Se alejó aleteando hacia el bosque negándose tozudamente a escuchar las súplicas de Taran, quien le rogaba que regresara. Taran acabó dejándole atrás con la seguridad de que el cuervo volvería a reunirse con ellos cuando le diera la gana, pero a medida que se internaban en el bosque Taran había ido preocupándose cada vez más por aquel imprudente pájaro. Cuando hicieron un alto para dejar a Doli en el suelo -pues el enano insistía en que así le sería mucho más fácil orientarse-, Taran vio aparecer a Kaw y sintió un alivio tan grande que no le riñó. Taran se dio cuenta de que el cuervo había estado pasándoselo en grande, pues llevaba en el pico algún objeto brillante que había encontrado.

Kaw dejó caer el objeto en las manos de Taran lanzando graznidos de orgullo. Taran, sorprendido, vio que era el trocito de hueso del cofrecillo.

-¿Qué has hecho? -exclamó Taran muy preocupado.

Kaw, que parecía terriblemente complacido consigo mismo, se meció hacia atrás y hacia adelante mientras asentía con la cabeza.

-¡Maldito pajarraco! -dijo Fflewddur-. Ha vuelto al roble y lo ha sacado del cofrecillo. Creía que nos habíamos librado de ese palillo encantado y ahora volvemos a tenerlo en nuestro poder. ¡Esta broma no tiene ninguna gracia, urraca ladrona! -exclamó, e intentó golpear al cuervo con su capa, pero Kaw la esquivó con un rápido batir de alas-. Un Fflam ama las diversiones y las bromas, pero esto ya es demasiado. Arrójalo bien lejos - dijo con voz apremiante volviéndose hacia Taran-, Tíralo entre los arbustos.

-No me atrevo a hacerlo. No olvides que quizá esté realmente encantado -replicó Taran.

Pero el trocito de hueso le inquietaba tanto como al bardo, y deseaba con todo su corazón que Kaw no hubiera metido el pico en el cofrecillo. Un pensamiento extraño muy vago y a medio formar se agitó en su mente y Taran se arrodilló delante de Doli, enseñándole el fragmento de hueso.

-¿Qué crees que puede ser esto? -le preguntó, después de haberle explicado rápidamente dónde lo habían encontrado-. ¿Crees posible que fuera Morda quien lo escondió?

-¿Qui sabe? -croó Doli-. Nunca vito nada mejante. Pero puestar guro questá cantado. Guárdalo, posicaso.

-¿Guardarlo? -exclamó el bardo-. Ese objeto maldito no nos traerá nada salvo mala suerte. ¡Enterrémoslo!

La vehemencia de Fflewddur impresionó bastante a Taran, pero no lo suficiente para hacer caso omiso del consejo dado por Doli, y se quedó inmóvil durante unos momentos no sabiendo qué hacer. Acabó guardando el trocito de hueso en un bolsillo de su jubón, aunque de bastante mala gana y presintiendo que podía causarles muchas dificultades.

Fflewddur lanzó un gemido.

-¡Ya estamos metiendo las narices donde no deberíamos! Recordad lo que os digo, esto sólo servirá para darnos problemas. Un Fflam no conoce el miedo..., a menos que haya encantamientos desconocidos acechando en el bolsillo de alguien.

Siguieron avanzando, y Taran no tardó en pensar que había tomado la decisión equivocada y que las inquietantes profecías de Fflewddur estaban bien fundadas. Doli cada vez se encontraba peor, y apenas si podía jadear una o dos palabras seguidas. El

cuerpo de la rana temblaba como si estuviera sufriendo terribles dolores; y Taran tenía la seguridad de que aquel malestar era provocado por los esfuerzos que le exigía el arrastrarse sobre el estómago. Los compañeros le echaban agua encima para impedir que se le agrietara la piel. El tratamiento servía para mantenerle con vida, pero por otra parte aumentaba todavía más su incomodidad y molestias. El chorro de agua que caía sobre Doli a intervalos regulares le hacía estornudar, toser y atragantarse. El pobre enano convertido en rana no tardó en hallarse tan enfermo que ni tan siquiera podía permitirse el lujo de sus estallidos de mal genio habituales.

El día estaba llegando a su fin y los compañeros se detuvieron en un claro, pues Doli les había dado a entender que a partir de ahora debían seguir avanzando con las mayores precauciones posibles. Taran dejó a la rana sobre los pliegues de una capa mojada con la mayor delicadeza de que fue capaz, llamó a Fflewddur y habló con él.

-Se encuentra demasiado débil -murmuró Taran-. No podemos correr el riesgo de permitirle que siga adelante.

Fflewddur asintió.

-Duelo mucho que pudiera aun si ése fuera su deseo.

El rostro del bardo estaba tan tenso por la preocupación como el de Taran.

Taran guardó silencio. Tenía muy claro lo que debía hacer; pero se sentía incapaz de enfrentarse a ello. Su mente buscó desesperadamente otro plan mejor pero no encontró ninguno, y siempre acababa volviendo a la misma respuesta. Lo que le impedía tomar el curso de acción que con tanta claridad aparecía ante él no era la reluctancia a ayudar a un compañero, pues estaba más que dispuesto a ello; y tampoco era el miedo a perder la vida, sino el terror que le inspiraba la idea de poder acabar compartiendo el destino de Doli y, aparte de eso, el que aquello pudiera significar el fracaso de su empresa y, peor aún, el acabar indefenso y prisionero en la forma de alguna criatura insignificante, cautivo
para siempre dentro de un cuerpo de animal.

Se arrodilló junto a Doli.

-Tienes que quedarte aquí. Fflewddur y Gurgi se encargarán de cuidarte. Dime cómo puedo encontrar a Morda.

8 - El muro de espinos

En cuanto oyó aquellas palabras Doli agitó débilmente sus patas y croó una protesta incomprensible, pero estaba claro que dada su situación actual no tenía más remedio que acceder a los planes de Taran. Taran se adentró en el bosque con Kaw posado sobre su hombro. Gurgi, que había insistido en acompañarle, iba detrás de él.

Pasado un rato Taran acortó sus zancadas y acabó deteniéndose para mirar a su alrededor. Aquella parte del bosque estaba llena de zarzales y arbustos espinosos. Los matorrales se alzaban entre los árboles formando una pantalla imposible de atravesar, y Taran comprendió que había encontrado lo que andaba buscando. Aquellos arbustos no habían crecido al azar, sino que habían sido podados y manipulados cuidadosamente hasta formar una gruesa barrera, un muro viviente que tenía casi dos veces su altura y estaba erizado de espinas más afiladas que las garras de un gwythaint. Taran desenvainó su espada e intentó crear una abertura en el muro.

Los espinos eran tan duros como el hierro y su lucha contra ellos sólo sirvió para embotar el filo de su espada y dejarle sin energías. Lo único que consiguió como recompensa a sus esfuerzos fue un agujerito al que pegó el ojo, pero sólo pudo distinguir un montículo hecho de peñascos y una extensión de tierra negra rodeada de hierbajos y maleza. Acabó comprendiendo que lo que al principio le había parecido el cubil de un animal salvaje era una morada precaria y contrahecha, una especie de choza

de paredes achaparradas con un tejado de barro. No había ningún movimiento o señal de vida, y Taran se preguntó si el hechicero habría abandonado su fortaleza y si los compañeros llegaban demasiado tarde. El pensamiento sólo sirvió para hacer todavía más aguda la preocupación que le invadía.

-Dolí se las arregló para entrar, aunque no tengo ni idea de cómo lo hizo -murmuró Taran meneando la cabeza-. Pero él es más hábil que yo. Debió de encontrar un camino más fácil. Y si intentamos trepar por el muro de espinos corremos el riesgo de ser vistos -añadió, casi para sí mismo.

-¡O de que los espinos nos atrapen con sus pinchazos y zarpazos! -replicó Gurgi-. Oh, el osado Gurgi no quiere trepar paredes sin saber lo que acecha al otro lado.

Taran se llevó la mano al hombro y cogió al cuervo.

-Morda debe de tener su entrada particular, una brecha en el muro de espinos o quizá un túnel... Encuéntralo -le dijo a Kaw con voz apremiante-. Vamos, viejo amigo, encuéntralo para que podamos entrar.

-Y de prisa -añadió Gurgi-. ¡No pierdas el tiempo con bromitas y trampitas!

El cuervo emprendió el vuelo tan silenciosamente como un búho, trazó un círculo sobre la barrera de espinos y bajó hasta desaparecer detrás de ella. Taran y Gurgi esperaron agazapados entre las sombras. Pasó el tiempo, y cuando el sol se hubo ocultado detrás de los árboles y la oscuridad hubo invadido el bosque sin que tuvieran ninguna noticia de Kaw, Taran empezó a temer por el pájaro. Kaw era un bromista contumaz, pero había comprendido perfectamente la seriedad cié su misión y Taran sabía que si tardaba en volver era porque algo le estaba retrasando y no por puro capricho.

Taran acabó decidiendo que no podían esperar más. Fue hacia la barrera y empezó a trepar cautelosamente por ella. Las ramas se retorcían como serpientes y arañaban ferozmente sus manos y su rostro. Cada vez que intentaba hallar un asidero los espinos se revolvían contra él como si tuvieran voluntad propia. Podía oír a Gurgi jadeando por debajo de él, y supo que las afiladas puntas de los espinos debían de estar atravesando la enmarañada capa de pelos que le recubría. Taran hizo una pausa para recuperar el aliento mientras Gurgi seguía trepando a su espalda. El extremo del muro ya casi estaba al alcance de sus manos.

Y de repente un lazo silbó por entre los espinos y se tensó sobre el brazo que Taran acababa de levantar hacia el extremo del muro. Taran lanzó un grito de alarma y tuvo un fugaz atisbo del rostro aterrorizado de Gurgi un momento antes de que vueltas y más vueltas de una cuerda finamente trenzada se enroscaran alrededor del cuerpo de la criatura. Una rama de abeto doblada se irguió de golpe arrastrando a la cuerda con ella. Taran fue arrancado del muro espinoso y salió disparado hacia arriba por encima de la barrera, colgando de aquel resistente cabo. Ahora comprendía las palabras que Dolí había estado intentando pronunciar: trampas y cepos. Cayó, y fue engullido por la oscuridad.

Una mano huesuda le aferraba por la garganta. Una voz que parecía el chirriar de una daga deslizándose sobre una piedra resonó en sus oídos.

-¿Quién eres? -repitió la voz-. ¿Quién eres?

Taran intentó librarse de aquellos dedos que le estrangulaban y un instante después comprendió que tenía las manos atadas a la espalda. Gurgi gimoteaba desesperadamente. Taran sintió que la cabeza le daba vueltas. La luz parpadeante de una vela hirió sus pupilas como una cuchillada. La visión se le fue aclarando y distinguió un rostro muy flaco que tenía el color de la arcilla seca y unos ojos que brillaban igual que dos cristales helados, hundidos como en el fondo de un pozo bajo un entrecejo protuberante. El cráneo carecía de pelo, y la boca era una cicatriz lívida cosida con

arrugas.

-¿Cómo habéis llegado hasta aquí? -preguntó Morda- ¿Qué queréis de mí?

La penumbra hacía que Taran apenas pudiera distinguir una estancia de techo muy bajo y un hogar sin fuego lleno cíe cenizas. Tenía la espalda apoyada en el ángulo de dos paredes. Gurgi yacía sobre las losas del suelo junto a él. Sus ojos recorrieron la estancia y vio a Kaw encerrado en una jaula de mimbre colocada sobre una robusta mesa de roble, y Taran le llamó casi sin darse cuenta de lo que hacía.

-Vaya -dijo secamente el hechicero-, así que ese pájaro es tuyo, ¿eh? Tropezó con una de mis trampas, igual que os ocurrió a vosotros. Ya habéis averiguado que nadie puede entrar aquí sin que yo lo sepa. Ahora soy yo quien averiguará algunas cosas sobre vosotros.

-Sí, el pájaro es mío -respondió Taran en el tono de voz más firme de que fue capaz. Había decidido que su única esperanza de salir bien librado era contar la verdad o, al menos, toda la que se atrevía a revelar-. Voló hasta el otro lado de la barrera y no volvió. Temíamos que le hubiera ocurrido algo y decidimos ir a buscarle. Vamos a las montañas de Llawgadarn. No te hemos hecho nada, y no tienes ninguna razón para poner más dificultades en nuestro viaje.

-Sois vosotros quienes os las habéis buscado -replicó Morda-, criaturas estúpidas con menos sesos que una mosca. Y dices que vais a las montañas de Llawgadarn, ¿eh? Puede que sea cierto, y puede que no. La raza cíe los hombres es rica en codicia y envidia, pero muy pobre en cuanto a la verdad. Tu rostro habla por ti y proclama que eres un mentiroso. ¿Qué esperas ocultarme? No importa... Esa miserable reserva de días a la que llamas vida se ha agotado. No saldrás de aquí. Y sin embargo... Estás en mis manos, y quizá puedas serme útil. Debo pensar en ello. Sí, es posible que vuestras vidas aún tengan cierta utilidad..., para mí, ya que no para vosotros.

Había algo que horrorizó a Taran aún más que las palabras del hechicero. Mientras le observaba, incapaz de apartar los ojos de su rostro, Taran se dio cuenta de que Morda no parpadeaba. La vacilante claridad de la vela no había hecho que aquellos párpados marchitos se cerraran ni una sola vez; y la gélida luz de las pupilas de Morda no vacilaba jamás.

El hechicero se irguió y envolvió su cuerpo reseco en los mugrientos y deshilachados pliegues de su túnica. Taran lanzó un jadeo ahogado, pues acababa de ver una cadena de plata que sostenía un creciente lunar colgando del flaco cuello de Morda. Sólo conocía a otra persona que poseyera un adorno semejante: la princesa Eilonwy, hija de Angharad. A diferencia del de Eilonwy, los cuernos de aquel creciente lunar sujetaban una gema extrañamente tallada y tan límpida como el agua cuyas facetas brillaban como si estuvieran iluminadas por algún fuego interior.

-¡El emblema de la Casa de Llyr! -exclamó Taran.

Morda se sobresaltó y dio un paso hacia él. Unos dedos tan delgados como las patas de una araña se posaron sobre la gema.

-Estúpido -siseó-, ¿acaso creías que podrías arrebatármelo? ¿Te enviaron aquí para que me lo robaras? Sí, sí -murmuró-, debe de ser eso. -Sus labios exangües temblaron levemente mientras observaba a Taran con aquellos ojos que jamás parpadeaban-. Demasiado tarde. La princesa Angharad lleva mucho tiempo muerta, y todos sus secretos me pertenecen.

Taran le miró fijamente, asombrado al oír aquel nombre en boca de Morda.

-¿Angharad, hija de Regat? -murmuró-. Eilonwy nunca llegó a saber qué había sido de su madre. Pero fuiste tú... -dijo sin poder contenerse-. Tus manos... ¡Tus manos causaron su muerte!

Morda guardó silencio durante un tiempo, y su expresión hacía pensar en la del durmiente que lucha con una pesadilla. Cuando habló por fin su voz estaba impregnada

Librodot

de odio.

-¿Crees que la vida o la muerte de una de vuestras miserables criaturas es algo que deba importarme? He conocido a muchos humanos y les he juzgado como lo que son, seres inferiores a las bestias, criaturas ciegas y estúpidas, atrapadas en sus insignificantes preocupaciones, que sólo saben luchar entre ellas... Están roídas por el orgullo y la lucha insensata; mienten, engañan y se traicionan las unas a las otras. Sí, nací entre la raza de los hombres... ¡Un humano más! -Escupió la palabra con un desprecio infinito-. Pero llevo mucho tiempo sabiendo que mi destino no es ser uno más de ellos, y hace mucho que me aparté de sus celos y sus querellas, sus pequeñas pérdidas y sus logros diminutos...

Los ojos del hechicero ardían en la profundidad marchita de sus cuencas.

-Jamás me rebajaría a compartir sus vidas, y tampoco me rebajaré a compartir sus muertes. He vivido en soledad estudiando las artes de la hechicería. La vieja sabiduría me reveló que el Pueblo Rubio poseía ciertas gemas ocultas en los escondites donde guardan sus tesoros. Quien lograra apoderarse de una de esas gemas viviría una existencia mucho más larga que los días de cualquier efímero mortal. Nadie había logrado encontrar esos escondites secretos, y muy pocos se habían atrevido a buscarlos, pero yo sabía que acabaría dando con los medios que me permitirían averiguar su paradero.

»En cuanto a la que se hacía llamar Angharad de Llyr... -siguió diciendo el hechicero-. Una noche de invierno suplicó que le diera refugio en mi morada afirmando que le habían robado a su hijita y que había recorrido distancias enormes buscándola. -Los labios del hechicero temblaron espasmódicamente-. Como si su destino o el destino de una niña pudieran importarme en lo más mínimo... Me ofreció la baratija que llevaba colgando del cuello a cambio de comida y cobijo. No tenía por qué hacer tratos con ella. La baratija ya era mía, pues se encontraba demasiado debilitada a causa de la fiebre y no habría podido impedir que me la quedara si ése era mi deseo. No llegó a ver el alba.

Taran sintió un aborrecimiento tan intenso que apartó la mirada del hechicero.

-Le quitaste la vida igual que si hubieras clavado una daga en su corazón.

La seca y amarga carcajada de Morda era como el chasquido de un haz de ramitas secas partiéndose.

-No le pedí que viniera hasta aquí. Para mí su vida valía tan poco como el libro de páginas en blanco que hallé entre sus posesiones, aunque debo admitir que el libro acabó demostrando poseer cierto valor... Mucho tiempo después un hombrecillo que no paraba de gimotear logró llegar hasta mi morada. Glew, así se llamaba, y deseaba convertirse en hechicero... ¡Imbécil insignificante! Me suplicó que le vendiera un hechizo, un amuleto, una palabra secreta de poder. ¡Presuntuoso parlanchín! Ah, cómo disfruté dándole una buena lección... Le vendí el libro de las páginas en blanco y le advertí que no debía abrirlo
o mirarlo hasta que estuviera muy lejos de aquí, pues si lo hacía el hechizo encerrado en él desaparecería.

-¡Glew! -murmuró Taran-. Así que fuiste tú quien le engañó...

-Fueron su codicia y su ambición las que le engañaron, no yo -respondió Morda-, como ocurre con todos los de vuestra especie. No sé cuál fue su destino, y no tengo ni el más mínimo deseo de averiguarlo. De una cosa sí estoy seguro. Glew aprendió que las artes de la hechicería no se compran con oro.

-Y tampoco pueden robarse mediante la maldad y la dureza de corazón, como hiciste tú con la princesa Angharad -replicó Taran.

-¿Maldad? ¿Dureza de corazón? -exclamó Morda-. Esas palabras son juguetes hechos para entretener a las criaturas insignificantes como tú. Para mí no significan nada, pues mis poderes me han llevado más allá de ellas. El libro sirvió para que un

estúpido comprendiera hasta dónde llegaba su estupidez. Pero la joya... La joya me ha sido útil, tal y como acabarán siéndomelo todas las cosas. Angharad me dijo que la joya aliviaría el peso de la vida y me haría más fáciles las labores complicadas, y así fue, aunque tuve que pasar años enteros hurgando en sus secretos hasta que aprendí cómo utilizarla. La joya acabó obedeciendo mis órdenes y empequeñeció las ramas más gruesas hasta dejarlas del tamaño de un tallo de hierba. La ayuda de la joya me permitió crear el muro de espinos. Mis habilidades fueron creciendo, y logré dar con las aguas de un manantial escondido.

Los ojos del hechicero se iluminaron con un brillo triunfal.

-Y finalmente... -murmuró- la joya acabó conduciéndome hasta lo que siempre había buscado: un escondite del Pueblo Rubio.

«Aquel escondite no contenía ninguna de las joyas que prolongan la vida -siguió diciendo Morda-. ¡Pero qué importaba! Si no estaban allí ya lograría encontrarlas en algún otro escondite. Ahora puedo disponer a mi placer de todos los tesoros, minas y caminos secretos del Pueblo Rubio.

»Uno de los vigilantes del Pueblo Rubio me sorprendió. No me atreví a correr el riesgo de permitir que diera la alarma. ¡Nadie había osado enfrentarse a ninguno de ellos, pero yo lo hice y triunfé! -gritó Morda-. Mi joya era algo más que una simple baratija hecha para aligerar el trabajo cotidiano de una fregona. Ya había logrado llegar hasta lo más profundo de sus poderes. Me bastó con dar una orden... ¡Y el espía del Pueblo Rubio se convirtió en un topo ciego que se arrastraba por el suelo! SI -dijo Morda con voz siseante-, había conseguido un poder mucho mayor del que buscaba. Y ahora, ¿quién me desobedecerá cuando poseo el medio para convertir a los hombres en las criaturas débiles e insignificantes que realmente son? Había empezado buscando una simple joya, ¿verdad? ¡Ahora todo el reino del Pueblo Rubio estaba a mi alcance! ¡Y todo Prydain! Entonces fue cuando comprendí cuál era mi auténtico destino. La raza de los hombres por fin conocería a su amo.

-¿Su amo? -exclamó Taran. Las palabras de Morda le habían dejado perplejo-. Eres más vil que aquellos a quienes desprecias. ¿Cómo osas hablar de codicia y envidia? El poder de la gema de Angharad debe ser usado para servir, no para esclavizar. Más tarde o más temprano acabarás teniendo que pagar el precio de las maldades que has cometido.

El brillo que había en los ojos de Morda aumentó y disminuyó de intensidad en un parpadeo tan veloz como la lengua de una serpiente.

-¿Eso crees? -respondió en voz baja y suave.

Taran oyó un grito que llegaba desde más allá de la estancia, y un repentino alboroto entre la pared de espinos. Morda asintió brevemente con la cabeza.

-Otra mosca que ha tropezado con mi telaraña.

-¡Fflewddur! -jadeó Taran.

Morda salió de la estancia. Taran se acercó lo más posible a Gurgi y cada uno luchó con las ataduras del otro; pero fue en vano, pues el hechicero volvió a entrar unos momentos después arrastrando a una figura que había atado y que arrojó al suelo junto a los compañeros. La figura, tal y como temía Taran, era el infortunado bardo.

-Gran Belin. ¿qué os ha ocurrido? ¿Y qué me ha ocurrido? -gimió Fflewddur, muy aturdido-. No volvisteis y fui a echar un vistazo..., temía que hubierais quedado atrapados en esos espinos y... -El bardo meneó la cabeza y puso cara de dolor-. ¡Vaya sacudida! Mi cuello nunca volverá a ser el mismo.

-No tendrías que habernos seguido -murmuró Taran-. No tenía ninguna forma cíe advertirte. ¿Y Doli?

-Está a salvo -replicó Fflewddur-. Por lo menos su situación actual es bastante menos peligrosa que la nuestra.

Morda había estado observando atentamente a los compañeros.

-Así que habéis sido enviados por el Pueblo Rubio para espiarme. Os habéis aliado con ese enano, esa criatura miserable e insignificante lo suficientemente estúpida para creer que puede escapar de mí... Bien, que así sea. ¿Creíais que iba a ser más compasivo con vosotros que con él? Compartiréis su destino.

-Sí, Doli del Pueblo Rubio es nuestro compañero -exclamó Taran-. Libérale de tu hechizo. Te lo advierto: no nos hagas daño. Tu plan fracasará, Morda. Soy Taran de Caer Dallben y estamos bajo la protección del mismísimo Dallben.

-¡Dallben! -escupió Morda-. ¡Ese viejo chocho de barba canosa! Sus poderes no pueden serviros de escudo. Hasta Dallben acabará inclinándose ante mí y me obedecerá. En cuanto a vosotros -añadió-, no voy a mataros. Sería un castigo demasiado pobre. Viviréis..., todo el tiempo que os sea posible vivir dentro de los cuerpos que no tardaréis en tener. Viviréis y sabréis durante cada momento de vuestras miserables existencias el precio que pagan quienes osan desafiarme.

Morda se quitó del cuello la cadena que sostenía la joya y se volvió hacia Fflewddur.

-Que la bravura que te ha impulsado a ir en busca de tus amigos se convierta en cobardía. Huye en cuanto oigas el ladrar de los sabuesos o las pisadas cíe los cazadores. Encógete de miedo ante el susurrar de una hoja y el movimiento de cada sombra.

La joya emitió un destello cegador. La mano de Morda salió disparada hacia adelante. Taran oyó el alarido lanzado por Fflewddur, pero la voz del bardo no tardó en morir dentro de su garganta. Gurgi gritó y Taran, horrorizado, vio que el bardo ya no estaba a su lado. Los dedos de Morda sostenían un conejo de color marrón que se debatía frenéticamente.

Morda alzó al animal lanzando una áspera carcajada y lo contempló con expresión despectiva un momento antes de arrojarlo a una cesta de mimbre que había junto a la jaula donde estaba encerrado Kaw. El hechicero fue hacia los compañeros y se detuvo ante Gurgi, quien puso los ojos en blanco de puro terror y sólo consiguió emitir un balbuceo inarticulado.

Taran luchó con sus ataduras. Morda alzó la joya.

-Esta criatura no sirve de nada -dijo el hechicero-. Bestia miserable que te encoges aterrorizada, vuélvete aún más débil de lo que ya eres y sirve de presa a las serpientes y los búhos.

Taran se debatió desesperadamente intentando romper las cuerdas que le aprisionaban.

-¡Quizá consigas destruirnos, Morda! -gritó-. ¡Pero te aseguro que tu maldad acabará destruyéndote!

La joya volvió a emitir aquel destello cegador un momento antes de que Taran hubiese terminado de hablar. Allí donde había estado Gurgi, Taran vio un ratoncito gris erguido sobre sus patas traseras que huyó chillando a ocultarse en un rincón de la estancia.

Los gélidos ojos de Morda se posaron en Taran.

9 - La mano de Morda

-Y en cuanto a ti -dijo Morda-, tu destino no será perderte en el bosque o en una madriguera. Así que mi plan fracasará, ¿eh? Bien, te quedarás prisionero en mi morada y contemplarás mi triunfo. Pero ¿qué forma te daré? ¿Un perro que gimotee pidiendo las sobras de mi mesa? ¿Un águila enjaulada cuyo corazón languidezca anhelando la libertad de los cielos?

La joya de Angharad colgaba de los dedos de Morda. La desesperación dejó sin habla a Taran y contempló la joya como si fuese un pájaro fascinado por la mirada

hipnótica de una serpiente. Casi envidiaba los terribles destinos sufridos por Gurgi y Fflewddur. Las garras de un halcón o las mandíbulas de un zorro no tardarían en poner un misericordioso final a sus días, pero la existencia de Taran iría consumiéndose en la lenta agonía del cautiverio, desgastándose como una piedra que roza con otra piedra hasta que Morda decidiera que había llegado el momento de su muerte.

Las burlonas palabras del hechicero le quemaban como si fuesen gotas de veneno; pero mientras Morda seguía hablando Taran sintió el roce de un cuerpecito peludo en sus muñecas. La sorpresa que le invadió fue tan grande que estuvo a punto de lanzar un grito. Su corazón empezó a latir aún más deprisa que antes. ¡Era el ratoncito que había sido Gurgi!

La criatura había corrido silenciosamente sobre sus patitas hasta Taran sin prestar ninguna atención al nuevo y terrible apuro en que se encontraba. El ratoncito acercó la boca a las ligaduras de Taran sin que el hechicero se diese cuenta de su presencia, y sus afilados dientes empezaron a mordisquear las tiras de cuero.

Morda jugueteaba con la joya como si le costara tomar una decisión. Taran podía sentir los desesperados mordiscos que Gurgi infligía a las ligaduras. El tiempo apremiaba: y las ligaduras seguían aguantando pese a los valerosos esfuerzos del pobre Gurgi. Taran intentó tensar las tiras de cuero que le inmovilizaban para ayudar al frenético ratón, pero éstas no daban señal alguna de ceder y el hechicero ya había empezado a alzar la joya resplandeciente.

-¡Espera! -gritó Taran-. Si mi destino ha de ser convertirme en animal, ten un poco cíe compasión y deja que sea yo quien escoja mi nueva forma.

Morda se quedó inmóvil.

-¿Escoger?-Sus labios exangües se curvaron en una sonrisa despectiva-, ¿Qué pueden importarme tus deseos? Y sin embargo... Sí, quizá sea lo más adecuado. Dejaré que escojas tu propia prisión. Habla -ordenó-, y deprisa.

-Yo era Ayudante de Porquerizo en Caer Dallben -empezó a decir Taran, hablando lo más despacio posible-. Cuidaba de una cerda blanca...

Taran sintió partirse una de las tiras de cuero «que sujetaban sus muñecas, pero Gurgi estaba empezando a quedarse sin fuerzas.

-Vaya, ¿acaso anhelas convertirte en cerdo? -le interrumpió Morda con una carcajada gutural-. ¿Quieres revolearte sobre el barro y hurgar en el suelo buscando las punas caídas de los árboles? Sí, porquerizo, creo que has hecho la elección adecuada.

-Es mi único deseo -dijo Taran-, pues al menos eso me recordará una época más feliz de mi vida.

Morda asintió.

-Sí. Y ésa es justamente la razón por la que no voy a concedértelo. Ah, astuto porquerizo... -dijo con voz burlona-. Me has revelado aquello que más deseas, y te aseguro que me ocuparé de que no lo consigas.

-¿No quieres darme la forma que te pido? -le preguntó Taran.

Sintió romperse otra tira de cuero y Gurgi redobló sus esfuerzos luchando contra el cansancio que amenazaba con apoderarse de él. Las ataduras cedieron del todo y las manos de Taran quedaron libres.

-¡Pues entonces conservaré la mía! -gritó Taran.

Se levantó de un salto, sacó su espada de la vaina y se lanzó hacia el hechicero, quien se sobresaltó y retrocedió un paso. Taran hundió la espada en el pecho de Morda antes cíe que éste pudiera alzar la joya y liberó el arma de un tirón. Pero su grito de ira se convirtió en un alarido de terror y retrocedió tambaleándose hasta pegar la espalda a la pared.

Morda no había sufrido ningún daño. Sus gélidos ojos seguían sin apartarse del rostro cíe Taran. La risa burlona del hechicero creó ecos en la estancia.

-¡Estúpido porquerizo! ¡Si tu espada fuera capaz de darme miedo ya te la habría quitado!

El hechicero volvió a alzar la joya de Angharad. Los pensamientos de Taran giraron en un nuevo torbellino provocado por el terror. La joya brillaba con un frío resplandor entre los dedos de Morda. La repentina claridad mental que le daba el miedo hizo que Taran viera todos los detalles de las facetas de la joya y la garra huesuda que la sostenía y, por primera vez, se dio cuenta de que la mano de Morda carecía de meñique. En su lugar había un horrible muñón de carne ennegrecida y reseca.

-¿Quieres quitarme la vida? -siseó Morda-. Adelante, porquerizo, inténtalo. Mi vicia no está aprisionada dentro de mi cuerpo. No, está muy lejos de aquí... ¡Tan lejos que ni la mismísima muerte puede llegar hasta ella!

«Conseguí un último poder -siguió diciendo el hechicero-. Mi joya no sólo podía dar forma a las vidas de los mortales, sino que también era capaz de proteger la mía. He arrancado la vida de mi cuerpo y la he escondido en un lugar seguro donde nadie la encontrará. ¿Quieres matarme? Tu esperanza es tan inútil como la espada que sostienes entre los dedos. Y ahora, porquerizo, sufre el castigo que corresponde a tu desafío. Sabueso o águila... No, sería un destino demasiado noble y orgulloso. ¡Arrástrate en la oscuridad de la tierra convertido en la más ínfima de todas tas criaturas! ¡Sé un gusano ciego y sin miembros incapaz de erguirse!

La luz ardió en el corazón de la joya. La espada de Taran escapó de su mano y alzó el brazo para protegerse la cara. Se tambaleó como si un rayo acabara de precipitarse sobre él..., pero no cayó. Su cuerpo seguía intacto y no había cambiado en lo más mínimo.

-¿Qué ha desviado mi hechizo? -aulló Morda, y una fugaz sombra de miedo cruzó por su rostro-. Es como si estuviera luchando conmigo mismo...

Sus ojos contemplaron con incredulidad a Taran, y la mano a la que le faltaba el dedo meñique aferró la joya con más fuerza.

Un pensamiento muy extraño se abrió paso por la mente de Taran. La vida del hechicero estaba escondida en un lugar seguro, allí donde nadie podría encontrarla... Taran no podía apartar los ojos de la mano de Morda. El dedo meñique. El cofrecillo en el agujero del árbol. Taran metió la mano muy despacio en el bolsillo de su jubón, temiendo que su esperanza acabara revelándose infundada, y la sacó de él sosteniendo el fragmento de hueso en la palma.

En cuanto lo vio el rostro de Morda pareció encogerse sobre sí mismo como si hubiera sucumbido repentinamente a la putrefacción de la tumba. Su mandíbula se aflojó, le temblaron los labios y la voz que emergió de su garganta apenas si era un susurro
enronquecido.

-¿Qué tienes en la mano, porquerizo? Dámelo. Dámelo, te lo ordeno...

-Oh, es una cosita de nada que mis compañeros y yo encontramos cuando veníamos hacia aquí -replicó Taran-. ¿Qué valor puede tener esta insignificancia para ti, Morda? ¿Cómo es posible que alguien con tus poderes anhele esta nadería?

Un sudor enfermizo había empezado a perlar la frente del hechicero. Sus rasgos se contorsionaron y su voz adquirió una melosa afabilidad que resultaba doblemente horrible por salir de aquellos labios.

-Ah, sí, eres un joven valiente -murmuró-. Has sabido enfrentarte a mí... Sólo quería poner a prueba tu coraje para averiguar si eras digno de servirme y de recibir soberbias recompensas. Tendrás oro como prueba de mi amistad. Y como prueba de la tuya me darás... esa cosa que no vale nada, ese objeto insignificante que sostienes en la palma de tu mano...

-¿Este trocito de hueso que no tiene ninguna utilidad? -replicó Taran-. ¿Quieres que

te lo regale en prueba de mi amistad? No, será mejor que lo compartamos. La mitad para ti y la mitad para mí...

-¡No, no, no lo rompas! -gritó Morda, y su rostro se había vuelto tan gris como las cenizas del hogar.

Extendió una de sus flacas garras y dio un paso hacia Taran, quien se apresuró a retroceder y alzó el trocito de hueso por encima de su cabeza.

-Así que no sirve para nada, ¿eh? -exclamó Taran-, ¡Es tu vida, Morda! ¡Tengo tu vida en la palma de mi mano!

Los ojos de Morda giraron locamente en sus cuencas marchitas, un temblor incontenible se apoderó de él y su flaco cuerpo tembló como abofeteado por un vendaval.

-¡Sí, sí! -gritó con voz desgarrada por el terror-. ¡Es mi vida! ¡Puse toda mi vida en ese dedo! Cogí un cuchillo y yo mismo me lo corté... ¡Devuélvemelo! ¡Dame mi dedo!

-Te has apartado de la humanidad y te has considerado superior a ella -replicó Taran-. Te burlaste de sus debilidades, despreciaste su fragilidad y afirmabas no pertenecer a esa especie miserable. Yo carezco de nombre e ignoro cuál es mi linaje, pero al menos sé que pertenezco a la raza de los hombres.

-¡No me mates! -gritó Morda retorciéndose de angustia-. Mi vida es tuya... ¡No me la arrebates! -El hechicero cayó de rodillas y extendió sus brazos temblorosos hacia Taran. Sus labios exangües temblaron y las palabras salieron atropelladamente de su boca-. ¡Escúchame, te lo ruego! Poseo muchos secretos y muchos encantamientos. Te los enseñaré... ¡Todos serán tuyos, todos!

Las manos de Morda se retorcían frenéticamente. Sus dedos se anudaban los unos con los otros y el hechicero empezó a mecerse hacia adelante y hacia atrás a los pies de Taran. Su voz se había convertido en un murmullo quejumbroso y suplicante.

-Te serviré, gran porquerizo. Seré tu criado. Todo mi conocimiento, todos mis poderes estarán a tu disposición para que los uses en lo que te plazca... -La joya de Angharad colgaba de su cadena de plata enrollada alrededor de la muñeca de Morda. El hechicero la cogió y la alzó ante los ojos de Taran-. ¡Incluso esto será tuyo!

-La joya no te pertenece y no puedes disponer de ella -respondió Taran.

-¿Dices que no me pertenece y que no puedo regalarla a quien desee, noble porquerizo? -La voz del hechicero se volvió melosa y dulzonamente astuta-. Cierto, no me pertenece y no puedo hacer con ella lo que desee... Pero tú sí puedes tomarla. ¿Te gustaría conocer sus secretos? Sólo yo puedo revelártelos. ¿Quieres aprender a utilizarla? ¿Has soñado alguna vez con un poder semejante? Está aquí, y te espera. Toda la raza de los hombres sometida a tus caprichos para que le des órdenes... ¿Quién osaría desobedecer incluso el más pequeño de tus deseos? ¿Quién no temblaría temiendo incurrir en tu ira si te disgustara? Prométeme que no me quitarás la vida, gran porquerizo, y yo te prometo que...

-¿Intentas regatear ofreciéndome el encantamiento que robaste y que has corrompido? -exclamó Taran sin poder contener su ira-. ¡Que sus secretos mueran contigo!

Al oír aquellas palabras Morda lanzó un aullido terrible y se arrojó al suelo como si intentara confundirse con las losas. Unos sollozos guturales hicieron temblar su cuerpo.

-¡Mi vida! ¡No me la arrebates! No me entregues a la muerte. Quédate con la joya. Conviérteme en la alimaña más repugnante o en el más pequeño de los insectos... ¡Pero déjame vivir!

Ver al hechicero humillándose a sus pies hizo que Taran sintiera una repugnancia tan grande que durante unos momentos fue incapaz de hablar.

-No te mataré, Morda -dijo por fin.

El hechicero dejó de lanzar aquellos sollozos insoportables y alzó la cabeza.

-¿No me matarás, gran porquerizo?

Empezó a arrastrarse hacia adelante y pareció como si quisiera abrazar los pies de Taran.

-No te mataré -repitió Taran, retrocediendo un par de pasos con un escalofrío de aversión-, aunque mi corazón me grita que lo haga. Tu maldad es tan insondable que no soy quien para decidir el castigo que mereces. Haz que mis compañeros vuelvan a su forma original -le ordenó-. Después me acompañarás hasta Caer Dallben en calidad de prisionero mío. Sólo Dallben puede impartir la clase de justicia que te mereces, sea cual sea. Ponte en pie, hechicero, y arroja la joya de Angharad bien lejos de ti.

Morda fue apartando la cadena de su muñeca de mala gana y lo más despacio posible, pero siguió agazapado. Sus pálidas mejillas temblaban mientras acariciaba la joya parpadeante, murmurando en voz baja para sí mismo..., y de repente se ir -guió de un salto, lanzándose hacia adelante, e hizo girar la cadena con todas sus fuerzas como si fuera un látigo dirigiendo la joya hacia el rostro de Taran.

Los afilados cantos de la joya chocaron con la frente de Taran. El impacto le hizo lanzar un grito. Taran retrocedió tambaleándose y la sangre cayó a chorros sobre sus ojos impidiéndole ver. El trocito de hueso escapó de entre sus dedos, giró por los aires y acabó estrellándose contra el suelo. La fuerza del golpe asestado por el hechicero había sido tan grande que la joya se desprendió de la cadena de plata y rodó sobre las losas hasta quedar inmóvil en un rincón de la estancia.

Un instante después el hechicero ya estaba encima de él gruñendo y rugiendo como un animal enloquecido. Los dedos de Morda se curvaron igual que garras sobre la garganta de Taran. La horrenda sonrisa que curvaba sus labios dejaba al descubierto su dentadura amarillenta. Taran intentó liberarse de la presa del hechicero, pero el salvaje frenesí del ataque de Morda hizo que se tambaleara. Taran perdió el equilibrio y cayó al suelo. Intentó romper la presión letal de aquellos dedos que le estrangulaban, pero no lo consiguió. Sentía que la cabeza le daba vueltas. Sus ojos inyectados en sangre apenas le permitían ver el rostro del hechicero, contorsionado por el odio y la furia.

-Tu fuerza no te salvará -siseó Morda-. No puede compararse con la mía. Eres débil, como todos los de tu especie. ¿Acaso no te advertí? Mi vida no está en mi cuerpo. ¡Poseo la fortaleza de la muerte! ¡Morirás, porquerizo!

Y Taran, horrorizado, comprendió que el hechicero decía la verdad. Los flacos brazos de Morda eran tan duros como ramas nudosas, y aunque Taran luchó desesperadamente intentando liberarse de ellos, la implacable presa del hechicero fue haciéndose más fuerte y asfixiante a cada segundo que pasaba. Los pulmones de Taran estaban a punto de reventar y tuvo la sensación de que empezaba a ahogarse en un mar de negrura. Los rasgos de Morda se volvieron borrosos, y lo único que podía seguir viendo con claridad era la terrible mirada de aquellos ojos helados que no parpadeaban.

Taran oyó ruido de maderos haciéndose astillas, y la presa de Morda se aflojó de repente. El hechicero lanzó un grito de rabia y miedo, se incorporó de un salto y giró sobre sí mismo. Taran se apoyó en la pared sintiendo que la cabeza aún le daba vueltas e intentó erguirse. Llyan acababa de irrumpir en la estancia.

La enorme gata saltó hacia adelante con un gruñido salvaje. Sus ojos eran dos hogueras doradas. Morda se volvió hacia ella para enfrentarse a su ataque.

-¡Llyan, ten cuidado! -gritó Taran.

El ímpetu con que Llyan se lanzó sobre él hizo que el hechicero cayese de rodillas, pero la fuerza de Morda seguía siendo tan grande como siempre y sus flacos brazos no tardaron en rodear los costados de la gata.

Llyan movió el cuerpo desesperadamente hacia la derecha y la izquierda. Sacó las zarpas de sus potentes patas traseras y éstas intentaron en vano herir al hechicero, quien se apartó de su trayectoria y logró colocarse sobre la espalda arqueada de Llyan. La gran

gata meneó la cabeza furiosamente sin dejar de gruñir y bufar, y sus afilados dientes brillaron en sus poderosas mandíbulas; pero ni tan siquiera el enorme poder de sus músculos bastó para liberarla de la presa del hechicero. Taran sabía que incluso la gran gata tardaría poco en quedarse sin fuerzas, tal y como le había ocurrido a él. Llyan le había proporcionado unos instantes más de vida, pero ahora también ella estaba condenada.

¡El hueso! Taran se puso a cuatro patas y empezó a buscarlo, pero el fragmento de hueso no era visible por parte alguna. Taran apartó a un lado taburetes, volcó recipientes y cacharros y hurgó entre las cenizas del hogar. El hueso se había esfumado.

Oyó unos chillidos muy agudos a su espalda y giró rápidamente sobre sí mismo, para ver al ratón sosteniéndose encima de sus patas traseras y meciéndose frenéticamente de un lado para otro. El ratón que había sido Gurgi llevaba el hueso en la boca.

Taran cogió el liso fragmento de hueso sin perder ni un momento y se dispuso a partirlo con los dedos..., y lanzó un jadeo ahogado de terror. El hueso se negaba a romperse.

10 - El hechizo roto

El trocito de hueso parecía tan duro e imposible de partir como si fuese de hierro. Taran tensó las mandíbulas y sus músculos temblaron a causa del esfuerzo, y tuvo la sensación de estar luchando con el mismísimo hechicero. Llyan había caído al suelo. Morda saltó, apartándose de la gata inconsciente, y volvió a lanzarse sobre Taran intentando agarrar el trocito de hueso. Los dedos del hechicero se cerraron sobre la parte central de éste, pero Taran se aferró con todas sus fuerzas a los extremos. Sintió como el trocito de hueso empezaba a doblarse mientras Morda luchaba por quitárselo de entre los dedos.

Y, de repente, el hueso se partió en dos. Un sonido más potente que el del trueno hizo vibrar los tímpanos de Taran. Morda empezó a desplomarse hacia atrás con un terrible alarido que creó ecos en toda la estancia, se envaró, arañó el aire con las manos tan tensas que parecían garras y acabó cayendo al suelo como si fuese un montón de ramitas rotas.

El ratón se desvaneció en ese mismo instante y Gurgi apareció junto a Taran.

-¡El bondadoso amo nos ha salvado! -gritó rodeando a Taran con los brazos-. ¡Sí, sí! ¡Gurgi vuelve a ser Gurgi! ¡Ya no es un ratoncito chillón y corretón!

El trocito de hueso se había convertido en polvo gris y Taran lo dejó caer al suelo. Estaba demasiado agotado y perplejo para hablar, y lo único que pudo hacer para expresar su gratitud fue dar unas afectuosas palmaditas en la cabeza de Gurgi. Llyan se fue incorporando lentamente junto al cadáver de Morda. Su enorme pecho jadeaba, su pelaje seguía estando erizado y su largo rabo parecía dos veces más grueso que de costumbre. Gurgi se apresuró a liberar a Kaw, que estaba graznando con toda la fuerza de sus pulmones y golpeaba nerviosamente los mimbres de la jaula con las alas. Los ojos dorados de Llyan recorrieron velozmente la estancia y su garganta emitió un nervioso
maullido de interrogación.

-¡Gran Belin! -exclamó la voz de Fflewddur-. ¡Sigo igual de atrapado!

Taran corrió hacia un rincón de la estancia con Llyan precediéndole. La cesta en la que Morda había aprisionado a Fflewddur después de convertirlo en conejo estaba a punto de reventar y apenas si podía contener al bardo y su arpa. Las largas y flacas piernas de Fflewddur colgaban por un lado de la cesta y sus brazos se agitaban inútilmente por encima del otro.

Taran y Gurgi lograron liberar al bardo con cierta dificultad. Fflewddur no dejó de

soltar incoherencias mientras los compañeros se esforzaban por soltarle. El miedo había hecho que su rostro se volviera de un color gris ceniza y no paraba de parpadear. Fflewddur movía la cabeza de un lado para otro agitando su ya enmarañada cabellera amarilla y de su pecho brotaban ruidosos jadeos de alivio.

-¡Qué humillación! -exclamó-. ¡Un Fflam convertido en conejo! ¡Tenía la sensación de que me habían encerrado en una bolsa de lana! ¡Gran Belin, aún no consigo mantener quieta la nariz! ¡Nunca más! Ya te dije que entrometerse en los asuntos ajenos siempre acaba trayendo problemas. Aunque en este caso... Bueno, Taran, viejo amigo, debo admitir que es una suerte que llevaras encima ese hueso. ¡Ah, ah! Con cuidado, esos mimbres se me están clavando... ¡Nada menos que un conejo! ¡Si pudiera haberle puesto las patas..., quiero decir las manos encima a ese malvado de Morda!

En cuanto hubo quedado libre de la cesta Fflewddur rodeó con los brazos el enorme cuello de Llyan.

-¡Y tú, vieja amiga! Si no hubieras venido a buscarnos... -Se estremeció y se llevó las manos a los oídos-. Sí, bueno, será mejor que no pensemos en eso...

En el umbral había una silueta baja y corpulenta que calzaba botas y vestía ropas de cuero rojo. Una gorra redonda de cuero muy ceñido le cubría la cabeza. La silueta metió los pulgares debajo del cinturón y sus luminosos ojos rojizos se posaron por turno en cada compañero. Su fruncimiento de ceño habitual se había esfumado, y sus toscos rasgos estaban iluminados por una gran sonrisa.

Taran fue el primero en ver al enano.

-¡Dolí! -exclamó-, ¡Vuelves a ser tú!

-¿Cómo que vuelvo a ser yo? -replicó secamente Doli intentando que su voz sonara lo más áspera y malhumorada posible-. Siempre fui yo. -Entró en la estancia, contempló a Morda durante un momento y asintió con la cabeza-. Bien, conque eso es lo que ha ocurrido... -dijo volviéndose hacia Taran-. Ya me lo imaginaba. En un momento dado era una rana envuelta en una capa mojada convencido de que todos habíais perecido y al siguiente... estaba tal y como me veis ahora.

»Esa gata tuya acabó poniéndose nerviosa al ver que no regresabas -siguió diciendo mientras se volvía hacia Fflewddur-. Me cogió con capa y todo y siguió tu pista.

-Nunca se separa de mí -dijo Fflewddur-. Creo que todos debemos estarle muy agradecidos -añadió acariciando afectuosamente las orejas de Llyan.

-Pero ¿cómo logró atravesar el muro de espinos? -preguntó Taran-, Las trampas de Morda...

-¿Atravesar? -exclamó Doli-. ¡No lo atravesó! ¡Saltó por encima del muro! -Meneó la cabeza-. ¡De un solo salto y conmigo dentro de su boca! Jamás había visto a una criatura capaz de saltar semejante distancia. Claro que, por otra parte, jamás había visto a una criatura como Llyan... Pero ¿qué os ocurrió? ¿Y qué le ha ocurrido a Morda?

-Si no te importa -dijo Fflewddur, adelantándose a Taran antes de que éste pudiera contar la ordalía que habían sufrido-, sugiero que nos marchemos de aquí ahora mismo. Un Fflam es hombre de mucho coraje, pero los hechizos nunca me han gustado. Hay algo en ellos, incluso en los hechizos rotos, que tiende a..., en... Bueno, que me pone muy nervioso.

-Esperad -exclamó Taran-. ¡La joya! ¿Dónde está?

Doli observó con cara de perplejidad como los tres compañeros registraban apresuradamente cada rincón de la estancia sin encontrar la joya. La preocupación de Taran fue aumentando, pues no quería marcharse de allí sin la joya de Angharad. Estaba a punto de admitir que jamás lograrían recuperarla, cuando oyó una risa estridente encima de su cabeza.

Kaw se había posado en una viga de roble y se mecía hacia atrás y hacia adelante graznando y soltando risitas como si estuviera muy complacido de sí mismo. La joya

brillaba en su pico.

-¡Oh, oh! -gritó Fflewddur, muy alarmado-. ¡Suelta eso! ¡Gran Belin, aún conseguirás que todos acabemos volviendo a tener patas y rabos!

Las súplicas de Taran y los gritos indignados del bardo acabaron logrando convencer a Kaw. El cuervo se posó sobre el hombro de Taran y dejó caer la joya en la palma de su mano.

-¡Ahora la joya pertenece al sabio y bondadoso amo! -exclamó Gurgi-. ¡Gurgi teme a la piedra de los parpadeos y los brillos, pero no cuando es el bondadoso amo quien la tiene!

Taran alzó la joya ante sus ojos y Doli la observó con mucha atención.

-Conque ésa es la joya que Morda pretendía usar para convertirnos en sus esclavos... Tendría que haberlo adivinado. Esta joya salió hace mucho tiempo del reino del Pueblo Rubio -añadió-. Siempre hemos honrado a la Casa de Llyr y entregamos la joya a la princesa Regat como regalo de bodas. Ella debió de regalársela a su hija, y cuando Angharad desapareció la joya se esfumó con ella.

-Y ahora ha llegado a mis manos -dijo Taran. Sostuvo la joya en su palma observando los destellos luminosos que ardían en las profundidades cristalinas-. Morda pervirtió un objeto útil y lleno de belleza usándolo para sus fines malignos. No sé si podrá volver a utilizarse para su auténtico propósito. Debo confesar que me atrae... Y, al mismo tiempo, me asusta. Su poder es muy grande..., quizá demasiado grande para que un hombre pueda utilizarlo. Aun suponiendo que pudiera averiguar sus secretos, creo que preferiría no hacerlo. -Se volvió hacia Gurgi y le sonrió-. ¿Me consideras sabio? Bueno, por lo menos soy lo suficientemente sabio para comprender que nunca poseeré la sabiduría necesaria para utilizarla.

»Aun así, quizá pueda servir a un propósito -siguió diciendo Taran-, Si le ofrezco esta joya Orddu me dirá quién soy. ¡Sí! -exclamó-. Esta joya es un tesoro que no rechazará...

Taran se quedó callado y contempló la joya en silencio durante un momento que le pareció interminable. Tenía en la palma de su mano el medio de averiguar lo que tanto anhelaba saber, pero sintió que el corazón le daba un vuelco. Había ganado la joya en un combate justo, pero jamás podría afirmar que era su legítimo propietario. No le pertenecía, como tampoco había pertenecido a Morda. Si Orddu la aceptaba y si le revelaba que era de noble cuna... ¿habría algún manto real lo suficientemente grande para ocultar lo deshonroso de su comportamiento?

Miró a Doli.

-La joya es mía -dijo Taran-. Pero sólo para darla, no para quedármela. -Extendió lentamente el brazo y puso la joya entre los dedos de Doli-. Toma. En tiempos perteneció al Pueblo Rubio. Ahora vuelve a ser propiedad suya.

El fruncimiento de ceño habitual en el enano se suavizó un poco.

-Nos has prestado un gran servicio -respondió-. Es muy probable que sea el mayor que ningún mortal ha prestado jamás al Pueblo Rubio... Si no hubiera sido por ti Morda podría haber acabado destruyéndonos a todos. Sí, la joya debe volver a nuestro reino. Su poder es tan grande que en otras manos resultaría demasiado peligrosa. Has escogido con sabiduría. El rey Eiddileg recordará siempre lo que has hecho. Puedes contar con su gratitud... y con la mía. -Doli asintió con cara de satisfacción y guardó cuidadosamente la joya en un bolsillo de su chaqueta de cuero-. Ha recorrido una distancia muy larga, y por fin ha vuelto a nosotros.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. Quédatela. Si el bondadoso amo no la necesita entonces Gurgi no quiere volver a ver nunca más esa piedra maligna. ¡Cuanto más lejos esté de ella mejor! ¡No permitas que vuelva a convertir en ratón al fiel Gurgi!

Taran contempló a Gurgi con cariño, se rió y puso la mano sobre su hombro.

-Morda no podría haber cambiado lo que eres realmente, de la misma forma que tampoco podía cambiar a Doli. Quizá tuvieras la apariencia de un ratón, pero seguías poseyendo el corazón de un león. Pero... ¿y yo? -murmuró con expresión pensativa-. Si me hubiera convertido en un águila enjaulada o en un gusano ciego... ¿habría podido seguir siendo yo mismo? ¿Habría seguido siendo Taran, cuando a duras penas sé quién soy realmente?

El sol había empezado a trepar por el cielo prometiendo un magnífico día azul cuando los compañeros abandonaron la morada del hechicero. El muro de espinos se había derrumbado junto con el poder maligno que lo creó, y los compañeros pudieron atravesarlo sin ninguna dificultad. Recuperaron a Melynlas y al pony de Gurgi, pero Fflewddur no accedió a hacer un alto para descansar hasta que estuvieron a una considerable distancia de allí, e incluso entonces el bardo siguió dando la impresión de encontrarse bastante nervioso. Gurgi abrió su bolsa de comida y Fflewddur se sentó en el suelo acariciándose las orejas con expresión absorta, como si quisiera asegurarse de que seguían teniendo la forma de siempre.

-¡Conejos! -murmuró el bardo-. Juro que jamás volveré a cazarlos.

Taran se sentó junto a Doli, pues tenía muchas cosas que contarle y muchas preguntas que hacerle. Doli había recuperado su ceño fruncido y su escasa paciencia habituales, pero el destello ocasional de una sonrisa delataba lo mucho que le alegraba volver a ver a los compañeros. Pero en cuanto Taran le hubo revelado el objetivo de su viaje el fruncimiento de su ceño se volvió todavía más profundo que de costumbre.

-¿Los Commots Libres? -exclamó el enano-. Tenemos muy buenas relaciones con la gente de los Commots. Les respetamos y ellos nos respetan. No encontrarás muchas tierras de Prydain cuyos habitantes tengan un corazón tan valeroso y un ánimo tan alegre. En los Commots Libres ningún hombre manda sobre sus compatriotas por haber tenido la suerte de nacer en el castillo de un rey en vez de en la choza de un granjero. Allí lo que importa es la habilidad que hay en sus manos, no la sangre que corre por sus venas. Pero no puedo decirte gran cosa sobre esas tierras, pues no mantenemos mucha relación con sus habitantes. Oh, sí, mantenemos abierto algún que otro puesto por si se diera el caso de que alguna vez necesitaran nuestra ayuda, pero eso es algo que ha ocurrido muy pocas veces en la historia de Prydain. La gente de los Commots prefiere confiar en sus propios recursos, y saben arreglárselas perfectamente sin ayuda. Y si he de serte sincero eso nos alegra mucho, pues bastante carga tenemos ya ocupándonos del resto de Prydain...

»En cuanto al Espejo que andas buscando, nunca he oído hablar de él -siguió diciendo Dolí-. Hay un lago de Llunet en las montañas de Llawgadarn, pero aparte de eso no puedo decirte más. Eh, ¿qué tienes ahí? -preguntó el enano de repente, fijándose en el cuerno de Taran por primera vez-. ¿De dónde lo has sacado?

-Eilonwy me lo regaló antes de abandonar Mona -replicó Taran-. Fue su forma de prometerme que nosotros... -Sonrió con tristeza-, Ah, parece que ha pasado mucho tiempo de eso.

Se quitó el cuerno del hombro y se lo entregó a Doli.

-Ese cuerno ha sido fabricado por artesanos del Pueblo Rubio -dijo el enano-. Reconocería su obra en cualquier parte.

Taran, sorprendido, vio como Doli pegaba el ojo primero a una punta del cuerno y luego a la otra. El enano acabó alzando el cuerno bajo los rayos del sol como si intentara ver algo oculto en el orificio por donde se soplaba. Taran siguió observándole, cada vez más perplejo, y vio como Doli golpeaba el cuerno con los nudillos y lo sacudía haciéndolo chocar con su rodilla.

-¡Vacío! -gruñó el enano-. Ya no queda nada... ¡No! Espera un momento... -Se llevó

el cuerno a la oreja y escuchó con mucha atención-. Aún queda una.

-¿Una qué? -preguntó Taran, más perplejo que nunca ante las palabras de Doli.

-Una llamada. ¿Qué iba a ser? -replicó secamente Doli.

La extraña conducta de Doli había hecho que Fflewddur y Gurgi se reunieran con ellos, y el enano se volvió hacia los dos compañeros.

-Este cuerno fue fabricado hace mucho tiempo, cuando los hombres y el Pueblo Rubio mantenían estrechas relaciones de amistad y se ayudaban los unos a los otros. El cuerno sirve para llamarnos.

-No entiendo... -empezó a decir Taran.

-Si me escucharas lo entenderías -replicó Doli devolviéndole el cuerno de batalla-, Y cuando digo escuchar me refiero justamente a eso... Tienes que escuchar con mucha atención. -Frunció los labios y emitió tres notas cuyo timbre y secuencia no se parecían a nada de cuanto Taran había oído en su vida-, ¿Las has escuchado bien? Haz sonar esas notas en el cuerno cuando te halles en un apuro, pero te advierto que deben ser justamente esas tres notas y en ese orden, ¿comprendes? La llamada del cuerno convocará a los miembros del Pueblo Rubio que estén más cerca para ayudarte en lo que puedan si les necesitas. Bien, ¿recuerdas la melodía?

Doli volvió a silbar las notas.

Taran asintió y se llevó el cuerno a los labios sin pensar en lo que hacía.

-¡Ahora no, so bobo! -gritó Doli-. Te dije que sólo quedaba una llamada, así que procura grabártelo en la cabeza. Guárdala para un auténtico caso de necesidad y no la malgastes. Puede que algún día tu vida dependa de esa llamada.

Taran contempló el cuerno con asombro.

-Eilonwy no sabía nada de esto. Me has hecho un gran favor, Doli. Nunca podré devolvértelo.

-¿Un favor? -resopló el enano-. Nada de eso. El cuerno siempre sirve a su propietario, sea quien sea..., en este caso tú. Lo único que he hecho es enseñarte cómo utilizar adecuadamente algo que ya te pertenecía. ¿Un favor? ¡Umph! Bah, ha sido un mero gesto de cortesía. Pero recuerda que debes guardar la llamada para cuando la necesites. Desperdíciala como un estúpido al primer peligro sin importancia que se presente y lo lamentarás cuando estés metido en un auténtico lío.

-Ejem... -murmuró Fflewddur volviéndose hacia Taran-. Quiero darte un consejo, si me lo permites. Confía en tu ingenio, tu espada o tus piernas. Los encantamientos siempre son encantamientos, y si hubieras sufrido la terrible experiencia por la que pasé no querrías tener nada que ver con ellos. -Contempló el cuerno con el ceño fruncido y acabó desviando la mirada con cierto nerviosismo-. ¡Puedo asegurarte que nunca volveré a ser el mismo! -murmuró acariciándose nerviosamente las orejas-. ¡Gran Belin, sigo teniendo la sensación de que son el doble de largas que antes!

11 - Dorath

Después de comer los compañeros se acostaron en el suelo y durmieron durante el resto del día y toda la noche. Dolí se despidió de ellos al amanecer. Kaw ya había emprendido el vuelo hacia el reino del Pueblo Rubio a petición de Dolí para transmitir la noticia de que todo iba bien. En cuanto hubiera comunicado su mensaje el cuervo volvería a reunirse con Taran y los demás.

-Iría con vosotros si pudiera -dijo el enano-. La simple idea de un Ayudante de Porquerizo dando tumbos por las montañas de Llawgadarn basta para que se me ericen los cabellos, pero... no me atrevo a acompañarte. Alguien tiene que llevar la joya a nuestro reino para que Eiddileg la guarde en un lugar seguro. ¿Y a quién le ha tocado esa misión? ¡Al pobre Doli, naturalmente! ¡Humph!

-Me entristece separarme de ti -dijo Taran-, pero ya me has ayudado más de lo que me atrevía a esperar. El Lago de Llunet lleva el mismo nombre que el Espejo, y quizá acabe conduciéndome hasta él.

-Adiós -dijo Dolí-. Has impedido que Morda nos convirtiera a todos en ranas o en algo aún peor y nos has devuelto un tesoro. No lo lamentarás. El Pueblo Rubio nunca olvida.

El enano se despidió de los viajeros estrechando su mano y se caló la gorra de cuero hasta las cejas. Doli les dirigió un último saludo y Taran vio como la corpulenta silueta del enano se iba alejando a través de una pradera, haciéndose cada vez más pequeña hasta que desapareció en el bosque y sus ojos ya no pudieron encontrarle.

Los compañeros siguieron avanzando en dirección norte. Taran se habría alegrado de poder contar con Dolí para que les guiara y echaba de menos al malhumorado enano, pero su estado de ánimo no podía ser mejor. Cabalgaba con el corazón alegre, y el cuerno de batalla que colgaba de su hombro le había proporcionado un nuevo valor y una considerable confianza en sí mismo.

-El regalo de Eilonwy es aún más precioso de lo que creía -le dijo a Fflewddur-. Nunca podré agradecerle lo suficiente a Doli que me hablara cíe su poder y que me revelara la existencia del Lago cíe Llunet. Es muy extraño. Fflewddur -siguió diciendo Taran-, pero tengo la sensación de que el final de mi viaje está muy cerca. Estoy más convencido que nunca de que acabaré encontrando lo que busco.

-¿Eh? ¿Cómo es eso? -exclamó Fflewddur.

El bardo parpadeó tan rápidamente y con tanta cara de sorpresa como si acabara de despertar. Gurgi ya ni se acordaba de Morda, pero Fflewddur aún parecía bastante afectado por su ordalía y solía caer en lapsos de silencio pensativo durante los que se acariciaba distraídamente las orejas como si esperara que éstas empezaran a alargarse en cualquier momento.

-¡Horrible experiencia! -murmuró-, ¡Un Fflam convertido en conejo! ¿Qué estabas diciendo? ¿El viaje? Sí, claro...

-¡Huelo y olisqueo! -le interrumpió Gurgi-. ¡Alguien está cocinando cosas sabrosas que roer y comer!

-Tienes razón -dijo Fflewddur husmeando el aire-. ¡Oh. maldición! ¡Mi nariz ya vuelve a temblar!

Taran tiró de las riendas de Melynlas poniéndolo al paso. Llyan también había captado el olor. La gata inclinó las orejas hacia adelante y empezó a pasarse la lengua por los bigotes.

-¿Qué os parece si intentamos localizar el lugar de donde viene ese olorcillo? -preguntó Fflewddur-. No diría que no a una comida caliente... ¡Siempre que no sea conejo!

Taran asintió y los compañeros avanzaron cautelosamente por entre la espesura. Taran quería echar un vistazo a quien estuviera cocinando sin revelar su presencia, pero Melynlas apenas había tenido tiempo cíe dar unos cuantos pasos hacia adelante cuando dos hombres corpulentos y barbudos emergieron de entre los arbustos. Taran se sobresaltó. Estaba claro que los dos hombres habían sido apostados allí como centinelas, y ambos desenvainaron sus espadas sin perder ni un momento. Uno de ellos frunció los labios emitiendo el trino de un pájaro y observó atentamente a los compañeros, pero no intentó impedir que siguieran avanzando.

Cuando llegó al claro Taran vio a una docena de hombres tumbados alrededor de una hoguera sobre la que había un espetón del que colgaban trozos de carne. Los hombres iban bien armados y tenían aspecto de guerreros, pero ninguno de ellos llevaba el emblema o los colores de algún señor de cantrev. Algunos masticaban su comida, otros afilaban la hoja de sus espadas o enceraban la cuerda de sus arcos. El hombretón que

estaba tumbado más cerca de la hoguera se sostenía sobre un codo y jugueteaba con una daga de gran tamaño, que arrojaba al aire atrapándola al vuelo primero por la empuñadura y luego por la punta después de que el arma hubiese dado varios giros en el aire. Vestía un jubón de piel de caballo al que le habían arrancado las mangas, y sus botas embarradas tenían la suela muy gruesa y estaban adornadas con clavos de hierro. Su larga cabellera rubia le llegaba por debajo de los hombros, y sus fríos ojos azules se posaron sobre los compañeros escrutándoles atentamente como si pudieran ver en lo más profundo de su ser.

-Bienvenidas, señorías -dijo mientras Taran desmontaba-. ¿Qué viento afortunado os ha traído hasta el campamento de Dorath?

-No soy de noble cuna -replicó Taran-. Soy Taran, Ayudante de Porquerizo...

-¿No eres noble? -le interrumpió Dorath fingiendo sorpresa mientras sus labios se curvaban en una media sonrisa-. Vaya, si no me lo hubieras dicho jamás lo habría adivinado...

-Éstos son mis camaradas -siguió diciendo Taran, irritado consigo mismo por haber permitido que Dorath se burlara de él con tanta facilidad-, Gurgi y Fflewddur Fflam, quien viaja por Prydain como bardo del arpa, pero reina sobre las gentes cíe su país.

-Y Dorath es rey allí donde le lleva su caballo -respondió el hombre de los cabellos rubios acompañando sus palabras con una carcajada-. Bien, noble porquerizo, ¿quieres compartir nuestra humilde comida? -Movió la daga señalando los trozos de carne que se asaban sobre las llamas-. Come hasta llenarte el estómago. Los hombres de Dorath siempre tienen provisiones más que suficientes. Cuando hayáis terminado de comer querremos saber algo más sobre vosotros.

-El arpista tiene una montura muy extraña, Dorath -dijo un hombre con el rostro cubierto de cicatrices-. Aun así, apuesto a que mi yegua podría plantarle cara, pues es una bestia de pésimo temperamento nacida con el alma de una asesina. ¿Qué opinas, Dorath? ¿Crees que sería divertido? ¿Dejarás que ese felino nos entretenga un poco?

-Contén tu lengua, Gloff -respondió Dorath observando atentamente a Llyan-. Eres un idiota y siempre lo has sido.

Cogió unos trozos de carne del espetón y se los ofreció a los compañeros. Fflewddur se cercioró de que no era conejo y comió con buen apetito. Gurgi, como de costumbre, no necesitó que nadie le apremiara a terminar su ración y Taran acogió con alegría aquella comida caliente, que engulló ayudándose con un trago del áspero vino contenido en el odre de cuero que le ofreció Dorath. El sol estaba cayendo rápidamente hacia el horizonte. Un hombre arrojó más ramas a la hoguera. Dorath clavó la daga en el suelo delante de él y alzó los ojos hacia Taran.

-Bien, milord -dijo Dorath-, ¿no tenéis ninguna historia de viajes que contar para que yo y mis amigos nos distraigamos oyéndola? ¿De dónde venís? ¿Adonde vais... y por qué? Los Cantrevs de las Colinas son peligrosos para todo aquel que no los conoce bien.

Taran tardó un poco en responder. El tono de Dorath y el aspecto de los hombres tumbados alrededor de la hoguera hizo que escogiera cuidadosamente sus palabras.

-Vamos hacia el norte. Queremos atravesar las montañas de Llawgadarn.

Dorath le sonrió.

-¿Y adonde iréis después? -le preguntó-. Espero que no me consideréis descortés por haceros tantas preguntas...

-Al Lago de Llunet -respondió Taran, no de muy buena gana.

-He oído contar historias sobre tesoros escondidos por aquellos lugares -dijo el hombre llamado Gloff-. ¿Es eso lo que buscan?

-Buena pregunta -dijo Dorath volviéndose hacia Taran-. ¿Andáis buscando un tesoro? -Dejó escapar una ruidosa carcajada-. ¡No me sorprende que seáis tan avaro con las palabras!

Taran meneó la cabeza.

-Si encuentro lo que busco significará mucho más que el oro para mí.

-¿De veras? -Dorath se inclinó hacia adelante para estar un poco más cerca de Taran-. Pero, milord, ¿en qué puede consistir semejante tesoro? Joyas? ¿Adornos de la más delicada artesanía?

-Ninguna de las dos cosas -respondió Taran. Vaciló durante unos momentos y acabó añadiendo-: Busco a mis padres.

Dorath guardó silencio durante un instante. La sonrisa no se esfumó de sus labios, pero cuando volvió a hablar lo hizo en un tono de voz mucho más frío que el de antes.

-Cuando Dorath hace una pregunta quiere que se le responda con sinceridad, señor porquerizo.

Taran enrojeció de ira.

-Ya os he respondido. Si decís que no lo he hecho me estáis llamando mentiroso.

El silencio descendió sobre el campamento. Dorath se había medio incorporado y los rasgos de su rostro estaban oscurecidos por la irritación. Taran se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero en ese mismo instante el arpa de Fflewddur dejó escapar un alegre torrente de notas.

-¡Calma, amigos míos! -exclamó el bardo-. ¡Oigamos una alegre canción que nos ayudará a digerir la cena!

Apoyó el hermoso instrumento en su hombro. Sus dedos empezaron a bailar sobre las cuerdas y los hombres armados alrededor de la hoguera siguieron la melodía dando palmadas y pidiéndole que no dejara de tocar. Dorath volvió a su posición anterior, pero sus ojos no se apartaban de Taran y éste le vio escupir en las llamas.

-Basta ya, arpista -dijo Dorath pasado un rato-. Estoy harto de las chirridos que haces brotar de esa especie de olla tuya. Vamos a descansar. Os quedaréis en nuestro campamento y por la mañana mis hombres y yo os guiaremos hasta el Lago de Llunet.

Taran miró a Fflewddur y captó el rápido fruncimiento de ceño del bardo. Se puso en pie.

-Os agradecemos vuestra cortesía -dijo mirando a Dorath-, pero el tiempo apremia y tenemos intención de pasar la noche viajando.

-Ah, sí... Cierto, cierto -dijo Fflewddur mientras Gurgi asentía vigorosamente con la cabeza-. En cuanto al Lago de Llunet... Sí, bueno... No hace falta que os molestéis en acompañarnos. El viaje es bastante largo y tendríais que alejaros mucho de vuestro cantrev. -Prydain entero es mi cantrev -respondió Dorath-. ¿No habéis oído hablar nunca de Dorath y sus hombres? Servimos a quien nos pague para que le sirvamos, ya sea un noble débil que desea contar con la protección de un grupo de buenos guerreros o tres viajeros que necesitan protección contra los peligros que puedan hallar durante su viaje. Hay muchos peligros, arpista... -añadió sonriendo-. Para mis hombres ir hasta Llunet será un mero paseo, y yo conozco muy bien el terreno. ¿Queréis llegar hasta allí sanos y salvos? Sólo pido una pequeña parte del tesoro que andáis buscando, una pequeña recompensa para vuestros humildes sirvientes.

-Te damos las gracias -dijo Taran-. Ya ha anochecido y tenemos que reemprender la marcha.

-¡Cómo! -exclamó Dorath fingiendo gran indignación-. ¿Despreciáis mi pobre hospitalidad? Herís mis sentimientos, señores. ¿Acaso os parece humillante dormir junto a nosotros? Ah, ah, porquerizo, no insultes a mis hombres... Podrían tomárselo muy mal.

Las palabras de Dorath fueron acompañadas por un coro de gruñidos que brotaron de las bocas de sus hombres, y Taran vio que algunos de los guerreros habían empezado a acariciar sus espadas. Taran se quedó inmóvil sin saber qué hacer, aunque se daba cuenta de la creciente incomodidad del bardo. Dorath no apartaba los ojos de él. Dos de

sus hombres se habían ido acercando sigilosamente a los caballos y Taran supuso que estarían aprovechando las sombras que les envolvían para sacar las armas de sus vainas.

-Bien, que así sea -dijo Taran clavando su mirada en los ojos de Dorath-. Aceptamos la hospitalidad que nos ofreces. Nos quedaremos a pasar la noche aquí y reanudaremos el viaje mañana.

Dorath sonrió.

-Ya habrá tiempo para volver a hablar de eso. Que durmáis bien.

-¿Dormir bien? -murmuró Fflewddur con voz preocupada mientras los inquietos compañeros se envolvían en las capas y se acostaban en el suelo-. Gran Belin. no pegaré ojo... Nunca me gustaron los Cantrevs de las Colinas y ahora tengo otra razón para que me gusten todavía menos que antes. -Miró a su alrededor. Dorath se había acostado al lado de la hoguera. El hombre llamado Gloff se había quedado junto a los compañeros, indudablemente siguiendo órdenes de Dorath-. Había oído hablar de estas bandas de guerreros que vagan de un lado para otro -siguió diciendo Fflewddur en voz baja-. No son más que rufianes dispuestos a robar lo que puedan. El noble que les paga para que utilicen sus espadas contra sus vecinos no tarda en ver como se vuelven contra él. Así que Dorath nos protegerá de los peligros, ¿eh? ¡El mayor peligro que nos amenaza es el mismo Dorath!

-Está seguro de que andamos buscando algún tesoro -murmuró Taran-. Se le ha metido esa idea entre ceja y ceja, y no habrá forma de convencerle de lo contrario. Bueno, en cierta forma es una suerte... -añadió con voz preocupada-. Mientras crea que le llevaremos hasta un montón de oro o joyas no nos matará.

-Quizá no..., y quizá sí -respondió Fflewddur-. Puede que no nos corte la garganta, pero quizá acabe decidiendo..., eh..., persuadirnos para que le digamos dónde está el tesoro, y me temo que en tal caso aplicaría métodos bastante más salvajes que retorcernos los dedos de los pies.

-No pienso lo mismo -replicó Taran-. Si tuviera intención de torturarnos creo que ya lo habría intentado. Nos ha puesto en una situación muy apurada, y no podemos correr el riesgo de permitir que nos acompañe. Aun así, tengo la impresión de que Dorath no está tan seguro de sí mismo como aparenta. Sólo somos tres contra una docena, pero no te olvides de Llyan... Si acabamos viéndonos obligados a combatir Dorath tiene bastantes posibilidades de acabar con todos nosotros, pero creo que es lo bastante astuto para comprender que eso le exigiría un precio bastante elevado. Quizá perdiera a la mayoría de los miembros de su banda, y puede que hasta su propia vida. Dudo que esté dispuesto a correr ese riesgo a menos que no tenga más remedio.

-Espero que tengas razón -suspiró el bardo-. Preferiría no quedarme aquí para averiguarlo. Confieso que me sentiría más a gusto pasando la noche en un nido de serpientes... ¡Tenemos que librarnos de estos villanos! Pero ¿cómo?

Taran frunció el ceño y se mordió el labio.

-El cuerno de Eilonwy... -empezó a decir.

-¡Sí, sí! -murmuró Gurgi-, ¡Oh,-sí, el cuerno mágico de los trompeteos y los berreos! ¡La ayuda vendrá a rescatarnos! ¡Hazlo sonar, sabio amo!

-El cuerno de Eilonwy -dijo Taran muy despacio-. Sí, fue lo primero en lo que pensé, pero no estoy seguro de si debo usarlo. Es un regalo de inmenso valor, y no quiero desperdiciarlo. Si no queda más remedio...-Meneó la cabeza-. Antes de hacer sonar el cuerno debemos intentar salir de este apuro con nuestros propios recursos. Y ahora, a dormir -elijo con voz apremiante-. Tenemos que hacer acopio de fuerzas. Antes de las primeras luces del alba Gurgi puede ir sin hacer ruido hasta donde están los caballos y cortar las riendas de las monturas de Dorath mientras Fflewddur y yo intentamos dejar sin sentido a los centinelas. Asustaremos a los caballos y haremos que salgan al galope en todas direcciones. Después...

-¡Huiremos lo más deprisa posible! -le interrumpió Fflewddur, y asintió con la cabeza-. Sí, me parece bien. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Y a menos que hagamos sonar ese cuerno tuyo..., creo que es nuestra única posibilidad de salir bien librados. ¡Dorath! -añadió, meciendo cariñosamente el arpa en sus brazos-. ¡Llamar chirridos a mis canciones! ¡Decir que mi arpa es una olla! ¡Ese rufián no tiene ni ojos ni oídos! Un Fflam es paciente, pero cuando insultó a mi arpa Dorath fue demasiado lejos. Aunque, ay, debo confesar que he oído la misma opinión en boca de otros... -admitió Fflewddur.

Gurgi y Fflewddur se sumieron en un sueño inquieto, pero Taran permaneció despierto. Las ramas de la hoguera fueron ardiendo hasta convertirse en ascuas. Taran podía oír la lenta y pesada respiración de los hombres de Dorath. Gloff yacía inmóvil junto a ellos emitiendo atroces ronquidos. Taran estuvo un rato con los ojos cerrados y se preguntó si habría obrado bien decidiendo no usar el cuerno de batalla. Era dolorosamente consciente de que sus vidas pendían de un hilo. Doli le había advertido de que no debía malgastar el encantamiento del cuerno, pero el peligro quizá fuera demasiado grande. Quizá debiera hacer sonar el cuerno ahora, cuando la necesidad de utilizarlo no podía resultar más clara... Aquellos pensamientos pesaban sobre su mente y le oprimían aún más que la negrura de la noche sin luna.

Taran despertó a Gurgi y al bardo sin hacer ningún ruido en cuanto el cielo fue mostrando las primeras y débiles señales de la claridad grisácea que precede al amanecer. Los tres se dirigieron cautelosamente hacia los caballos. Taran empezó a albergar la esperanza de que conseguirían llevar a cabo su plan. Los dos centinelas dormían profundamente con las espadas encima de las rodillas. Taran se dio la vuelta con la intención de ayudar a Gurgi a cortar las riendas. El oscuro tronco de un roble se alzaba ante él y Taran buscó el refugio ofrecido por la sombra que proyectaba.

Una pierna terminada en una bota apareció ante él obstruyéndole el camino. Dorath estaba apoyado en el árbol con una daga en la mano.

12 - La apuesta

-Vaya, noble porquerizo, ¿tan impaciente estáis por dejarnos? -preguntó Dorath con voz burlona. La daga giró velozmente entre sus dedos y se golpeó los dientes con la lengua emitiendo un chasquido-. ¿Y pensabais marcharos sin despediros, sin una sola palabra de gratitud? -Meneó la cabeza-. Tanto yo como mis hombres nos consideramos gravemente ofendidos. Mis hombres son muy sensibles y es fácil herir sus sentimientos. Y me temo que vos acabáis de herirlos profundamente...

Los hombres de Dorath habían empezado a removerse. Taran se dejó dominar por el pánico durante un momento y se volvió hacia Fflewddur y Gurgi. Gloff acababa de incorporarse y blandía la espada con la despreocupación de quien sostiene un juguete y no un arma. Taran sabía que Gloff podía atravesarle con su espada antes de que hubiera tenido tiempo de sacar su arma de la vaina. Los ojos de Taran fueron hacia los caballos. Otro hombre de Dorath estaba inmóvil junto a ellos limpiándose las uñas con la punta de un cuchillo de caza. Taran movió la mano indicando a sus compañeros que se quedaran lo más quietos posible.

Dorath se irguió. Sus ojos eran dos trocitos de hielo azul.

-Así que pretendíais marcharos, ¿eh? A pesar de que os hemos advertido sobre los numerosos peligros que acechan en estas colinas... -Se encogió de hombros-. Bien, que nadie diga que Dorath impone su hospitalidad por la fuerza a quienes no la desean. Marchaos, ya que tanto lo deseáis. Buscad vuestro tesoro y que tengáis buen viaje.

-No pretendíamos ser descorteses -respondió Taran-. No nos guardéis rencor, pues os aseguro que nosotros no os lo guardamos. Adiós, y que tengáis buena suerte.

Hizo una seña a Gurgi y al bardo y se dio la vuelta sintiendo un inmenso alivio.

La mano de Dorath se posó sobre su hombro.

-¡Vaya! -exclamó Dorath-. ¿Pensáis seguir vuestro camino sin haber resuelto la pequeña cuenta pendiente que hay entre nosotros?

Taran le miró sorprendido.

-Oh, sí, noble porquerizo, no debemos olvidar el asuntillo del pago -siguió diciendo Dorath-. ¿Acaso pensabais engañarme? Somos pobres, mi señor. Somos tan pobres que no podemos dar nada a menos que recibamos algo en compensación de lo que hemos dado...

Los guerreros se echaron a reír. Los toscos rasgos de Dorath se contorsionaron adoptando una expresión de burlona humildad que Taran encontró aún más temible por su evidente falsedad.

-Habéis comido nuestra carne y bebido nuestro vino -dijo Dorath en un tono de voz donde la súplica se mezclaba con la acusación-. Habéis dormido toda la noche sin ningún temor gracias a nuestra protección. ¿Es que todo eso no vale nada para vos?

Taran le contempló con asombro y una repentina alarma. Los hombres de Dorath se habían ido acercando silenciosamente hasta congregarse alrededor de su líder. Gurgi dio un par de pasos hacia Taran.

-¡Protección! -murmuró Fflewddur con voz casi inaudible-. ¿Y quién nos protegerá de Dorath? ¿Protección? ¡Gran Belin, yo lo llamo robo a mano armada!

-Y hay más, noble porquerizo -se apresuró a decir Dorath-. También está el asunto del pago por guiaros hasta el Lago de Llunet. El viaje no resultará nada fácil para mis hombres. Los caminos son largos y difíciles...

Taran se encaró con él.

-Nos habéis ciado alimento, bebida y un sitio donde dormir -dijo mientras sus pensamientos corrían a toda velocidad intentando encontrar una escapatoria a la trampa tendida por Dorath-. Os pagaremos lo que valen vuestros servicios. En cuanto a vuestra protección durante el viaje que hemos emprendido, ni la queremos ni os la hemos pedido.

-Mis hombres esperan y arden en deseos de guiaros -replicó Dorath-. Sois vos quien rompe el trato.

-No hemos hecho ningún trato -dijo Taran.

Dorath entrecerró los ojos.

-Ah, ¿de veras? Pues os aseguro que tendréis que ateneros a él lo hayamos hecho o no.

Taran y Dorath se observaron en silencio el uno al otro durante un momento. Los guerreros se removieron nerviosamente. La expresión cíe Dorath era imposible de descifrar. Taran no sabía si el jefe de los bandoleros estaba realmente dispuesto a correr el riesgo de un combate. Si lo estaba, Taran comprendió que los compañeros tenían muy pocas posibilidades de salir ilesos.

-¿Qué queréis de nosotros? -acabó diciendo.

Dorath sonrió.

-Por fin habláis con sabiduría. Los asuntos de poca importancia se resuelven enseguida. Somos hombres humildes, mi señor. Pedimos poco, mucho menos de lo que deberíamos exigir como honorarios. Pero Dorath honrará la amistad que existe entre nosotros y sabrá mostrarse generoso... Bien, ¿qué me daréis a cambio de nuestros servicios? -Sus ojos se posaron en el cinturón de Taran-, Tenéis una espada muy hermosa -dijo-. Será mía.

La mano de Taran se tensó sobre la empuñadura.

-Ni soñarlo -se apresuró a responder-. Tendréis bridas y arneses de nuestro equipo, e incluso eso es algo que apenas podemos permitirnos el lujo de regalaros. Dallben me

regaló esta espada, la primera a la que pude llamar realmente mía y la primera que he poseído desde que me convertí en hombre. La mujer a la que amo la ciñó alrededor de mi cintura con sus propias manos. No, Dorath, no pienso regatear con mi espada.

Dorath echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

-Armáis demasiado jaleo por un simple pedazo de hierro. ¡Vuestra dulce enamorada la ciñó alrededor de vuestra cintura! ¡Vuestra primera espada! Todo eso no añade nada a su valor. Es un arma hermosa y nada más. Me he desprendido de espadas mucho mejores que ésa, pero me gusta y quiero que sea mía. Ponedla en mi mano y estaremos en paz.

Un cruel placer invadió el rostro de Dorath mientras extendía la mano para recibir la espada. Taran se sintió invadido por una ira repentina. Desenvainó la espada olvidando toda cautela y dio un paso hacia atrás.

-¡Ten cuidado, Dorath! -gritó Taran-. ¿Quieres apoderarte de mi espada? Tendrás que pagar un precio muy caro para conseguirla. Puede que no. vivas para disfrutar de ella.

-Ni tú para conservarla -respondió Dorath sin dejarse impresionar por la ira de Taran-. Los dos sabemos muy bien lo que pasa por la cabeza del otro, porquerizo. ¿Soy lo bastante estúpido para poner en peligro tantas vidas por una mera espada? ¿Eres lo bastante estúpido para intentar impedírmelo?

»Bueno, no será difícil dar con la respuesta a esas preguntas -añadió Dorath-. Uno de los dos lo lamentará, ¿no te parece? ¿Quieres ponerme a prueba? ¿Quieres que mis seguidores se enfrenten a los tuyos? -Taran guardó silencio y Dorath siguió hablando-. Mi oficio es derramar la sangre de los demás, no malgastar la mía sin conseguir nada a cambio. Creo que hay una forma muy sencilla de resolver el dilema. Escoge a uno de los tuyos para que se enfrente con uno de mis hombres. Una apuesta entre amigos, porquerizo... ¿Te atreves a aceptarla? ¿El premio para el vencedor? ¡Tu espada!

Gloff había estado escuchando atentamente lo que decía Dorath. Su malvado rostro de bandolero se iluminó de placer y dio una ruidosa palmada.

-¡Bien dicho, Dorath! ¡Parece que podremos tener algo de diversión después de todo!

-La elección es tuya, porquerizo -dijo Dorath sin apartar los ojos del rostro de Taran-. ¿Quién será tu campeón? ¿Crees que esa bestia peluda a la que llamas camarada podrá vencer a Gloff? Debo admitir que los dos son lo suficientemente feos para que el combate no resulte demasiado desigual. O quizá prefieras escoger al arpista...

-Éste es un asunto entre tú y yo, Dorath -replicó Taran-, No hace falta involucrar a nadie más.

-Tanto mejor -respondió Dorath-. Entonces, ¿aceptas la apuesta que te propongo? Nosotros dos lucharemos sin armas hasta que haya un vencedor y la deuda quedará saldada. Tienes la palabra de Dorath.

-¿Es tu palabra tan digna de confianza como afirmas? -replicó secamente Taran-, No confío lo suficiente en ti para aceptar el trato que me ofreces.

Dorath se encogió de hombros.

-Si eso es lo que temes, mis seguidores se retirarán más allá de los árboles hasta un lugar donde no puedan ayudarme. Los tuyos harán lo mismo. ¿Qué dices ahora? ¿Sí o no?

-¡No, no! -gritó Gurgi-, ¡Cuidado, bondadoso amo!

Taran contempló en silencio la espada. La hoja era de acero liso y ni la empuñadura ni el pomo tenían adornos, pero incluso Dorath había sabido ver la habilidad del artesano que la fabricó. El día en que Dallben la puso sobre sus manos brillaba en la memoria de Taran con un resplandor tan intenso y límpido como el de aquel acero impoluto. Y Eilonwy... La brusquedad con que le habló no pudo ocultar el placer que la hizo ruborizarse. Para él la espada era un tesoro que no tenía precio, pero aun así Taran se obligó a contemplar la hoja con frialdad, viéndola como el fragmento de metal que

era. Las dudas empezaron a invadir su corazón. Ganara o perdiera, no estaba seguro de si Dorath permitiría que los compañeros se marcharan sin obligarles a combatir. Acabó asintiendo con la cabeza.

-Que así sea.

Dorath hizo una señal a sus seguidores y Taran no apartó los ojos de ellos hasta que todos se hubieron internado una buena distancia en el bosque. Taran se volvió hacia Fflewddur y Gurgi y les ordenó que se marcharan con Llyan y las dos monturas en dirección opuesta, y sus compañeros le obedecieron de bastante mala gana. Taran arrojó al suelo su capa y dejó el cuerno de Eilonwy junto a ella. Dorath esperó en silencio con un brillo de burlona astucia en los ojos a que Taran separase la vaina de su cinturón y clavara la espada en el suelo.

Taran dio un paso hacia atrás y Dorath saltó sobre él sin ningún aviso previo. La fuerza de la carga del corpulento guerrero hizo que los pulmones de Taran se quedaran sin aire y poco faltó para que le derribara. Dorath le rodeó con sus brazos y Taran comprendió que su adversario pretendía aferrarle por el cinturón y arrojarle al suelo. Taran alzó los brazos y se encogió sobre sí mismo, escapando de la presa con que intentaba sujetarle Dorath, quien soltó una maldición y le lanzó un puñetazo. Taran logró esquivar el impacto directo del golpe, pero aun así el puño de Dorath se estrelló dolorosamente en su sien. Taran intentó recobrar el equilibrio e interponer un poco de distancia entre él y Dorath, pero le zumbaban los oídos y Dorath siguió atacando sin darle ni un momento de respiro.

Taran comprendió que no podía correr el riesgo de permitir que su robusto adversario le atrapara en un cuerpo a cuerpo, pues los potentes brazos de Dorath eran capaces de partirle en dos. El guerrero volvió a lanzarse sobre él. Taran le agarró por un antebrazo, le volteó por los aires impulsándole con todas sus fuerzas y le arrojó al suelo.

Pero Dorath se levantó con la rapidez del rayo. Taran se agazapó para enfrentarse al próximo ataque del guerrero. Dorath era muy corpulento, pero sabía moverse con la rapidez de un gato. Se dejó caer a un lado, giró velozmente sobre sí mismo y un momento después Taran vio como los dedos de su adversario iban hacia sus ojos. Taran trató de esquivar aquel intento de cegarle, pero Dorath le cogió por el cabello y le obligó a echar la cabeza hacia atrás. El puño del guerrero se alzó disponiéndose a golpear. Taran alzó los brazos jadeando de dolor y los agitó ciegamente, intentando que sus puños entraran en contacto con el sonriente rostro de Dorath. El guerrero aflojó su presa y Taran logró soltarse. El diluvio de golpes pareció dejar un tanto perplejo a Dorath durante un momento, y Taran intentó aprovechar la ligera ventaja que había conseguido moviéndose velozmente a un lado y a otro para no darle ocasión de que recuperase la iniciativa.

Dorath se dejó caer sobre una rodilla y alzó un brazo moviéndolo hacia adelante. Taran intentó esquivar el golpe y sintió un doloroso pinchazo en el costado. Cayó hacia atrás aferrándose el lugar de la herida. Dorath se puso en pie. Su mano sostenía el cuchillo de hoja corta que se había sacado de la bota.

-¡Arroja ese cuchillo al suelo! -gritó Taran-. ¡Dijiste que lucharíamos sin armas! ¡Me has traicionado, Dorath!

El guerrero le miró.

-Bien, noble porquerizo, ¿has averiguado por fin quién de los dos es el más estúpido?

El cuerno de Eilonwy se encontraba cerca de donde había caído y la mano de Taran fue hacia él mientras su mente pensaba desesperadamente cuánto tardaría el Pueblo Rubio en responder a su llamada. ¿Podía albergar la esperanza de mantener a distancia a Dorath hasta que llegaran o no le quedaba más remedio que salir huyendo ahora mismo? Su corazón anhelaba hacer sonar las notas, pero arrojó a un lado el cuerno con un grito de ira, cogió su capa para usarla como escudo y se lanzó contra Dorath.

El cuchillo del guerrero quedó atrapado entre los pliegues de la capa. La ira y la desesperación que se habían apoderado de Taran le dieron la fuerza suficiente para arrebatar el cuchillo cíe entre los decios de Dorath, quien retrocedió tambaleándose ante la furia salvaje de aquella embestida y cayó al suelo. Taran fue hasta él, le agarró por los hombros y apoyó la rodilla sobre el pecho del guerrero.

-¡Ladrón y asesino! -gritó Taran apretando los dientes-. Me habrías matado para apoderarte de un pedazo de acero...

Los dedos de Dorath se hundieron en el suelo y su brazo salió disparado hacia arriba. El puñado de gravilla y tierra que había cogido chocó con el rostro cíe Taran.

-¡Encuéntrame ahora si puedes! -gritó Dorath.

El guerrero tensó el cuerpo hacia arriba. Taran se llevó las manos a los ojos llenos cíe tierra y sintió como las lágrimas empezaban a deslizarse por su rostro. Buscó a tientas a Dorath, pero éste ya había logrado alejarse de un salto.

Taran intentó avanzar apoyándose en las manos y las rodillas. Una de las botas de Dorath se estrelló contra sus costillas. Taran lanzó un grito de dolor y se dobló sobre sí mismo. Intentó levantarse, pero ni tan siquiera la terrible fuerza de su ira era capaz de permitirle sostenerse sobre sus pies. Sus músculos se aflojaron y su rostro chocó contra los guijarros.

Dorath fue hacia la espada y la arrancó del suelo.

-Te perdono la vida, porquerizo -dijo con voz despectiva volviéndose hacia Taran-. No significa nada para mí y no me apetece despojarte de ella, pero si volvemos a encontrarnos puede que no tengas tanta suerte.

Taran alzó la cabeza. Los ojos de Dorath sólo contenían un odio tan intenso que parecía capaz de matar o contaminar todo lo que tocara.

-No has ganado nada -murmuró Taran-. ¿Qué has conseguido que valga más para ti que para mí?

-Darte una paliza ha sido un gran placer, porquerizo. Quedarme con tu espada me ha complacido todavía más.

Dorath arrojó la espada al aire, la cogió por la empuñadura, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una áspera carcajada. Después giró sobre sus talones y se internó en el bosque.

Taran siguió sentado en el suelo sin moverse durante un buen rato después de haber recobrado las fuerzas y de que el dolor de su costado se hubiera convertido en un malestar lejano. Cuando se levantó fue lentamente a recoger sus pertenencias -la capa desgarrada por el cuchillo de Dorath, el cuerno de batalla, la vaina vacía-, y partió en busca de Fflewddur y Gurgi. Dorath había desaparecido. No quedaba rastro alguno de él, pero su risa seguía resonando en los oídos de Taran.

13 - La oveja perdida

Los compañeros siguieron internándose en los Cantrevs de las Colinas viajando bajo cielos despejados y gozando del buen tiempo. Gurgi había vendado la herida de Taran y el dolor de ésta se calmó bastante más deprisa que el de haber perdido su espada. En cuanto al bardo, el encuentro con Dorath le había librado de su preocupación por la longitud de sus orejas. Ya apenas pronunciaba la palabra «conejo», y había empezado a compartir la fe de Taran en que su largo y peligroso viaje tendría un buen final. Gurgi seguía quejándose amargamente de la mala fortuna que les había hecho tropezarse con aquellos rufianes, y solía volverse en la grupa para agitar furiosamente el puño amenazando al aire. Por suerte los compañeros no habían vuelto a ver señales de la banda de Dorath, aunque las muecas de Gurgi eran tan terribles que quizá bastaran para mantener alejados de ellos a cualquier merodeador.

Librodot

-¡Robos desvergonzados! -murmuró Gurgi-. Oh, bondadoso amo, ¿por qué no hiciste sonar el cuerno de la ayuda para ahorrarte palizas y añagazas?

-La espada significaba mucho para mí -respondió Taran-, pero ya encontraré otra que pueda servirme igual de bien. En cuanto al cuerno de Eilonwy, una vez que se utiliza, su poder desaparece y ya no hay forma alguna de recuperarlo.

-¡Oh, cierto! -exclamó Gurgi. Parpadeó poniendo expresión de asombro, como si semejante idea jamás hubiera pasado por su peluda cabeza-. ¡Oh, sabiduría del bondadoso amo! ¿Es que el ingenio del humilde Gurgi nunca mejorará un poco?

-Todos tenemos el ingenio suficiente para darnos cuenta de que Taran tomó la decisión correcta -dijo Fflewddur-. De haber estado en su lugar yo habría hecho lo mismo... Eh... No, lo que quería decir... Eh... -se apresuró a añadir mirando de soslayo al arpa-. Habría soplado ese cuerno hasta que la cara se me hubiese puesto de color azul. ¡Eh, vamos! ¡Calma, vieja amiga! -exclamó al ver que Llyan saltaba hacia adelante-. ¿Qué andas persiguiendo ahora?

En ese mismo instante Taran oyó un balar quejumbroso que venía de entre unos arbustos espinosos. Llyan ya estaba junto a ellos con el cuerpo agazapado como siempre que tenía ganas de jugar. Su rabo ondulaba lentamente en el aire y adelantó una pata para tirar de los arbustos.

Había una oveja blanca atrapada entre los espinos y en cuanto vio a la enorme gata empezó a balar con más fuerza y se debatió desesperadamente intentando liberarse. Fflewddur alejó a Llyan de los arbustos haciendo sonar su arpa y Taran se apresuró a desmontar. Apartó las ramas espinosas ayudado por Gurgi y cogió en brazos al aterrorizado animal.

-La pobrecita se ha perdido. Me pregunto de dónde habrá salido -dijo Taran-. No vi ninguna granja cercana.

-Bueno, supongo que debe de conocer el camino que lleva a su hogar bastante mejor que nosotros -respondió Fflewddur mientras Gurgi contemplaba a la oveja perdida y acariciaba cariñosamente su lanuda cabeza-. Lo único que podemos hacer es dejarla en libertad para que encuentre su camino.

-La oveja es mía -dijo una voz ronca y firme.

Taran se volvió con expresión sorprendida para ver a un hombre alto y de espaldas muy robustas que estaba bajando con grandes dificultades por la pendiente rocosa. Tenía el cabello y la barba llenos de canas, su ancha frente estaba surcada por numerosas cicatrices y sus oscuros ojos observaban atentamente a los compañeros mientras se abría paso por entre los peñascos. Iba desarmado salvo por un gran cuchillo de caza que colgaba de su cinturón de cuero, y vestía el tosco atuendo de un pastor. Llevaba la capa hecha un rollo colgando en bandolera de la espalda, y su jubón estaba deshilachado por los bordes y bastante sucio. En cuanto estuvo más cerca Taran vio que lo que había tomado por un cayado o báculo de pastor era una muleta que parecía haber sido tallada con un cuchillo. El hombre que venía hacia ellos estaba lisiado de la pierna derecha.

-La oveja es mía -repitió el pastor.

-Oh... Bueno, entonces tomadla -respondió Taran, entregándole el animal.

La oveja dejó de lanzar balidos aterrorizados y se instaló cómodamente apoyando la espalda en el hombro del pastor. El desconfiado fruncimiento de ceño visible en el rostro del recién llegado se convirtió en una expresión de sorpresa, como si hasta aquel entonces hubiera estado convencido de que se vería obligado a luchar para recuperar el animal extraviado.

-Os doy las gracias -dijo y, un momento después, añadió-: Soy Craddoc. hijo de Custennin.

-Me alegra haberos conocido -dijo Taran-, Y ahora, adiós. Vuestra oveja ya no corre

peligro y aún tenemos mucha distancia que recorrer.

Craddoc se apoyó en su muleta y se dio la vuelta disponiéndose a trepar por la pendiente, pero no se había alejado mucho, cuando Taran vio que se tambaleaba y perdía el equilibrio. El peso del animal hizo que Craddoc acabara teniendo que apoyar una rodilla en tierra. Taran fue rápidamente hacia él y extendió las manos para ayudarle.

-Si el camino hasta vuestro aprisco es tan agreste como los que hemos recorrido quizá deberíais dejar que os ayudáramos -dijo Taran.

-¡No hace falta que me ayudes! -respondió el pastor con aspereza-. ¿Acaso me crees tan lisiado que necesito tomar prestada la fortaleza de los demás? -Cuando vio que Taran seguía ofreciéndole sus manos la expresión de Craddoc se suavizó un poco-. Discúlpame -dijo el pastor-. Tus palabras demuestran que tienes buen corazón. Fui yo quien no supo interpretarlas correctamente. Vivir en la soledad de estas colinas ha hecho que no esté acostumbrado a la cortesía. Me habéis hecho un gran favor -siguió diciendo mientras Taran le ayudaba a ponerse en pie-. Desearía que me hicierais otro. Compartid mi hospitalidad. -Sonrió-. No es un gran pago por haber salvado a mi oveja, pero es lo único que puedo ofreceros.

Fflewddur se encargó de las monturas y Gurgi estuvo encantado de poder llevar en brazos a la oveja. Taran caminaba junto al pastor, quien una vez superada su reluctancia inicial se apoyaba en su hombro cada vez que el serpenteante camino por el que avanzaban se hacía más abrupto. El camino acabó bajando poco a poco hasta llevarles a un valle rodeado cíe montañas.

Taran vio que la granja era una casita en bastante mal estado cuyos muros hechos con piedras traídas de los campos colindantes se habían derrumbado en algunos puntos. Media docena de ovejas no muy bien esquiladas se alimentaban con la escasa hierba de aquellos lugares. Un arado oxidado, un azadón con el mango roto y unos cuantos aperos más eran visibles por el hueco de la puerta cíe un cobertizo encarado a la casa. La desolada granja rodeada cíe arbustos espinosos y maleza parecía perdida entre aquellas montañas, pero se aferraba tozudamente al suelo como un viejo guerrero que estuviese lanzando su último y desesperado desafío al círculo de enemigos que avanzaban hacia él disponiéndose a acabar con su existencia.

Craddoc invitó a los compañeros a entrar en la casita de piedra con un gesto entre tímido y avergonzado. El interior de la morada era casi tan desnudo y lúgubre como la tierra salvaje que la rodeaba. Había señales de que Craddoc había intentado arreglar su chimenea y el hogar roto, así como de algunos remiendos en el techo y las grietas de la pared, pero Taran se dio cuenta de que el pastor no había llegado a terminar ninguna de las reparaciones. En un rincón se alzaba una rueca que hacía pensar en labores femeninas; pero de ser así la mano de aquella mujer desconocida había dejado de guiar la rueda hacía ya mucho tiempo.

-Bien, amigo pastor -observó Fflewddur con voz jovial instalándose en un banquillo de madera situado junto a la mesita-, eres un hombre valeroso. Muchas personas serían incapaces de vivir en estos parajes tan desolados. Tu casa es cómoda -se apresuró a añadir-, muy cómoda, desde luego, pero..., eh..., llegar hasta ella resulta un poco difícil.

-Es mi casa -respondió Craddoc, y el orgullo brilló en sus ojos. Las palabras de Fflewddur parecieron animarle un poco y el pastor se inclinó hacia adelante aferrando la muleta con una mano mientras ponía la otra encima de la mesa-. Me he enfrentado a los que querían arrebatármela; y volveré a hacerlo si no hay más remedio.

-Oh, desde luego, no lo pongo en duda -replicó Fflewddur-. No pretendía ofenderte, amigo mío, pero si me lo permites... Bueno, para empezar me sorprende un poco que alguien quiera arrebatarte este lugar.

Craddoc tardó un rato en responder.

-La tierra era más hermosa que ahora -dijo por fin-, Vivíamos en paz sin molestar ni

ser molestados hasta que ciertos señores quisieron apoderarse de lo que nos pertenecía. Pero los que valorábamos nuestra libertad nos agrupamos para hacerles frente. La batalla fue muy encarnizada y la destrucción que causó considerable, pero les hicimos huir. -El rostro de Craddoc estaba muy serio-. La victoria nos exigió un precio muy alto. Tuvimos muchos muertos, mis amigos más queridos entre ellos. Y yo... -Sus ojos se posaron en la muleta-. Yo conseguí esto.

-¿Y los demás? -preguntó Taran.

-Fueron abandonando sus hogares uno a uno con el paso del tiempo -replicó Craddoc-. La tierra ya no era lo suficientemente fértil para que mereciera la pena conservarla. Se marcharon a otros cantrevs. La desesperación les impulsó a ofrecer sus servicios como guerreros, aunque también hubo quienes renunciaron a su orgullo y sus esperanzas y trabajaron para quien estuviera dispuesto a darles sustento y cobijo.

-Pero tú sigues aquí -dijo Taran-, Continúas viviendo en una tierra que ya no da frutos. ¿Por qué?

Craddoc alzó la cabeza.

-Para ser libre -respondió secamente-. Para no tener que rendir cuentas de mis actos ante nadie. Siempre he buscado la libertad. Aquí la había encontrado, y pagué un duro precio por ella.

-Eres más afortunado que yo, amigo pastor -dijo Taran-. Aún no he encontrado lo que busco.

Craddoc le lanzó una mirada interrogativa y Taran le habló de lo que le había impulsado a emprender aquel viaje. El pastor le escuchó con mucha atención y no le interrumpió ni una sola vez. Pero a medida que hablaba, Taran vio aparecer en el rostro de Craddoc una expresión muy extraña, como si el pastor estuviera luchando con la incredulidad y el asombro y tratara de aceptar algo que le parecía imposible.

Cuando Taran hubo terminado, Craddoc pareció disponerse a hablar, pero vaciló. Acabó poniéndose la muleta debajo del brazo y se levantó bruscamente murmurando que debía ocuparse de sus ovejas. Salió cojeando de la casita, y Gurgi le siguió a toda prisa para extasiarse contemplando a los pacíficos y dóciles animales del pequeño rebaño.

El día empezaba a ensombrecerse. Taran y Fflewddur se quedaron sentados en silencio a la mesa.

-La compasión que me inspira el pastor es tan grande como la admiración que siento hacia él -dijo Taran pasado un rato-. Hizo cuanto estaba en sus manos para ganar una batalla, pero eso sólo le sirvió para ser derrotado en otra. Ahora su tierra es su peor enemigo, y no puede hacer gran cosa contra ella.

-Me temo que tienes razón -dijo el bardo-. Si los zarzales y la maleza se acercan un poco más a su morada -añadió con expresión melancólica-, pronto no le quedará más remedio que apacentar sus ovejas en el tejado.

-Le ayudaría si supiera cómo hacerlo -replicó Taran-. Por desgracia, necesita mucho más de lo que puedo darle.

Cuando el pastor volvió a entrar en la casita Taran se levantó para despedirse, pero Craddoc insistió en que debían quedarse. Taran vaciló. Estaba impaciente por reemprender la marcha, pero sabía que Fflewddur odiaba viajar de noche. En cuanto al pastor, el anhelo de compañía era aún más visible en sus ojos que en sus palabras, y Taran acabó accediendo.

Craddoc tenía muy pocas vituallas, por lo que los compañeros compartieron la comida de la bolsa de Gurgi. El pastor comió en silencio. Cuando hubo terminado arrojó unas cuantas ramas secas de arbustos espinosos en el pequeño fuego que ardía dentro del hogar, observó como las llamas prendían en ellas haciéndolas crujir y chasquear y acabó volviéndose hacia Taran.

-Una oveja de mi rebaño se extravió y fue encontrada -dijo Craddoc-. Pero otra se perdió hace tiempo y jamás he vuelto a verla. -El pastor hablaba despacio y con un gran esfuerzo, como si hacer brotar cada palabra de sus labios le causara un terrible dolor-. Hace muchos años mi esposa me dijo que debíamos imitar a los demás y marcharnos del valle. Faltaba poco para que diera a luz a nuestro hijo y para ella estas tierras desoladas sólo significaban penalidades, y me rogó encarecidamente que nos marcháramos. Lo hacía por nuestro hijo, ¿comprendes?

Craddoc inclinó la cabeza.

-Pero yo me negué. Cuanto más me lo suplicaba más firme se hacía mi decisión. El niño acabó naciendo... Nuestro hijo. El bebé vivió; su madre murió. Su muerte me destrozó el corazón, pues sentí como si yo mismo la hubiera matado.

»Su último deseo -siguió diciendo Craddoc con la voz enronquecida por la pena- fue que sacara al niño de este valle. -Sus rasgos curtidos por la intemperie y los años se tensaron-. Ni ese deseo fui capaz de concederle... No -añadió-, yo había pagado mi libertad con sangre y con algo más que sangre. No estaba dispuesto a renunciar a ella.

El pastor guardó silencio durante un rato.

-Intenté criar al niño sin ayuda de nadie -dijo por fin-, y no tardé en descubrir que sería imposible. Era de constitución robusta y sana, pero le vi enfermar en menos de un año. Sólo entonces comprendí que su madre tenía razón y que mi estúpido orgullo me había impedido escuchar la sabiduría que encerraban sus palabras. Acabé decidiendo abandonar el valle.

»Ay, ya era demasiado tarde -dijo Craddoc-, Sabía que el niño no sobreviviría al viaje, y también sabía que no podría aguantar otro invierno aquí. Era la ovejita más querida por mi corazón, y ya estaba condenada a la muerte...

«Pero un día el azar trajo un viajero hasta mi puerta -siguió diciendo Craddoc-. Era un hombre de gran sabiduría y conocía muchos secretos de las artes curativas. Me dijo que el niño sólo podría vivir si lo confiaba a sus cuidados, y me bastó con oírle para comprender que decía la verdad. Se compadeció del niño y se ofreció a criarlo por mí. Agradecí tanto su bondad que puse al niño en sus brazos.

»Se marchó llevándose consigo a mi hijo. Los años fueron pasando sin que volviera a tener noticias de él, y más de una vez temí que hubiesen perecido en las colinas. Pero la esperanza se negaba a morir, pues aquel hombre me había prometido con todos los juramentos imaginables que mi hijo volvería algún día.

El pastor clavó los ojos en el rostro de Taran.

-Aquel viajero se llamaba Dallben.

Una rama espinosa se partió y chisporroteó entre las llamas del hogar. Craddoc no dijo nada más, pero sus ojos no se apartaron del rostro de Taran. Fflewddur y Gurgi les contemplaban sin decir palabra. Taran se puso en pie muy despacio. Sentía que estaba temblando, y durante un momento temió que sus piernas serían incapaces de sostenerle y acabó teniendo que poner una mano sobre la mesa. No podía pensar ni hablar. Sus ojos sólo podían ver a Craddoc observándole en silencio, y este hombre al que había conocido hacía tan poco tiempo le parecía más un desconocido a cada momento que pasaba. Los labios de Taran se movieron sin emitir ningún sonido. Las palabras tardaron en brotar de ellos, y cuando por fin lo hicieron Taran tuvo la impresión de estar oyendo la voz de otra persona.

-Entonces... -murmuró Taran-. ¿Dices que...? ¿Me estás diciendo que eres mi padre?

-La promesa se ha cumplido -respondió Craddoc en voz baja-. Mi hijo ha vuelto.

14 - El final del verano

Faltaba muy poco para que amaneciese. El fuego del hogar se había consumido hacía ya mucho rato. Taran se levantó sin hacer ningún mido. Había dormido mal. Su cabeza, estaba tan llena de pensamientos confusos que no lograba concentrarse en uno el tiempo suficiente para comprenderlo. El grito de asombro de Fflewddur, los chillidos de alegría de Gurgi, el abrazo de bienvenida con que Craddoc recibió a un hijo al que apenas había visto, la perplejidad con que Taran respondió al abrazo de un padre a quien jamás había conocido... Hubo canciones y melodías de arpa. Fflewddur jamás estuvo más animado o cantó con mejor voz, y los muros de la casita del pastor nunca debían de haber vibrado con la jovial algarabía de semejante celebración, pero Taran y Craddoc habían estado más silenciosos que alegres, como si cada uno intentara comprender lo que se ocultaba en la mente y el corazón del otro. La fiesta había durado mucho rato, pero al final todos acabaron acostándose.

Taran fue hacia la puerta. Las ovejas estaban calladas e inmóviles en el aprisco. El aire de las montañas mordía como el hielo. La fría red plateada del rocío brillaba sobre los retazos de hierba perdidos aquí y allá, y las piedras parpadeaban igual que estrellas caídas sobre la tierra. Taran se estremeció y se envolvió en la capa. Se quedó inmóvil durante un rato en el umbral hasta que se dio cuenta de que ya no estaba solo. Fflewddur también se había levantado.

-No podías dormir, ¿eh? -dijo Fflewddur con voz jovial-. Yo tampoco. Demasiadas emociones... Apenas si habré cerrado los ojos un momento... Ah, bueno, quizá haya dormido algo más que eso. ¡Gran Belin, menudo día! No todo el mundo consigue encontrar al padre que había perdido hacía mucho tiempo en pleno centro de la nada, ¿verdad? Taran, amigo mío, tu búsqueda ha llegado a su fin y no se me ocurre un final mejor para ella. Nos hemos ahorrado el trayecto hasta el Lago de Llunet, y no me importa confesar que eso me alegra muchísimo. Ahora tenemos que hacer planes. Creo que deberíamos cabalgar en dirección norte hasta llegar al reino del Pueblo Rubio y buscar a Dolí. Después iremos a mi reino para celebrar unos cuantos banquetes y fiestas, y supongo que querrás zarpar hacia Mona para dar la buena noticia a Eilonwy. ¡Que así sea! ¡Ahora que tu búsqueda ha terminado eres tan libre como un pájaro!

-¡Soy tan libre como el águila enjaulada en la que Morda quería convertirme! -gritó Taran-. Si continúa viviendo en soledad este valle no tardará en acabar con Craddoc. Sostiene sobre sus hombros una carga demasiado pesada. Le respeto por haber intentado llevarla con dignidad. Si he de serte sincero, es lo único por lo que le respeto... Su tozudez acabó con la vida de mi madre y estuvo a punto de acabar con la mía. ¿Cómo es posible que un hijo ame a semejante padre? Y aun así, mientras viva estoy atado a él por los lazos de la sangre..., si es cierto que su sangre corre por mis venas.

-¿Si? -replicó Fflewddur. Frunció el ceño y escrutó atentamente el rostro de Taran-. Has dicho «si», como si no estuvieras convencido de que...

-Craddoc dice la verdad cuando afirma ser mi padre -respondió Taran-. Soy yo quien no le creo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Fflewddur-. ¿Sabes que es tu padre y al mismo tiempo dudas de que lo sea? Ahora sí que me has dejado realmente confundido.

-Fflewddur, ¿es que no lo comprendes? -dijo Taran pronunciando las palabras muy despacio y como si cada una le costara un gran esfuerzo-. No le creo porque no quiero creerle. Desde que era muy pequeño siempre he mantenido oculta en lo más hondo de mi corazón la esperanza de que..., de que provenía de un linaje noble.

Fflewddur asintió.

-Sí, comprendo a qué te refieres. -Suspiró-. Ay, nadie puede escoger a sus padres, ¿no te parece?

-Ahora mi sueño no es más que un sueño -dijo Taran-, y debo renunciar a él.

-Creo que Craddoc dice la verdad -respondió el bardo-. Pero si hay dudas en tu

corazón... ¿qué puedes hacer? ¡Ah, ese bribón de Kaw! Si estuviera aquí podríamos enviarle con un mensaje a Dallben. Pero dudo que consiga encontrarnos en este horrible desierto.

-¿Desierto? -exclamó la voz de Craddoc.

El pastor estaba inmóvil en el umbral. Taran se volvió rápidamente hacia él, súbitamente avergonzado de sus palabras mientras se preguntaba cuántas habrían llegado a oídos de Craddoc, pero si el pastor llevaba allí más cíe un momento no dio señal alguna de ello. Fue hacia los compañeros y su rostro lleno de arrugas estaba iluminado por una sonrisa. Gurgi le pisaba los talones.

-Cierto, ahora son un desierto -dijo Craddoc-, pero estas tierras pronto volverán a ser tan hermosas como en el pasado. -Puso una mano sobre el hombro cíe Taran con expresión orgullosa-. Mi hijo y yo haremos que así sea.

-Había pensado que... -empezó a decir Taran-, Tenía la esperanza de que consentirías en volver con nosotros a Caer Dallben. Coll y Dallben estarían encantados de acogerte allí. Las tierras de esa región son muy ricas, y podrían serlo todavía más contigo ayudándonos a trabajarlas. Este lugar... Puede que la tierra esté tan agotada que ya no haya forma alguna de conseguir que dé frutos.

-¿Qué estás diciendo? -replicó Craddoc, y sus rasgos se endurecieron-. ¿Abandonar mis tierras para convertirme en el sirviente de otro? ¿Y precisamente ahora, cuando por fin hay alguna esperanza para nosotros? -Contempló a Taran en silencio durante unos momentos y el dolor invadió sus ojos-. Hijo mío -murmuró por fin-, no me estás diciendo todo lo que se oculta en tu corazón, y yo tampoco te he contado todo lo que hay en el mío. Mi felicidad me cegó impidiéndome ver la verdad. Has vivido demasiado tiempo separado de mí. Caer Dallben es tu hogar mucho más de lo que este..., este desierto, estas tierras baldías podrán llegar a serlo jamás... Y el amo de estas tierras es un lisiado.

El pastor no había alzado la voz, pero sus palabras resonaron en los oídos de Taran creando un sinfín de ecos. El rostro de Craddoc parecía una piedra y la llama de un orgullo terrible ardía en sus ojos.

-No puedo pedirte que compartas esto y tampoco puedo suplicar la obediencia y la fidelidad de un hijo a quien no conozco. Al fin nos hemos encontrado. Si es tu deseo..., volveremos a separarnos. Sigue tu camino. No intentaré impedírtelo.

Craddoc giró sobre sí mismo antes de que Taran pudiera responder y fue hacia el aprisco de las ovejas.

-¿Qué debo hacer? -exclamó Taran con voz entristecida volviéndose hacia el bardo.

Fflewddur meneó la cabeza.

-Una cosa sí es segura: jamás abandonará estas tierras. Ahora comprendo de dónde has sacado esa tozudez tuya... No. no habrá forma de convencerle. Pero si quieres acabar con esas dudas que te atormentan quizá harías bien regresando a Caer Dallben. Habla con Dallben y averigua la verdad. Sólo él puede revelártela.

-El invierno llegaría antes de que pudiera volver -respondió Taran. Contempló aquellas tierras salvajes y la casita medio en ruinas-. Mi..., mi padre está al borde del agotamiento y hay muchas labores de las que ocuparse. Es preciso empezar ahora mismo, y tienen que estar terminadas antes de que caiga la primera nevada.

Guardó silencio durante un rato. Fflewddur esperó sin decir nada. Gurgi tampoco abrió la boca, y su frente estaba surcada por las profundas arrugas de la preocupación. Taran les observaba sumido en una agonía de dolor e indecisión.

-Escuchadme bien, amigos míos -dijo por fin-, Fflewddur, si estás dispuesto a ello... ve a Caer Dallben. Diles que mi búsqueda ha terminado y cuéntales cuál ha sido su final. En cuanto a mí..., debo quedarme.

-Gran Belin, ¿pretendes quedarte a vivir en este lugar desolado y salvaje? -exclamó

Fflewddur-. ¿A pesar de que dudas...?

Taran asintió.

-Puede que yo mismo haya creado esas dudas. No importa. Te ruego que me envíes noticias tuyas lo más rápidamente posible. Eilonwy no debe saber nada de todo esto, sólo que mi búsqueda ha terminado y que he encontrado a mi padre. -La voz estuvo a punto de quebrársele-. Craddoc necesita mi ayuda. Su vida y su sustento dependen de que se la preste, y no pienso negársela. Pero que Eilonwy sepa que soy hijo de un pastor... ¡No! -dijo sin poder contenerse-. No sería capaz de soportarlo. Despídete de ella en mi nombre. Eilonwy y yo no debemos volver a vernos jamás. La princesa debe olvidar al hijo del pastor, y en cuanto a vosotros... Creo que también sería mejor que me olvidarais.

Se volvió hacia Gurgi.

-Y tú, el mejor de los buenos amigos... Ve con Fflewddur. Si mi puesto está aquí, el tuyo debe hallarse en algún sitio más alegre y hermoso.

-¡Bondadoso amo! -gritó Gurgi estrechando desesperadamente a Taran entre sus brazos-. ¡Gurgi se queda porque así lo prometió!

-¡No vuelvas a llamarme amo! -replicó Taran con amargura-. No soy tu amo. No soy más que el hijo de un pastor. ¿Anhelas la sabiduría? No la encontrarás quedándote aquí conmigo. Aprovecha tu libertad. Este valle no es el comienzo, sino el final.

-¡No, no! ¡Gurgi no escucha! -gritó Gurgi tapándose las orejas con las manos. Se arrojó al suelo y se quedó inmóvil con los músculos tan tensos que parecía un atizador-. Gurgi no se apartará de su bondadoso amo. ¡No, no! ¡Ni tirones ni empujones le harán marchar de aquí!

-Que así sea -dijo Taran por fin, comprendiendo que la criatura estaba decidida a quedarse y que nada la haría cambiar de opinión.

Cuando Craddoc volvió a aparecer, Taran se limitó a decirle que él y su compañero se quedarían, y que Fflewddur no podía seguir más tiempo con ellos y que debía reemprender el viaje.

En cuanto Llyan estuvo dispuesta para la marcha Taran rodeó con los brazos los potentes hombros de la gata y hundió la mejilla en su abundante pelaje mientras Llyan dejaba escapar un maullido quejumbroso. Él y Fflewddur se estrecharon la mano en silencio y Taran vio como el bardo se alejaba lentamente del valle lanzando frecuentes miradas a lo que dejaba atrás.

Taran y Gurgi fueron al cobertizo donde estaban Melynlas y el pony, cogieron las alforjas que contenían sus escasas posesiones y las llevaron a la casita medio en ruinas. Taran se quedó inmóvil unos momentos contemplando los precarios muros que delimitaban aquella angosta estancia, el fuego apagado y las grietas del hogar. Craddoc estaba llamándole desde los pastos.

-Bien -murmuró Taran-. Hemos vuelto al hogar...

Las semanas fueron pasando lentamente, y Taran acabó convencido de que si Morda hubiera cumplido sus amenazas de transformarle en un animal su destino no habría podido ser mucho peor. Las cimas grisáceas se alzaban a su alrededor como si fueran los barrotes de una jaula de la que jamás podría escapar. Estaba prisionero en el valle, y buscó librarse de sus recuerdos concentrándose en las duras tareas que llenaban cada día interminable. Había mucho que hacer..., de hecho, todo. La limpieza de las tierras, las reparaciones de la casita, el cuidado de las ovejas... Al principio Taran temía los amaneceres, que arrancaban su cuerpo, tan cansado como si no hubiese pegado ojo, del catre de paja situado junto al hogar, inaugurando un nuevo día de labores aparentemente interminables, pero tal y como Coll le había dicho hacía mucho tiempo, no tardó en volver a descubrir que podía sumergirse en ellas con el mismo esfuerzo de voluntad que habría necesitado para zambullirse en un arroyo helado, y que incluso el agotamiento

podía acabar siendo un alivio.

Taran sudó y se esforzó junto a Gurgi y Craddoc para arrancar los peñascos del campo y llevarlos hasta la casita, donde servirían para reforzar las paredes. El caudal del arroyo en el que abrevaban las ovejas había disminuido hasta convertirse en un perezoso hilillo de agua. Taran pensó que había una forma de utilizarlo mejor, por lo que construyó una pequeña presa y cavó un canal protegiendo su curso con piedras en forma de losa. Cuando las cabrilleantes aguas del arroyo entraron en su nuevo cauce Taran olvidó todas sus preocupaciones, se arrodilló junto a él y metió las manos dentro para beber. El frescor de aquel líquido cristalino le hizo sentir un extraño asombro, como si jamás hubiera probado el agua hasta entonces.

Un día los tres se dispusieron a quemar los matorrales espinosos y las malas hierbas. La parte de campo asignada a Taran ardía demasiado despacio, y la impaciencia le hizo adentrarse entre los matorrales para hundir su antorcha lo más profundamente posible en las ramas espinosas. En ese instante una ráfaga de viento repentina hizo que el fuego se volviera contra él. Taran retrocedió a toda prisa, pero los espinos se engancharon en su jubón. Perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras las llamas se alzaban sobre él en una oleada carmesí.

Gurgi estaba a cierta distancia de Taran, pero oyó su grito. Craddoc enseguida comprendió el apuro en que se encontraba y giró sobre sí mismo apoyándose en su muleta, arrojándose al suelo junto a Taran antes de que Gurgi pudiera llegar hasta ellos. El pastor protegió a Taran con su cuerpo, le agarró por el cinturón y tiró de él hasta llevarle a un lugar seguro. Los espinos envueltos en llamas que le habían atrapado rugían y chasqueaban al consumirse.

El pastor se incorporó con gran dificultad jadeando a causa del esfuerzo.

Taran estaba ileso, pero el fuego había chamuscado las cejas de Craddoc y le había quemado las manos. El pastor no hizo ningún caso de sus heridas y el dolor no le impidió dar una jovial palmada en el hombro de Taran.

-No he encontrado a un hijo sólo para perderlo -dijo con rudo afecto, y volvió al trabajo sin perder ni un instante.

-Gracias -gritó Taran viéndole alejarse.

Pero en su voz había tanta amargura como gratitud, pues el hombre que acababa de salvarle la vida también era quien la había destrozado.

Los días que siguieron al incidente fueron muy parecidos a los que lo habían precedido. Una oveja se puso enferma, y Craddoc la cuidó con una inesperada ternura que conmovió profundamente a Taran. Pero Craddoc había destrozado el sueño más querido de Taran revelándole que no era de noble cuna, y había acabado con cualquier esperanza que hubiera podido albergar acerca de Eilonwy. Cuando el peligro amenazó al rebaño Craddoc se comportó con la ferocidad de un lobo, no pensó ni un solo instante en su propia seguridad y dio muestras de un coraje que Taran no tuvo más remedio que admirar. Pero Craddoc era el hombre que le mantenía prisionero con los grilletes de la sangre. Craddoc se negaba a tocar la comida hasta que Taran y Gurgi habían llenado sus estómagos, y como resultado solía pasar hambre aunque insistía tozudamente en que tenía poco apetito y le bastaba con cualquier cosa. Pero la garganta de Taran apenas si podía engullir la comida de la que se privaba Craddoc, y despreciaba la generosidad que habría honrado en cualquier otro hombre.

«¿Acaso hay dos pastores en este valle? -se decía Taran a sí mismo-. Uno al que me resulta imposible no amar, y otro hacia el que sólo puedo sentir odio...» Y así fue pasando el verano. Taran se absorbió en el trabajo intentando olvidar la angustia de su corazón dividido. Aún quedaban muchas cosas por hacer, y siempre estaba el rebaño. Hasta su llegada Craddoc había tenido muchas dificultades para impedir que las ovejas más jóvenes se extraviaran, y el continuo alejarse del rebaño en busca de mejores pastos

Librodot

hacía más larga y penosa la labor de reunirlo en el aprisco antes de que anocheciera. Gurgi suplicó que se le permitiera encargarse de las ovejas, y el arreglo pareció complacer al rebaño tanto como al propio Gurgi. Taran le veía corretear alegremente junto a las ovejas y preocuparse tiernamente por los animales más jóvenes, e incluso el pésimo temperamento del viejo carnero parecía suavizarse en presencia de Gurgi. Cuando los días empezaron a hacerse más fríos Craddoc le dio un jubón de lana sin cardar, y su nuevo atuendo hizo que a Taran le resultara más difícil que nunca distinguir a Gurgi del resto del rebaño cuando se movía por entre los animales que se le habían confiado. Taran solía encontrarle sentado sobre un peñasco con los animales rodeándole y lanzando miradas de admiración a su guardián. Le seguían a todas partes e incluso habrían entrado en la casita trotando detrás de él. Cuando caminaba delante del rebaño Gurgi tenía la orgullosa apariencia de un gran señor al frente de sus guerreros.

-¡Ved y mirad! -gritaba Gurgi-. ¡Ved como saludan a Gurgi con balidos y bufidos! El bondadoso amo es Ayudante de Porquerizo, ¿verdad? ¡Bueno, pues ahora el osado y astuto Gurgi es Ayudante de Pastor!

Pero los ojos de Taran seguían volviéndose hacia lo que había más allá de la barrera formada por las montañas. Al final de cada día escrutaba los pasos buscando alguna señal de Fflewddur y observaba las nubes intentando divisar a Kaw. Temía que el cuervo hubiese ido al Lago de Llunet y que al no encontrar a los compañeros allí, pudiera seguir esperándoles o que su impaciencia le hubiese llevado a buscarles en otro lugar. En cuanto al bardo, Taran cada vez estaba más convencido de que Fflewddur no regresaría; y cuando la cercanía del otoño hizo que los días fueran acortándose dejó de contemplar los pasos y ya no volvió a alzar los ojos hacia el cielo.

15 - La jaula abierta

Los tres moradores del valle trabajaron infatigablemente durante todo el verano y el otoño para terminar las reparaciones de la casita, pues sabían que iba a ser su único refugio contra el ya inminente invierno. Los trabajos llegaron a su fin cuando las primeras nieves se desprendieron de los nubarrones que cubrían el cielo para caer girando y cubrir los barrancos con la blanca dureza de los copos. Las nuevas paredes de piedras firmes y sólidas se alzaban hacia el cielo; el techo había sido cubierto con una nueva capa de cañizo sobre la que se esparció tierra apisonada que lo protegería del viento y la lluvia. En el interior de la casita una hoguera ardía alegremente dentro del nuevo hogar. Los bancos de madera habían sido reparados y las maltrechas bisagras de la puerta que la hacían inclinarse a un lado también habían sido arregladas. Craddoc había colaborado animosamente en las reparaciones, pero la mayor parte de lo hecho dentro y fuera de la cabaña había recaído sobre las espaldas de Taran. Las herramientas oxidadas fueron afiladas y reparadas para permitirle fabricar los demás utensilios que necesitaba. Tanto el plan como la puesta en práctica habían sido obra suya, y cuando se plantó en el umbral con los finos copos de nieve pegándose como motitas de polvo a su revuelta cabellera, el humo que brotaba de la chimenea reconstruida le hizo sentir un orgullo más que justificado.

Craddoc fue hacia él y puso una mano sobre el hombro de Taran en un gesto lleno de cariño. Los dos guardaron silencio durante un rato, y fue Craddoc quien acabó rompiéndolo.

-Me he pasado años luchando por conservar lo que era mío y al final he descubierto que ya no es mío. -Una sonrisa iluminó su rostro barbudo-. Ahora es nuestro.

Taran asintió, pero no dijo nada.

Las tareas invernales no requerían mucho esfuerzo, y eso hacía que los días parecieran más largos pese a haberse acortado. Pasaban las veladas junto al fuego, y

Librodot

Craddoc les distraía habiéndoles de su juventud y de cómo había llegado al valle. A medida que el pastor les iba revelando sus esperanzas y penalidades Taran sintió nacer una nueva admiración hacia él, y el Craddoc de aquellos relatos cada vez le recordaba más a él mismo.

Esa nueva admiración hizo que cuando Craddoc se lo pidió, Taran accediera a hablar de sus días en Caer Dallben y de todo lo que le había ocurrido. El rostro de Craddoc se iluminaba con la llama del orgullo paterno siempre que oía sus aventuras, pero cada vez que los recuerdos de Eilonwy y de su vida anterior surgían de las profundidades de su mente para caer sobre él con la fuerza de una ola, Taran interrumpía el relato y su expresión se ensombrecía. Cada vez que le ocurría eso se quedaba callado, apartaba la mirada de Craddoc y clavaba los ojos en las llamas. El pastor respetaba aquellos bruscos silencios, y nunca le apremiaba a que siguiera hablando.

Un lazo de afecto nacido del trabajo en común había surgido entre los tres. Craddoc siempre trataba a Gurgi con la máxima bondad y delicadeza, y la peluda criatura, más contenta que nunca con sus deberes como pastor, parecía feliz y satisfecha.

Pero un día a comienzos del invierno Craddoc quiso hablar a solas con Taran.

-Desde que llegaste aquí te he llamado hijo, pero tú nunca me has llamado padre -le dijo.

Taran se mordió los labios. Al principio de su estancia en el valle hubo momentos en que había anhelado gritar a los cuatro vientos su amargura y arrojarla con voz airada al rostro del pastor. Aquellas emociones seguían atormentándole, pero el paso del tiempo había hecho que se sintiese incapaz de herir los sentimientos de alguien a quien no quería como padre, pero al que respetaba y amaba como hombre.

Craddoc se dio cuenta de su preocupación, y asintió levemente con la cabeza.

-Puede que algún día lo hagas -dijo.

La nieve hizo que las cimas grisáceas se volvieran de un blanco luminoso, pero aquellos picachos que en tiempos habían sido como barrotes para Taran, ahora protegían al valle de la furia de las tormentas y los nuevos muros de la casita supieron rechazar la embestida de los vientos que atravesaban los pasos helados aullando como lobos. Ya bastante avanzada una tarde, la tempestad se hizo más intensa que de costumbre. Craddoc y Gurgi habían salido a ocuparse del rebaño, y Taran se dispuso a proteger la ventanita con una piel de oveja más gruesa.

Apenas había empezado la tarea cuando la puerta se abrió bruscamente con tanta fuerza que faltó poco para que se desprendiera de sus bisagras. Gurgi irrumpió en la casita gritando como si se hubiera vuelto loco.

-¡Socorro, oh, socorro! ¡Bondadoso amo, ven deprisa y con premura! -El rostro de Gurgi estaba tan gris como las cenizas, y cuando cogió a Taran del brazo éste se dio cuenta de que sus manos temblaban violentamente-. ¡Amo, amo, sigue a Gurgi! ¡Deprisa, oh, deprisa!

Taran dejó caer la piel de oveja al suelo, se apresuró a ponerse un jubón de lana, cogió una capa y cruzó corriendo el umbral con Gurgi detrás gimiendo y retorciéndose las manos.

El viento le golpeó con tanta fuerza que estuvo a punto de arrojarle hacia atrás. Gurgi siguió avanzando sin dejar de mover frenéticamente los brazos. Taran inclinó el cuerpo hacia adelante para resistir mejor la fuerza de la tempestad y corrió junto a su desesperado compañero cruzando con paso tambaleante el campo cubierto de nieve. Al final de los pastos que habían limpiado durante el verano, el suelo bajaba bruscamente de nivel en una serie de pendientes cubiertas de peñascos, y Taran siguió a Gurgi lo más de cerca posible mientras la criatura dejaba atrás un saliente rocoso y continuaba avanzando por un camino serpenteante donde no tardó en detenerse.

Gurgi señaló hacia abajo con expresión asustada y Taran lanzó una exclamación de

Librodot

terror. Una cornisa muy angosta asomaba de la pared rocosa y sobre ella había una figura inmóvil medio oculta por las rocas que habían caído sobre ella. Taran vio que tenía los brazos extendidos y una pierna retorcida debajo del cuerpo. Era Craddoc.

-¡Tropezó, cayó y se precipitó! -gimió Gurgi-. ¡Oh, el miserable Gurgi no pudo salvarle de los resbalones y deslices! -Se llevó las manos a la cabeza-. ¡Es demasiado tarde! ¡Ya nada puede ayudarle ni socorrerle!

Taran sintió que la cabeza le ciaba vueltas. La pena y el dolor le hirieron tan agudamente como una espada. Pero un instante después, y sin que pudiera contenerla, notó que le invadía una sensación cíe libertad tan repentina que le aterrorizó, una oleada de emoción tan salvaje e incontenible que parecía brotar de lo más hondo de su corazón. Miró a su alrededor y su mente aturdida creyó ver como su jaula de piedra empezaba a derrumbarse.

La silueta caída sobre la cornisa se removió lentamente y alzó un brazo.

-¡Vive! -gritó Taran.

-¡Oh, amo! ¿Cómo le salvaremos? -gimoteó Gurgi-. ¡Los riscos son empinados y terribles! ¡Hasta el osado Gurgi teme bajar por ellos!

-Tiene que haber alguna forma de salvarle -exclamó Taran-. Está malherido; puede que a punto de morir... No podemos dejarle ahí. -Se apretó la frente con los puños intentando poner algo de orden en el caos de sus pensamientos-, Y aunque pudiéramos llegar hasta él, ¿cómo nos las arreglaríamos para subirle luego? Y si fracasamos... no se habrá perdido una vida, sino tres.

Le temblaban las manos. La emoción que le invadía no era la desesperación sino el terror, el terror más negro y absoluto ante los pensamientos que murmuraban en las profundidades de su mente. ¿Había alguna esperanza de salvar al pastor, por leve que fuera? Si no la había, ni tan siquiera el príncipe Gwydion le reprocharía que tomara la decisión de no arriesgar su vida y la de Gurgi. Nadie podría reprochárselo, y todos comprenderían su dolor y lo compartirían. Quedaría libre de su carga y del valle, la puerta de su jaula se abriría de par en par ante él y toda su vida estaría esperándole: Eilonwy, Caer Dallben... Creyó oír su propia voz pronunciando aquellas palabras, y la escuchó temblando de vergüenza y horror.

Y un instante después sintió una terrible oleada de rabia, y gritó como si su corazón estuviera a punto de partirse en dos.

-¿Qué clase de hombre soy?

Empezó a bajar por la pendiente cegado por la furia y el asco hacia sí mismo buscando a tientas un asidero entre las rocas cubiertas de hielo, y Gurgi le siguió lanzando gemidos de pavor. Taran sintió que una roca cedía bajo sus pies y sus dedos entumecidos se aferraron inútilmente a un saliente de la pared. Su cuerpo se precipitó en el vacío y una piedra chocó contra su pecho arrancándole un grito de dolor. El impacto le dejó sin aliento y creyó ver como un sinfín de soles negros estallaban dentro de su cabeza. Gurgi estaba empezando a bajar, acompañado por un diluvio de hielo y guijarros. El corazón de Taran latía a toda velocidad. Estaba en la cornisa. Le bastaría con alargar el brazo para tocar a Craddoc.

Taran se arrastró hasta llegar al pastor. Craddoc intentó alzar la cabeza y el movimiento hizo que un chorro de sangre brotara de su frente.

-Hijo, hijo -jadeó-, has perdido tu vida queriendo salvar la mía.

-No será así -protestó Taran-. No intentes moverte. Encontraremos alguna forma de llevarte hasta un lugar seguro.

Se puso de rodillas sobre la cornisa. Las heridas de Craddoc eran todavía más graves de lo que Taran había temido. Fue apartando cautelosamente las piedras de mayor tamaño que habían caído sobre el pastor, y tiró de él con la mayor delicadeza posible, acercándole a la protección ofrecida por la pared rocosa.

Gurgi llegó a la cornisa y se reunió con Taran.

-Amo, amo -gritó-, Gurgi ve un camino que lleva hacia arriba. Pero es difícil... ¡Oh, sí, es muy difícil, y hay gran peligro de tropiezos y destrozos!

Taran miró hacia la parte del risco que la criatura estaba señalando con el dedo y logró distinguir un angosto pasaje libre de hielo que serpenteaba por entre las rocas y las grietas llenas de nieve. Pero también vio que el camino subía casi en vertical, tal y como le había advertido Gurgi. Un hombre podría trepar por él, sí, pero... ¿dos, y teniendo que cargar con el peso de un tercero? Tensó las mandíbulas hasta que le rechinaron los dientes. Aquella piedra afilada le había herido como si fuera una espada, y cada bocanada de aire que tragaba hacía que sus pulmones parecieran llenarse de fuego. Movió la mano indicando a Gurgi que cogiera a Craddoc por las piernas y avanzó lentamente con la espalda pegada a la pared rocosa hasta poder deslizar las manos bajo los hombros del pastor. Los compañeros intentaron levantarle lo más delicadamente posible, pero Craddoc lanzó un grito de agonía en cuanto le movieron un poco y no tuvieron más remedio que volver a dejarle sobre la cornisa temiendo que sus esfuerzos pudieran agravar todavía más su estado.

El viento había empezado a soplar con más fuerza y aullaba a través del valle. Sus ráfagas azotaron a los compañeros con tal ferocidad que poco faltó para que les arrancaran de la cornisa. Hicieron un nuevo intento de llevar a Craddoc hasta el angosto pasaje y una vez más tuvieron que retroceder a causa de los embates de la tempestad. El crepúsculo estaba haciéndose cada vez más oscuro y la cañada se había llenado de sombras. La pared del acantilado parecía oscilar ante los ojos de Taran. Se obligó a levantar de nuevo el cuerpo del pastor y sintió que le temblaban las piernas.

-Déjame aquí -murmuró Craddoc con voz ronca-. Vete. Estás malgastando tus fuerzas y no conseguirás nada.

-¿Dejarte? -exclamó Taran sin poder contenerse-. ¿Qué hijo es capaz de abandonar a quien le ha dado la vida?

Sus palabras hicieron que Craddoc sonriera durante un momento, pero la angustia no tardó en volver a tensar sus rasgos.

-Salvaos -murmuró.

-Eres mi padre -replicó Taran-. Me quedaré.

-¡No! -gritó el pastor con toda la energía que le quedaba-. Haz lo que te pido y márchate. Hazme caso, porque pronto será demasiado tarde. ¿El deber del parentesco? No hay ninguna obligación por la que debas quedarte. No estás atado por ningún lazo de sangre.

-¿Qué estás diciendo? -jadeó Taran mirándole fijamente. Sintió que la cabeza le daba vueltas y tuvo que agarrarse a la pared para no caer-. ¿Cómo es posible? ¿Estás diciéndome que no soy hijo tuyo?

Craddoc le contempló en silencio durante unos momentos.

-Nunca he mentido ni engañado a nadie. Salvo una vez... A ti.

-¿Una mentira? -tartamudeó Taran sin poder creer en lo que estaba oyendo-. ¿Me mentiste entonces... o me estás mintiendo ahora?

-La media verdad es aún peor que la mentira -respondió Craddoc con un hilo de voz-. Escúchame con atención y te revelaré la parte de la verdad que me había guardado. Sí, hace mucho tiempo Dallben viajó por todo Prydain y se alojó en mi casa. Pero nunca me habló de lo que buscaba.

-El niño -exclamó Taran-, ¿Había un bebé?

-Sí, había un bebé -respondió Craddoc-. Un niño... Nuestro primogénito, y en eso no te mentí. No vio el anochecer del día en que nació. Su madre murió con él - murmuró-. Y tú... Necesitaba tu fuerza para conservar lo poco que me quedaba. Me pareció que no

había ninguna otra solución. Me avergoncé de mí mismo mientras te mentía, y me avergoncé aún más después de haberte mentido... La vergüenza me impidió revelarte la verdad. Cuando tu compañero se marchó sólo albergaba una esperanza, y era que decidieras marcharte con él. Te dejé en libertad de obrar como quisieras, y escogiste quedarte.

»Pero esto también es verdad -se apresuró a decir Craddoc-. Al principio me apoyé en ti como si fueras mi muleta porque servías a mis necesidades, pero ningún padre ha amado a su hijo más de lo que yo acabé amándote.

Taran inclinó la cabeza hasta apoyarla en el pecho. No podía hablar, y las lágrimas le impedían ver con claridad.

Craddoc había logrado incorporarse apoyándose en los codos, pero le fallaron las fuerzas y volvió a desplomarse sobre la cornisa.

-Vete -murmuró.

La mano de Taran descendió hasta rozar su costado. Sus dedos acariciaron la embocadura del cuerno de batalla y se irguió lanzando una exclamación. ¡El cuerno de Eilonwy! Se lo había colgado del hombro sin pensar en lo que hacía cuando salió corriendo de la casita. Taran se apresuró a sacarlo de debajo de su capa. ¡La llamada que había estado guardando como un tesoro, las notas que harían acudir al Pueblo Rubio! El cuerno era la única forma de salvar a Craddoc. Taran se levantó tambaleándose. La cornisa pareció bailar bajo sus pies. Las notas que Doli le había enseñado eran sonidos confusos que corrían por su mente. Taran se esforzó por recordarlas, y de repente las notas resonaron con toda claridad dentro de su cabeza.

Se llevó el cuerno a los labios. Las notas brotaron de él en una melodía límpida y potente. El viento se apoderó de ellas antes de que hubieran tenido tiempo de esfumarse y pareció llevarse la señal esparciéndola por todo el valle, desde donde regresó a ellos creando un eco tras otro. Taran sintió que un torbellino de sombras le engullía y cayó sobre la cornisa.

Nunca supo el tiempo que pasaron aferrados a su precario refugio ni si fueron momentos u horas. Fue vagamente consciente de que unas manos muy fuertes le tocaban y de que una cuerda le rodeaba la cintura. Tuvo fugaces atisbos de los toscos rasgos de varios enanos de las montañas cuyo número no pudo precisar, pues los veía tan confusamente como si estuvieran iluminados por la vacilante claridad de una vela.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba en la casita con Gurgi a su lado y el fuego rugía dentro del hogar. Taran se incorporó.

Sintió una punzada de dolor en el pecho, y cuando bajó la mirada hacia él vio que estaba cubierto de vendajes.

-¡La señal! -murmuró con un hilo de voz-. Ha sido respondida...

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-, ¡El Pueblo Rubio nos ha salvado con sus poderosos tirones y empujones! ¡Ellos vendaron las heridas del bondadoso amo y nos han dejado hierbas para curar todos los dolores!

-La llamada... -dijo Taran-. Ah, el buen Doli... Me advirtió de que no la malgastara. Me alegra haberla conservado hasta ahora en bien de Craddoc. ¿Y Craddoc? ¿Dónde está? ¿Cómo se...?

Taran no llegó a completar la frase. Gurgi estaba contemplándole en silencio. La pena llenó de arrugas el rostro de la criatura y las lágrimas invadieron sus ojos. Gurgi acabó inclinando su peluda cabeza.

Taran se dejó caer hacia atrás. Su grito de angustia resonó en sus oídos como si no fuera a extinguirse nunca. Después no hubo nada, sólo oscuridad.

16 - Taran el Vagabundo

La fiebre se apoderó de él creando un bosque de llamas sin comienzo ni final por el que avanzaba tambaleándose y tropezando. Taran se debatió sobre la paja del catre sin saber si era de día o de noche. Sus sueños estaban llenos de rostros entrevistos que le parecía reconocer -Eilonwy, sus compañeros, todas las personas a las que había amado-; pero los rostros se alejaban velozmente alterándose y cambiando como nubes impulsadas por el viento, o eran devorados por pesadillas que le hacían lanzar gritos de terror. Después tuvo la impresión de ver a Fflewddur, pero el bardo estaba muy flaco y tenía los ojos hundidos en las cuencas. Los mechones de su cabellera amarilla se le pegaban a la frente, sus labios estaban tensos y su larga nariz había adelgazado hasta parecer la hoja de un cuchillo. Sus ropas se hallaban sucias y medio destrozadas. Kaw estaba posado en su hombro y gritaba «¡Taran, Taran!».

-Bueno, ya iba siendo hora de que despertaras -exclamó Fflewddur sonriéndole.

Gurgi estaba sentado en un taburete de madera junto al bardo y le contemplaba con cara de preocupación.

Taran se frotó los ojos, no muy seguro de si dormía o había despertado. Esta vez los rostros no se desvanecieron. Parpadeó. La piel de oveja que protegía la ventana ya no estaba en su sitio y los rayos de sol caían sobre él.

-¿Gurgi? ¿Kaw? -murmuró Taran-. ¿Fflewddur? ¿Qué te ha ocurrido? Parece como si hubieras perdido una mitad de ti mismo.

-No creo que seas la persona más adecuada para criticar las apariencias de los demás, amigo mío. -El bardo dejó escapar una risita-. Si pudieras verte tengo la seguridad de que me darías la razón y admitirías que tu aspecto es mucho peor que el mío.

Taran aún se encontraba bastante aturdido. Se volvió hacia Gurgi y vio que acababa de incorporarse de un salto y estaba dando palmadas de pura alegría.

-¡El bondadoso amo vuelve a encontrarse bien! -gritó Gurgi-. ¡Está bien y ya no tiene gemidos y quejidos, ya no hay temblores ni dolores! ¡Y ha sido el fiel y astuto Gurgi quien le ha cuidado!

-Es cierto -dijo Fflewddur-. Gurgi lleva más de dos semanas ocupándose de ti como si fuese una clueca y tú su polluelo favorito. ¡No habría podido cuidarte mejor ni aunque fueras su oveja más querida!

»Volví de Caer Dallben lo más deprisa que pude por el camino más recto -siguió diciendo el bardo-, Ah... Bueno, la verdad es que me extravié y después empezó a nevar. Llyan se abrió paso por entre la ventisca con la nieve llegándole hasta la altura de las orejas, pero incluso ella acabó viéndose obligada a detenerse. Nos refugiamos un tiempo en una caverna... Gran Belin, creí que nunca volvería a ver la luz del día. -Fflewddur movió la mano señalando sus maltrechas ropas-. Ha sido la clase de viaje que tiende a dejarte más bien sucio y desharrapado, y prefiero olvidar lo mal que lo ha pasado mi pobre estómago. Kaw se las arregló para encontrarnos y nos fue guiando por los caminos donde había menos nieve.

»En cuanto a Dallben -añadió Fflewddur-, estaba muy preocupado, créeme, mucho más de lo que dejaba traslucir. Lo único que dijo fue: "Taran no es hijo del pastor, pero la decisión de quedarse en el valle o marcharse de allí es algo que sólo concierne a él".

«Regresé lo más deprisa que pude -concluyó el bardo-. Ay, el destino me impidió llegar más pronto... -Meneó la cabeza-. Gurgi me ha contado lo que ocurrió.

-Craddoc anhelaba un hijo tan desesperadamente como yo anhelo averiguar quiénes fueron mis padres -dijo Taran muy despacio-. Me pregunto si no habría sido más feliz de haberle creído... Aunque al final creo que acabé convencido de que decía la verdad. Gurgi y yo podríamos haber trepado hasta un lugar seguro. Hice sonar el cuerno de Eilonwy para salvar a Craddoc. Si no hubiese tardado tanto en utilizarlo es posible que aún siguiera con vida. Era un hombre valeroso y de buen corazón, y tenía un gran orgullo. Ahora está muerto. Guardé la señal para usarla cuando se presentara una causa

digna de ella, y cuando llegó... la desperdicié.

-¿La desperdiciaste? -replicó Fflewddur-. No pienso lo mismo. Hiciste cuanto estaba en tu mano y acabaste usando el cuerno, así que no me parece que desperdiciaras la llamada.

-Hay más cosas que ignoras -dijo Taran. Clavó los ojos en el rostro del bardo-, ¿Dices que hice cuanto estaba en mi mano? Al principio pensé en dejarle abandonado sobre la cornisa donde había caído.

-Bueno... -replicó el bardo-. Todos los hombres pasan por algún que otro momento de miedo. Si todos nos comportáramos dejándonos guiar por nuestros deseos tendríamos muchas cosas que lamentar y Prydain sería un lugar horrible. Debes recordar lo que hiciste, no lo que pasó por tu cabeza.

-No, en este caso mis pensamientos son tan importantes como mis actos -dijo Taran con voz gélida-. No fue el miedo lo que me paralizó. ¿Quieres conocer la verdad? Me avergonzaba de mi linaje... Me avergonzaba hasta tal punto que no podía soportar la idea de ser hijo de un pastor. Habría dejado a Craddoc allí para que muriese. ¡Sí, le dejé allí para que muriese! -gritó sin poder contenerse-. Lo hice porque creía que así me vería libre de él. Ah, cómo me avergonzaba ser hijo de un pastor... Pero ahora ya no es eso lo que me avergüenza. Ahora siento vergüenza de mí mismo.

Apartó el rostro y no dijo ni una palabra más.

Los compañeros pasaron el resto del invierno en la casita y Taran fue recuperando las fuerzas poco a poco. La llegada del primer deshielo hizo que el valle centelleara con los reflejos de la nieve derretida y el caudal de los arroyos aumentó de repente liberándolos de los cauces en que habían quedado aprisionados por el hielo. Taran estaba de pie en el umbral contemplando las cimas de un color verde claro mientras pensaba en los anhelos y deseos que había llevado tanto tiempo dentro del corazón.

-Pronto estaremos listos -dijo Fflewddur, quien acababa de echar un vistazo a Llyan y las monturas-. Los pasos ya deberían estar despejados. El Lago de Llunet no puede encontrarse muy lejos, y con Kaw para ayudarnos deberíamos llegar a él enseguida.

-He estado pensando en todo esto -replicó Taran-. Me he pasado el invierno entero intentando decidir qué debo hacer, y aún no he logrado encontrar una respuesta. Pero una cosa sí tengo clara, y mi decisión es firme. No iré en busca del Espejo.

-¿Qué estás diciendo? -exclamó Fflewddur-, ¿Te he entendido bien o es que mis oídos me han engañado? ¿Piensas renunciar a tu búsqueda? Y ahora, nada menos, después de todas las penalidades y sufrimientos que has padecido... ¡Taran, muchacho, creo que has recuperado la salud, pero no la cordura!

Taran meneó la cabeza.

-Renuncio a ella. Mi búsqueda sólo ha servido para traeros penalidades y dolor. En cuanto a mí... No me ha llevado a encontrar el honor, sino a conocer la vergüenza. ¿Taran? Me basta con oír ese nombre para sentir deseos de vomitar. Anhelaba ser de un linaje noble, lo deseaba tan desesperadamente que acabé convenciéndome de que lo era. Lo único que me importaba era ser de buena cuna. Quienes no habían tenido esa suerte, incluso aquellos a los que admiraba, tal y como admiré a Aeddan y como aprendí a admirar a Craddoc..., me parecían inferiores a mí porque no eran de un linaje noble. Les juzgué sin conocerles y les tomé por mucho menos de lo que realmente eran. Ahora me doy cuenta de su auténtica valía. ¿Nobles? Son mucho más nobles que yo.

»No me siento orgulloso de mí mismo -siguió diciendo Taran-. Puede que nunca vuelva a estarlo. Si logro recuperar mi orgullo no será encontrándolo en lo que fui o en lo que soy, sino en aquello que puedo llegar a ser. No en mi linaje, sino en mí mismo...

-Bueno, pues en tal caso creo que lo mejor que podemos hacer es recoger nuestras

cosas y emprender el regreso a Caer Dallben -replicó el bardo.

Taran meneó la cabeza.

-No puedo enfrentarme a Dallben o a Coll. Puede que algún día me sienta capaz de mirarles a la cara pero ahora... No, ahora no. Tengo que seguir adelante sin ayuda y ganarme el sustento por mis propios medios. El petirrojo tiene que aprender a hurgar en el suelo para encontrar sus gusanos y... -Taran no llegó a completar la frase. Alzó los ojos y contempló al bardo con cara de asombro-. Orddu... Ésas fueron sus mismas palabras. Me limité a escucharlas con mis oídos. Hasta ahora no había logrado comprenderlas con el corazón.

-Si he de serte sincero, hurgar en el suelo buscando gusanos no me parece una tarea demasiado agradable -replicó Fflewddur-. Pero una cosa sí es cierta, y es que todo el mundo debería tener alguna habilidad. Fíjate en mí, por ejemplo. Poseo un trono, pero no encontrarás un bardo mejor...

Una cuerda del arpa se partió con un seco chasquido y durante unos momentos pareció que no sería la única.

-Sí, bueno, dejando aparte eso... -se apresuró a decir Fflewddur-. Si no quieres volver a casa entonces te sugiero que vayas a los Commots Libres. Los artesanos de esas tierras quizá acojan con alegría a un aprendiz como tú.

Taran pensó en ello durante algunos momentos y acabó asintiendo con la cabeza.

-Sí, eso haré. A partir de ahora no despreciaré la bienvenida de ningún hombre, sea el que sea.

El bardo se había puesto muy triste.

-Yo... Me temo que no podré acompañarte, amigo mío. Mi reino me espera, ¿comprendes? Cierto, he sido mucho más feliz viajando como bardo que sentado en un trono como rey, pero... Ya llevo demasiado tiempo lejos de mis súbditos.

-Entonces nuestros caminos tendrán que volver a separarse -replicó Taran-. Ah, ¿es que las despedidas nunca tendrán fin?

-Pero Gurgi no se despide de su bondadoso amo -gritó Gurgi mientras Fflewddur se marchaba para recoger sus cosas-. ¡No, no, el humilde Gurgi trabajará y aprenderá junto a él!

Taran inclinó la cabeza y se dio la vuelta.

-Si llega el día en que merezca tu fidelidad... entonces me consideraré suficientemente recompensado.

-¡No, no! -protestó Gurgi-. ¡Nada de premios ni recompensas! ¡Gurgi sólo da aquello que puede dar porque lo lleva en el corazón! Él se queda y no pide nada más. Una vez tú consolaste a Gurgi cuando estaba solo y no tenía amigos. ¡Deja que sea él quien consuele ahora las penas y cuitas del pobre amo!

Taran sintió la mano de la criatura sobre su hombro.

-Dallben estaba en lo cierto, viejo amigo -respondió-. ¿Sentido común y grandeza de ánimo? Sí, todo eso y mucho más... Pero tu compañía supondrá un consuelo mayor para mí que toda la sabiduría que pueda encontrarse en Prydain.

A la mañana siguiente Taran y Fflewddur se despidieron el uno del otro por segunda vez. El bardo le aseguró tozudamente que un Fflam nunca se extraviaba, pero Taran insistió en que Kaw debía acompañarle como guía. Taran habló con el cuervo y le pidió que volviera a Caer Dallben en cuanto hubiera terminado aquella tarea o, si lo prefería, que fuera allí donde quisieran llevarle sus alas.

-No quiero imponerte la obligación de estar atado a mi viaje -dijo Taran-, pues ni tan siquiera yo sé dónde puede terminar.

-Entonces, ¿cómo nos las arreglaremos? -exclamó Gurgi-. ¡El fiel Gurgi seguirá, oh, sí! Pero ¿dónde empezará el viaje del bondadoso amo?

Librodot

Taran no le respondió. Estaba contemplando la casita sumida en el silencio y el pequeño montículo de piedras que marcaba el lugar de reposo de Craddoc, y Taran tuvo la sensación de que el valle se había quedado vacío de repente.

-Hubo momentos en los que creí estar construyendo mi prisión con mis propias manos -dijo Taran por fin, casi hablando consigo mismo-. Ahora me pregunto si alguna vez volveré a trabajar con tanto entusiasmo y si obtendré tanto provecho de mis esfuerzos...

Se volvió hacia Gurgi, quien seguía esperando una respuesta a su pregunta.

-¿Adonde?

Se arrodilló, arrancó un puñado de hierba seca del suelo y lo arrojó al aire. El viento se llevó los tallos hacia el este, allí donde estaban los Commots Libres.

-Por allí -dijo Taran-. Seguiremos la dirección en que sopla el viento.

Ni Taran ni Gurgi deseaban dejar abandonadas a las ovejas en el valle, por lo que los viajeros emprendieron la marcha con el pequeño rebaño balando detrás de ellos. Taran tenía intención de ofrecer las ovejas como regalo a la primera granja con buenos pastos que encontraran en su camino, pero pasaron varios días y no vieron ningún lugar habitado. Al principio los dos compañeros avanzaron en dirección sureste, pero Taran no tardó en aflojar las riendas de Melynlas para permitirle que siguiera el rumbo que quisiese, y aunque el corcel se fue desviando más hacia el este Taran no prestó mucha atención a ello hasta que estuvieron ante las orillas de un río de bastante anchura y corriente muy rápida.

Los pastos se extendían en todas direcciones hasta perderse de vista. Taran miró hacia adelante y vio un aprisco vacío. El rebaño no estaba allí, pero la puerta se encontraba abierta como si esperara que los animales volvieran en cualquier momento. La casita de techo bajo y los cobertizos estaban limpios y en buen estado de conservación. Un par de cabras pastaban junto a la puerta. Taran parpadeó y puso cara de sorpresa, pues esparcidos alrededor de la casita había cestos de paja y mimbre de todos los tamaños y formas imaginables, algunos grandes, otros pequeños y otros sostenidos por varillas, e incluso había unos cuantos que parecían haber sido arrojados al azar sin preocuparse de lo que pudiera ocurrirles. Varios de los árboles que había junto al río sostenían plataformas de madera, y cuando examinó la orilla Taran vio lo que parecía ser una presa hecha con ramas cuidadosamente entretejidas. También había redes aseguradas con estacas de madera, y sedales que se perdían en las aguas del río moviéndose por la fuerza de la corriente.

Taran se acercó un poco más sin dejar de hacerse preguntas sobre aquella granja, la más extraña que había visto en su vida. Bajó de la grupa de Melynlas y apenas lo hubo hecho vio salir de un cobertizo una silueta bastante alta que fue hacia los compañeros. Taran distinguió a la esposa del granjero contemplándoles desde la ventana de la casita. En ese mismo instante media docena de niños de varias edades surgieron de la nada y empezaron a correr hacia el rebaño riendo alegremente y gritándose los unos a los otros: «¡Están aquí! ¡Están aquí!». En cuanto vieron a Gurgi se olvidaron de las ovejas y se apelotonaron a su alrededor dando palmadas de puro placer y saludándole con tanta alegría y afabilidad que la asombrada criatura sólo pudo reír y devolvió los saludos empezando a palmotear.

El hombre que acabó deteniéndose delante de Taran estaba tan delgado como un palo. Los desordenados mechones de su lacia cabellera le caían sobre la frente y sus ojos azules eran tan brillantes como los de un pájaro. De hecho, sus flacos hombros y la extremada longitud de sus piernas hacían pensar en una grulla o una cigüeña. Las mangas de su jubón le quedaban demasiado cortas y el cuerpo demasiado largo, y todas sus prendas parecían haber sido hechas con retales y trocitos de distintos colores, formas

y tamaños.

-Soy Llonio, hijo de Llonwen -dijo acompañando sus palabras con una sonrisa afable y un gesto de la mano-. Te saludo, seas quien seas.

Taran le hizo una cortés reverencia.

-Mi nombre... Yo me llamo Taran.

-¿Nada más? -exclamó Llonio-. Bueno, amigo mío, debo confesar que como nombre me parece un poco corto. -Dejó escapar una carcajada jovial-. ¿Cómo he de llamarte? ¿Taran, hijo de Nadie? ¿Taran de Ninguna Parte? Está claro que eres hijo de un padre y una madre, pues de lo contrario no te tendría delante de mí vivo y respirando, y estoy seguro de que has llegado hasta aquí procedente de algún otro lugar.

-Llámame... Llámame Vagabundo -replicó Taran.

-¿Taran el Vagabundo? Que así sea, si ése es tu deseo.

Llonio le observó con curiosidad, pero no le hizo más preguntas.

Cuando Taran le explicó que andaba buscando pastos para las ovejas Llonio se apresuró a asentir.

-Oh, claro que pueden quedarse, y te lo agradezco -replicó-. No encontrarás hierba más buena y abundante, y no existe ningún aprisco donde puedan hallarse más seguras. Hemos estado trabajando desde el primer deshielo para que no corran ningún peligro.

Taran había estado admirando los pastos de Llonio y la solidez y buena construcción del aprisco, y nada le habría gustado más que dejar las ovejas en sus manos, pero había algo que le preocupaba.

-Aun así, temo que puedan quitarle el sitio a tu rebaño -dijo Taran.

-¿Mi rebaño? -replicó Llonio riendo a carcajadas-. ¡Hasta hace unos momentos no poseía ninguno! Oh, sí, teníamos esperanzas y los niños apenas si han hablado de otra cosa en los últimos tiempos, desde luego. Un viento afortunado te ha traído hasta nosotros. Goewin, mi esposa, necesita lana para vestir a nuestros retoños. Ahora tendremos más que suficiente, y aún nos sobrará.

-Espera un momento -exclamó Taran, cada vez más perplejo-. ¿Me estás diciendo que limpiasteis los pastos y construisteis un aprisco sin tener ni una sola oveja? No lo entiendo. Eso es trabajar en vano...

-¿Crees que trabajamos en vano? -preguntó Llonio guiñándole el ojo con cara de astucia-. En primer lugar, si no hubiéramos hecho todo eso ahora no estarías ofreciéndome un magnífico rebaño, y en segundo lugar, ¿dispondría de un aprisco donde guardarlo? ¿No te parece que tengo razón?

-Pero no tenías forma alguna de saber que... -empezó a decir Taran.

-Ah, ah -dijo Llonio riendo-. Verás, sabía que la suerte acabaría trayéndonos un rebaño de ovejas tarde o temprano, igual que ha ido ocurriendo con todo lo demás. Y ahora, honradnos quedándoos en nuestra granja durante un tiempo. Nuestras viandas nunca podrán estar a la altura de la gratitud que os debemos, pero os agasajaremos lo mejor posible.

Antes de que Taran pudiera responder, Llonio se inclinó para hablar con una niñita que estaba contemplando a Gurgi con los ojos muy abiertos.

-Anda, Gwenlliant, ve corriendo a ver si la gallina marrón ha tenido a bien regalarnos un huevo hoy. -Se volvió hacia Taran-, La gallina marrón es muy temperamental - dijo-, pero cuando le apetece pone unos huevos magníficos.

Después habló con los demás niños asignando una tarea distinta a cada uno mientras Taran y Gurgi observaban asombrados el ajetreo que se apoderó de aquella granja tan peculiar. Llonio les precedió hasta la casita, donde Goewin les dio una cálida bienvenida y les invitó a sentarse junto al hogar. Gwenlliant no tardó en volver sosteniendo un huevo en las palmas de las manos.

-¡Un huevo! -exclamó Llonio quitándoselo de las manos y alzándolo ante sus ojos

como si jamás hubiera visto uno-. ¡Cierto, es un huevo! ¡El más hermoso de todos los que la gallina marrón nos ha regalado! ¡Fijaros en el tamaño! ¡Ah, y su forma! Liso como el cristal y sin una sola grieta... Ya veréis qué banquete nos damos con él, amigos míos.

Al principio Taran no vio nada extraordinario en aquel huevo sobre el que Llonio derramaba elogios tan entusiásticos, pero su alegre jovialidad era tan contagiosa que no tardó en hallarse contemplándolo como si él tampoco hubiera visto jamás un huevo. La cáscara parecía emitir destellos tan brillantes y se curvaba con tan grácil hermosura entre los dedos de Llonio que incluso Gurgi la observó maravillado, y Taran casi lamentó ver como Goewin rompía un huevo tan hermoso en un gran recipiente de barro. Aun así, Taran se dijo que si Llonio pretendía repartir el huevo entre su numerosa familia y sus invitados todo el mundo se quedaría con hambre.

Pero mientras Goewin batía el huevo dentro del recipiente los niños fueron entrando uno detrás de otro en la casita, y todos traían consigo algo que Llonio acogió con gritos de alegría renovados ante cada descubrimiento.

-¡Hierbas que dan un sabor magnífico! -exclamó-. ¡Espléndido! Cortadlas en trocitos bien pequeños. Y aquí... ¿Qué es esto? ¡Un puñado de harina! ¡Las cosas mejoran! También necesitaremos ese jarro de leche que nos ha dado la cabra. ¿Un trocito de queso? ¡Justo lo que nos hacía falta! -El último y más pequeño de los niños cruzó el umbral de la casita sosteniendo un fragmento de panal en las manos y en cuanto lo vio Llonio se puso a palmotear más alegremente que nunca-. ¡Qué suerte! Las abejas nos han dejado un poco de miel de su reserva de invierno.

Mientras tanto Goewin estaba muy ocupada echando todos aquellos hallazgos en el cuenco y Taran, sorprendido, no tardó en ver que la mezcla iba llenándolo casi hasta rebosar. Pero aún le aguardaban más sorpresas. Goewin echó con gran destreza la mezcla sobre una lámina de metal de una forma tal que Taran pensó que debía de ser un escudo alisado a martillazos y la sostuvo sobre las ascuas. El aroma de la mezcla no tardó en invadir la casita haciendo que Gurgi se relamiera los labios, y la esposa del granjero sacó del hogar un pastel dorado casi tan grande como una rueda de carro.

Llonio lo cortó rápidamente en rebanadas y para gran asombro de Taran no sólo hubo pastel suficiente para todos, sino que aún sobró. Taran comió su parte del huevo más delicioso que había saboreado en toda su existencia -si es que aún se le podía seguir llamando huevo-, y ni tan siquiera Gurgi fue capaz de repetir.

-Bien, voy a ocuparme de mis redes -dijo Llonio cuando hubieron terminado-. Si queréis podéis venir conmigo.

17 - La presa

Gurgi decidió quedarse en la casita, pero Taran siguió a Llonio hasta la orilla del río. Llonio hizo un alto durante el trayecto para inspeccionar los cestos silbando alegremente entre dientes, y Taran se dio cuenta de que uno de ellos contenía una gran colmena que, indudablemente, era el origen de la miel que había endulzado el pastel preparado por Goewin. El resto de los cestos estaban vacíos. Llonio se limitó a encogerse de hombros.

-No importa -dijo-. Ya acabarán llenándose con algo. No hace mucho una bandada de gansos se posó en ellos para descansar. Tendrías que haber visto la cantidad de plumas que se dejaron olvidadas al marcharse. ¡Hubo suficientes para rellenar las almohadas de toda la familia!

Ya habían llegado al río. Llonio le dijo que era el Pequeño Avren, pues desembocaba en el curso del Gran Avren después de correr durante algún tiempo en dirección sur, -Es pequeño -dijo-, pero más tarde o más temprano cualquier cosa que desees aparece

flotando sobre sus aguas.

Empezó a tirar vigorosamente de la red que había junto a la orilla como si quisiera demostrar la veracidad de sus palabras. La red estaba vacía, y los sedales tampoco habían capturado ninguna presa. Llonio volvió a encogerse de hombros sin dar ninguna señal de abatimiento.

-Bueno, mañana habrá algo.

-¿Cómo es posible que confíes en esos cestos y en las redes para que te proporcionen lo que necesitas? -preguntó Taran, sintiéndose más perplejo que nunca mientras contemplaba a Llonio con un considerable asombro.

-No me queda más remedio -respondió Llonio dejando escapar una carcajada jovial-. Mi granja es pequeña y hago todo lo que puedo. En cuanto al resto... Verás, si hay algo de lo que estoy convencido es de que en la vida todas las cosas son cuestión de suerte. Si un hombre confía en la suerte siempre acabará encontrando!o que le hace falta, si no un día al siguiente.

-Quizá tengas razón -admitió Taran-. Pero ¿y si lo que necesita tarda más de un día o dos en llegar? ¿Y qué ocurre si no llega nunca?

-Hay que tomarse las cosas tal y como vienen -respondió Llonio sonriendo-. Si me preocupara por el futuro no podría disfrutar de las alegrías del presente.

Y después de haber pronunciado aquellas palabras trepó ágilmente por la presa. Taran se dio cuenta de que no estaba hecha para contener el caudal de las aguas, sino para agruparlas y servir como cedazo de la corriente. Llonio acabó encaramándose sobre aquella extraña construcción -sus movimientos hacían que se pareciera más que nunca a una cigüeña-, y se inclinó para hurgar entre los juncos y las ramas que la formaban. No tardó en lanzar un grito de alegría y empezó a mover los brazos con gran entusiasmo llamando a Taran.

Taran subió lo más deprisa posible por la presa y se reunió con él, pero cuando llegó a su lado no pudo evitar una mueca de desilusión. El grito de alegría de Llonio parecía haber sido motivado por algo tan prosaico como una brida vieja.

-Ay -dijo Taran decepcionado-, me temo que ya no sirve de mucho. Le falta el bocado, y el cuero está tan desgastado que no tardará en partirse.

-Bueno, qué se le va a hacer... -replicó Llonio-. Esto es lo que el Pequeño Avren nos ha traído hoy y ya encontraré la forma de que me sirva para algo.

Se colgó la brida goteante del hombro, bajó rápidamente de la presa y avanzó a Sargas zancadas por entre los árboles que cubrían la orilla del río con Taran siguiéndole cíe cerca.

Los perspicaces ojos de Llonio no dejaban de observar todo cuanto le rodeaba y no tardó en lanzar otro grito de alegría. Taran le vio detenerse junto a un olmo de tronco muy nudoso e inclinarse sobre su base. Los huecos que había entre las raíces y el suelo que rodeaba al tronco estaban repletos de setas.

-Cógelas, Vagabundo -exclamó Llonio-. Serán nuestra cena.

¡Nunca había visto unas setas tan magníficas! ¡Parecen muy tiernas y sabrosas! ¡Hoy estamos de suerte!

Llonio se apresuró a arrancar las setas del suelo, las metió en un saco que colgaba de su cinturón y reemprendió la marcha.

Seguir a Llonio deteniéndose de vez en cuando para arrancar unas hierbas o una raíz hizo que el día transcurriese tan deprisa que Taran apenas se dio cuenta de que había empezado cuando ya faltaba poco para que anocheciera. Encaminaron sus pasos hacia la casita en cuanto el saco de Llonio estuvo lleno, pero tomaron por un camino distinto al que habían utilizado para llegar hasta allí. Estaban ya bastante cerca de la casita cuando Taran tropezó con una piedra que asomaba del suelo, perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

Librodot

-Tu suerte es mejor que la mía -dijo Taran acompañando sus palabras con una risa melancólica-, ¡Tú has encontrado esas setas, pero yo sólo he conseguido un par de morados en las espinillas!

-¡Nada de eso, nada de eso! -protestó Llonio mientras apartaba rápidamente el barro que cubría la piedra con que había tropezado Taran-, ¡Fíjate en eso! ¿Habías visto alguna piedra que tuviera semejante forma? Es redonda como una rueda y tan lisa como la cáscara de un huevo. ¡Esa piedra es un regalo del cielo que sólo espera a ser recogido!

Taran pensó que si se trataba de un regalo del cielo era el más duro y pesado con el que se había encontrado a lo largo de toda su existencia, pero Llonio insistió en que debían desenterrar la piedra. Consiguieron dejarla libre después de mucho hurgar y cavar en la tierra, y volvieron tambaleándose a la granja sosteniendo su hallazgo entre los dos. Llonio la hizo entrar rodando en un cobertizo que ya estaba a punto de reventar debido a la confusión de mangos rotos, tiras de tela, arreos, trozos de cuero, rollos de cuerda y demás cosecha que había ido recogiendo en su presa, sus redes y sus cestos.

Las setas fueron añadidas a las sobras del pastel y a un puñado de verduras tempranas que los niños habían encontrado, y las llamas del hogar no tardaron en desprender un olor tan delicioso que Taran y Gurgi no necesitaron que Llonio insistiera mucho para dejarse convencer de que debían quedarse a cenar. En cuanto hubo anochecido Taran acogió con gratitud la invitación de dormir junto al hogar. Gurgi estaba tan repleto y saciado que empezó a roncar apenas se hubo acostado, y Taran durmió tranquilamente por primera vez en muchos días sin que las pesadillas vinieran a turbar el reposo que tanto necesitaba.

El día siguiente amaneció soleado y fresco. Taran despertó para descubrir que el sol ya estaba bastante alto en el cielo, y aunque se había acostado con la intención de ensillar a Melynlas y reanudar la marcha apenas hubiese amanecido decidió no hacerlo. La presa de Llonio quizá no se hubiera mostrado demasiado generosa ayer, pero la corriente de la noche había compensado más que sobradamente esa parquedad. Un gran saco de trigo se había quedado atascado en un montón de ramas que actuaron como balsa y lo llevaron flotando corriente abajo sin que las aguas del río llegaran a mojarlo. Goewin cogió un enorme molinillo de piedra y empezó a triturar el grano para convertirlo en harina. Todos colaboraron en la tarea, hasta la más pequeña de las criaturas y el mismísimo Llonio. Taran cumplió con su parte de la labor de buena gana, aunque el molinillo de piedra le pareció bastante incómodo de manejar, y lo mismo le ocurrió a Gurgi cuando le llegó el turno.

-¡Oh, qué molido deja el moler! -exclamó Gurgi-. ¡Los pobres dedos de Gurgi están llenos de dolores, y sus brazos de tirones y aguijones!

Pero aun así se las arregló para terminar su turno en el molinillo. Cuando dispusieron de la harina suficiente ya casi había pasado otro día, y Llonio suplicó una vez más a los viajeros que compartieran su hospitalidad. Taran no la rechazó, y cuando se tendió junto al fuego admitió que había albergado la esperanza de que Llonio les pidiera que se quedasen un día más.

Durante los días siguientes Taran vivió con el corazón más alegre y ligero que en ningún momento desde que decidió abandonar su búsqueda. Al principio los niños le trataban con timidez y él tampoco se sentía demasiado cómodo en su compañía, pero no tardaron en hacerse grandes amigos y ahora pasaban tanto tiempo jugando con él como con Gurgi. Taran visitaba las redes, los cestos y la presa cada día acompañando a Llonio. A veces regresaban con las manos vacías, y a veces volvían cargados con los extraños regalos que el viento o la corriente les habían traído. Al principio Taran no lograba ver qué valor podían tener aquellos objetos, pero Llonio encontraba una utilidad para casi todos. Una rueda de carro fue convertida en una rueca, partes de la brida

sirvieron como cinturones para los niños y una alforja se convirtió en un par de botas; y Taran no tardó en comprender que casi todo cuanto la familia podía necesitar acabaña, surgiendo de la nada más tarde o más temprano y que no había nada -ya fuese un huevo, una seta o un puñado de plumas tan suaves que parecían helechos- que no pudiera ser considerado como un auténtico tesoro.

-Si lo piensas bien -le dijo un día a Gurgi-, Llonio es mucho más rico de lo que el señor Gast es o llegará a ser jamás. Y no sólo eso... ¡Es el hombre más afortunado de todo Prydain! No envidio las riquezas de ningún hombre -añadió Taran con un suspiro y meneó la cabeza-, pero ojalá tuviera la suerte de Llonio.

Cuando le repitió sus palabras al mismo Llonio éste se limitó a sonreír y le guiñó un ojo.

-¿Suerte, Vagabundo? Si tienes suerte un día te contaré el secreto de cómo conseguirla.

Aparte de eso, Llonio se negó a decir nada más al respecto.

Una idea había empezado a cobrar forma en la mente de Taran. Todos los descubrimientos de Llonio habían sido utilizados de una forma o de otra..., todos salvo la piedra que seguía en el cobertizo.

-He estado preguntándome si no podría servir para triturar el grano mejor que el molinillo -le dijo un día a Llonio.

-¡Vaya! -exclamó Llonio, muy complacido-. Si crees que puedes encontrarle una utilidad, haz lo que te plazca con ella. Taran fue a pasear por el bosque sin dejar de dar vueltas a su idea, y acabó encontrando otra piedra de tamaño casi idéntico al de la que había en el cobertizo. -¡Esto sí que es un auténtico golpe de suerte! -exclamó riendo mientras Llonio le ayudaba a llevarla hasta la granja.

Llonio sonrió.

-Desde luego, desde luego.

Durante los días siguientes Taran no paró de trabajar y Gurgi le ayudó en todo cuanto pudo. Incrustó una piedra en el suelo de un rincón del cobertizo y colocó la otra encima. Después hizo un agujero que le costó mucho sudor y esfuerzos, y empleó el cuero que había sobrado de la brida para sujetar un palo muy largo que emergía por un orificio del tejado. Al final del palo colocó unos marcos de madera sobre los que tensó grandes trozos de tela.

-Pero esto no es ningún molinillo -exclamó Gurgi cuando hubieron terminado-. ¡Es un barco para flotar y navegar! ¡Pero no hay ningún barco, sólo un mástil con velas!

-Ya lo veremos -respondió Taran, y llamó a Llonio para que examinara su obra.

La familia contempló en silencio y con expresiones de perplejidad la extraña estructura construida por Taran. El viento empezó a soplar y las toscas velas hechas con trozos de tela capturaron la brisa. El palo que hacía de mástil se estremeció, y el crujir de la madera hizo que Taran contuviera el aliento durante unos momentos temiendo ver como su obra se desmoronaba sobre sus cabezas. Pero el palo aguantó, las velas acabaron de hincharse y empezaron a girar, despacio al principio pero moviéndose más deprisa a cada momento que pasaba mientras la piedra colocada en posición vertical giraba alegremente dentro del cobertizo. Goewin se apresuró a desparramar el grano sobre el molino de viento improvisado por Taran y las dos piedras apenas necesitaron unos momentos para proporcionarles una harina mucho más fina y mejor molida que la que podía conseguirse con el incómodo molinillo de piedra. Los niños aplaudieron y lanzaron gritos de alegría; Gurgi expresó su asombro dando chillidos y Llonio rió hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

-Vagabundo -exclamó-, has sabido sacar mucho de donde había muy poco. ¡Confieso que jamás se me habría ocurrido usar las piedras para esto!

A lo largo de los días siguientes el molino no sólo sirvió para moler el grano de la familia, pues Taran tuvo una idea que permitió utilizarlo como piedra de afilar para las herramientas de Llonio. Cuando contempló su obra Taran sintió una emoción que no había experimentado desde que abandonaron el valle de Craddoc. La emoción era el orgullo, pero llegó acompañado por una extraña inquietud.

-La idea de pasar aquí el resto de mi existencia tendría que hacerme inmensamente feliz -le dijo a Gurgi-. He encontrado la paz y la amistad..., y también la nueva esperanza que mi corazón necesitaba tanto como una herida necesita el bálsamo capaz de curarla. -Vaciló-. Pero no estoy hecho para seguir el camino de Llonio. Llevo dentro de mí algo que me impulsa a buscar más cosas de las que puede traerme la corriente del Pequeño Avren. No sé qué ando buscando pero..., ay, sé que no se encuentra aquí.

Habló con Llonio y, muy entristecido, le comunicó que debía reemprender la marcha. Llonio se dio cuenta de que la decisión tomada por Taran era inconmovible, y no le rogó que se quedara. Los dos amigos se despidieron.

-He vivido mucho tiempo a vuestro lado y nunca me revelaste el secreto de tu suerte -dijo Taran mientras montaba a la grupa de Melynlas.

-¿El secreto? -replicó Llonio-. ¿Cómo, es que aún no lo has adivinado? Oh, mi suerte no es más grande que la tuya o la de cualquier otro hombre. Basta con que mantengas los ojos bien abiertos para ver a tu suerte en cuanto llegue, y con que aguces tu ingenio para utilizar lo que el azar haga caer en tus manos.

Taran aflojó las riendas de Melynlas y se alejó lentamente de las orillas del Pequeño Avren con Gurgi a su lado. Cuando se volvió para despedirse por última vez de Llonio oyó su voz, ya bastante lejos, dándole un último consejo.

-Confía en tu suerte, Taran el Vagabundo... ¡Pero no te olvides de colocar las redes para atraparla!

18 - Los Commots Libres

Una vez hubieron dejado a su espalda el Pequeño Avren avanzaron en dirección este sin apresurarse deteniéndose cuando les apetecía, durmiendo sobre el suelo o cobijándose en una de las muchas granjas que había esparcidas en el fértil verdor de aquellos valles. Estaban en la tierra de los Commots Libres, una comarca de casitas que se agrupaban formando círculos ribeteados por los pastizales y los campos de labor. Taran descubrió que los habitantes de los Commots eran corteses y hospitalarios. Cuando le preguntaban por su nombre respondía diciendo que era Taran el Vagabundo, pero los moradores de aquellas aldeas y pueblecitos no eran gente que gustara de entrometerse en los asuntos de los demás y nunca le hacían más preguntas sobre su lugar de nacimiento, linaje o destino.

Taran y Gurgi habían entrado hacía poco en las tierras del Commot Cenarth. Taran tiró de las riendas deteniendo a Melynlas ante un cobertizo bastante largo y de techo bajo en cuyo interior se oían resonar los golpes de un martillo sobre un yunque. Taran entró en el cobertizo y vio al herrero, un hombre con el pecho tan grande como un tonel que vestía un delantal de cuero. El herrero tenía una corta y erizada barba negra y una abundante melena negra tan encrespada como un arbusto. Sus pestañas estaban chamuscadas y su rostro se hallaba cubierto de hollín y suciedad; las chispas llovían sobre sus hombros desnudos, pero parecían molestarle tan poco como si fuesen un enjambre de luciérnagas. El herrero estaba rugiendo una canción que su voz, parecida al rechinar de las piedras sobre un escudo de bronce, acompasaba al ritmo de los golpes de martillo, y la potencia con que la entonaba hizo que Taran pensara que sus pulmones debían de estar hechos con el mismo cuero que su fuelle. Gurgi retrocedió cautelosamente apartándose del diluvio de chispas y Taran gritó un saludo, pero apenas

Librodot

si consiguió hacerse oír por encima del estruendo.

-Maese herrero -elijo haciendo una gran reverencia en cuanto el hombre se percató de su presencia y dejó de manejar el martillo-. Me llamo Taran el Vagabundo y ando buscando un oficio que me ayude a ganarme el pan. Sé unas cuantas cosas acerca de vuestro arte y quiero pediros que me enseñéis el resto de sus secretos. No poseo oro o plata con que pagaros, pero asignadme cualquier tarea y estaré encantado de hacerla.

-¡Largo de aquí! -gritó el herrero-. Tengo montones de cosas que hacer, pero no dispongo del tiempo necesario para enseñar a otros cómo hacerlas.

-¿Es el tiempo lo que os falta? -preguntó Taran contemplando al herrero con un brillo de astucia en los ojos-. He oído comentar que un hombre sólo puede enseñar su oficio cuando es un maestro consumado en él.

-¡Espera! -rugió el herrero cuando Taran se disponía a dar la vuelta para marcharse mientras alzaba el martillo como si pensara arrojárselo a la cabeza-. ¿Dudas de mi habilidad? ¡Algunos hombres han acabado aplanados encima de mi yunque por mucho menos! ¿Habilidad? ¡En todos los Commots Libres no hay ningún herrero mejor que Hevydd, hijo de Hirwas!

Cogió las tenazas, sacó un lingote de hierro al rojo vivo de entre las rugientes llamas del horno, lo colocó sobre el yunque y empezó a trabajarlo golpeándolo con el martillo tan deprisa que Taran apenas pudo seguir el movimiento del musculoso brazo de Hevydd; y el extremo del lingote quedó convertido como por arte de magia en una flor de espino silvestre tan perfecta que no le faltaba ni el más mínimo detalle.

Taran la contempló con asombro y admiración.

-Jamás había visto una obra tan diestra realizada con tanta rapidez.

-Y te aseguro que no la verás en ninguna otra parte -respondió Hevydd intentando contener sin lograrlo una sonrisa de orgullo-. Pero ¿qué historia me has contado antes? ¿Sabes modelar el metal? No son secretos que se revelen a muchos. Ni tan siquiera yo he conseguido conocerlos tocios... -Meneó su hirsuta cabeza poniendo cara de irritación-. En cuanto a los más recónditos, se hallan ocultos en Annuvin. Fueron robados por Arawn, el Señor de la Muerte, y se han perdido para siempre. Prydain ya no podrá utilizarlos nunca más.

»Pero basta de charla. Coge esto -ordenó el herrero, colocando las tenazas y el martillo en las manos de Taran-. Deja el lingote tal y como estaba antes, y hazlo deprisa o se enfriará. Muéstrame qué fuerza hay en esas alitas cíe pollo que tienes por brazos.

Taran fue hacia el yunque y, tal y como le había enseñado Coll mucho tiempo antes, hizo cuanto pudo para devolver su forma original al lingote de hierro que se enfriaba rápidamente. El herrero se cruzó de brazos, le observó con gran atención durante unos momentos y acabó echándose a reír estrepitosamente.

-¡Basta, basta! -gritó Hevydd-. Veo que no me has mentido. No cabe duda de que tienes algunos conocimientos del arte de la herrería, aunque podrían contarse con los dedos de una mano y aún sobrarían. Y sin embargo... -añadió frotándose el mentón con un curtido pulgar casi tan grueso como la muñeca de un hombre corriente-. Y sin embargo veo que sabes entender el metal. -Clavó los ojos en el rostro de Taran-, Pero no estoy seguro de si eres lo bastante valeroso para enfrentarte al fuego. ¿Serás capaz de luchar contra el hierro al rojo vivo armado sólo con un martillo y unas tenazas?

-Enseñadme el oficio -replicó Taran-. En cuanto al valor, no hará falta que me deis lecciones.

-¡Osadas palabras! -exclamó Hevydd dándole una palmada en el hombro-. ¡Ah, ya sabré templarte en mi forja! Demuéstrame que tienes coraje y juro que te convertiré en un buen herrero. Y ahora, para empezar... -Sus ojos se posaron en la vaina vacía que colgaba de la cintura de Taran-. Vaya, parece ser que hubo una época en la que llevabas espada.

-Sí, tenía una espada -respondió Taran-. Pero la perdí hace mucho tiempo, y ahora viajo desarmado.

-Entonces harás una espada -le ordenó Hevydd-. Y cuando hayas terminado ya me dirás qué labor te ha parecido más pesada, si la de forjarla o la de repartir mandobles con ella.

Taran no tardó en averiguarlo. Los días siguientes fueron los más agotadores de toda su existencia. Al principio pensó que el herrero le haría dar forma a uno de los muchos lingotes que había dentro de la fragua, pero no era ésa la intención de Hevydd.

-¿Cómo, empezar cuando la mitad del trabajo ya está hecho? -Hevydd lanzó un bufido despectivo-. No, no, muchacho, nada de eso. Forjarás una espada desde el principio hasta el final.

La primera tarea que le asignó Hevydd fue la de recoger combustible para el horno, y Taran alimentó las llamas desde el alba al anochecer hasta que la fragua le pareció un monstruo rugiente de lengua ígnea que jamás podía comer lo suficiente para hartarse. Pero el trabajo apenas si acababa de empezar, pues Hevydd no tardó en darle una pala y hacerle desplazar una auténtica montaña de piedras, y después le ordenó que las fundiera para extraer el metal que contenían. Cuando el lingote estuvo listo el rostro y las manos de Taran se hallaban chamuscados y ennegrecidos, y sus manos tenían más ampollas que piel sana. Le dolía la espalda, y oía zumbar en sus oídos el estruendo de la herrería y la voz de Hevydd gritando órdenes e instrucciones. Gurgi, que se había ofrecido a manejar el fuelle, no flaqueó ni tan siquiera cuando una nube de chispas salió despedida de la fragua y cayó sobre su peluda cabeza, chamuscándola aquí y allá y dándole el mismo aspecto que si una bandada de pájaros le hubiera picoteado al azar arrancándole mechones para construir sus nidos.

-¡La vida es una fragua! -gritó el herrero mientras Taran martilleaba el lingote con el sudor chorreando por su frente-. ¡Sí, y también es un yunque, y un martillo! ¡Te tostará, te fundirá y te golpeará, y apenas te enterarás de lo que te está ocurriendo! ¡Pero tienes que plantarle cara sin permitir que te asuste! ¡El metal no sirve de nada a menos que lo hayas templado y le hayas dado forma a martillazos!

El cansancio hacía que Taran se desplomara al final de cada día sobre el catre de paja del cobertizo lanzando un suspiro de gratitud, pero ver como la hoja iba cobrando forma poco a poco encima del yunque le dio ánimos para seguir. El enorme martillo parecía pesar un poco más cada vez que lo levantaba, pero por fin llegó el momento en que pudo arrojarlo al suelo con un grito de alegría. Taran alzó la espada admirando la perfección del trabajo y el equilibrio conseguido, y contempló extasiado los brillantes destellos que las llamas de la fragua arrancaban al metal.

-¡Un arma muy hermosa, maese herrero! -exclamó-. ¡Es tan hermosa como la que perdí!

-¿De veras? -replicó Hevydd-. ¿Tan bien crees haber hecho tu trabajo? ¿Estarías dispuesto a dejar que tu vida dependa de una hoja que no ha sido puesta a prueba? -Extendió uno de sus robustos brazos y señaló el bloque de madera que había en un rincón de la herrería-. Golpea con todas tus fuerzas -ordenó-. Usa el filo, la punta y la parte plana de la hoja.

Taran alzó orgullosamente la espada por encima de su cabeza y la hizo caer sobre el bloque de madera. El arma vibró con la fuerza del impacto. Un chirriar metálico hirió sus oídos y Taran vio como la hoja se hacía pedazos y los fragmentos salían volando en todas direcciones.

Taran lanzó un grito de sorpresa y consternación. Clavó los ojos en la empuñadura que seguía aferrando entre los dedos y le faltó poco para echarse a llorar. Se volvió hacia Hevydd y le lanzó una mirada de desesperación.

-¡Vaya! -exclamó el herrero con voz jovial sin prestar atención a la mueca de pena y

perplejidad que había en el rostro de Taran-. ¿Acaso creías que podrías fabricar una buena espada en tu primer intento?

Dejó escapar una ruidosa carcajada y meneó la cabeza.

-Entonces, ¿qué debo hacer? -exclamó Taran, muy abatido ante las palabras del herrero.

-¿Hacer? -replicó el herrero-. ¿Qué se puede hacer salvo empezar de nuevo?

Y eso hicieron, pero esta vez Taran ya no albergaba las alegres esperanzas con que había iniciado su aprendizaje. Trabajó en silencio y con el ceño fruncido, y se sintió aún más vejado cuando Hevydd le ordenó que arrojara a las llamas sus dos espadas siguientes antes incluso de que hubieran sido templadas porque le pareció que ya tenían algún defecto irremediable. La pestilencia del metal caliente se le quedó pegada a la nariz e incluso acabó contaminando el sabor de la comida, que engullía apresuradamente. Las nubes de vapor que brotaban del enorme depósito de agua le asfixiaban como si respirase nubes hechas de una niebla ponzoñosa; el incesante estruendo de la herrería estuvo a punto de hacerle enloquecer y acabó teniendo la sensación de que era él y no la espada quien estaba atrapado entre el martillo y el yunque.

La siguiente espada le pareció fea, negruzca y llena de melladuras y no logró encontrar en ella ni rastro de la hermosura de proporciones que había poseído la primera, y también la habría arrojado a las llamas de no ser porque el herrero le ordenó que la terminara.

-Quizá sirva -le dijo Hevydd con voz confiada, aunque Taran le lanzó una mirada dubitativa.

Taran volvió al bloque de madera y alzó la espada. Estaba decidido a hacer cuanto estuviera en sus manos para destrozar aquella hoja fea y carente de gracia, y la dejó caer con todas sus fuerzas. El metal resonó como una campana. Esta vez fue el bloque de madera el que se partió en dos.

-Vaya -dijo Hevydd en voz baja-. Es una espada digna de ser llevada al cinto.

Después dio una palmada y agarró a Taran por el brazo.

-Veo que tienes algo de fuerza en esas alas de pollo tuyas después de todo. No sólo pusiste a prueba la espada, también te pusiste a prueba a ti mismo. Quédate conmigo y te enseñaré cuanto sé.

Taran guardó silencio durante unos momentos, pero contempló con un cierto orgullo la espada recién forjada por sus manos.

-Me has enseñado muchas cosas -dijo por fin-, pero mi estancia aquí me ha enseñado que debo renunciar a lo que esperaba conseguir. Creí que tenía alma de herrero y forjador de espadas, pero he aprendido que estaba equivocado.

-¡Cómo! -exclamó Hevydd-. Tienes en tu interior todo lo necesario para acabar convirtiéndote en un forjador de espadas tan bueno como cualquier otro que haya en Prydain.

-Me anima pensar que quizá estés en lo cierto -respondió Taran-, Pero en lo más hondo de mi corazón sé que tu oficio no ha sido hecho para mí. Un impulso indefinible me hizo alejarme del Pequeño Avren y sigo sintiéndolo dentro de mí. Aunque deseara quedarme tendría que reemprender la marcha.

El herrero asintió.

-En verdad eres un Vagabundo. Que así sea. Jamás he pedido a un hombre que fuera contra los deseos de su corazón. Quédate la espada como recuerdo de nuestra amistad. Es tuya más que de ningún otro, pues tú la forjaste con tus propias manos.

-No es un arma noble, y eso hace que resulte aún más adecuada para mí. -Taran lanzó una carcajada y contempló aquella arma desgarbada y de proporciones tan poco elegantes-. Fue una suerte que no necesitara fabricar una docena de espadas antes de

Librodot

conseguir una que no se rompiera...

-¿Suerte? -resopló Hevydd mientras Taran y Gurgi se despedían de él-. ¡Nada de eso! ¡Lo conseguiste gracias al trabajo y el sudor, no gracias a la suerte! ¡La vida es como una fragua, ya te lo dije! Enfréntate a los golpes que te aseste. ¡No temas las pruebas que te tenga preparadas y podrás resistir cualquier yunque o martillo con el que puedas encontrarte!

Hevydd el Herrero se despidió de ellos agitando su mano manchada de hollín y los compañeros siguieron adelante en dirección norte por el fértil valle del Gran Avren. Unos cuantos días de viaje sin dificultades por parajes verdes y agradables les llevaron hasta allí donde empezaba el Commot Gwenith. Acababan de llegar a él, cuando un chaparrón repentino cayó del cielo y los viajeros galoparon hacia el primer refugio que encontraron.

Era un conjunto de cobertizos, establos, gallineros y almacenes que parecían dispersarse en todas direcciones, pero cuando Taran desmontó y fue corriendo hacia la casita que había en el centro del laberinto de edificios se dio cuenta de que todos estaban unidos por pasarelas cubiertas o senderos enlosados, y cualquiera de ellos habría acabado llevándole más tarde o más temprano hasta la puerta que se abrió casi antes de que llamara a ella.

-¡Entrad y sed bienvenidos! -dijo una voz que hacía pensar en el chisporroteo de las ramillas partiéndose en el fuego.

Gurgi entró corriendo para escapar al diluvio y Taran vio a una anciana encorvada vestida de gris que le hacía señas para que se acercara al hogar. Su larga cabellera era tan blanca como la lana que había en la pequeña rueca suspendida de su cinturón de cuerdecillas trenzadas. La túnica que vestía le quedaba algo corta y revelaba unas pantorrillas huesudas que parecían tan delgadas y duras como husos de hilar. Su rostro estaba cubierto por una telaraña de finas arrugas y sus mejillas se habían marchitado hacía ya mucho tiempo, pero los años no la habían afligido con ninguna señal de debilidad. Era como si el tiempo sólo hubiese servido para madurarla y endurecerla; y sus ojos grises eran tan agudos y brillantes como un par de agujas que aún no han atravesado ninguna tela.

-Soy Dwyvach, la Tejedora -dijo la anciana. Taran la saludó con una cortés reverencia y le dijo su nombre-. ¿Taran el Vagabundo? -repitió ella con una sonrisa-. Sí, a juzgar por tu aspecto creo que llevas mucho tiempo vagabundeando... Bastante más del que has invertido lavándote, y eso está tan claro como el dibujo formado por la urdimbre de hilos que hay en mi telar.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-, ¡Ya veo el telar que sirve para tejer! ¡Ya veo los nudos y los atados! ¡Hay tantos que la pobre y tierna cabeza de Gurgi da vueltas con giros y mareos!

Taran se fijó por primera vez en un telar de gran tamaño que se alzaba como un arpa gigante provista de mil cuerdas en un rincón de la casita. A su alrededor se amontonaban las bobinas de hilo de todos los colores. Las telas de lino y lana colgaban de las vigas, y las paredes sostenían tapices ya terminados, algunos de brillante colorido y dibujo muy sencillo, otros de una artesanía más sutil y dibujos que el ojo encontraba bastante más difíciles de seguir. Taran contempló asombrado aquella interminable variedad de formas y colores y acabó volviéndose hacia la tejedora de Gwenith.

-Esos tapices son fruto de una habilidad que está mucho más allá de cuanto conozco -dijo con la voz impregnada de admiración-, ¿Cómo se hacen?

-¿Que cómo se hacen? -La tejedora dejó escapar una risita-. Necesitaría tanto aliento para contártelo que tus orejas acabarían cansándose de escuchar. Pero si observas con atención quizá puedas verlo.

Fue cojeando hacia el telar, trepó al banco que había delante de él y empezó a mover la lanzadera con un sorprendente vigor hacia atrás y hacia adelante mientras sus pies se

afanaban sobre los pedales que había debajo sin echar más que algún vistazo ocasional a lo que iba haciendo. Cuando se detuvo ladeó la cabeza y sus vivaces pupilas grises se clavaron en el rostro de Taran.

-Así es como se hace, Vagabundo -dijo-, igual que se hacen todas las cosas, hilo por hilo y cada una a su manera.

El asombro de Taran se había hecho aún más grande, si es que tal cosa era posible.

-Me gustaría mucho aprender este oficio -se apresuró a decir-. No he nacido para ser forjador de espadas. Quizá haya nacido para ser tejedor. Por favor, ¿querrás enseñarme tu arte?

-Lo haré, ya que me lo pides -replicó Dwyvach-. Pero debo hacerte una advertencia antes de empezar: admirar un tapiz o una tela bien hecha es una cosa, y sentarse delante del telar es otra muy distinta.

-Te doy las gracias -dijo Taran-. Estoy dispuesto a sentarme y trabajar ante tu telar, y no le tengo miedo. Cuando estuve con Hevydd el Herrero no huí del hierro al rojo o de las llamas de su fragua, y la lanzadera de un telar pesa mucho menos que el martillo de un herrero.

-Eso crees, ¿eh? -replicó Dwyvach, y sus labios dejaron escapar una risita quebradiza que parecía el entrechocar de dos agujas de hacer punto-. Bueno, ¿con qué vas a empezar? -siguió diciendo sin apartar los ojos del rostro de Taran-. Me has dicho que te llamas Taran el Vagabundo, ¿verdad? ¡Creo que harías mejor llamándote Taran el Harapiento! ¿Quieres tejerte una capa nueva? Así conseguirás algo con que cubrirte la espalda y yo podré ver hasta dónde llega la habilidad de tus dedos.

Taran accedió enseguida; pero al día siguiente, en vez de enseñarle a tejer, Dwyvach llevó a los compañeros hasta una de sus muchas estancias. La habitación estaba tan llena de montones de lana que apenas si se podía entrar en ella.

-Quita los espinos y alisa los enredos -le ordenó la tejedora-, Péinala, cárdala... ¡Y pon toda tu atención en ello, Vagabundo, o cuando hayas terminado tu capa creerás que está hecha con zarzales en vez de con lana!

El tamaño de la tarea a la que debía enfrentarse hizo que Taran desesperara de poder acabarla nunca, pero él y Gurgi pusieron manos a la obra y Dwyvach también tomó parte en ella. Taran no tardó en darse cuenta de que la anciana no sólo poseía una lengua muy afilada, sino unos ojos agudos y perspicaces. Nada escapaba a su atención. Encontraba el nudo, tara o mancha más diminutos, y advertía a Taran de cada nuevo hallazgo golpeándole los nudillos con la rueca. Los golpes eran dolorosos, pero lo que más dolió a Taran fue descubrir que pese a sus años Dwyvach era capaz de trabajar más deprisa, más tiempo y con más diligencia que él. Al final de cada jornada de labor Taran tenía los ojos irritados y los dedos en carne viva y apenas si podía evitar que el cansancio le hiciera apoyar la cabeza en el pecho, pero la anciana tejedora parecía tan fresca y jovial como si el día acabara de empezar.

La tarea había parecido infinita, pero llegó un momento en que toda la lana estuvo limpia y alisada y Dwyvach ordenó a Taran que tomara asiento delante de una enorme rueca de hilar.

-La lana más fina no sirve de nada a menos que haya sido transformada en una hebra con la que se pueda tejer -le dijo la anciana-, por lo que será mejor que también aprendas esa parte del oficio.

-¡Pero hilar es tarea de mujeres! -protestó Gurgi-. ¡No, no, el hilar no está hecho para los osados y astutos tejedores!

-¿De veras? -resopló Dwyvach-. Bien, pues siéntate y prepárate para aprender una buena lección. He oído a hombres que se quejaban por tener que hacer trabajos de mujer, y a mujeres que se quejaban por tener que hacer trabajos de hombre -añadió, cerrando su huesudo pulgar y su índice sobre la oreja de Gurgi y llevándole por la

Librodot

fuerza hasta un taburete junto a Taran-. ¡Pero puedo asegurarte que jamás he oído al trabajo quejarse de quien lo hizo con tal de que se hiciera bien!

Y así fue como Taran y Gurgi pasaron varios días hilando lana y llenando bobinas con el hilo bajo la atenta vigilancia de Dwyvach. La reprimenda de la anciana tejedora dejó tan impresionado a Gurgi que hizo cuanto estaba en su mano para ser útil, aunque era bastante frecuente que la pobre criatura sólo consiguiera acabar enredada en las hebras. Después Dwyvach llevó a los compañeros hasta un cobertizo donde había recipientes llenos de tintes burbujeando sobre las llamas. En esta nueva faceta del oficio de tejer Taran se desempeñó tan mal como Gurgi, pues cuando acabó de teñir el hilo su cuerpo estaba cubierto de manchas multicolores desde la cabeza hasta los pies y Gurgi habría podido pasar por un arco iris al que le hubiese brotado vello.

Dwyvach no dejó entrar a Taran en una sala de tejer hasta que todas esas tareas preliminares quedaron completadas a su entera satisfacción; y una vez allí Taran sintió (laquear su ánimo pues el telar estaba tan desnudo y lúgubre como un árbol sin hojas.

-¿Qué te ocurre? -preguntó la tejedora lanzando una risita al ver que Taran la contemplaba con expresión abatida-. Hay que colocar las hebras en el telar. Ya te lo dije, ¿no? Todas las cosas se hacen paso a paso y hebra a hebra.

-Hevydd el Herrero me dijo que la vida era una fragua -suspiró Taran mientras intentaba calcular la incontable cantidad de hilos que necesitaría-, y creo que antes cíe haber terminado mi capa podré considerarme suficientemente templado.

-Así que la vida es una fragua, ¿eh? -replicó la tejedora-. No, es más bien un telar donde se entrelazan las vicias y los días, y sabio será aquel que acabe aprendiendo a percibir el dibujo que forman. Pero si tienes intención de cubrirte la espalda con una capa nueva será mejor que trabajes más y hables menos. ¿O acaso esperas ver surgir de la nada a un ejército de arañas para que se encarguen de hacer tu tarea?

Taran acabó decidiendo cuál sería el dibujo a realizar y colocó los hilos en el bastidor del telar, pero en cuanto hubo terminado seguía siendo incapaz de ver nada salvo un confuso amasijo de hebras. La tela cobraba forma con una terrible lentitud, y al final de un largo día de trabajo apenas si había conseguido un palmo de tela que mostrar como resultado de todos sus esfuerzos.

-¿Cómo pude pensar que la lanzadera de un telar era ligera y fácil de manejar? -suspiró Taran-, ¡Ahora me parece más pesada que el martillo, las tenazas y el yunque juntos!

-No es la lanzadera lo que te fatiga -respondió Dwyvach-, sino la falta de habilidad. No existe carga más pesada que ésa, Vagabundo, y sólo hay una cosa que pueda librarte de ella.

-¿Cuál es ese secreto? -exclamó Taran-. Enséñamelo ahora mismo o jamás conseguiré terminar mi capa.

Pero Dwyvach se limitó a sonreír.

-El secreto está en la paciencia, Vagabundo. En cuanto a enseñarte cómo tener paciencia, es algo que no se halla en mi mano. Es lo primero y, al mismo tiempo, lo último que debes aprender por ti mismo.

Taran volvió al trabajo con la expresión más lúgubre que nunca, convencido de que no terminaría la prenda hasta ser tan viejo como Dwyvach, pero sus manos fueron acostumbrándose poco a poco a la tarea. La lanzadera no tardó en moverse tan velozmente como un pez que se desliza entre los juncos y la tela fue haciéndose más grande con el paso del tiempo. Dwyvach estaba bastante satisfecha con sus progresos pero Taran, sorprendido, descubrió que no compartía la satisfacción de la anciana.

-El dibujo... -murmuró frunciendo el ceño-. No sé qué es, pero hay algo en él que no me gusta.

-Vamos, vamos, Vagabundo -replicó Dwyvach-. Nadie te puso una espada en la

garganta. La elección del dibujo fue enteramente tuya.

-Cierto -admitió Taran-. Pero ahora que puedo verlo con claridad creo que habría debido escoger un dibujo distinto.

-Ah, ah -dijo Dwyvach y dejó escapar su risita cascada-. En ese caso sólo te quedan dos soluciones. O terminas una capa que no te complacerá llevar puesta, o lo deshaces todo y vuelves a empezar desde el principio, pues el telar sólo creará el dibujo que hayas puesto en él.

Taran contempló su obra en silencio durante un buen rato. Acabó tragando una honda bocanada de aire, suspiró y meneó la cabeza.

-Que así sea. Volveré a empezar.

Pasó varios días deshaciendo la urdimbre y volviendo a colocar las hebras en el telar. Pero cuando hubo terminado con aquella pesada tarea y pudo volver a tejer descubrió con gran alegría que la tela crecía más deprisa de lo que jamás lo había hecho antes, y aquella nueva habilidad fue haciendo que cobrara ánimos. Cuando la capa estuvo terminada la alzó orgullosamente ante su rostro.

-Es mucho mejor que la que tenía -exclamó-. ¡Pero creo que jamás podré volver a llevar una capa sin pensar en todos y cada uno de sus hilos!

Gurgi lanzó un grito triunfal y Dwyvach movió la cabeza en señal de aprobación.

-Es una buena capa -dijo Dwyvach. Sus rasgos habían perdido la expresión de burla habitual en ellos y la anciana tejedora contempló a Taran con ternura, como si toda ella estuviera sonriendo por dentro-. Tus dedos son hábiles, Vagabundo -dijo con una afabilidad nada común en ella-. Son lo bastante diestros para convertirte en uno de los mejores tejedores de todo Prydain. Y si mi rueca y tus nudillos se encontraron con más frecuencia de la que habrías deseado, fue porque me pareció que las reprimendas no caerían en saco roto. Si quieres puedes quedarte en mi casa para trabajar en mi telar. Te enseñaré cuanto sé.

Taran tardó un poco en responder y mientras vacilaba la tejedora sonrió y volvió a hablar.

-Sé lo que hay en tu corazón, Vagabundo -dijo-. Los muchachos siempre han sido inquietos, igual que las chicas... No soy tan vieja como para haberlo olvidado. Tu rostro me dice que no deseas quedarte en el Commot Gwenith.

Taran asintió.

-Tenía tantas esperanzas de haber nacido para ser un tejedor como las tuve antes de haber nacido para forjar espadas, pero has dicho la verdad. Éste no es el camino que deseo seguir.

-Entonces debemos despedirnos -replicó la tejedora-. Pero antes de que te marches debo hacerte una advertencia -añadió con su sequedad habitual-. Si la vida es un telar, tú has escogido una de las urdimbres más difíciles y enredadas.

Taran y Gurgi reemprendieron la marcha. Siguieron avanzando en dirección norte y el Commot Gwenith no tardó en quedar detrás de ellos. Taran llevaba puesta su nueva capa y su nueva espada colgaba a su costado, pero el placer que le habían producido no tardó en esfumarse para ser sustituido por la inquietud. Las palabras de Dwyvach seguían resonando en su mente, y sus pensamientos se volvieron hacia el tapiz que había visto en los lejanos Pantanos de Morva.

-¿Y qué hay de Orddu? -exclamó-. Me pregunto si usa algo más que hilos para tejer... El petirrojo ha estado hurgando en el suelo para encontrar sus gusanos, pero aún no estoy seguro de si he escogido mi dibujo o si no soy más que un hilo en su telar... En tal caso, me temo que soy un hilo que no sirve de mucho. O, por lo menos -añadió dejando escapar una carcajada llena de tristeza-, soy un hilo muy largo y enredado...

Pero aquellos pensamientos melancólicos no tardaron en huir de su cabeza, pues pocos días después Melynlas le llevó hasta la cima de un promontorio y Taran pudo

Librodot

contemplar el Commot más hermoso que había visto en el curso de todos, sus viajes. Un frondoso bosque de higueras y olmos rodeaba unos espaciosos campos muy bien cuidados repletos de verdor. Casitas blancas con el techo de cañizo brillaban bajo los rayos del sol. Taran tuvo la impresión de que hasta la atmósfera de aquel lugar era distinta, como si fuese más fresca y estuviera perfumada por el aroma de árboles y plantas que no se marchitaban jamás. Sintió que se le aceleraba el pulso mientras lo contemplaba, y le invadió una extraña excitación.

Gurgi avanzó hasta colocarse junto a él.

-Bondadoso amo, ¿podemos parar aquí?

-Sí -murmuró Taran sin apartar los ojos de los campos y casitas-. Sí. Aquí descansaremos.

Hizo que Melynlas empezara a bajar por la pendiente y Gurgi le siguió poniendo su pony al trote. Cruzaron un arroyuelo y Taran tiró de las riendas deteniendo a Melynlas en cuanto vio a un anciano que estaba cavando junto a la orilla. El anciano tenía al lado dos cubos de madera que colgaban de un yugo, e iba echando cuidadosamente dentro de ellos las paletadas de tierra color marrón claro. Llevaba la cabellera y la barba grises muy cortas; y pese a su avanzada edad sus brazos parecían tan robustos como los de Hevydd el Herrero.

-Buenos días tengáis, maese cavador -dijo Taran-, ¿Qué lugar es éste?

El anciano se volvió hacia él. Se limpió la frente surcada de arrugas con el antebrazo y contempló a Taran con sus perspicaces ojos azules.

-La corriente de agua en la que está metido tu caballo, y, dicho sea de paso, la está llenando de barro, es el arroyo Fernbrake. ¿El Commot? Estás en el Commot Merin.

19 - El torno del alfarero

-Te he dicho dónde estás -siguió diciendo el anciano con voz afable mientras Taran desmontaba y ponía los pies sobre la orilla del arroyo-. ¿Querrás decirme quién eres y qué te ha traído hasta un lugar cuyo nombre no conocías? ¿Te has perdido y has llegado a Merin cuando andabas buscando otro Commot?

-Me llaman el Vagabundo -replicó Taran-. En cuanto a si me he perdido... - añadió, acompañando sus palabras con una carcajada-. Bueno, no puedo afirmar que me haya perdido, pues no estoy demasiado seguro de qué camino debo seguir.

-En tal caso Merin es un sitio tan bueno como cualquier otro para hacer una pausa en tu viaje -dijo el anciano-. Ven conmigo y veré qué hospitalidad puedo ofreceros.

El anciano dejó caer una última paletada de tierra en uno de los cubos de madera. Taran dio un paso hacia adelante y se ofreció a llevarlos. El anciano no rechazó su oferta y Taran puso los hombros debajo del yugo, pero los cubos pesaban más de lo que se había imaginado. Su frente no tardó en quedar cubierta de sudor. Apenas si podía avanzar tambaleándose bajo aquel peso que le parecía doblarse a cada paso que daba, y la choza que el anciano señaló con el dedo parecía alejarse en vez de irse acercando.

-¡Si querías algo de tierra para remendar tu chimenea has ido muy lejos a buscarla! -jadeó Taran.

-No has sabido pillarle el truco a ese yugo -dijo el anciano mientras observaba los esfuerzos de Taran con una gran sonrisa-. Dame, yo lo llevaré:

Taran se alegró de poder devolvérselo. El anciano se puso el yugo sobre la espalda y siguió avanzando como si los cubos no pesaran nada, moviéndose tan deprisa que casi dejó atrás a los compañeros. Acabaron llegando a un cobertizo de gran tamaño, donde el anciano echó la tierra en un enorme depósito de madera e hizo una seña a los viajeros indicándoles que le siguieran hasta su choza.

Una vez dentro de ella Taran vio estantes que sostenían cacharros y utensilios de

barro de todas clases, recipientes de arcilla cocida, jarras y vasos de formas tan elegantes como sencillas y, entre ellos y como esparcidos al azar, objetos tan hermosos y tan hábilmente moldeados que casi le dejaron sin aliento. A lo largo de toda su existencia Taran sólo había visto un cuenco cuya belleza pudiera compararse a la de los que tenía delante, y fue durante su visita al cuarto de los tesoros del señor Gast. Taran se volvió con cara de asombro hacia el anciano, que había empezado a colocar platos y cuencos sobre una mesa de roble.

-Cuando te pregunté si querías la tierra para remendar tu chimenea hablé sin pensar en lo que decía -exclamó Taran inclinándose humildemente ante el anciano-. Si estos objetos han surgido de tus manos no son los primeros que veo y sé quién eres: te llamas Annlaw, el Moldeador de la Arcilla.

El alfarero asintió.

-Sí, son obra mía. Si has visto alguno antes no me extraña que sepas quién soy. Llevo mucho tiempo ejerciendo mi oficio, Vagabundo, y ya no estoy muy seguro de dónde termina la arcilla y dónde empieza Annlaw..., y si he de serte sincero, a veces sospecho que la arcilla y Annlaw son una sola cosa.

Taran examinó con más atención los recipientes y objetos que llenaban la choza, el cuenco para beber vino recién terminado al que las manos del anciano habían dado forma con uña habilidad y una gracia aún mayores que las empleadas en el que había visto entre los tesoros del señor Gast, y las enormes mesas manchadas de barro cubiertas por jarras de pinturas, pigmentos y esmaltes. Su asombro fue aumentando a cada momento que pasaba, pues se dio cuenta de que lo que había tomado por cacharros de cocina sin nada de particular eran, a su manera, tan hermosos como el cuenco. Todos habían surgido de las manos de un maestro. Taran se volvió hacia Annlaw.

-Me han contado que una de tus obras vale más que todo cuanto pueda haber en el cuarto de los tesoros de un noble -dijo Taran-, y lo creo. Y aquí... -Meneó la cabeza con expresión maravillada-. Tu casa es un auténtico almacén de tesoros.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Oh, el hábil alfarero gana riquezas y fortunas con sus hábiles manos!

-¿Riquezas y fortunas? -replicó Annlaw sonriendo-. Me limito a ganar la comida que pongo sobre mi mesa. Mando la mayoría de estos recipientes y cuencos a los Commots más pequeños donde no disponen de alfareros propios. Les doy lo que necesitan y ellos me dan lo que necesito; y te aseguro que nada me es menos necesario que las riquezas. Mi alegría y mi placer están en ejercer mi oficio, -no en las ganancias que pueda obtener con él. Ni todas las riquezas de Prydain ayudarían a que mis dedos modelaran un cuenco mejor.

-Hay quienes afirman que una obra como la tuya tiene que ser fruto de la magia -dijo Taran contemplando el torno del alfarero.

Annlaw echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una ruidosa carcajada.

-Ojalá fuera cierto, pues eso me ahorraría mucho trabajo. No, no, Vagabundo... Ay, mi torno no se distingue en nada del de cualquier otro alfarero -añadió-. Hace muchos años Govannion el Lisiado, el mejor artesano que ha existido en toda la historia de Prydain, creó toda clase de utensilios y herramientas encantadas. Se los regaló a quienes creía que sabrían usarlos con sabiduría, pero todos fueron cayendo uno a uno en las garras de Arawn, el Señor de la Muerte. Ahora ya no queda ninguno.

»Pero Govannion también descubrió los grandes secretos de todas las artes y oficios -siguió diciendo Annlaw-. Por desgracia Arawn acabó robándolos y los escondió en Annuvin, allí donde nadie podrá volver a beneficiarse de ellos. -El rostro del alfarero se puso muy serio-. He pasado toda mi existencia esforzándome por volver a descubrirlos y adivinar cuál puede haber sido su naturaleza. He aprendido mucho..., aprendí mediante mis esfuerzos y mis errores, tal y como un niño aprende a caminar. Pero ya no

Librodot

puedo seguir avanzando. La sabiduría más profunda sigue encontrándose más allá de mi alcance. Temo que nunca podré llegar hasta ella.

»Si pudiera disponer de ella no me haría falta ninguna herramienta mágica -dijo Annlaw-. Ah, me conformaría con recobrar esos conocimientos perdidos... Y estos dedos -añadió alzando sus manos manchadas de arcilla- serían más que suficientes para servirme.

-Pero tú sabes lo que buscas -replicó Taran-. Yo, por desgracia, busco sin tener ni idea de lo que ando buscando. -Le habló de Hevydd el Herrero y de Dwyvach la Tejedora, y de la espada y la capa que había hecho con sus manos-. Estaba orgulloso de mi trabajo -siguió diciendo Taran-, pero acabé descubriendo que ni el yunque ni el telar me satisfacían.

-Bien, ¿y el torno del alfarero? -le preguntó Annlaw. Taran admitió que no sabía nada de aquel oficio y le rogó que le dejara ver cómo daba forma a la arcilla, y el anciano alfarero accedió sin hacerse de rogar.

Annlaw se subió un poco la tosca túnica que vestía y se sentó delante del torno. Lo hizo girar y arrojó sobre él un puñado de arcilla. El alfarero se inclinó sobre su trabajo con una expresión casi de humildad, y extendió las manos hacia él tan tiernamente como si se dispusiera a acariciar un pajarillo recién nacido. Annlaw empezó a modelar un jarro de esbeltas líneas ante los ojos de Taran. La arcilla parecía brillar sobre el torno, que giraba velozmente y cambiaba de un momento a otro. Taran, asombrado, comprendió por fin las palabras de Annlaw, pues era cierto que no había ninguna separación visible entre los hábiles dedos del alfarero y la arcilla. Era como si las manos de Annlaw se fundieran con la arcilla para irle dando vida. Annlaw no abría la boca y estaba totalmente concentrado en su trabajo. Su rostro surcado de arrugas se había iluminado, y era como si hubiese rejuvenecido de repente. Taran sintió que su corazón se llenaba hasta rebosar de una alegría que parecía tener su origen en el anciano alfarero, y en ese momento comprendió que se hallaba en presencia de un auténtico maestro de los artesanos, alguien cuya sabiduría y dones eran muy superiores a los de cualquier persona que hubiese conocido antes.

-Fflewddur se equivocaba -murmuró Taran-. Si hay magia, no está en el torno del alfarero, sino en el alfarero.

-No hay ninguna magia -dijo Annlaw sin apartar los ojos ni un solo momento de su trabajo-. Quizá sea un don, pero es un don que sólo se consigue con muchos esfuerzos y sudores.

-Si pudiera crear algo tan hermoso, no me importaría esforzarme y sudar -dijo Taran.

-Entonces siéntate -dijo Annlaw haciéndole sitio junto al torno. Taran protestó diciendo que sólo conseguiría echar a perder el jarro al que Annlaw estaba dando forma, pero el alfarero se rió-. Oh, estoy seguro de que así será. Lo arrojaré al depósito, lo mezclaré con más arcilla y más pronto o más temprano volveré a utilizarlo. No se perderá. Nada se pierde definitivamente, y todo acaba volviendo en una u otra forma.

-Pero tú... -dijo Taran-. El trabajo y la habilidad que ya has invertido en el jarro se desperdiciarán.

El alfarero meneó la cabeza.

-No. Un oficio no es como el agua guardada en un recipiente de barro que se va sacando poco a poco hasta que el recipiente queda vacío. No, cuanto más saques más tendrás. El corazón se renueva a sí mismo, Vagabundo, y cuanto más utilices tu habilidad más hábil serás. Empieza. Tus manos... Ponías así. Tus pulgares..., así.

Apenas notó el contacto de la arcilla girando bajo sus dedos Taran sintió que su corazón era invadido por la misma alegría que había visto en el rostro del alfarero. El orgullo de forjar su propia espada y tejer su propia capa quedaron empequeñecidos ante

aquel nuevo descubrimiento, que le hizo lanzar un grito de puro placer y alegría. Pero sus manos vacilaron y la arcilla se deformó. Annlaw detuvo el torno. La primera obra de Taran era un objeto tan deforme y contrahecho que, pese a su decepción, no tuvo más remedio que echar la cabeza hacia atrás y reír a carcajadas.

Annlaw le dio una palmada en el hombro.

-Un buen intento, Vagabundo. El primer cuenco que fabriqué era tan horrible como éste..., y quizá todavía más. Tienes el don del alfarero. Pero antes de aprender el oficio debes aprender a conocer la arcilla. Hunde los dedos en ella, amásala y remuévela. Debes llegar a conocer su naturaleza mejor que la de tu compañero más íntimo. Después tendrás que fabricar pigmentos para esmaltar tus obras, y deberás comprender el efecto que el fuego del horno ejerce sobre ellas.

-Annlaw Moldeador de la Arcilla -dijo Taran en voz baja, aunque su tono era incapaz de ocultar el anhelo que sentía-, ¿querrás enseñarme tu oficio? Es lo que más deseo en el mundo.

Annlaw guardó silencio durante unos momentos y sus ojos no se apartaron del rostro de Taran.

-Sólo puedo enseñarte aquello que eres capaz de aprender -replicó por fin el alfarero-. En cuanto a si será mucho o poco..., eso sólo el tiempo lo dirá. Quédate, si eso es lo que deseas. Empezaremos mañana.

Los dos viajeros se instalaron en un rincón del cobertizo para pasar la noche. Gurgi se enroscó sobre el catre de paja, pero Taran se quedó sentado con las rodillas pegadas al pecho y los brazos alrededor de ellas.

-Es extraño -murmuró-. Cuanto más conozco a los habitantes de los Commots más les quiero y les respeto. Pero el Commot Merin me atrajo nada más verlo con una fuerza superior a la de cualquier otro... -La noche era tibia y silenciosa. Taran sonrió melancólicamente en la oscuridad-. En cuanto lo vi pensé que éste era el sitio donde podría ser feliz. Y también pensé..., pensé que incluso Eilonwy podría ser feliz aquí.

»Y cuando me senté delante del torno de Annlaw, cuando mis manos tocaron la arcilla... -siguió diciendo-. Enseguida supe que sería feliz llevando la existencia de un alfarero. Me atrae mucho más que la herrería o el tejer... Es como si pudiera hablar a través de mis dedos, como si pudiera dar forma a lo que hay dentro de mi corazón. Comprendo muy bien a qué se refería Annlaw. No hay ninguna diferencia entre él y su obra. Sí, Annlaw se introduce en la arcilla y hace que ésta acabe alentando con su propia vida. Ah, si pudiera aprender a hacer lo mismo que él...

Gurgi no respondió. La peluda criatura estaba tan cansada que se había quedado dormida apenas se acostó sobre la paja. Taran sonrió y tiró de la capa hasta cubrir los hombros de Gurgi.

-Duerme bien -dijo-. Puede que hayamos llegado al final de nuestro viaje.

Annlaw cumplió su palabra. Durante los días siguientes el alfarero le enseñó habilidades tan importantes como el trabajar la arcilla: cómo encontrar las tierras adecuadas, juzgar su textura y su calidad, cómo limpiarlas, mezclarlas y alterar sus cualidades... Gurgi colaboró con Taran en todas aquellas tareas, y su hirsuta cabellera no tardó en quedar tan cubierta de polvo, barro y trocitos de esmalte que parecía un cacharro por cocer sostenido sobre un par de flacas piernas.

El verano transcurrió muy deprisa, y cuanto más veía trabajar a Annlaw más se maravillaba Taran. Annlaw golpeaba y amasaba la arcilla del depósito con un vigor aún mayor del que empleaba Hevydd el Herrero para golpear su yunque; y cuando se sentaba al torno realizaba los trabajos más complicados con una destreza que superaba incluso a la de Dwyvach la Tejedora. Por muy pronto que se levantara Taran siempre encontraba al alfarero de pie y enfrascado en sus tareas. Annlaw era incansable, y solía

Librodot

pasar noches enteras sin dormir y días sin comer con los ojos clavados en la arcilla que trabajaba sobre su torno. El alfarero casi nunca repetía una de sus obras, y se esforzaba por mejorar incluso aquello que había salido de sus manos.

-El agua rancia no es buena para beber -decía Annlaw-. La habilidad que se ha vuelto rancia es aún peor. Y el hombre que camina siguiendo sus propias pisadas sólo consigue acabar llegando al mismo lugar del que salió.

Annlaw no permitió que Taran volviera a probar suerte con el torno hasta el otoño. El segundo cuenco fabricado por Taran no era de proporciones tan deformes como el anterior.

Annlaw lo observó en silencio con gran atención y acabó asintiendo lentamente.

-Algo has aprendido, Vagabundo -le dijo, pero cogió el cuenco y lo arrojó al depósito de amasar la arcilla-. No te preocupes -dijo el alfarero viendo el abatimiento de Taran- . Cuando modeles uno que sea digno de conservarse se cocerá en el fuego del horno.

Taran temía que aquel momento no llegaría nunca, pero no pasó mucho tiempo antes de que Annlaw opinara que un cuenco de poco fondo cuyo diseño era muy sencillo pero que estaba bien proporcionado podía ser introducido en el horno. Annlaw cogió la obra de Taran junto con otros cuencos y recipientes que había modelado para los habitantes del Commot Isav y los colocó dentro de un horno más alto y espacioso que la fragua de Hevydd. Annlaw fue a ocuparse de otros recipientes que estaba haciendo para la gente del Commot, pero el nerviosismo de Taran fue creciendo hasta que tuvo la sensación de que era él quien estaba cociéndose entre las llamas. Cuando el horno hubo terminado de ejercer su función y las piezas se hubieron enfriado el alfarero sacó el cuenco, le dio vueltas en sus manos mientras Taran le observaba conteniendo el aliento y lo golpeó con la punta de un dedo manchado de arcilla.

Miró a Taran y le sonrió.

-Tiene un buen sonido. Es una obra de principiante, Vagabundo, pero no debes avergonzarte de ella.

Taran sintió una alegría tan inmensa como si hubiera modelado un cuenco para beber vino más hermoso que cualquiera de los que atesoraba el señor Gast.

Pero su alegría no tardó en ser sustituida por la desesperación. Taran pasó el otoño modelando otros recipientes; pero ninguno le satisfizo y, abatido, se dio cuenta de que pese a los esfuerzos y desvelos que invertía en su trabajo ninguno de ellos estaba a la altura de lo que había esperado conseguir.

-¿Qué me falta? -exclamó un día volviéndose hacia Annlaw-. Pude forjar una espada y logré tejer una capa. Pero ahora lo que más anhelo parece encontrarse fuera de mi alcance. ¿Acaso el destino quiere negarme la habilidad que más deseo dominar? -preguntó con voz llena de angustia-. ¿Será posible que se me haya negado ese don que tanto necesito?

Inclinó la cabeza y mientras pronunciaba aquellas palabras sintió que se le helaba el corazón, pues supo que al fin había dado con la verdad.

Annlaw no dijo nada, y se limitó a contemplarle en silencio durante un rato. Sus ojos estaban llenos de tristeza.

-¿Por qué? -murmuró Taran-. ¿Por qué ha de ser así?

-Es una pregunta muy difícil de responder -replicó Annlaw por fin. Puso una mano sobre el hombro de Taran-. Ningún hombre puede responder a ella. Hay quienes se han esforzado toda la vida para conseguir el don que anhelan, sudando y trabajando hasta el final de su existencia sólo para descubrir que se habían equivocado, y hay quienes han nacido llevándolo dentro pero que nunca llegan a saberlo. Algunos se desaniman demasiado pronto, y hay otros que jamás deberían haber intentado alcanzar ese objetivo.

»Considérate afortunado -siguió diciendo el alfarero-. Lo has comprendido ahora, y no has tenido que malgastar tus años albergando vanas esperanzas. Has aprendido algo,

y hasta el conocimiento más pequeño tiene su utilidad.

-¿Qué haré? -preguntó Taran.

Se sintió invadido por una pena y una amargura tan terribles como las que había conocido en el valle de Craddoc.

-Dar forma a la arcilla no es el único camino que lleva a la felicidad -replicó Annlaw-. Has sido feliz en Merin, y aún puedes serlo. Si lo deseas, hay muchos trabajos que puedes hacer. Tu ayuda será más que bienvenida y tu presencia como amigo me resultará tan valiosa como lo habría sido en tanto que aprendiz. Por ejemplo, ahora que lo pienso... -siguió diciendo en un tono de voz más jovial-. Mañana he de enviar los objetos que he fabricado al Commot Isav, pero un viaje de un día resulta muy largo para alguien de mis años. Eres mi amigo, Taran... ¿Querrías liberarme de esa carga y hacer el viaje por mí?

Taran asintió.

-Llevaré lo que has fabricado a Isav.

Y se dio la vuelta, sabiendo que su breve época de felicidad había terminado y sintiéndose como si fuera un cuenco defectuoso que se había agrietado entre las llamas del horno.

20 - Los saqueadores

A la mañana siguiente Taran cumplió su promesa y colocó los recipientes y cuencos fabricados por el alfarero sobre las grupas de Melynlas y el pony de Gurgi y partió hacia el Commot Isav acompañado por Gurgi. Sabía que Annlaw podía haberse ahorrado el viaje con sólo enviar un mensaje a los habitantes del Commot y pedirles que vinieran a recogerlos.

-No estoy haciéndole un favor. Es él quien me lo hace -dijo Taran volviéndose hacia Gurgi-. Creo que quiere darme algo de tiempo para que esté a solas conmigo mismo y ponga un poco de orden en mis pensamientos. Ay, aún no lo he conseguido -añadió con voz entristecida-. Anhelo quedarme en Merin, pero hay muy poco que me retenga aquí. Annlaw es mi amigo y le considero un maestro en su oficio, pero su oficio jamás será el mío.

Llegaron a Isav poco antes del ocaso sin que Taran hubiera logrado encontrar una respuesta a su dilema. Isav era el Commot más pequeño de todos los que habían visto, pues apenas tenía más de media docena de casitas y una pequeña extensión de pastos para alimentar a un puñado de ovejas y vacas. Unos cuantos hombres estaban inmóviles delante del aprisco. Cuando estuvo más cerca de ellos Taran vio que sus rostros estaban muy serios y preocupados.

Taran les dijo quién era y les explicó que traía un cargamento de objetos fabricados por Annlaw el Moldeador de la Arcilla.

-Te saludamos -dijo un hombre, quien se presentó como Drudwas, hijo de Pebyr-. Y te decimos adiós con el mismo aliento -añadió-. Te damos las gracias por habernos traído el cargamento, y agradecemos a Annlaw el que haya trabajado para nosotros. Pero si te quedas a compartir nuestra hospitalidad quizá acabes teniendo que derramar tu sangre.

»Hay forajidos en las colinas -se apresuró a decir Drudwas en respuesta al fruncimiento de ceño con que le interrogó Taran-. Creemos que deben de ser unos doce. Hemos tenido noticias de que ya han atacado dos Commots, y que no se contentaron con robar una vaca o una oveja para alimentarse, sino que degollaron a todo el rebaño por el puro placer de matar. Hoy, no hace mucho, vimos jinetes encima de esa colina, y al frente de ellos iba un rufián de cabellos rubios montado en un alazán.

-¡Dorath! -exclamó Taran.

-¿Cómo? -preguntó uno de los hombres del Commot-. ¿Conoces a esa banda de forajidos?

-Si son los hombres de Dorath... Sí, les conozco muy bien -respondió Taran-, Viven de alquilar sus espadas, y si no hay nadie que les contrate les creo muy capaces de matar sin recibir honorarios por ello. Son guerreros salvajes y curtidos, y su crueldad no tiene nada que envidiar a la de los Cazadores de Annuvin.

Drudwas asintió con el rostro muy serio.

-Sí, eso es lo que cuentan de ellos. Puede que decidan pasar de largo sin atacarnos -siguió diciendo-, pero lo dudo. El Commot Isav es una presa muy pequeña, pero el que haya pocos defensores aumenta las razones para atacar.

Taran les contempló en silencio. Los rostros y el porte de aquellos hombres le indicaron que no era coraje lo que les faltaba, pero volvió a oír la risa de Dorath y recordó su astucia e implacable falta de escrúpulos.

-Y si atacan, ¿qué haréis? -les preguntó.

-¿Qué quieres que hagamos? -replicó Drudwas con voz irritada-. ¿Ofrecerles tributos y suplicar que nos perdonen la vida? ¿Entregar nuestros animales al filo de sus espadas y nuestros hogares a sus antorchas? El Commot Isav siempre ha vivido en paz y quienes moramos en él nos enorgullecemos de ser buenos granjeros, no de conocer las artes de la guerra. Pero si atacan nos enfrentaremos a ellos. ¿Acaso tenemos otra elección?

-Puedo ir a Merin y traeros ayuda -dijo Taran.

-Está demasiado lejos y tardarías demasiado tiempo -replicó Drudwas-. Y aunque pudiera hacerse, eso significaría debilitar las defensas de Merin. No, tendremos que arreglárnoslas por nuestros propios medios. Siete contra doce... Mi hijo Llassar... -empezó a decir señalando a un joven bastante alto y de expresión preocupada que apenas sería mayor de lo que era Taran cuando Coll le nombró Ayudante de Porquerizo.

-Te has equivocado al contar -le interrumpió Taran-. No sois siete, sino nueve. Gurgi y yo lucharemos a vuestro lado.

Drudwas meneó la cabeza.

-No estás en deuda con nosotros, Vagabundo, y no nos debes ningún servicio. Acogeríamos con alegría vuestras espadas, pero no os pediremos que las desenvainéis por nosotros.

-Son vuestras -replicó Taran, y Gurgi asintió con la cabeza-. Y ahora, ¿querréis escucharme con atención? Nueve hombres pueden enfrentarse a doce y salir victoriosos, pero con Dorath lo más importante no es el número sino la astucia y el contar con un buen plan. Si estuviera solo le temería tanto como temo a los doce. Es un luchador lleno de recursos e intentará obtener el mayor beneficio al mínimo coste posible. Debemos emplear sus mismos medios de lucha.

Los hombres del Commot le escucharon atentamente, y Taran les explicó el truco que se le había ocurrido para conseguir que los incursores se creyeran superados en número, y les dijo que el mejor plan era atacar, pues Dorath no esperaría encontrar más que una débil defensa.

-Si dos hombres se emboscaran cerca del aprisco y hubiera otros dos en el recinto de las reses listos para aparecer en el momento oportuno -dijo Taran-, podrían pillar por sorpresa a los forajidos y hacerles perder unos momentos mientras los demás les atacamos por la retaguardia. Y si vuestras mujeres hicieran todo el ruido posible con azadas y rastrillos, los forajidos creerían que otros guerreros han venido a reforzarnos...

Drudwas pensó en lo que había dicho durante unos momentos y acabó asintiendo.

-Puede que tu plan tenga éxito, Vagabundo. Pero temo por aquellos que deban emboscarse en el aprisco y el recinto de las vacas, pues serán los que carguen con la parte más dura del combate. Si algo va mal... tendrán muy pocas posibilidades de salir con vida.

-Yo seré uno de los que se oculten en el aprisco... -empezó a decir Taran.

-Y yo seré el otro -se apresuró a decir Llassar.

Drudwas frunció el ceño.

-No es que desee protegerte porque seas mi hijo. Eres un buen muchacho y sabes cómo hacerte obedecer por el rebaño. Pero pienso en tus años y...

-El rebaño está a mi cargo -exclamó Llassar-. Tengo derecho a luchar junto al Vagabundo.

Los hombres hablaron rápidamente entre ellos y acabaron acordando que Llassar se quedaría en el aprisco de las ovejas con Taran mientras Daidwas iría al recinto de las vacas junto con Gurgi, quien, aunque muy asustado, se negó a quedar separado de Taran por una distancia mayor que ésa. En cuanto se hubieron puesto de acuerdo sobre el plan a seguir, los hombres del Commot se apostaron entre los árboles justo detrás del aprisco. La luna llena ya era visible en el cielo, pues acababa de asomar por encima de la delgada capa de nubes que la había ocultado hasta entonces.

Todos guardaron silencio durante un rato. La luz de la luna hacía que el rostro de Llassar pareciese aún más joven que antes. Taran se dio cuenta de que el joven estaba asustado y hacía cuanto estaba en su mano para ocultarlo. Taran también sentía cierta inquietud, pero le sonrió intentando tranquilizarle. Drudwas tenía razón. El chico era demasiado joven y su valor jamás había sido sometido a una prueba tan dura. Y aun así... Taran sonrió, sabiendo que cuando tenía la edad de Llassar habría reclamado el mismo derecho que él.

-Tu plan es bueno, Vagabundo -acabó diciendo Llassar en un susurro casi inaudible. Taran sabía que hablaba más para calmarse que por otra cosa-. Es mejor que cualquiera de los que se nos habrían ocurrido. No puede fracasar.

-Todos los planes pueden fracasar... -empezó a decir Taran, casi con aspereza, y se quedó callado.

Los temores habían empezado a agitarse en su interior como hojas impulsadas por un vendaval helado. El sudor empapó su cuerpo por debajo del jubón de lana. Acababa de llegar a Isav, donde nadie le conocía y nadie sabía cuál era su auténtica valía, y aun así los hombres del Commot le habían hecho caso y habían puesto sus destinos en sus manos. Habían aceptado su plan cuando quizá hubiera otro que pudiera convenirles más. Si fracasaba era posible que todos perdieran la vicia, y la culpa recaería única y exclusivamente sobre Taran. Aferró la empuñadura de su espada y trató de ver algo en la oscuridad. No había ni el más mínimo movimiento, y hasta las sombras parecían haberse quedado paralizadas.

-Te llaman el Vagabundo -siguió diciendo Llassar con cierta timidez-. Siempre he pensado que quien va de un lado para otro debe andar buscando algo. ¿Es cierto o me equivoco?

Taran meneó la cabeza.

-Hubo un tiempo en el que deseaba ser herrero, y otro en el que quise ser tejedor. Luego quise ser alfarero... Pero todo eso acabó. Ahora quizá deba seguir vagando sin buscar nada en concreto.

-Si no buscas nada tendrás muy pocas posibilidades de encontrar algo -dijo Llassar riendo sin malicia-. Nuestra vida no es nada fácil -siguió diciendo-. No es el coraje y las ganas de trabajar lo que nos falta, sino el conocimiento. Los Hijos de Don han defendido Prydain durante mucho tiempo contra el Señor de Annuvin, y les estamos agradecidos por la protección que nos dispensan, pero los secretos que nos robó Arawn, el Señor de la Muerte... Mi padre afirma que recuperarlos nos proporcionaría un escudo y una espada más irresistibles que los ejércitos del mismísimo príncipe Gwydion. Pero aun así Isav es mi hogar y soy feliz viviendo aquí. -Llassar sonrió-. No te envidio, Vagabundo.

Librodot

Taran guardó silencio durante unos momentos.

-No, soy yo quien te envidia -murmuró por fin.

No se dijeron nada más. Aguzaron el oído intentando captar todos los sonidos mientras la noche iba transcurriendo y la luna se ocultaba detrás de una capa de nubes más espesa que deformó sus contornos. Su claridad se convirtió en una neblina que parecía flotar sobre el paisaje. Pasado un rato Llassar lanzó un suspiro de alivio.

-No vendrán -dijo-. Han decidido pasar de largo.

Aún no había acabado de pronunciar aquellas palabras y la oscuridad ya estaba rompiéndose en fragmentos que se convirtieron en las siluetas de hombres armados. Taran se irguió de un salto al ver abrirse la puerta del aprisco.

Taran hizo sonar su cuerno de batalla y atacó a un guerrero, que lanzó un grito de sorpresa y retrocedió tambaleándose. Llassar se había incorporado en el mismo momento que Taran y el pastor enarboló su lanza para cargar contra los atacantes que intentaban entrar en el aprisco. Taran movió el brazo lanzando mandobles a ciegas, luchando no sólo contra los incursores sino también contra el repentino terror que le produjo el pensar que su plan había fracasado y que los forajidos habían surgido de la nada demasiado deprisa y demasiado sigilosamente. Un instante después un grito brotó de las gargantas de los hombres del Commot imponiéndose al frenético balar de las ovejas asustadas. Los defensores abandonaron el refugio de los árboles y las chozas vibraron con el estrépito del acero chocando contra el acero.

Los forajidos que habían entrado en el aprisco vacilaron. El oponente de Llassar había caído. Taran vio como el chico pasaba corriendo junto a él y volvía a enarbolar su lanza.. El ataque parecía haber fracasado en la puerta, allí donde los incursores estaban volviendo sus armas contra los hombres de Isav. Pero un guerrero que gruñía como un animal salvaje entró corriendo en el aprisco con un enorme cuchillo en la mano, dando la impresión de que estaba dispuesto a causar el máximo de destrucción posible. Taran corrió hacia el guerrero y éste giró sobre sí mismo atacándole con el cuchillo. Era Gloff.

El guerrero le reconoció. El asombro inicial de Gloff se convirtió en una fea mueca que casi parecía de placer, y sus dedos acariciaron la empuñadura del cuchillo. Gloff atacó y Taran alzó su arma para detener el golpe. Pero el guerrero saltó hacia adelante con su mano libre dirigida a los ojos de Taran, y su hoja emitió un destello mientras su punta se movía velozmente en una estocada letal. Una figura se interpuso entre los dos combatientes. Era Llassar. Taran gritó una advertencia mientras el chico intentaba detener la estocada con el astil de su lanza. Gloff cambió de objetivo con un gruñido gutural y atacó a Llassar. El pastor cayó. Taran alzó su espada lanzando un grito de rabia. Drudwas apareció de repente junto a él. La espada del granjero bajó como el rayo y Gloff chilló de pavor.

El ataque de los habitantes del Commot hizo retroceder a los guerreros de Dorath. El torbellino de hombres que corrían en todas direcciones hizo que Taran se viera arrastrado lejos del aprisco. Corrió el riesgo de lanzar una mirada hacia atrás y no pudo ver ni a Drudwas ni a Llassar. Trató de abrirse paso y siguió avanzando. Las antorchas llameaban entre las tinieblas, y Taran vio que las mujeres y las jóvenes de Isav se habían unido a sus hombres y que atacaban a los incursores blandiendo azadones, rastrillos y horcas. Taran miró a su alrededor buscando a Gurgi y gritó su nombre, pero su voz quedó ahogada por el tumulto.

Una silueta oscura se había abierto paso por entre los maderos del recinto de las vacas emitiendo furiosos mugidos. Taran, asombrado, vio como un toro negro atacaba salvajemente a los incursores. Gurgi se aferraba a su espalda gritando con toda la fuerza de sus pulmones mientras clavaba los talones en los flancos del enorme animal, dirigiendo su ataque contra los aterrorizados supervivientes de la banda de Dorath.

-¡Huyen! -gritó uno de los hombres del Commot.

Taran siguió corriendo. Los incursores habían dejado sus monturas allí donde empezaba el bosque y ahora se apresuraban a intentar recuperarlas, pero estaban atrapados entre los habitantes del Commot y los temibles cuernos del toro furioso. Taran vio a Dorath montado en su alazán y corrió hacia él con intención de atacarle, pero Dorath espoleó a su montura y se internó galopando en el bosque.

Taran giró sobre sí mismo y corrió a los establos llamando a Melynlas con un silbido.

-¡Hemos vencido, Vagabundo! -gritó un hombre de los Commots cogiéndole del brazo.

Taran aún no se había dado cuenta de que el estruendo de la contienda había cesado. Dorath ya no era visible por parte alguna. Taran fue corriendo al aprisco y vio a la esposa de Drudwas arrodillada en el suelo con los brazos alrededor de su hijo.

-¡Llassar! -exclamó Taran muy preocupado mientras se dejaba caer junto al pastor.

El muchacho abrió los ojos e intentó sonreírle.

-Su herida no es muy profunda -dijo Drudwas-. Vivirá para cuidar de su rebaño.

-Así es -dijo Llassar mirando a Taran-, y gracias a ti tendré un rebaño del que cuidar.

Taran puso una mano sobre el hombro del muchacho.

-Yo te debo mucho más que unas cuantas ovejas -replicó.

-La mitad de la banda ya no saqueará más granjas -dijo Drudwas-, ni en el Commot Isav ni en ningún otro. El resto se ha dispersado, y pasará mucho tiempo antes de que sus heridas hayan curado. Tú y tu compañero nos habéis prestado un gran servicio, Vagabundo. Cuando llegasteis a nuestra tierra erais unos desconocidos. Ahora ya no sois desconocidos, sino amigos.

21 - El Espejo

Los habitantes de Isav le rogaron que se quedara allí, pero Taran se despidió de ellos y volvió sin apresurarse a Merin. La derrota de los hombres de Dorath no le alegraba tanto como debería, pues sus pensamientos continuaban girando en un torbellino incesante. Sus preguntas seguían sin haber hallado respuesta, y se sentía más abatido y triste que nunca. Apenas contó nada a Annlaw de cuanto había hecho en Isav, y fue Gurgi quien narró con voz impregnada de orgullo lo que les había ocurrido.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Los malvados ladrones huyeron lanzando chillidos y alaridos! Oh, cómo temían al bondadoso amo... ¡Y también temían al osado Gurgi! ¡Y al gran toro embestidor y bramador, y a sus cuernos afilados que se clavaban y pinchaban!

-Tendrías que estar muy satisfecho de ti mismo, Vagabundo -dijo Annlaw mirando a Taran, quien había guardado silencio mientras Gurgi contaba lo sucedido-. Salvaste las vidas y los hogares de muchas personas honestas.

-Drudwas me dijo que ya no era un desconocido, sino un amigo. Sus palabras me hicieron sentir un gran júbilo -replicó Taran-. Lo único que desearía -añadió- es no ser un desconocido a mis propios ojos. ¿De qué sirve mi existencia? -exclamó sin poder contenerse-. ¿De qué sirve a los demás o a mí mismo el que viva? Me parece que de nada...

-La gente de Isav a la que salvaste no opina lo mismo -replicó el alfarero-, Y quizá haya otros que estén dispuestos a dar la bienvenida a una hoja de buen acero y un corazón valeroso.

-¿Una espada a sueldo? -replicó Taran con amargura-. ¿Para acabar siguiendo el mismo camino que Dorath? -Meneó la cabeza-. De pequeño soñaba con tener aventuras, alcanzar la gloria y llevar a cabo honrosas hazañas de armas. Estoy empezando a pensar que todas esas cosas son meras sombras carentes de sustancia real.

-Si te parecen sombras es que por fin has conseguido verlas como lo que son en

realidad -dijo Annlaw-. Muchos hombres han perseguido los honores, y el afán desesperado de alcanzarlos les hizo perder mucho más de lo que jamás habrían podido ganar si los hubiesen conseguido. Pero no me estaba refiriendo a que vendieras tu espada. -Se quedó callado y su rostro adquirió una expresión pensativa-. Verlas como lo que son en realidad... -murmuró, repitiendo sus primeras palabras-. Quizá... Quizá...

El alfarero clavó los ojos en el rostro de Taran.

-Las leyendas de los Commots hablan de un objeto que te permite verte tal y como eres. En cuanto a si es verdad o si se trata de un mero cuento de viejas, es algo que no soy quien para juzgar -siguió diciendo el alfarero muy despacio-. Pero las leyendas afirman que si deseas conocerte a ti mismo basta con que te contemples en el Espejo de Llunet.

Annlaw había hablado en voz baja, pero Taran tuvo la impresión de que las palabras del alfarero hacían vibrar la estancia con la fuerza de un trueno.

-¿El Espejo de Llunet? -exclamó. Después de abandonar el valle de Craddoc, Taran había intentado expulsar de su mente todos los pensamientos que hicieran referencia al Espejo esforzándose por ocultarlos en lo más profundo de ella, y los días los habían ido cubriendo como si fueran las hojas muertas que caen sobre un túmulo funerario-. El Espejo... -repitió con un hilo de voz-. El objetivo de mi empresa, lo que he estado buscando desde el principio... Ya había decidido renunciar a ella. ¿Será posible que vaya a encontrarlo ahora que había dejado de buscarlo?

-¿Tu empresa? -preguntó Annlaw poniendo cara de perplejidad. Se había puesto en pie y estaba observando a Taran con cierta preocupación-. No me habías dicho nada de eso, Vagabundo.

-No es algo de lo que me enorgullezca hablar -replicó Taran.

Annlaw le escuchó en silencio observándole con bondadosa inquietud y Taran fue hablándole poco a poco de Caer Dallben, de Orddu, de los lugares a los que le habían llevado sus vagabundeos, de la muerte de Craddoc y de la desesperación que se adueñó de él.

-Hubo un tiempo en el que sólo deseaba encontrar el Espejo -concluyó Taran-, Pero ahora si lo tuviese entre los dedos creo que no me atrevería a mirarme en él.

-Comprendo tus temores -replicó el alfarero en voz baja-. El Espejo puede acabar con ellos para siempre..., y también puede afligirte todavía más. Es el riesgo que corre quien se mire en él. La elección debe ser tuya.

»Pero hay una cosa que debes saber, Vagabundo -siguió diciendo Annlaw mientras Taran se mordía los labios en silencio-. El Espejo de Llunet no es lo que tú piensas. Se encuentra cerca de aquí, en las montañas de Llawgadarn. Está en una caverna junto al Lago de Llunet, a menos de dos días de distancia. El Espejo de Llunet es un estanque de agua.

-¿Un estanque? -exclamó Taran-. ¿Qué encantamiento le proporciona su poder? Pues tengo la seguridad de que debe de estar encantado...

-Lo está para aquellos que así lo creen -respondió el alfarero.

-¿Y tú? -preguntó Taran en voz baja-. ¿Te has contemplado en él?

-No, no lo he hecho -replicó Annlaw-. Sé muy bien quién soy. Soy Annlaw, el Moldeador de la Arcilla. Para bien o para mal, debo conformarme con ese conocimiento durante lo que me quede de existencia.

-Pero yo... -murmuró Taran-. ¿Qué conocimiento dará sentido a la mía? -Guardó silencio durante un rato y acabó irguiendo la cabeza-. Es cierto. Temo contemplarme en el Espejo y temo lo que pueda revelarme. Pero ya he conocido la vergüenza -dijo con amargura-. ¿Es que también deberé conocer la cobardía?

»Cuando amanezca... -siguió diciendo-. Cuando amanezca seguiré el camino que lleva hasta el Espejo de Llunet.

Haber tomado una decisión no le consoló demasiado. Taran y Gurgi ensillaron sus monturas con las primeras luces del alba, y Taran pensó que la niebla de finales del otoño era mucho menos fría que las dudas que le helaban el alma. Pero estaba decidido a contemplarse en el espejo, y los dos compañeros no tardaron en dejar atrás Merin y avanzaron rápidamente en dirección norte hacia las montañas de Llawgadarn, orientándose gracias a la cima del monte Meledin, pues Annlaw le había dicho que la caverna se encontraba al pie de ese monte. Los compañeros avanzaron en silencio e hicieron grandes progresos, y no se detuvieron hasta que la luz del día se hubo debilitado tanto que ya no podían seguir guiando a sus monturas por el sendero. Acamparon sobre una blanda alfombra de agujas de pino, pero la inquietud se había apoderado de ellos y apenas pudieron dormir.

Recogieron sus cosas al amanecer del día siguiente y avanzaron a buen paso junto a las estribaciones de un risco rocoso. Taran no tardó en lanzar una exclamación y señaló hacia abajo. El Lago de Llunet se extendía ante ellos formando un óvalo que brillaba bajo los primeros rayos del sol. Sus aguas eran una tranquila extensión azul, y el Lago daba la impresión de ser un espejo perfecto cuyas profundidades contenían la orilla ribeteada de árboles. El monte Meledin se alzaba en la lejanía y la neblina que seguía aferrándose a sus laderas hacía que su enorme masa pareciera no pesar nada.

Los compañeros fueron bajando hacia la orilla y el corazón de Taran aceleró el ritmo de sus latidos. En las inmediaciones del monte Meledin el suelo iba descendiendo bruscamente de nivel y los breves tramos de pradera quedaban interrumpidos por angostas cañadas. Los compañeros detuvieron sus monturas junto a un arroyo que se despeñaba por la ladera de la montaña. Taran ya había localizado la caverna y fue apresuradamente hacia ella con Gurgi pisándole los talones.

-¡Allí! -gritó Taran-. ¡Allí está! ¡El Espejo!

Al pie del Meledin el viento y la lluvia habían creado un arco natural que servía de entrada a una pequeña caverna que tenía unos cuantos pasos de profundidad. Hilillos de agua goteaban de las rocas cubiertas de musgo que se cernían sobre la entrada. Taran corrió hacia ella. Su corazón latía locamente y la sangre parecía arder en las venas de sus muñecas. Pero Taran fue frenando el paso a medida que se acercaba, y sintió el peso del miedo enroscándose como una gruesa cadena alrededor de sus piernas. Cuando llegó a la entrada de la caverna se detuvo y permaneció inmóvil durante unos momentos.
Gurgi le observó con cara de preocupación.

-Aquí está -murmuró Taran.

Y dio un paso hacia adelante.

En el interior de la caverna había una pequeña oquedad que interrumpía la lisura del suelo, y allí estaba el Espejo de Llunet. Parecía una lámina de plata pulida que brillaba con un resplandor propio pese a las sombras. Taran se arrodilló lentamente junto a él. La oquedad contenía un dedo escaso de agua y era alimentada gota a gota por el hilillo de humedad que bajaba serpenteando a lo largo del muro de piedra. El paso de años incontables no había conseguido llenarla del todo, pero pese a la poca profundidad del estanque el agua parecía un cristal insondable cuyas facetas se movían continuamente capturando brillantes haces de luz blanca.

Taran se inclinó sobre el estanque. Apenas se atrevía a respirar, pues temía que su aliento creara ondulaciones en aquella superficie resplandeciente. La pequeña caverna estaba sumida en el silencio más absoluto, y parecía como si incluso la caída de un trocito de musgo seco pudiera hacer pedazos aquel reflejo perfecto. Sus manos temblaron en cuanto vio su rostro quemado por el sol y curtido por la intemperie que había soportado a lo largo de sus viajes. Lo único que anhelaba era dar la espalda al estanque, pero se obligó a clavar la mirada en él y observar atentamente su reflejo. ¿Estarían engañándole sus ojos? Lo que vio le hizo lanzar un grito de incredulidad.

Y en ese mismo instante oyó el alarido de terror que salió de la boca de Gurgi. Taran se incorporó de un salto y giró sobre sí mismo mientras Gurgi echaba a correr y se acurrucaba a su lado. Dorath estaba inmóvil ante él.

Su rostro había ido quedando cubierto por el nacimiento de una barba y los sucios mechones de su cabellera rubia colgaban sobre sus ojos. Un mandoble había atravesado uno de los lados de su jubón de piel de caballo y una gruesa costra de barro manchaba sus botas. El guerrero sostenía un poco de comida en una de sus manos. Dorath cogió un puñado con los dedos de la otra mano y se la metió en la boca. Alzó los ojos hacia Taran y le sonrió.

-Me alegro de verte, noble porquerizo -dijo Dorath entre bocado y bocado.

-Yo no, Dorath -exclamó Taran desenvainando su espada-. ¿Piensas llamar a tus hombres para que caigan sobre nosotros? ¡Bien, pues llama a todos los que consiguieron huir del Commot Isav!

Alzó el arma y dio un paso hacia adelante.

Dorath dejó escapar una ronca carcajada.

-¿Piensas atacarme antes de que haya desenvainado mi arma?

-Desenváinala -replicó Taran.

-Eso haré, pero antes quiero acabar de comer -dijo Dorath, y lanzó un gruñido despectivo-. Tu espada es francamente fea, porquerizo... Es aún más fea que el rostro de Gloff. -Sus labios se curvaron -en una astuta sonrisa-. Mi arma es mucho más hermosa, a pesar de que no me costó nada conseguirla. ¿Mis hombres? -añadió-. ¿Quieres que les llame? Están sordos. Los oídos de la mitad cíe ellos están llenos de la tierra en la que yacen. Te vi en Isav, y adiviné que eras tú quien había organizado a los patanes del Commot. Ay, no pude quedarme allí el tiempo suficiente para saludarte como te mereces...

Dorath se limpió la boca con el dorso de la mano.

-En cuanto a los que lograron salir vivos de Isav, dos cobardes huyeron y no he vuelto a verlos. Otros dos estaban gravemente heridos. Yo mismo me encargué de acortar la distancia que les faltaba recorrer para reunirse con los cuervos que comen carroña, y ya han dejado de estorbarme. Pero no importa... No tardaré en hallar otros hombres deseosos de unirse a mí.

«Mientras tanto, estoy mucho mejor así -siguió diciendo-. No tendré que compartir tu tesoro con nadie. Todo será mío.

-¿Mi tesoro? -exclamó Taran-. ¡No hay ningún tesoro! Desenvaina tu espada, Dorath, o juro que te mataré desarmado tal y como habrías hecho tú conmigo.

-Basta de mentiras, porquerizo -gruñó Dorath-. ¿Sigues tomándome por idiota? Sé muchas cosas sobre tus viajes, y el tortuoso camino que has seguido para llegar hasta aquí no logró engañarme. Tus alforjas no contienen nada valioso; lo he visto con mis propios ojos. Así pues, el trofeo aún debe ser conquistado...

Fue hacia el Espejo. -¿Es esto lo que buscabas?

¿Qué has encontrado, porquerizo? ¿Un charco de

aguas fangosas? ¿Qué esconde?

Taran dejó escapar un grito de ira, pero antes de que pudiera lanzarse sobre Dorath el guerrero golpeó la superficie del estanque con su pesada bota e hizo que un chorro de agua saliera despedido de la oquedad.

-¡No esconde nada! -aulló Dorath con el rostro contorsionado por la ira.

Taran lanzó una exclamación ahogada y avanzó hacia él con paso tambaleante. Dorath desenvainó la espada.

-Ya he acabado de comer, porquerizo -dijo Dorath.

El primer mandoble que asestó era tan potente que bastó para hacer salir a Taran de la caverna. Gurgi lanzó un grito de furia y trató de agarrar al guerrero, pero éste le alzó

en vilo con una de sus poderosas manos y lo arrojó contra la pared rocosa. Dorath se lanzó en pos de Taran.

Taran logró incorporarse con el tiempo justo de alzar la espada para detener el ataque del guerrero. Dorath dejó escapar una maldición ahogada y su nueva embestida hizo que Taran tuviera que retroceder hacia la ladera. El guerrero estaba tan cerca de él que Taran perdió el equilibrio, estuvo a punto de caer de espaldas y acabó derrumbándose sobre una rodilla.

Dorath alzó su arma con una carcajada burlona y Taran vio el destello de la hoja que en tiempos había sido suya. Dorath la hizo bajar con todas sus fuerzas. Taran vio su muerte muy cerca y alzó su espada en un último intento de parar el golpe.

Las dos espadas se encontraron con un terrible rechinar metálico. El arma de Taran vibró entre sus dedos y el impacto fue tan fuerte que le hizo caer al suelo. Pero su espada aguantó. La espada de Dorath se hizo añicos.

Dorath lanzó una maldición y arrojó la empuñadura, que ya no servía de nada, al rostro de Taran. El guerrero giró sobre sí mismo y corrió hacia el refugio ofrecido por los pinos que había junto a la orilla del lago. En cuanto oyó el silbido de su amo el alazán de Dorath emergió de entre la arboleda. Taran se levantó de un salto para perseguir al guerrero que huía.

-¡Socorro, socorro! -gritó la voz de Gurgi desde el interior de la caverna-. ¡Oh, bondadoso amo, ayuda a Gurgi! ¡Gurgi está herido!

El grito de Gurgi hizo que Taran se detuviera. Dorath montó de un salto sobre su alazán y se alejó al galope. Taran volvió corriendo a la caverna. Gurgi gemía e intentaba sentarse. Taran se arrodilló rápidamente junto a él y vio que la frente de la criatura estaba surcada por un corte bastante profundo, pero el dolor de Gurgi provenía más del terror que se había adueñado de él que de sus heridas. Taran le sacó de la caverna y le dejó con la espalda apoyada en un peñasco.

Taran no volvió al Espejo de Llunet. Le había bastado un vistazo para darse cuenta de que estaba vacío. El agua se había esparcido sobre las piedras, y ahora la oquedad sólo contenía la huella embarrada que había dejado la bota de Dorath. Taran se dejó caer al suelo junto a Gurgi y apoyó la cabeza en las manos. Estuvo un rato muy largo sin moverse y sin decir nada.

-Ven -dijo por fin ayudando a Gurgi a incorporarse-.
Ven... Tenemos mucho camino que recorrer. Una luz
solitaria brillaba en la cabaña de Annlaw. La noche ya casi
había llegado a su fin, pero Taran vio que el alfarero seguía
inclinado sobre su torno.

Taran cruzó lentamente el umbral y Annlaw se puso en pie al verle. Los dos permanecieron unos momentos en silencio. El alfarero escrutó con expresión preocupada el rostro de Taran y acabó rompiendo el silencio.

-Vagabundo, ¿te has contemplado en el Espejo?

Taran asintió.

-Sí, me contemplé en él durante unos instantes. Pero nadie podrá volver a mirarse en él. El Espejo ha sido destruido.

Le contó su encuentro con Dorath y lo que había ocurrido en el Lago de Llunet. Cuando hubo terminado de hablar, el alfarero meneó la cabeza y le contempló con tristeza.

-Entonces, ¿no viste nada? -le preguntó.

-Averigüé lo que deseaba -replicó Taran.

-No voy a interrogarte, Vagabundo -dijo Annlaw-. Pero si tu corazón desea contarme lo que viste..., te escucharé.

-Me vi a mí mismo -respondió Taran-. Estuve observándome muy poco tiempo, y vi

fuerza..., y también debilidad. Vi orgullo y vanidad, coraje y miedo. ¿Sabiduría? Un poco. Locuras y errores..., muchos. Vi muchas buenas intenciones, pero vi muchas más que jamás llegarían a convertirse en realidad. Ay, he de confesar que vi a un hombre como cualquier otro.

»Pero también vi otra cosa -siguió diciendo-. Puede que los hombres parezcan iguales, pero son tan distintos entre sí como los copos de nieve. No hay dos hombres iguales. Me dijiste que no necesitabas ir a mirarte en el Espejo, pues sabías que eras Annlaw el Moldeador de la Arcilla. Ahora sé quién soy. Soy yo mismo y ningún otro. Soy Taran.

Annlaw guardó silencio durante unos momentos.

-Si has aprendido eso ya conoces el secreto más profundo que podía revelarte el Espejo -dijo por fin-. Quizá fuera cierto que estaba encantado...

-No había ningún encantamiento -replicó Taran, y sonrió-. Era un estanque de agua, el más hermoso que he visto en toda mi vida. Pero... no era nada más que eso.

»Al principio pensé que Orddu había visto en mí a un idiota y me había enviado en pos de un sueño inalcanzable -siguió diciendo-. Pero no era así. Orddu quería que viese aquello que el Espejo me mostró. Cualquier río o arroyo me habría proporcionado ese mismo reflejo, pero antes no habría podido comprenderlo como lo entiendo ahora.

»En cuanto a mi linaje... -añadió-, ¿Qué importa eso? El auténtico parentesco no tiene nada que ver con los lazos de sangre, por muy fuertes que éstos puedan ser. Creo que todos somos hermanos y hermanas, que todos somos hijos de todos los padres... Y ese derecho de nacimiento que buscaba ya ha dejado de interesarme. Los habitantes de los Commots Libres me enseñaron que el convertirse en hombre no es algo que se dé, sino algo que debes ganarte. Hasta el rey Smoit me dijo eso mismo cuando estuve con él en Cantrev Cadiffor, pero no comprendí el significado de sus palabras.

»Llonio me dijo que la vida era una red para atrapar la suerte. Para Hevydd el Herrero la vida era una forja, y para Dwyvach la Tejedora era un telar. Ninguno de ellos me mintió, pues la vida es todas esas cosas. Pero tú... -dijo Taran, y sus ojos se encontraron con los del alfarero-. Tú me has enseñado que la vida es algo más. La vida es arcilla a la que debemos dar forma tal y como es moldeado el barro en el torno del alfarero.

Annlaw asintió.

-Y tú, Vagabundo..., ¿qué forma darás a tu arcilla?

-No puedo quedarme en Merin, aunque he llegado a amar mucho esta tierra -replicó Taran-. Caer Dallben me espera, tal y como siempre me ha esperado. Mi vida está allí y me alegrará volver a ella, pues llevo demasiado tiempo lejos de mi hogar.

Taran, Gurgi y Annlaw el Moldeador de la Arcilla se quedaron sentados en silencio. Taran estrechó la mano del alfarero y se despidió de él cuando las primeras luces del alba empezaron a hacerse visibles en el cielo.

-Te deseo un buen viaje, Vagabundo -dijo Annlaw mientras Taran montaba a la grupa de Melynlas-. No nos olvides, y ten la seguridad de que nosotros no te olvidaremos.

-Tengo la espada que forjé -exclamó Taran con orgullo-, la capa que tejí y el cuenco al que di forma, y también cuento con la amistad de quienes habitan la tierra más hermosa de todo Prydain. Ningún hombre podrá hallar un tesoro más grande que ése.

Melynlas pateó el suelo con impaciencia y Taran dio rienda suelta a su corcel.

Taran se alejó de Merin con Gurgi a su lado.

Y mientras se alejaba le pareció oír voces que le llamaban. «¡Recuérdanos! ¡Recuérdanos!», decían las voces. Se volvió a mirar, pero Merin ya no era visible. El viento había empezado a soplar desde las colinas haciendo revolotear las hojas caídas al suelo y arrastrándolas hacia Caer Dallben y el hogar que había abandonado. Taran

siguió la dirección del viento.

FIN

Librodot

Librodot